

# Perseguindo um Impossível



Scarlett Butler

Persiguiendo  
un  
Imposible

Scarlett Butler

© Todos los derechos reservados No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Persiguiendo un imposible

© Scarlett Butler

Julio 2017

Número de registro M-004957/2016

Diseño de portada y contraportada: S W Design

Edición y maquetación: S W Design

Las personas que forman parte de esta historia, sus manifestaciones, hechos o datos, son meramente circunstanciales. No tienen relación con personas reales, vivas o muertas. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Por todo ello, esta novela es, en su totalidad, una obra de ficción, y como tal debe ser interpretada la totalidad de su contenido.

# Menú de navegación

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

# Prólogo

April estaba sentada entre las dunas de arena de la playa mirando el mar. A su lado, había dejado el teléfono móvil con los auriculares y el cuaderno con las ecuaciones garabateadas. Su ritual de cada tarde era sentarse frente al inmenso mar, escuchar algo de música pop de la que se declaraba una tonta enamorada y calcular un par de ecuaciones matemáticas. No había nada que le aportara tanta paz y tranquilidad como aquello. Adoraba sentarse en la playa durante horas, escuchar el sonido de las olas, observar a la gente pasear por aquel lugar tan mágico para ella, y divisar los barcos de pesca a lo lejos. Muchas veces de niña imaginaba a su padre que viajaba en uno de ellos, volvía antes de tiempo para estar con ella y con su madre, pero solo era un sueño. Meses después, aparecía por la puerta de casa con los brazos abiertos dispuesto a sostener a su princesa. La abrazaba tan fuerte que April se quejaba, aunque su padre sabía que lo hacía para que siguiera estrechándola y colmándola de besos.

El ladrido de un perro la sacó de sus recuerdos de infancia, miró el reloj y, tras levantarse, se sacudió la arena de los pantalones. Recogió el teléfono y el bloc de notas y, antes de volver a casa, cerró los ojos un instante para aspirar aquel olor que echaría de menos sin lugar a dudas. Abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Pronto tendría que decir adiós *a su* mar, ese que estaba unido a ella desde que nació. Pero no solo se despediría de él sino de aquel lugar, su hogar. Cada vez que pensaba que no iba a caminar por sus calles a diario, sentía deseos de llorar, eso por no hablar de no ver cada día a su amiga, Maeve. Las dos se habían criado juntas desde que nacieron, eran hermanas del alma, pues según ella eran auténticas almas gemelas.

Abandonó la playa con el nudo en la garganta y una lágrima se escapó traicionera. April se la limpió con el dedo rápidamente y se frotó los ojos de camino a casa. Lo último que quería era que sus padres se sintieran más tristes por su marcha, aunque hubiera sido cosa suya. De camino a casa iba fijando en su memoria cada detalle de cada adoquín, los bares a los que solía ir, las casas... y, antes de entrar en la suya, no podía dejar de asomarse al

mirador desde el que se divisaba la playa. Eran las mejores vistas del pueblo. Allí volvió a sentir que el mundo se abría a sus pies al saber que no podría contemplar semejante estampa durante mucho tiempo. No quería irse de allí, pero las circunstancias la empujaban a ello. Suspiró una vez más y corrió a casa sintiendo como las lágrimas se derramaban sin remedio. Al llegar a la puerta de su hogar, se limpió de nuevo los ojos y fingió que todo estaba bien con la mejor de las sonrisas, aunque por dentro se estuviera muriendo de pena.

# 1

Entró en la casa familiar que sus padres compraron cuando se casaron. Por la hora que era, su madre estaría en la cocina preparando la cena, seguramente algún pescado que su padre había traído en el barco. April se apoyó en el marco de la puerta y observó a su madre. Se movía por la cocina casi danzando, le gustaba ponerse música mientras elaboraba los platos. Después del duro día de trabajo era su momento preferido: cocinar al son de la música de los años cincuenta. Ella Fitzgerald sonaba al menos un par de veces a la semana, pues tenía sus cantantes favoritos, y Ella era una de ellos. Se abstraía tanto del mundo que no se dio cuenta de que su hija de dieciocho años la estaba observando con la sonrisa en los labios.

—¡Por Dios, April, qué susto me has dado! —Se llevó la mano al pecho intentando calmar su corazón, que había dado un salto al verla apoyada en la puerta. Su hija se rio y se acercó a darle un abrazo—. Venga, venga, que si seguimos así no vamos a cenar nada. —Tras unos segundos, los cuales a April le parecieron insuficientes, se despegó de ella. Sabía que iba a echar de menos muchas cosas, pero dejar a su madre era lo que más le rompía el corazón. Ella era la que realmente la había criado, pues su padre se pasaba meses fuera de casa trabajando. Eran uña y carne, siempre habían estado juntas en aquel hogar. El olor a lavanda que desprendía se le había quedado pegado en la ropa en ese fugaz abrazo que necesitaba tanto.

—¿Y papá? —Su madre continuó removiendo los guisantes que tenía cocinando en la cacerola a la vez que miraba el horno donde seguramente estaría haciendo salmón, a juzgar por el olor. Ningún *chef* del mejor restaurante podría envidiarle nada a su madre que se desenvolvía en la cocina como si fuera una profesional. Bajó el sonido de la radio que tenía en la mesa de la cocina y, tras probar la salsa que estaba preparando en otra cazuela más pequeña, miró a su hija.

—Está en el despacho, al teléfono. —Esto último lo tuvo que decir subiéndole la voz, pues April ya se disponía a ir hacia allí—. Está hablando con la tía para organizar los últimos detalles del viaje.

Eva, la madre de April, se quedó mirando a su hija que, tras la última



frase que había pronunciado, sintió cómo se entristecía el semblante de su pequeña. Se acercó a ella y volvió a abrazarla, esta vez prolongó el contacto aún más. Se meció con ella en un suave vaivén y le dio varios besos en la mejilla, pues había crecido tanto que estaban a la misma altura.

—Sé que es duro, cariño. No quiero que pienses que te estamos echando de casa porque no queremos que estés aquí. La decisión, que hemos tomado tu padre y yo, ha sido siempre por tu bien. Sabemos que eres responsable, independiente y sensata; y que, sin duda, te convertirás en una mujer maravillosa, porque así te hemos criado. Ya sabes lo mal que lo está pasando la tía Anita, ella te necesita al igual que Ryan. No todo el mundo puede decir que tiene familia viviendo en Estados Unidos con los que poder aprender el idioma.

—¡Pero si yo ya sé hablar inglés! ¿Te olvidas que mi padre es norteamericano? —April se separó de su madre haciendo el último intento por convencerla y que no la obligase a dejar su hogar. Los ojos comenzaron a escocerle por las lágrimas, pero por nada del mundo quería que saliesen a flote.

Su madre suspiró resignada y apagó el horno tras revisar que la cocción había terminado. Removió los guisantes y volvió a acercarse a su hija manteniendo una pequeña distancia. A ella también le dolía en el alma tener que separarse de su niña, pero habían tomado la mejor decisión pensando en su propio beneficio. El pueblo se quedaba pequeño para ella y, como cualquier madre, deseaba ofrecerle lo mejor. Necesitaba salir de allí, explorar mundo, conocer otras cosas que no estuvieran en aquel lugar; aparte que su cuñada llevaba un par de años viviendo una situación insufrible en casa y les había pedido auxilio. Entonces decidieron que April se trasladara a vivir con ellos a su casa y así solucionar ambos temas de un plumazo.

—Claro que lo sé, me casé con él —bromeó tratando de sacarle una sonrisa a su pequeña, pero esta no estaba por la labor—. Cariño, aunque ahora no lo creas, es una gran oportunidad para ti. Vas a mejorar el idioma, conocer otra cultura, podrás viajar y ver mundo. ¿No te hace ni un poquito de ilusión?

Por supuesto que no le hacía nada de ilusión. Ella no había pedido semejante cambio. Si por ella fuera seguiría en el mismo pueblo que la vio crecer, saliendo con su amiga Maeve por los bares de la zona, yendo a la playa cada tarde, paseando por los rincones en los que había jugado desde pequeña... En ese momento, su padre entró en la cocina con la mirada

vidriosa. Cada vez que hablaba con su hermana tenía el rostro desencajado y la rabia se hacía patente en él. Disimuló con una media sonrisa al ver a sus dos mujeres allí.

—Hola, princesa. —Le dio un beso en la cabeza apretándola por el hombro brevemente. Eva miró a su marido y no necesitó preguntarle nada para saber que su cuñada no estaba bien. Le guiñó un ojo y, tras darle un tierno beso en la mejilla, los dejó solos en la cocina—. ¿Ya tienes todo preparado?

—Sí. —Fue lo único que le respondió alejándose para llenar un vaso de limonada que habían hecho su madre y ella el día anterior. Sam, el padre de April, se acercó a ella y se llenó otro vaso.

—Los padres erramos muchas veces sin darnos cuenta cuando creemos que estamos haciendo lo mejor para nuestros hijos y no es así. A pesar de eso, no me arrepiento de haber tomado esta decisión junto a tu madre. No solo será una gran experiencia para ti, sino que además podrás ayudar a tu tía, ya sabes que las cosas no están muy bien por allí... —Lo sabía y se sentía una egoísta al no querer vivir con ellos, porque su primo Ryan no era nada fácil. Ese era el problema, lidiar con él.

—¿Y si no soy todo eso que creéis, papá? ¿Y si os decepciono? —La voz de April se quebraba a cada palabra que pronunciaba. Su padre cortó un trozo de papel de cocina y comenzó a limpiar el rostro de su hija, ya empapado de lágrimas desobedientes.

—¿Puede el sol ocultarse con un dedo? —le preguntaba acariciando su rostro con el papel. Su hija negó con la cabeza sin entender su pregunta mientras él le sonreía—. Entonces jamás podrás decepcionarnos.

—Cada día que pasa es más insoportable.

—¿Y crees que April podrá hacer algo? No sé, Sam, ahora me estoy arrepintiendo. Tengo miedo por ella, ¿y si le hace la vida imposible? —Eva mostraba por primera vez su preocupación por enviar a su hija a miles de kilómetros de distancia de casa. Desde un principio, habían estado de acuerdo en que era por su bien, pero, en el fondo, Eva sabía que su marido pensaba más en su hermana que en otra cosa.

—¿En serio piensas que mandaría a mi hija lejos si no supiera que va a salir bien? Además, me parece que te estás olvidando del carácter de mil demonios que tiene tu hija cuando quiere. —Sam sorbió de la humeante taza

de café que se había preparado para comenzar el día. Ese en el que tendrían que despedir a su hija durante largo tiempo.

A pesar de todo, el nudo del estómago le impedía poder respirar con normalidad. Su pequeña, la de los ojos azules, que enamoraba con un leve parpadeo a todo el que se le ponía por delante. Si algo le había dolido en el alma había sido tener que estar meses fuera del hogar familiar trabajando, pero no tuvo más remedio. Tras dejar su casa en Estados Unidos, no contó con nada más que con sus manos para poder ganarse la vida. Tenía que ausentarse mucho tiempo, tiempo que perdía de estar con su mujer, a la que adoraba, y con su hija, el gran sueño de ambos. Sam se lamentaba en ocasiones, pero entonces recordaba el motivo por el que todo merecía la pena y sonreía. Eva, fue, sin duda, el mejor regalo que le dio la vida, antes de que llegara April. Todo era poco para ellas, lucharía contra viento y marea, abandonaría a quien fuera necesario e incluso se pelearía con quien hiciese falta por ver una sonrisa en sus caras.

—Tienes razón, pero Ryan está tan fuera de control que me da miedo que pueda hacerle daño. —Eva le sacó de sus pensamientos de nuevo. Sam, que no deseaba que su mujer viviera preocupada por April, se separó de la encimera donde estaba apoyado tomando el café y caminó hasta Eva que estaba sentada en la mesa. Se agachó y, cogiendo la cara en sus manos, acercó su boca a la suya dándole un tierno beso.

—Todo va a salir bien, te lo prometo. Mientras ella no esté, vamos a estar juntos cada hora del día, cada día del mes...

—¿Cómo? Si trabajas meses fuera de casa —Eva interrumpió a su marido antes de que pudiera acabar la frase.

—Voy a estar unos meses aquí, no me voy a ir a ningún lado. —Silencio a su mujer con un dedo en los labios, pues ya empezaba a quejarse de aquella decisión—. Juntos como cuando nos enamoramos y nos faltaban horas del día, ¿te acuerdas? —Las mejillas de Eva se tiñeron de rubor al recordar aquellos primeros días en los que no se separaban ni un solo instante, se amaban tanto que incluso dormir era una opción poco válida.

—Estás loco, Sam, no puedes dejar de trabajar, el dinero...

—Sshhh, no hay más que hablar, Eve. —Así la llamaba cariñosamente, y a ella le encantaba—. ¿Acaso no sabes que me volviste loco el primer día que nos vimos? Desde entonces perdí toda cordura. —La levantó suavemente y, sin música, comenzaron a bailar en la cocina, agarrados y tan enamorados como dos adolescentes.

—¿Sabéis que el avión sale en dos horas no? —April hizo aparición, rompiendo aquella tierna escena, bastante enfadada. ¿Ahora se ponían a bailar? A veces pensaba que la adulta de los tres era ella. Sus padres la miraron con picardía y antes de poder reaccionar se vio atrapada entre ellos dos, bailando una música inexistente—. En serio ¡tenéis que madurar! —Se removía para separarse, pero se lo impedían cantándole una melodía que, según ellos, era su canción. April dejó de forcejear al ser consciente que era imposible ganar la batalla. El timbre de la puerta rompió aquel momento familiar. Sam fue a abrir la puerta mientras Eva le preguntaba a su hija si lo llevaba todo.

—April, tienes visita —su padre la llamó desde la puerta de la cocina y, detrás de él, apareció la última persona que esperaba ver, su amiga Maeve. Ya se habían despedido en la playa el día anterior, no quería verla allí, pues sufría aún más al saber que no volvería a verla durante meses. Eva y Sam las dejaron solas, marchándose de la mano entre risas. April puso los ojos en blanco ante tal actitud adolescente, pero Maeve los miraba embobada.

—Tienes unos padres maravillosos —le dijo quitándose la chaqueta y dejándola en una de las sillas de la cocina. Se sentó cruzándose de brazos.

—Tendrás queja de los tuyos. ¿Por qué se comportarán así y no como los padres adultos que se suponen deberían ser? —April se sentó en otra silla junto a su amiga extendiendo los brazos en la mesa. Apoyó la cabeza en ellos y cerró los ojos. Maeve acarició su pelo y una de sus manos, esa en la que llevaba un par de anillos que le encantaban.

—No me quejo, pero tus padres están siempre tan felices, ¿qué envidia! ¿Crees que nosotras encontraremos a alguien con el que lo seremos? —April levantó la cabeza y miró a su amiga, incrédula.

—Creía que después de Marcos no querías volver a oír nada sobre los hombres. A mí, por mi parte, no me apetece nada meterme en esos rollos. Con Jaime ya tuve bastante para unas cuantas vidas. —Marcos había sido hasta el gran amor de Maeve, pero verlo besándose con una de sus primas, que vino de visita desde Francia hacía unas semanas, fue un puñal clavado directamente a su corazón. April había tenido muchos problemas con Jaime debido a unos celos obsesivos por su parte, no podía hacer casi nada y, en cuanto comenzó a meterse con la ropa que ella debía llevar, dio por finalizada la relación. Afortunadamente al padre de Jaime lo trasladaron, por lo que se mudaron de ciudad y no volvió a verlo. De aquello hacía ya seis meses, y en ese tiempo no había tenido ganas de enamorarse de nadie.

—Bueno tú ahora caerás rendida a los pies de cualquier americano guapo de esos que derriten con una sonrisa. Acuérdate de preguntarle si tiene un hermano o un primo, y entonces iré a verte. —April recordó de nuevo que debían separarse, aquello dolía demasiado—. Vamos, no te pongas triste que vas a pasarlo genial mientras yo me quedo en este pueblo sola y abandonada. Te he traído algo. —Del bolsillo de la chaqueta sacó un par de pulseras de tela con el nombre de cada una—. He pensado que podíamos tener algo que nos recuerde a la otra, así nuestras almas permanecerán unidas como hasta ahora y nunca jamás podremos olvidarnos.

—¿Pero tú crees que alguna vez podría olvidarte, tonta? —Maeve le puso la pulsera a April y se anudó la suya. Sacó su teléfono móvil para hacer una foto a ambas muñecas con las pulseras puestas.

—Listo, subido a *Instagram*.

—Desde luego, nunca entenderé cómo puedes tener tanta red social y no volverte loca. En fin, no tenías que haber venido que ya nos despedimos ayer. No quiero decirte adiós más veces. —April tragó saliva a punto de atragantarse al pensar en su marcha.

—No seas dramática que no te vas a la guerra. Vas a pasarlo genial y a ayudar a tu tía, que bastante tiene la pobre.

—Pero...

—Nada de peros, April. Eres una de las personas más empática y generosa que conozco, así que sé a ciencia cierta que vas a hacer mucho bien a tu familia, y además vas a conocer a tíos *buenorros* de los que salen en las pelis románticas que nos encantan. Ahora, levántate y comienza a vivir esa nueva vida. —Maeve no podría definirse por ser parca en palabras. Siempre veía el lado positivo a las cosas e incluso el de las personas. Le sonrió, se fundió en un gran abrazo con ella, y se despidieron con alguna lágrima atascada en la garganta —. Nunca, nunca te olvides del poder tan grande que tienes ahí dentro —le dijo señalándole con un dedo el pecho— y, por supuesto, jamás olvides que te quiero, hermana del alma.

## 2

Apenas un par de maletas eran suficientes para guardar una vida entera. La melancolía la apesaba, y derramó alguna lágrima pensando que ese ya no sería su hogar nunca más. Su madre la comprendía bien, pues, a pesar de todo, iba a echar mucho de menos a su pequeña niña. Entró a la habitación semivacía de su hija y la abrazó por la espalda. Se mantuvieron abrazadas así, al menos varios minutos, hasta que su padre las llamó desde el salón. Era hora de dejar el que había sido su único hogar hasta ahora.

—Vamos, vamos, no nos pongamos melodramáticos. —Su padre rodeó a ambas con sus brazos cuando las vio llegar llorosas. Se fundieron los tres en un abrazo que duró demasiado poco para April, pues necesitaba el cobijo de su familia más que nunca. Se subieron al coche camino al aeropuerto, sus padres no dejaron de hablar recordando viejas anécdotas, como la primera vez que su hija aprendió a nadar en la playa o cuando ganó su primer concurso de matemáticas con tan solo siete años. Pero ella únicamente miraba por la ventana despidiéndose de aquel lugar con el pensamiento. Trataba de disimular su aflicción soltando alguna risita o algún monosílabo.

Para el mediodía ya estaban en el aeropuerto esperando que el vuelo saliera. Una vez facturadas las maletas, disfrutaron juntos de los últimos momentos comiendo en uno de los bares del aeropuerto. Su padre no dejó de decir tonterías para animarla, pero los únicos que reían eran Eva y él mismo. Al cabo de un rato, llamaron para su vuelo y se dirigieron a la puerta de embarque. April se agarraba a la camisa de su padre llorando desconsolada. Explotó tras aguantar durante todo el día el nudo de emociones que no le dejaba respirar. Él acariciaba su espalda de arriba abajo apretándola fuertemente contra él, mientras que su madre pasaba la mano por su pelo y sollozaba. Su marido tiró de ella y se volvieron a fundir en un abrazo, disfrutando del mismo antes de la pronta marcha de su única hija.

—Venga que se te va el avión. —Su padre se separó de ellas, sin dejar de limpiarle las lágrimas a su hija—. Estudia, disfruta y dale muchos besos a la tía de mi parte. —Le dio un beso en la nariz, como ella hacía cuando era una niña, y se retiró para que se abrazara a su madre que los miraba con los

ojos enrojecidos.

—Cariño, cuídate mucho y lo que necesites no dudes en llamarme, ¿vale? —Un beso tierno en la cabeza y una caricia en la mejilla fue el último contacto antes de darle la mano a su marido. La acompañaron hasta la cinta y vieron cómo atravesaba el control de seguridad. Al otro lado, esperaron un rato despidiéndose de su hija con la mano. Tras lanzarles varios besos, April se dio la vuelta y no volvió a mirar atrás. Era inevitable alargar la agonía por más tiempo.

Tras varias horas interminables de vuelo, llegó al aeropuerto del pueblo de California, el cual sería su nuevo hogar. La diferencia de temperatura entre España y Estados Unidos era patente con el simple hecho de poner un pie en el suelo. En el baño del avión se cambió de ropa poniéndose un pantalón corto para no correr el peligro de asfixiarse. Tirando del pesado equipaje, sentía como la camiseta de manga corta se le pegaba a la piel. ¿Cómo podía hacer tanto calor allí? A pesar de seguir siendo verano en España, por la tarde la temperatura bajaba y se necesitaba tener alguna chaqueta a mano, pero en cambio allí ya era de noche y seguía haciendo demasiado calor.

Nada más entrar por la puerta de llegadas del aeropuerto, vio a decenas de personas esperando con pancartas, flores y sonrisas. April buscó un rostro conocido entre tanta multitud, pero le costaba mucho trabajo debido a los empujones de los viajeros que llegaban a lo loco, sin mirar nada más que a sus seres queridos que los esperaban. A los pocos minutos, comenzó a oír su nombre y pudo vislumbrar a su tía entre la gente. Una mujer que rondaba los cuarenta años, alta, castaña y de complexión fuerte, pero con mirada dulce la saludaba con la mano efusivamente. April se acercó hasta ella, exhausta por el viaje y el peso de las maletas, y en cuanto estuvo delante de su tía, las soltó provocando que se cayeran al suelo con un sonoro golpe. Ella se llevó las manos a la boca, y su tía se rio sin darle importancia.

—Mi querida April. —Le dio tal abrazo que casi se quedó sin respiración. Hacía al menos cinco años que no veía a su tía, desde que ella había viajado hasta España para visitarlos. Seguía siendo la mujer grande y fuerte por fuera que jugaba con ella, se preocupaba de sus cosas y estaba siempre ahí para ella, incluso vía telefónica.

Ahora sabía que su tía había cambiado mucho, su sonrisa marchita y las canas visibles en su largo pelo castaño se lo confirmaban. Además había

escuchado a escondidas las conversaciones de sus padres en el estudio mientras hablaban de lo mal que lo estaba pasando en casa. Ese había sido el principal motivo por el que estaba allí y, en ese mismo instante, decidió que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que aquella mujer, tan importante en su vida, volviera a ser la que era.

A la media hora llegaron a la casa de su tía, su nuevo hogar. Entre las dos subieron las maletas a la que sería su habitación, justo al lado de la de ella y alejada de la de Ryan al parecer.

—Ryan se mudó al sótano hace unos meses, le gusta esa zona más que estar aquí arriba. —Notó como a su tía se le quebraba la voz. April cambió rápidamente de tema comentando las bonitas vistas que tenía del vecindario familiar, aunque echaría de menos ver el mar cada mañana al despertar—. Espero que estés cómoda, cariño, cualquier cosa que necesites no tienes más que decirlo ¿vale?

—Perfecto. —Abrió la maleta donde tenía el pijama y el cepillo de dientes. Tenía tal *jet lag* que no podía mantener los ojos abiertos por mucho tiempo. En el avión le habían dado de cenar, así que con lo único con lo que soñaba era con meterse en la cama.

—Ya hablé con tus padres y les dije que has llegado sana y salva. ¿Quieres un té o algo caliente antes de dormir?

—No, tía, solo necesito dormir unas cuantas horas. Estoy agotada —le dijo entre bostezos estirándose. Su tía sonrió y se acercó a ella para darle un beso, la agarró de las manos y, con la emoción en la garganta, le dio las gracias.

—Cariño, gracias por haber venido. Sé que ha sido una decisión difícil, has dejado todo por venir desde lejos, pero te prometo que voy a hacer todo lo posible para que seas muy, muy feliz aquí, conmigo. —Ni siquiera mencionaba a Ryan. April sabía que era el principal tormento de su tía y que no sería tarea fácil. Se le rompía algo por dentro al ver de aquella manera a la mujer fuerte que siempre había sido. Se tragó las lágrimas y le sonrió dulcemente.

—No hay nada que agradecer, tía. Ya verás lo bien que va a ir todo. — Su tía le sonrió con tristeza, pues conocía a su hijo y sabía que no se había tomado nada bien que su prima se trasladara allí a vivir con ellos. Siempre se habían llevado bien, pero desde hacía dos años las cosas habían cambiado



tanto... Se dieron un gran abrazo y, antes de que April pudiera decirle algo más para animarla, se marchó. Era una buena mujer, no se merecía estar sufriendo por el imbécil de su primo. Estaba deseando verlo para decirle unas cuantas cosas, pero por ahora la cama la llamaba a gritos; así que se metió en ella donde cayó rendida al instante tras ponerse el pijama.

El sol se colaba por la ventana de su nueva habitación bañando la estancia. April miró el reloj que tenía en la mesita junto a la cama. Había dormido trece horas, era increíble. Se sentía tan agotada la noche anterior que no le extrañaba nada. Se puso las zapatillas para bajar a la cocina, pero iba medio dormida y se chocó con algo en el pasillo.

—¡Guauu, ten más cuidado! —Se restregó los ojos sin poder creerlo. ¿Aquel era su primo? No tenía nada que ver con el recuerdo que guardaba de él. Ahora se había convertido en un chico alto, con barba incipiente y la mirada dura.

—Vaya, me alegro de verte, Ryan. Estás... diferente. —Fue lo único que consiguió decir. Él se rio sarcástico y, cruzado de brazos, la miró de arriba a abajo.

—¿Y qué esperabas, nena? —¿Nena? ¿Su primo pequeño la acababa de llamar *nena*? April lo miró aún impactada mientras veía cómo se daba la vuelta y, dando un portazo, se metía en el baño. Bajó las escaleras sorprendida por el chico con el que se acababa de encontrar. Su tía estaba en la cocina preparando la comida cuando la vio llegar.

—Buenos días, tesoro, ¿has descansado bien?

—Sí, siento haberme levantado tarde, tía, pero estaba muy cansada. — Se sentó en una silla de la cocina frotándose los ojos que aún le escocían por el cansancio.

—Nada de pedir disculpas, cariño, es normal. Hiciste un viaje muy largo. Estoy preparando un guiso de pollo para que te entre calentito en el estómago. —April sonrió al recordar las comidas caseras tan deliciosas que siempre le había preparado su tía. Se levantó a ver cómo iba el guiso, y Anita le explicó cómo se preparaba, paso a paso. Ryan llegó en aquel instante rompiendo el buen ambiente que se respiraba en la cocina.

—Me largo, no me esperes levantada.

—Es la una del mediodía, Ryan —contestó su tía recriminándole su pronta marcha—. ¿Es que ni siquiera piensas comer con nosotras, ni siquiera el primer día que está aquí tu prima?

—¿Por qué iba a hacer eso? ¿Acaso alguien me consultó que viniera a

vivir a mi casa? Además parece que se va a quedar una larga temporada, ya tendremos comidas familiares entrañables —ironizó aquel chico que April no conseguía reconocer. Con una camiseta de manga corta negra podía ver un tatuaje en su brazo. ¿Su primo tenía un tatuaje? ¡El mundo se había vuelto loco! ¿Cómo podía ser que tuviera aquella actitud macarra si era un niño encantador? Lo recordaba siempre atento y complaciente, con el que jugaba horas y se divertía en la playa con la cometa que su padre le compraba cada verano.

—Oye, enano, un poco más de respeto a tu madre. —Su tía le dijo que no tenía importancia, pero veía la pena en su cara. Ryan se giró antes de marcharse, echando humo, y dio unos pasos hacia ella.

—¿A quién llamas tú *enano*, nena?

—La última vez que me llamas *nena* o te juro que te abofeteo tan fuerte que no te vuelven a quedar ganas de decírmelo. Y sí, *enano*, ¿qué crees que consigues con esa actitud de matón de barrio? —Se paró unos segundos observando su reacción—. ¿Y eso es un tatuaje? ¿En serio, Ryan? Mira no sé qué es lo que te ha pasado, pero, a partir de ahora, las cosas van a cambiar. Lo primero, vas a aprender a respetar a las personas de esta casa, ¿lo entiendes?

Su primo sacó un cigarro y un mechero y lo encendió delante de ella, inhaló una calada y le echó el humo provocando que April tosiera. Le sonrió con prepotencia y se marchó sin decir una sola palabra.

### 3

Anita se desplomó sobre una de las sillas de la cocina cubriéndose la cara con las manos. April la miraba con pena sabiendo lo dura que tenía que estar siendo aquella situación para ella. Ahora empezaba a entender por qué habían querido que se mudara allí con ellos. Su tía estaba cansada, no le quedaban muchas más fuerzas para lidiar con su hijo. Quizás April podría acercarse a él, de igual a igual, aunque visto el comportamiento de su primo, lo dudaba.

—Vamos, tía, no te preocupes. —Acarició la cabeza de su tía, que ocultaba su rostro, pues a juzgar por el encogimiento de hombros estaría seguramente llorando. Se frotó la cara un par de veces y sonrió a su sobrina. Después continuó cocinando explicándole de nuevo cómo cocinar aquel guiso, obviando lo que acaba de suceder.

Comieron tranquilas recordando momentos que habían vivido en España cuando iban a visitarlos, pues cada año lo hacían al menos un par de veces, pero todo cambió desde que su marido se marchó y los abandonó. De eso hacía ya cinco años, pero el drástico cambio de Ryan se manifestó hacía dos. Se alejó de su madre a la que adoraba, se juntó con malas compañías, dejó de estudiar, y todo explotó de repente. Todo aquello lo sabía por su madre que le había contado retazos de la historia, sin poder encajar el puzle por completo.

—Tía, imagino que lo has estado pasado muy mal. Primero, lo del tío... —Su tía se levantó sin querer hablar del tema, pero era necesario poner las cartas sobre la mesa para comenzar desde cero—. Y ahora, el comportamiento de Ryan que es cuanto menos insoportable. Tía... tía... —Se acercó a ella por detrás y la obligó a girarse. Al hacerlo comprobó que había estado aguantando las lágrimas—. A partir de ahora, no estás sola en esto, te prometo que vamos a traer a nuestro Ryan de vuelta, y volverá a ser el chico amable, cariñoso y respetuoso que ha sido siempre. —Su tía afirmaba con la cabeza llorando todo lo que llevaba contenido durante mucho tiempo.

—Gracias, tesoro. Gracias por estar aquí. —Se abrazaron brevemente, pues April había decidido que ya eran suficiente lágrimas, penas y angustias. Volvieron a hablar de los viejos tiempos y de los planes que su sobrina tenía en mente.

—Desde casa, estuve mirando con papá y mamá el programa de estudios de la universidad e hicimos todos los papeles.

—Eso es maravilloso, April, ¿y qué es lo que vas a estudiar? No, déjame que adivine. —Su tía la miró en silencio unos instantes antes de dar con la respuesta—. Economía.

Su sobrina se quedó estupefacta al ver que había acertado. April adoraba las matemáticas desde pequeña, siempre que podía hacía ecuaciones y algoritmos, especialmente cuando necesitaba desestresarse y sentirse bien. Continuaron hablando un rato de la universidad y del programa de estudios. Anita se sentía algo aliviada al saber que April estaba allí, dispuesta a echarle un ojo más que de vez en cuando a Ryan.

—Mañana tengo que ir temprano a trabajar y no podré acompañarte a la facultad —le dijo su tía mientras regaba los platos de la comida.

—¡Oh, no, tía!, las clases no comienzan hasta dentro de un mes — contestó April secando los cacharros que le pasaba su tía—. Así me voy aclimatando al lugar con tranquilidad.

—Perfecto, cielo, si quieres puedes acompañarme al taller donde trabajo un rato. —A April le pareció una buena idea por lo que quedaron en eso. El resto de la tarde se la pasó deshaciendo el equipaje y acomodando cada cosa en su nueva habitación. Anita, por su parte, se marchó a ayudar en una colecta de la iglesia vendiendo dulces elaborados por ella misma. Esos momentos eran los únicos que le aportaban algo de calma y que le permitían respirar, puesto que tragaba las palabras que deseaba poder decir, se le atoraban en la garganta y solamente por la noche, en la intimidad de su cuarto, se permitía llorarlas. Pero ahora April había llegado a sus vidas para volver a organizarlas y poner orden. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Cuando acabó de ordenar la habitación, llamó a sus padres calculando la diferencia horaria. Estaban bien, aunque la echaban de menos. Tras colgar, decidió que quería hacer algo y, ya que su tía se iba a demorar en aquel acto, se marchó a caminar sin rumbo fijo. Paseó por el pueblo descubriendo tiendas, bares, parques... hasta que llegó a la playa. «Esto es cosa del destino», pensó April. Se sentó en la arena y aspiró el olor salado del aire, contempló las olas romper en el muelle que estaba a unos metros y se entretuvo observando el ir y venir de la gente. Era diferente a su playa de España, pero el mar seguía cautivándola tanto que perdió la noción del tiempo.

Por suerte, recordaba el lugar donde su tía iba a estar, así que se dirigió hacia allí, aunque le costó preguntar un par de veces dónde estaba. Llegó casi una hora después de haber dejado la playa. Anita seguía en aquel lugar, junto a otras mujeres de su misma edad, y sonreía como hacía tiempo que no la veía. ¿Qué tendría aquel sitio y aquellas personas que conseguían cambiar la cara de su tía?

—Hola, tesoro, ¡qué sorpresa! —April se acercó a su tía que le presentó a las vecinas con las que preparaban este tipo de eventos benéficos. Habló con unas y otras hasta que acabó el acto. Volvieron a casa mientras su tía le explicaba de qué se trataba todo aquello y lo mucho que disfrutaba colaborando. Ya era de noche cuando llegaron a casa y Ryan seguía sin dar señales de vida. La preocupación volvió a la cara de su tía, aunque estaba acostumbrada a que su hijo hiciera ese tipo de cosas. Se fue a la cama sin mediar una palabra con April rogando que nada malo le sucediese, pero temía que el día menos pensado la policía apareciera en su casa con malas noticias.

April salió al porche a disfrutar de la noche en el más absoluto silencio. Se balanceó en la mecedora que tenía su tía y respiró el aire del lugar. De pronto, una camioneta aparcó cerca de allí deslumbrándola con los faros. De ella se bajó un chico alto que sostenía a su primo como podía, pues iba borracho como una cuba. April se levantó de un salto al ver el estado en el que se encontraba y antes de darse cuenta tenía a Ryan encima. El desconocido, que llevaba unas gafas de sol a pesar de la oscuridad de la noche, se lo pasó sin decirle siquiera «hola». Debido a la poca iluminación del lugar no le pudo ver bien la cara al chico ni recriminarle cómo lo traía en ese estado. Se volvió a la camioneta y se fue sin decir nada. April lo dejó en las escaleras del porche y pensó cómo hacerle reaccionar. No era una idea que le fuera a gustar a Ryan, pero se lo merecía. Cuando el cubo de agua fría le cayó encima, maldijo y se levantó chillando.

—Bien, ahora puedes andar e irte a la cama tú solo. —Y lo dejó allí plantado mientras el agua se escurría por su ropa. Pretendía ayudarlo, pero hacer de niñera no estaba entre sus planes. Ya en la cama, oyó como la puerta de casa se abría y unos pasos bajaban la escalera que daba al sótano. April se sintió aliviada al saber que ya estaba dentro de casa, ahora podía dormir sin preocuparse; no obstante, no dejaba de pensar en el comportamiento que su primo tenía. Aunque, en realidad, lo que más intrigaba a April era no haber podido ver bien el rostro de aquel chico misterioso con gafas, del que volvería a saber muy pronto.

## 4

El olor a desayuno casero despertó a April. Se desperezó sobre la mullida cama abriendo los ojos lentamente. Aún le costaba centrarse y saber dónde estaba. Por un momento dudó del lugar en el que se encontraba, hasta que enfocó la vista y reconoció los objetos de su nueva habitación. Resignada, se levantó y, tras ponerse las zapatillas, se acercó a la ventana. Las vistas no eran como las de su casa en el norte de España donde podía ver la playa, pero tampoco estaban mal. Se respiraba mucha paz en aquel lugar apartado de la ciudad. Su tía y Ryan vivían alejados del centro, en una casa de dos plantas con porche y patio trasero con un gran jardín, en el que Anita se pasaba las horas muertas disfrutando de sus plantas. No sería más tarde de las ocho y media de la mañana, pues su tía empezaba su jornada laboral a las nueve. Bajó enfundada en una chaqueta, que tenía colgando sobre el respaldo de la silla del escritorio, ya que a esas horas siempre tenía algo de frío.

En la cocina se encontró a su tía, toda laboriosa, preparando un desayuno de reyes. Había tortitas, *bacon*, huevos revueltos, tostadas, zumo recién exprimido y café.

—Buenos días, cielo. —Su tía se llenó una taza de café y mordisqueó una tostada antes de sentarse a la mesa—. Como no recuerdo bien lo que te gusta, he hecho de todo un poco.

April no quería quitarle la emoción que brillaba en los ojos de su tía y le dijo que no se preocupara cuando realmente debería haberle dicho que ella no estaba acostumbrada a aquel tipo de desayuno. En casa, su padre seguía con las tradiciones de su país y preparaba el mismo desayuno, pero su madre y ella nunca se habituaron. Con unas tostadas o unos cereales con leche se conformaba.

—¿Y Ryan? ¿Se ha levantado ya? —Anita se rio casi atragantándose por la pregunta. ¿Ryan levantado antes de las doce? Eso era una utopía.

—No, querida, tu primo no suele madrugar. ¿Vas a querer acompañarme al taller entonces?

—Por supuesto, si me das diez minutos, estoy lista. —Le dio un par de mordiscos a una tostada y bebió un poco de leche antes de salir disparada a su

cuarto. Se duchó a la velocidad de la luz y se vistió con lo primero que pilló, unos *jeans* por el tobillo, camiseta de las que se llevaban enseñando ombligo y las deportivas blancas. A los trece minutos, cronometrados, ya estaba preparada, y es que April era muy perfeccionista y le gustaba controlar todo lo que sucedía a su alrededor, incluido el tiempo.

Anita y ella llegaron al trabajo en el coche de su tía que parecía más una lata vieja que un vehículo decente. A la entrada del taller había un letrero con grandes letras donde se leía «Taller de Lou». Aquel era el trabajo que su tía había conseguido cuando su marido los abandonó. Anita se había criado en San Diego, de donde era toda su familia, pero al casarse con Ken se trasladaron a ese pueblecito a vivir. Allí llevaban viviendo muchos años hasta que una noche su marido se marchó y nunca más regresó. Ella se había dedicado a su hijo y a su marido siempre, no había trabajado nunca. Por suerte, Lou, el dueño del taller, se apiadó de su situación y le ofreció trabajo de contable. Los números se le daban muy bien, de hecho era la que llevaba la situación económica en la casa y hacía la declaración de la renta de algunas vecinas. Aquel trabajo fue su salvavidas, antes de que todo se desmoronase gracias al estúpido comportamiento de Ryan.

Anita entraba e iba saludando jovialmente a los chicos, que trabajaban allí de mecánicos, hasta llegar a su pequeño despacho. April entró tras ella, tímidamente. Cerró la puerta y se sentó junto a tu tía, que comenzó a revisar varios papeles que descansaban sobre la mesa. Un hombre de la edad de su tía, alto y con gafas, entró sin llamar. Anita lo saludó con una sonrisa en los labios, y él hizo lo mismo.

—Permíteme presentarte a mi sobrina April. Tesoro, este es el dueño del taller, Lou. —El hombre le estrechó la mano sonriéndole cariñosamente.

—Es un placer, April. —Ella dijo lo mismo y se apartó un poco para que aquellos dos hablaran sin distracciones. Paseó por el despacho observando las estanterías plagadas de libros de matemáticas y ficheros. En una de las paredes había diplomas con nombres de chicos en los que se les reconocía el título de mecánico. Aquello extrañó a la chica que pronto preguntaría a Anita sobre ello.

Unas risas llamaron su atención y se giró para ver a su tía y el señor Lou riendo abiertamente. Su tía sonreía con el brillo en los ojos que había perdido o, al menos, eso creía. Se quedaron de nuevo solas en el despacho, y Anita

comenzó a hacer cálculos con la calculadora anotando en un cuaderno cada resultado con el lápiz.

—Parece agradable.

—¿Qué? —Anita apenas levantaba la cara de su tarea.

—El señor Lou. —Al oír su nombre, dejó lo que estaba haciendo y sonrió a su sobrina mientras asentía con la cabeza.

—Lo es, si no hubiera sido por él no sé qué habría sido de nosotros. Nos tendió su mano cuando más lo necesitábamos. —El semblante de su tía cambio al recordar seguramente aquellos amargos días. April no deseaba que se entristeciera, así que cambió de tema.

—¿Qué son esos diplomas? ¿Tantos mecánicos trabajan aquí? —Señaló a la pared sin mirar a su tía.

—Sí, trabajan por turnos. Este taller es especial, cariño.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de especial?

—Lou fue un niño huérfano que vagó de casa en casa, sin encontrar nunca un hogar, metiéndose en problemas día sí y día también. Cuando abrió este lugar, quiso dar una oportunidad a chicos como él. Todos esos diplomas pertenecen a chicos, por decirlo de alguna forma, «problemáticos». —Ahora sí que no entendía nada. ¿En aquel lugar trabajaba gente con problemas? Así no ayudaba mucho a Ryan, metiéndole en la boca del lobo—. No pongas esa cara de susto, son todos fabulosos. Ya los conocerás. —Le guiñó un ojo y siguió a su tarea dejando a su sobrina sumida en la incertidumbre.

A la hora de la comida se acercaron a la cafetería cercana al taller donde comían habitualmente. Lou fue con ellas y comieron los tres entre risas. Al salir de allí, se encontraron con Ryan que llevaba gafas de sol como el desconocido del día anterior. Lou se alejó unos pasos para atender el teléfono mientras Anita trataba de hablar con su hijo.

—Hola, hijo, ¿venías a buscarme?

—¿A ti? —chistó de malas maneras antes de pasar de largo.

—¡Eh, Ryan! ¿Dónde vas? —April lo llamaba, pero su primo no le hacía ni caso. Se giró y vio que su tía negaba con la mirada y después miró a Lou que colgaba el teléfono—. Nos vemos más tarde, tía. —Corrió tras su primo con la adrenalina y la rabia zumbándole en los oídos. ¿Cómo tenía la poca vergüenza de dirigirse de esa manera a su madre? Al llegar a su altura, le dio un empujón y él se dio la vuelta encarándose con ella porque pensó que



se trataría de otra persona.

—¿Qué demonios quieres ahora?

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿Por qué te comportas así, Ryan? ¡Dios, no te reconozco! Tú no eres así, ¿qué te ha pasado, *enano*?

—No vuelvas a llamarme así nunca más, ya te lo dije ayer. No seas pesada y lárgate. —Entró al bar, que estaba a sus espaldas, y la dejó con la palabra en la boca. Apretando los puños a ambos lados de los costados, entró hecha una furia en busca de su primo.

—Está cerrado —le dijo un camarero desde la barra con malas pulgas, pero ella no se achantó y se acercó sonriendo tímidamente.

—Lo sé, es que yo... estoy buscando a alguien —respondió April rastreando con la mirada a su primo, que no aparecía por ningún lado. Era imposible que se hubiera esfumado si había entrado cinco segundos antes que ella. El chico se rio apoyando el trapo en uno de sus hombros.

—No me digas. ¿Y a quién buscas, princesa? —le dijo inspeccionándola de arriba abajo. April sintió cómo la desnudaba con la mirada y aquello le hizo sentirse muy incómoda—. Princesa, con ese aspecto angelical que tienes no creo que este sea el lugar más adecuado para ti. —¿La acababa de llamar *princesa* dos veces? April lo miró con los ojos abiertos como platos sin salir de su asombro. ¡Por Dios santo, deseaba que apareciese su primo de una vez por todas!

—Es un chico igual de alto que yo, acaba de entrar. —Quería saber dónde se había metido, pero algo le decía que aquel hombre no estaba por la labor de ayudarla.

—Mejor será que te vayas antes de que veas u oigas cosas que te puedan asustar. —Ella no era una cobardica y no pensaba salir de allí sin Ryan. Se cruzó de brazos y comenzó a desafiar al hombre con la mirada—. Ya está bien. —Salió de la barra y agarró a April del brazo llevándola camino a la puerta de salida. Ella forcejeaba y seguía preguntándole por Ryan. Oyó la voz de su primo a su espalda y se giró aliviada.

—¡Quítale las manos de encima ahora mismo!

—Aquí no te puedes traer a *tus* fulanas, Ry. —April se soltó del fuerte agarre del camarero y lo miró enfurecida. Ryan la agarró en su lugar y salieron de allí rápidamente.

—¿Se puede saber qué crees que haces? ¡No me sigas! ¡Déjame en paz!  
—Ryan le gritó tan fuerte que un par de chicas que pasaban por allí se giraron alarmadas por los gritos.

—No te voy a dejar en paz ni me voy a ir de aquí. Hazte a la idea que voy a ser tu sombra hasta que vuelvas a comportarte como el chico que eras. —Ryan bufó y caminó a grandes zancadas dejándola atrás. April tenía que correr para poder alcanzarlo. Tomaron un autobús que les dejó cerca de la casa. En el trayecto ninguno habló y cuando llegaron, su primo se metió en el sótano dando un portazo. Su tía ya había llegado, pero prefirió no preguntar nada al ver el enfado de su sobrina.

Prepararon la cena y, por primera vez, tuvieron una comida los tres juntos, aunque el silencio fue el que reinó en la cocina. Tras terminar la cena, April y su tía fregaron los platos. Ryan volvió a aparecer ataviado para salir de fiesta. Su prima lo miró, pero no quiso preguntarle adónde se dirigía, ni siquiera lo mencionó. Únicamente apareció ante ellas como un fantasma para que supieran que se iba. Su madre bajó la cabeza y siguió leyendo, pero April no iba a dejarlo marchar así como así.

—Estoy bastante cansada, tía, ¿tú no?

—Lo cierto es que sí, cariño, y mañana toca día de trabajo duro otra vez. Estamos cerrando las cuentas del mes y suelen ser días de mucho trabajo. Lo mejor será que nos vayamos a la cama —le dijo cerrando el libro dejándolo sobre la mesita del salón.

—Perfecto, enseguida subiré. Quisiera tomar el aire un rato y disfrutar de la calidez de la noche y las estrellas. —A Anita le pareció bien y, tras darle un beso de buenas noches, la dejó sola. No tardó ni medio segundo en salir de la casa en busca de su primo.

Afortunadamente, Ryan no tenía carnet de conducir y, por alguna extraña razón dada su actitud, aún no había pensado en coger el coche sin licencia. Vislumbró la silueta de su primo a lo lejos cerca de la parada del autobús que aquella tarde les había traído de vuelta a casa, pero esta vez no lo cogió, sino que se iba caminando al pueblo. April lo siguió como una espía a una distancia prudencial en todo momento.

Sorprendida, entró tras él en el bar que habían estado antes, pero ahora estaba lleno de gente. Al parecer, la multitud concentrada, a pie de un escenario en un extremo del local, gritaba enfurecida a unos chicos que tocaban. Varios pisotones y empujones después la llevaron de un lado a otro

hasta que llegó casi al escenario. Era imposible encontrar a su primo de aquella forma.

Las chicas, en su mayoría, alocadas y entregadas, se sumaban al estruendo del grupo cantando las canciones. Algunas babeaban sin piedad, ¿estarían tan buenos los cantantes? Dispuesta a descubrirlo por sí misma, recibió un empujón de una chica que movía la cadera al ritmo de la música y le hizo verter el contenido de su vaso sobre ella, empapándose por completo. Ni siquiera se dio cuenta, pues seguía bailando y cantando mientras se desgañitaba.

April se limpió con la mano mojándosela de la bebida alcohólica que apestaba su ropa. A duras penas consiguió alejarse de la marabunta de gente. Con un pañuelo que sacó del bolso se volvió a limpiar lo mejor que pudo, aunque entonces fue consciente que eso dejaría mancha. Y es que era una maniática de la limpieza, trataba de no ser demasiado perfeccionista con ese tipo de cosas, pero le costaba horrores. Tiró el clínex en el cenicero de la mesa y trató de seguir buscando a Ryan.

El grupo tocaba una nueva canción, aún más estridente que la anterior, y de repente se vio envuelta en una marea de baile que la llevaba de un lado a otro sin poder detenerse a pesar de intentarlo. A pocos metros del escenario, con varias *groupies* desmelenándose, gritándoles enloquecidas y alguna incluso levantándose el top, se sentía fuera de lugar. ¡¿Por Dios, tan buenos estaban?!

Alzó la mirada y vio a cuatro chicos en el escenario: uno en el centro agarrándose al micrófono sensualmente, otro en el extremo izquierdo tocando el bajo, detrás el batería, y justo enfrente de ella un chico tocando la guitarra eléctrica. Se detuvo en él al sentir ese cosquilleo que se instala en tu estómago como cuando vas en el coche y bajas una cuesta a toda velocidad, esa misma sensación de vértigo. Abrió la boca buscando el aire que le faltaba mientras seguía embobada mirándole.

El chico, concentrado en acariciar las cuerdas de su guitarra, conseguía que las chicas se volvieran aun más locas. No miraba al público, sino que se concentraba cerrando los ojos, lo que le permitía observarle con detenimiento sin parecer una fan loca. Ya no le importaba que la pisasen, empujaran o dieran codazos porque no podía apartar los ojos de él, de su pelo alborotado, de su mano que tocaba la guitarra como si estuviera llevando a cabo la tarea más importante del mundo...

Solo le molestaba que no abriera sus ojos y la privara de verlos, hasta

que lo hizo y, durante los segundos que se miraron, volvió a sentir el vértigo en su estómago. Por desgracia, entre las luces y los empujones, era imposible reconocer su color. Presa del pánico por el cosquilleo que no cesaba, salió de allí apartando a unos y a otros como pudo hasta que consiguió alcanzar la puerta del local y la brisa de la noche devolvió el aire a sus pulmones.

## 5

No comprendía qué era lo que acababa de pasar. Nunca había sentido esa sensación que se le agarraba al pecho y bajaba hasta el estómago en plan montaña rusa. April se llevó la mano al pecho sintiendo cómo su corazón le seguía latiendo desbocado. ¿Qué tenía aquel chico que le había provocado semejantes sentimientos? Sacudió la cabeza queriendo sacarse aquella imagen de la cabeza y volvió a pensar en su primo que seguía ahí dentro. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, entró de nuevo en el local, pero comenzó a sentirse demasiado agobiada entre la gente que abarrotaba el lugar, y su mirada que se desviaba hacia el escenario sin remedio. Estaba a punto de marcharse cuando se encontró a Ryan delante de ella echando chispas por los ojos.

—¡Qué demonios haces aquí! —Agarró a April tan fuerte que le hacía daño retorciéndole el brazo.

—¡Me haces daño, Ry! ¡Suéltame! —Con sus voces habían llamado la atención de un grupo de gente que los miraba sorprendidos.

—¡Deja de meterte en mi vida de una puta vez, April! ¡Es en serio! No necesito que vengas a jodérmela más, ¿me oyes? —Ella seguía forcejeando con él, que estaba fuera de sí, y cada vez le apretaba más el brazo.

—¡Ryan, basta! —Aquella fuerte voz los sacó de aquella situación, y April miró hacia el chico con gafas de sol que estaba a su lado. ¡Era el mismo del día a anterior! Debía ser una estrella del *rock*, por lo menos, para llevar siempre puestas las gafas en esa pose chulita. Su primo la soltó de inmediato gruñendo una maldición. April se tocó el lastimado brazo y lo miró muy enfadada.

—Te has pasado de la raya, Ryan, ¡me has hecho daño! —El desconocido cogió a ambos de los hombros y los sacó de allí. En el exterior, los miró y los señaló con el dedo amenazante.

—El bar no es un rincón de lucha libre. Arreglad vuestras diferencias donde os dé la puta gana, menos ahí dentro, ¿entendido? —April no dejaba de masajearse el brazo mientras la ira se iba apoderando de ella por momentos.

—No sé quién demonios eres tú ni me importa. Él es mi primo, y me preocupo por él, aunque eso es algo que a ti no te debe importar en absoluto. Nos vamos, Ry. —Tiró de la mano de él, pero la risita del tipo con gafas la hizo detenerse y girarse hacia él—. Y, por cierto, en noche cerrada no tienes por qué llevar gafas de sol. ¿Quién te crees, James Dean?

April siguió tirando de su primo, que pretendía soltarse, mientras ambos se marchaban calle abajo peleándose. Keanu se quitó las gafas restregándose los ojos que ya estaban bastante enrojecidos, malditas luces de escenario. No desvió su mirada de Ryan y la que era su prima, al parecer, hasta que los vio desaparecer en la oscuridad de la noche. ¿Quién demonios era aquella chica y porqué le provocaba una sensación extraña en el estómago? Había sentido más al verla con Ryan que cualquiera de las últimas chicas con las que había estado. Aquellos ojazos azules le habían atravesado la piel para llegar directamente al corazón. Keanu sacudió la cabeza y volvió al interior del bar tras ponerse las gafas. Era una tontería, imposible sentir algo así por una mujer. Después de todo, el amor era una soberana pérdida de tiempo, que decían dolía como mil demonios y te rompía por dentro. Él no iba a caer en aquella estupidez.

Nada más llegar a casa, Ryan se metió en el sótano sin volver a dirigirle la palabra a April. Ella trató de mantener una conversación con él, pero se negó en rotundo. ¿Y quién sería el chico de las gafas de sol? No solo las llevaba la noche que llevó a su primo a casa, sino que aquella noche las volvía a llevar puestas. «Un James Dean venido a menos», pensó April metiéndose en la cama. Estaba segura de que él era uno de los que influían a su primo y lo animaba a llevar esa vida. Pero April había llegado y, a partir de ahora, todo eso iba a cambiar. No se había mudado miles de millas en vano, ella era la esperanza de aquella familia rota que volvería a recomponerse.

## 6

Por la mañana, su tía preparó un desayuno diferente. Se había fijado en que su sobrina no comía nada de lo que ellos desayunaban, así que simplemente puso café y tostadas en la mesa. Cuando April llegó, se sonrió al verlo y se sentó a tomarse un café y un par de tostadas. Por suerte, Anita no se había enterado de su huida tras Ryan de la noche anterior, solamente lo escuchó llegar y dar el típico portazo que siempre daba al entrar en el sótano.

—¿Hoy también te vas a querer venir al taller?

—Claro, ayer apenas estuve un rato. —April sacó la jarra de zumo de naranja que el día anterior preparó su tía y vertió un poco de su contenido en un par de vasos.

—Me hubiera gustado enseñarte más y explicarte cómo es mi trabajo, pero con el cierre ando bastante ocupada, cariño.

—Si quieres puedo ayudarte, tía, ya sabes que soy buena con los números. —En ese preciso momento llegó Ryan cabreado, como era habitual en él. Se bebió el vaso de zumo que correspondía a su madre, cogió una tostada y se marchó sin dar los buenos días. April hizo ademán de ir tras él, pero su tía la agarró de la mano impidiendo que lo hiciera. Terminaron el desayuno y fregaron los platos para poder marcharse al trabajo de Anita con todas las tareas hechas.

Lou estaba en la puerta hablando con un par de mecánicos. Eran unos chicos jóvenes, de la edad de April, altos y bastante atractivos. Se quedó mirando a los dos, casi como una tonta, hasta que vio que se giraban y la miraban. Sus mejillas se sonrojaron y caminó deprisa detrás de Anita, que ya había entrado en su despacho. Se pusieron manos a la obra y entre las dos adelantaron bastante trabajo.

A la hora del almuerzo, su tía continuó con las cuentas con la ayuda de Lou, a pesar de las quejas de April que insistía en quedarse a ayudarles. Salió del despacho y se paseó por el taller que olía a alquitrán y goma. Se fijó en unos estantes donde había unos ficheros parecidos a los del despacho de su

tía. ¿Qué harían allí? Se subió a una escalera que había cerca, pero aún así no alcanzaba a cogerlos. Se puso de puntillas alzando el brazo para poder llegar.

—¿Buscas algo? —Una voz la descolocó y, aún subida a la escalera, se giró para descubrir a un chico tras ella. No cualquier chico, el chico que le había provocado el cosquilleo incesante en el estómago. Estaba frente a ella mirándola extrañado. No supo cómo sucedió, pero de repente perdió el equilibrio y a punto estuvo de caerse. Por suerte, cayó en los brazos del James Dean.

Su mano derecha voló hasta su pecho, mientras que con la otra se sujetó el pelo antes de que cayera sobre su frente. Y de nuevo ahí estaba, la sensación de vértigo ocupando su estómago, el corazón que latía tan fuerte... El chico sería capaz de sentirlo si permanecían pegados uno al otro más tiempo. Sujetaba con fuerza a April entre sus brazos, esos en los que ella quería quedarse, anclada al negro azabache de sus ojos que por fin podía ver y la hipnotizaban de tal forma que era incapaz de dejar de mirarlo. Dejó a la chica en el suelo mientras se limpiaba las manos manchadas de grasa en un trapo.

—No deberías subirte a sitios de donde no sepas bajarte, ojazos. —April no sabía qué responder, por primera en su vida se había quedado muda. Él se acercó a ella y con una leve inclinación alcanzó las carpetas y se las entregó rozándose las manos. Aquello fue lo peor que el chico podría haber hecho, sintió que una breve descarga eléctrica le subía por el brazo. Abrió y cerró la mano un par de veces sacudiéndola para quitarse la sensación mientras ella no dejaba de mirarlo. ¿Qué demonios tenía que no conseguía alejarse de allí? Y entonces comprobó la estúpida teoría de su amigo Phil.

Hacía pocos días que el romántico bajista les había comentado a sus amigos y a él que existía un estudio que afirmaba que los hombres podían enamorarse en apenas ocho segundos. En aquel momento, todos se habían reído de él y le habían tomado por loco, aparte de recibir los golpes nada inofensivos de Sebastian, que disfrutaba torturándole cada vez que contaba algo parecido.

Sin embargo, en ese instante no se reía, sino que sentía el latir de su corazón zumbándole en los oídos, ¿lo escucharía ella desde esa distancia? Habría podido sentirlo cuando evitó su caída de la escalera. Ya se había fijado en sus grandes ojos azules sintiendo un estremecimiento en su interior. Hizo un gran esfuerzo por no volver a mirarlos, pero estaba paralizado, era como si el corazón le impidiese moverse y su mirada no pudiera percibir nada



más que a ella. ¿Enamorarse en ocho segundos? Sonrió negando con la cabeza. No volvería a reírse de ninguna teoría de su amigo nunca más.

Clavada en el sitio donde la había dejado tras cogerla en brazos, April seguía sin apartar la vista de él. El cosquilleo le subía y bajaba sin cesar, y el corazón le martilleaba en el pecho. Pero algo le decía a April que aquel chico era peligroso o al menos misterioso. Lo había visto un par de veces, cuando llevó a su primo borracho a casa y cuando los sacó a ambos del bar. ¿Por qué no dejaba de mirarla? Aquella forma de observarla la ponía muy nerviosa.

—¿Era eso lo que querías coger, no? —el chico rompió el hielo, y ella exhaló todo el aire contenido durante largos instantes.

—Sí... gracias —carraspeó, pues parecía que no le saliera la voz de la garganta. El chico ladeó la cabeza mirándola como si estuviera buscando algo. Tras limpiarse las manos en aquel trapo sucio, se lo metió en el bolsillo trasero de los pantalones vaqueros ajados. April volvió a hablar sin apenas ser consciente de ello—. ¿Tú eres amigo de mi primo Ryan?

—Puede decirse que sí. No sabía que Ry tuviera una prima tan guapa. —Odiaba cuando la gente solamente se fijaba en el físico. Durante años no habían dejado de recordarle los preciosos ojos azules que tenía. Aquello era algo que la cansaba mucho.

—Tengo un nombre —respondió enfadada frunciendo el ceño. El chico se rio y se dio la vuelta sin decir nada más.

El aire que se había cargado durante aquel breve encuentro pareció dispersarse una vez que el misterioso chico se marchó. Con las carpetas en la mano, April siguió mirando la puerta de entrada por donde se había marchado. Anita salió del despacho refunfuñando algo que no escuchó bien, pues seguía fija en sus pensamientos.

—April, ¿qué haces?

—Estaba dando una vuelta por el taller y he visto aquí estas carpetas. Parecen ser algo de contabilidad. —Se las pasó a su tía que les echó un rápido vistazo.

—Efectivamente, son las cuentas del año pasado. Este Lou me va a volver más loca cada día. Llevo buscándolas una semana. —Volvió al despacho mientras April contenía una risita ahogada. Siguió a su tía que tenía la mesa llena de papeles y parecía bastante agobiada.

—Tía, ¿qué te parece si te ayudo? —Anita la miró y el alivio cruzó su rostro. Le sonrió y le acercó una silla. Se pasaron al menos tres horas sumergidas entre facturas haciendo los cálculos necesarios para que todo

estuviese bien cuadrado.

—Creo que nos merecemos una buena comida por el trabajo bien hecho —le dijo su tía, agotada tras el intenso esfuerzo que habían hecho ambas. Con tanto número tenían la cabeza a punto de explotar.

April le dio la razón y salieron a comer al mismo restaurante del día anterior. Le encantó el ambiente de aquel lugar que había visto en las clásicas películas americanas: las camareras servían café a las mesas rellenando las tazas de los clientes; el cocinero rechoncho que apretaba el timbre cada vez que un plato estaba listo; las notas de las comandas pinchadas en la ventana de la cocina...; y la *jukebox* o *rockola*, que era la máquina de música en la que introduciendo una moneda podías seleccionar una canción. Situada en un extremo de la cafetería, al parecer estaba en funcionamiento pues una niña con coletas metió una moneda y puso una canción que comenzó a sonar alegrando el ambiente. April se sentía dentro de una película de los años 50.

Devoró la hamburguesa con queso que se había pedido en escasos minutos. Anita por su parte mareaba una ensalada sin comer mucho. Su sobrina estaba realmente preocupada por el estado emocional de su tía, ya que apenas quedaba rastro de aquella mujer enérgica y alegre que recordaba. «Maldito Ryan», pensó April. ¿Qué estaría haciendo en aquel momento? Poco tardó en descubrirlo al verlo entrar por la puerta acompañado de un par de chicos y de James Dean.

—Maldita sea. —Anita levantó la mirada perdida de su plato al escuchar la maldición de su sobrina, a la que regañó por aquel comentario. Ryan y los chicos se sentaron un par de mesas más allá. El amigo de su primo se sentó de frente a ellas. April se quedó mirándolos hasta que cruzó la mirada con el chico misterioso y enseguida la apartó. Por desgracia, él se levantó y fue a su mesa.

—Anita. —Posó una mano en su hombro. La mujer lo miró con cariño y le lanzó una enorme sonrisa. ¿En serio? ¿Después de llevar a su primo bebido a casa? April estaba convencida que él tenía mucha culpa del estado de embriaguez de Ry. Si su tía lo supiera...

—¿Has venido a comer? —Él afirmó con la cabeza y le señaló al grupo. Anita miró con pena al ver allí a su hijo que no se había acercado a saludarla —. Será mejor que regrese al taller, aún me quedan algunas cosas que solucionar.

—Voy contigo, tía. —El chico volvió a mirarla provocándole aquellas sensaciones que odiaba tener, que no quería que él se las produjese.

—No, cielo, quédate con los chicos. Disfruta un poco. —Le guiñó un ojo y la dejó allí sola.

—Tranquila, ojazos, que no mordemos, a no ser que lo pidas. —April levantó una ceja sorprendida ante aquel comentario, pero decidió obviarlo e ir a la mesa con su primo. Pasó por su lado evitando rozarse y caminó delante de él. Al llegar donde estaban los chicos, su primo puso los ojos en blanco y se recostó en el asiento bufando.

—Yo también me alegro de verte, enano. —Se sentó junto a él empujándole para hacerse sitio. Uno de los chicos comenzó a reírse señalando a Ryan.

—¿Te ha llamado *enano*?

—¿Algún problema? —preguntó April juzgándole con la mirada. Aquel tipo era como el amigo misterioso de su primo: ropa parecida, corte de pelo similar y tatuado sin dejar un recodo libre de sus brazos. ¿Qué problema tenían con dejar alguna parte de su cuerpo libre? Jamás había comprendido porqué alguien querría hacerse un tatuaje con lo que dolían.

—¿Problema? Ninguno, princesa. —Le guiñó un ojo y el otro amigo le dio un manotazo en la cabeza a lo que el otro respondió pegándole también. Tanta testosterona junta era lo que le faltaba por ver.

—Basta, tíos, no seáis críos —dijo el misterioso chico bebiendo del refresco—. Pide perdón a la chica.

—No necesito que nadie me defienda. —Un «¡ooohh!» resonó en el ambiente haciendo que la mesa de al lado se girase. James Dean levantó las manos en señal de rendición y sonrió. No sabía si aquello la ponía más nerviosa que enfadada, pero decidió evitar entrar en una conversación—. ¿Qué has hecho hoy? —indagó dirigiéndose a su primo e ignoró al resto de comensales.

—A ti no te importa una mierda lo que yo haga, April. —Ya estaba de nuevo el comportamiento infantil e irrespetuoso de Ry. Tenía ganas de abofetearle cada vez que le hablaba así, pero se había prometido a si misma ser paciente.

—Ry, no hables así a tu prima. ¿Cuántas veces tengo que decirte que muestres respeto? —April se giró hacia el amigo de su primo que volvió a defenderla.

—Perdona, pero ¿por qué te metes en nuestra conversación? No creo que nadie te haya pedido opinión. —Volvió a mirar a su primo que seguía evitando su mirada e ignoraba sus preguntas.

—¿No ves que no quiere hablar contigo? No deberías ser tan insistente. Cuando el chico quiera hablarte, lo hará —volvió a meterse por tercera vez en la conversación. Aquello ya era el colmo. Enfurecida, negó con la cabeza. Los otros dos amigos se levantaron de la mesa y salieron fuera de la cafetería seguidos de Ryan.

—No tengo la menor idea de quién eres ni qué demonios pintas en la vida de mi primo, pero una cosa te puedo asegurar. No voy a consentir que lo lleves por el mal camino más, ni que le influyas negativamente. A partir de ahora, las cosas van a cambiar. —Y con la rabia creciendo por momentos, se levantó para marcharse, pero se encontró retenida por la mano de él que tiraba de su brazo. April se giró retirándose de su contacto que le quemaba la piel.

—Mira, ojazos, sabes muy poco de lo que ha estado pasando aquí. Tampoco tienes idea de la relación que tengo con Ry ni de las cosas que he hecho por él, aunque quizá sea mejor así. —Pasó por su lado rozándole el brazo, y April volvió a sentir el vértigo descender hasta asentarse en el estómago. Antes de llegar a la puerta, se giró para encontrarse de nuevo con la mirada de ella, que no podía apartar los ojos de él—. Y en cuanto a que no sabes quién soy tiene arreglo. Soy Keanu.

## 7

April quería salir detrás de Ryan para gritarle, zarandearlo y hacerle ver de una vez por todas que aquella no era la forma de comportarse. Sin embargo, cada vez que aquel chico la miraba o se dirigía a ella, se bloqueaba y no podía moverse. «Keanu, ese era su nombre». Casi que prefería quedarse con James Dean, ya que era más impersonal y neutral, pero ahora sabía su nombre real, y además le encantaba. Keanu era el que le provocaba el vértigo del estómago, el que le hacía enrabiatar al mismo tiempo que enmudecer y por el que empezaba a sentir cosas que no quería sentir.

—¿Quieres algo más, chica? —Una camarera que rondaría los veinte años se acercó a ella con una jarra de café en la mano. April negó con la cabeza forzando una sonrisa, pero la chica se quedó allí mirándola—. ¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Sí, no te preocupes. —April necesitaba sentarse un momento. La rabia iba desapareciendo poco a poco dando paso a una calma aparente.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —La camarera seguía allí. April se sobresaltó, pues ni siquiera se había fijado en que aún permanecía a su lado. Afirmó con la cabeza y aguardó su pregunta—. ¿Conoces a Ryan Mathews?

—Sí, es mi primo. —La camarera dejó la jarra en la mesa, puesto que al nombrar a Ry comenzó a temblarle la mano. Se retorció ambas de forma nerviosa mirando a April, no tenía la menor idea. Ryan nunca le había hablado de su familia, aunque tampoco es que hubiera sido muy comunicativo con ella. «Suficiente», se exigió a sí misma. Él era cosa del pasado, era lo mejor para ella y así debía convencerse—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió la camarera con tristeza, y volvió a tomar la jarra de café—. Encantada de conocerte, soy Emma.

—April. —Sonrió ante la chica que fingía una sonrisa. Se giró para marcharse, pero se detuvo unos segundos para volver a mirar a April.

—No le digas que hemos hablado, por favor. —Emma se fue a seguir atendiendo las mesas, dejando a April sorprendida. ¿De qué se conocerían aquellos dos y por qué no deseaba aquella simpática muchacha que

comentara nada a Ryan? No tenía idea. Pero de lo que sí estaba segura era de que su primo se había convertido en todo un misterio, que debería empezar a desentrañar cuanto antes.

April llevaba apenas un par de días en aquel lugar y solo había ido a ver la playa una vez. Acostumbrada a ir a diario en su casa, la echaba en falta. Al atardecer, le dijo a su tía que iba un rato a pasear por la playa. No volvieron a saber nada de Ryan desde la comida en la cafetería, aunque, en principio, era lo mejor. Cada vez que su primo aparecía por casa, o las ignoraba o comenzaba a faltarles el respeto. April cogió un cuaderno que trajo en su viaje y un lápiz, y se marchó andando camino a la playa cercana a la casa. Al llegar, se sentó en las dunas y garabateó varias ecuaciones abstrayéndose del mundo. No se dio cuenta de que una pareja se sentaba cerca de ella hasta que la música de una pequeña radio salió por ella. La chica estaba tumbada sobre el regazo de él y tarareaba la canción agarrada a una de las manos del chico. Llevaban una cesta pequeña de mimbre, pues al parecer iban a tomar un pequeño picnic allí mismo, con el rojizo atardecer como testigo. ¿Había algo más romántico?

—¿Ojazos?

April se quedó paralizada al oír aquel peculiar apelativo. Solo había una persona que había decidido llamarla así, Keanu. Se dio la vuelta y lo vio imponente frente a ella. El sol la cegaba y no podía verle la cara. Con una camiseta azul marino y unos vaqueros a juego tampoco se centraba en nada más. April se puso la mano en la frente tratando de taparse el sol, pero Keanu se lo facilitó agachándose para estar a su altura. Estaba tan cerca que el corazón de ella comenzó a latir demasiado deprisa. Echó el cuerpo hacia atrás, pero él no se dio cuenta y permaneció en la misma postura.

—¿Qué haces aquí tan sola? —Ya no era solamente que el corazón se descontrolase, le costase respirar y que el vértigo se asentara en su estómago; ahora, además, se ponía tremendamente nerviosa al tenerlo demasiado cerca. April empezó a recoger sus cosas y se levantó sacudiéndose la arena. Se concentró en el mar, ese que le aportaba tanta calma y que le daba la paz que necesitaba, pero Keanu seguía allí, a su lado, mirándola.

Lo mejor era huir, así que, sin decirle nada, caminó hacia el lado contrario. Apenas llevaba unos metros recorridos cuando notó cómo caminaba junto a ella. Los dos anduvieron en silencio unos segundos hasta

que April no pudo más.

—¿Por qué me sigues? —Frenó en seco, pero Keanu continuó andando, ignorando su pregunta. April puso los ojos en blanco y resopló para avanzar con un saltito y ponerse a su altura—. Te he hecho una pregunta. —Nada, dio la callada por respuesta mientras caminaba con las manos en los bolsillos.

April se iba enfadando por momentos. No solo tenía que soportar las sensaciones que le hacía sentir él, sino que además tenía que caminar en aquel incómodo silencio.

—Si no me vas a contestar, me largo. —Se dio la vuelta, pero, antes de echar un paso más en la arena, la detuvo con firmeza. April se giró para posar la mirada en el punto donde sus pieles habían hecho contacto. Pensaba que lo peor había pasado, aunque se equivocaba. Sentir cómo la tocaba era lo peor que podía pasarle porque quería más. Al igual que cuando la recogió de la escalera antes de caerse, sentía que necesitaba ese contacto. Alzó la mirada para encontrarse con los ojos de Keanu que la miraban con picardía. ¿Se estaba riendo de ella? La mezcla de enfado y atracción hizo que April retirase la mano de él de su brazo y se sacudiera señalándole con el dedo—. Que sea la última vez que me tocas, me sigues, o que te acercas a hablar conmigo. No me gustas, ¿sabes? —La voz le tembló, pero siguió hablando—. Y no me gusta el poder que tienes sobre mi primo, me voy a encargar de que eso se acabe.

Comenzó a caminar de nuevo en dirección contraria a la de él. Anduvo varios pasos con el corazón frenético, podía escucharlo a cada paso que daba. ¿Por qué le hacía sentirse así? No recordaba haberlo sentido con nadie, ni siquiera con Jaime que era la persona a la que más había querido y también la que más le había hecho sufrir.

—April. —De nuevo esa voz a su espalda. Ella se dio la vuelta y lo vio a dos pasos tras de sí, de nuevo la había seguido. Se acercó a ella lentamente sin apartarle la mirada y cuando quedaba medio metro de espacio entre ellos se detuvo, sin rozarla, y sin dejarle espacio para pensar—. Ya te he dicho que he hecho muchas cosas por Ry, quizá demasiadas. No te voy a negar que alguna haya rozado el límite de la legalidad, aunque siempre por su bien. Pero lo que no te voy a permitir es que te mientas a ti misma, y eso de que no te gusto, está por ver.

El vértigo le subió al pecho impidiéndole respirar y llegó hasta la garganta evitando que de ella salieran palabras para contestarle. Keanu la cogió por ambos brazos y acercó su boca al rostro de ella. April cerró los ojos

rindiéndose a las sensaciones que eran las que mandaban en ella en aquel momento. Se quedó muy quieta, esperando que la besara, pero el beso no llegaba. Por fin, tuvo el valor de abrir los ojos y se encontró con sus negros ojos que la volvían a mirar divertidos. Forcejeó con él, con la risa de fondo de Keanu. No le quedaban ganas de discutir más, así que, simplemente, lo miró rabiosa y se fue muy dignamente mientras seguía escuchando sus risas que no cesaban.

«¿Por qué aquella chica castaña de ojos azules lo tenía tan embobado?». Keanu no podía entender qué le pasaba con ella. Desde que la vio, había algo que le marcó, quizá serían sus grandes ojos. «Ojazos» era el nombre con el que la había bautizado y que la hacía enfadar. ¿Por qué le gustaba tanto verla así? A simple vista, parecía una chica tímida, pero cuando se trataba de Ryan, o algo le molestaba, sacaba el carácter. Tenía que hablar con Ry. Las cosas ya habían ido demasiado lejos, y seguía sin comprender que no podía ir por ese camino. Él ya estaba allí y no le traería nada bueno. Alguien como Ryan no debería estar en aquel infierno, noche y día. Su reto desde que lo conoció había sido ayudarlo, pero a veces le ayudaba más a él. Cuando había tanta oscuridad en la vida, tanto dolor, era agradable compartir con alguien la misma oscuridad, aunque eso no le ayudara a salir adelante.

—¡Eh, tío! —Dean lo llamó desde el muelle con una cerveza en la mano. Los chicos habían ido a recogerlo en la furgoneta para llevarlo al bar donde tocaban por la noche. Keanu dejó de pensar, de regodearse en su dolor, y caminó hacia ellos. Ryan le pasó una birra y bebieron allí mismo antes de emprender el camino.

—Tío, quiero decirte algo. Es sobre mi prima. —Keanu dejó de beber y lo miró muy atentamente—. No te acerques a ella, no quiero que alguien como... nosotros esté cerca de ella.

Keanu volvió a beber de la botella con las palabras de Ry resonando en su cabeza. Tenía razón, él no tenía nada que hacer con ella ni tampoco se lo merecía. Pero eso debía entenderlo su corazón, que hacía algo muy extraño cada vez que aquella chica bajita estaba a su alrededor. Además, su cabeza se sumaba, ya que no paraba de dar vueltas pensando en ella.

—No te preocupes, no es mi tipo.

—¿Las tías buenas no son tu tipo? —Dean lo miró perplejo, pues si algo tenía April era que llamaba la atención. Ryan le gruñó acercándose a él y



levantó un puño. Por suerte, Keanu estaba cerca y lo pudo parar a tiempo. Subieron a la furgoneta y emprendieron el camino hacia el local donde tocarían aquella noche. En el trayecto, Dean iba repasando la lista de canciones mientras Sebastian iba hablando con Phil de su última conquista de la noche anterior. Ryan y Keanu iban sumidos en sus pensamientos, y ninguno de los dos podría imaginar que la protagonista de ellos era la misma persona.

April se encerró en su cuarto tras llegar de la playa. Quiso poner como excusa que estaba cansada, pero en realidad tenía tal vaivén de emociones que necesitaba un momento a solas. Al oír un portazo, supo que su primo estaba en casa. Bajó las escaleras y lo vio discutir con su tía.

—¡Me importa una mierda lo que pienses! Ya sabes que voy a ir igualmente.

—¿Qué demonios pasa? ¿Adónde vas? —April lo miraba, cruzada de brazos, esperando una respuesta, pero su primo, como siempre, la ignoró.

—Se va al bar donde tocan los chicos —respondió Anita sentándose en la silla del comedor resignada.

—Muy bien, voy contigo. —Ryan cerró la nevera de golpe y negó con la cabeza.

—De eso, nada.

—Pues tú verás cómo haces para impedírmelo. —Subió corriendo por el bolso y en menos de cinco segundos ya estaba en la cocina.

—Llévate el coche, April. —La tía le dio las llaves del coche y ella las cogió sin rechistar. Sería lo mejor, pues, seguramente, volverían muy tarde de aquel lugar. Ryan resopló, se quejó, dio un par de golpes en la mesa, pero todo fue en vano. Llegó al bar en el coche de su madre junto a su prima al cabo de diez minutos. Nada más aparcar, bajó dando un sonoro portazo del vehículo sin esperarla. April se armó de paciencia y caminó tras él. El bar estaba aún vacío. Ryan se dirigió al escenario donde estaban algunos chicos con los que fue a comer al café cerca del taller.

—¿Tú por aquí? —Uno de los chicos se acercó a ella que estaba junto a la barra y bebió de una botella.

—¡Vamos, Sebastian! —Keanu lo llamó desde el escenario, y a April casi se le paró el corazón al verlo allí arriba. Tan imponente y atractivo como siempre, pero con una guitarra eléctrica en sus manos. El chico dejó la botella

y se subió colocándose frente al micrófono.

Empezaron a tocar, primero unos acordes parando y repasando que todo estuviese en orden hasta que el batería dio la señal y comenzó la canción. Keanu meneaba la cabeza y abría y cerraba los ojos al ritmo de la música. A veces acompañaba al cantante en alguna parte del coro, pegándose al micrófono sin dejar de tocar la guitarra. April pensó que era lo más sexi que había visto en mucho tiempo. Se le escapó un suspiro, pero, inmediatamente, se llevó la mano a la boca para retener los siguientes. Unos aplausos y vítores la sacaron de su estado catatónico una vez que dieron por terminada la canción. Al girarse, vio a Ryan en la barra que seguía jaleándoles y silbando con los dedos. No se había dado cuenta de que su primo se había metido tras la barra. Al instante llegó un camarero, y los chicos bajaron del escenario. Llegaron a la barra, y Ry les puso varias botellas de cerveza sobre la misma que abrieron con un chasquido.

El grupo hablaba de las canciones que debían interpretar esa misma noche. Al parecer, alguno no estaba de acuerdo y discutían. Miraba de reojo a Keanu que apenas había reparado en su presencia.

—¿Tú qué opinas, princesa? —le preguntó el que parecía ser el cantante.

—¿Yo? —April lo miró asombrada por preguntarle aquello. ¿Qué demonios entendía ella de música y sobre todo de aquel tipo de música? Si era sincera acabarían echándola de allí. El grupo tocaba *rock*, del más puro y estridente que recodase, el que ella odiaba.

—Dejar a la chica tranquila. —Keanu no la miraba, pero hablaba de ella con ese afán por defenderla.

—Sinceramente, no es mi tipo favorito de música, así que no creo que quieras saber cuál es mi opinión. —No supo cómo, pero la verdad salió de su boca. Los chicos se rieron y se presentaron. Estaba Dean, el batería, Sebastian que era el cantante, Phil, el bajista, y la guitarra eléctrica a cargo de Keanu. Él, que llevaba un buen rato evitando sentir el estremecimiento que le removía el interior, ese que en cuanto se subió al escenario quiso olvidar, hizo un gran esfuerzo por no volver a mirar donde estaba ella parada observándoles tocar. Se concentró en sus cuerdas y en la melodía, sin importar nada más. Sin embargo, cuando se bajaron del escenario y la vio allí, sentada en el taburete con las manos en las piernas desnudas, volvió a sentirlo. Llevaba un vestido que le llegaba por encima de las rodillas dejando al aire parte de sus largas piernas.

Sus compañeros se habían marchado a ensayar de nuevo, pero él no era capaz de moverse del sitio. Era como si el corazón le impidiese moverse y su mirada no pudiera percibir nada más que a ella. Se levantó del taburete con la botella aún medio llena y se detuvo frente a ella. Alargó el brazo para dejarla en la barra rozándose ligeramente con April. Aquello fue lo peor que podría haber hecho, ya que sintió una breve descarga eléctrica subirle por el brazo. Volvió a abrir y cerrar la mano un par de veces sacudiéndola para quitarse esa sensación que tuvo en el taller mientras ella no dejaba de mirarlo. ¿Qué demonios tenía que no conseguía alejarse de allí? Iba a hacerle algún comentario gracioso que rompiera aquella tensión latente, pero decidió que mejor era cerrar la boca y volver al ensayo. La segunda idea que cruzó su mente fue besarla, pero Keanu sabía que aquello era perseguir un imposible.

## 8

Los chicos se subieron al escenario y, durante un par de horas, estuvieron tocando canciones de lo más estridentes y ruidosas. April quería salir de allí a cada canción, pero no quería perder de vista a su primo. ¿Desde cuándo era fan del *rock*? Cuando era pequeño le enviaba cartas con letras de canciones, y ninguna fue de aquel tipo de música. Ryan había cambiado tanto que April sentía que ya no lo conocía. La tristeza le invadió al recordar a aquel muchacho que viajaba a España a disfrutar con ella de las vacaciones, alegre y extrovertido, y le hizo darse cuenta de lo mucho que debía haber sufrido para llegar a ese estado.

El concierto fue un éxito rotundo con lleno absoluto. No cabía un solo alfiler en el bar. April no dejaba de seguir con la mirada a Ry que era uno de los técnicos que ayudaba al grupo a preparar el equipo y encargarse de que todo funcionase a la perfección. Las chicas enloquecían con cada gesto que los componentes del grupo hacían y cantaban a coro las canciones. Para April no era más que ruido, pero llegó a dudar si eran profesionales debido a la afluencia de público y al éxito. Tras el concierto, la gente comenzó a marcharse poco a poco hasta que no quedó nadie. Ryan se fue a la parte de atrás del bar con los chicos mientras April se quedó en la barra con su refresco en la mano.

—¿Te sirvo algo más, muñeca? —El camarero se acercó a April a la vez que limpiaba y recogía el desastre dejado por el concierto del grupo. Negó con la cabeza, pero pensó que quizás era hora de averiguar más cosas de aquella gente.

—Son bastante buenos ¿no? —preguntó de forma desinteresada. El camarero sonrió mientras limpiaba la barra con una bayeta.

—Para ser principiantes, son los mejores. Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

—No, soy prima de Ryan y he venido a quedarme una temporada. ¿Lo conoces?

—¿A Ry? Sí, no te lo tomes a mal, muñeca, pero tu primo está bastante descontrolado. Menos mal que tiene a Keanu. —De nuevo el nombre de

aquel chico que le provocaba mil revoluciones al minuto. ¿De veras ayudaba a Ryan? April empezó a plantearse la posibilidad de que realmente fuera bueno para Ryan, aunque desconfiaba de él. Quizá debería darle una oportunidad.

La conversación se cortó al ver llegar al grupo junto a Ryan. Este se despidió de los chicos y salió a la calle sin dirigirle la palabra a su prima. April dejó el vaso en la barra y se bajó del taburete con tan mala suerte que se desequilibró y acabó en el suelo. Dean, Phil y Sebastian estaban inmersos en una charla sobre carburantes que parecía apasionante y no se habían percatado de la caída. Por el contrario, Keanu no había dejado de observarla y vio perfectamente cómo caía al suelo. April lo miró desde el suelo irritada por no haber evitado su caída, pues estaba justo a su lado, pero se levantó dignamente sin mirarlo a la cara.

—¿Estás bien? —La voz del guitarrista la frenó en seco ya cerca de la puerta. April se dio la vuelta malhumorada.

—Sí, aunque no gracias a ti. Has visto perfectamente cómo perdía el equilibrio. ¿Por qué no me has ayudado?

—Creía que me habías pedido que no te tocara. Solo acato tus órdenes.

En ese momento, April sintió ganas de darle una bofetada, pero se contuvo apretando los puños mientras se clavaba las uñas. No estaba acostumbrada a lidiar con gente como él. Los chicos simplemente la ignoraban o le hacían la vida imposible, como Jaime.

—Bien, gracias por nada. —Se dio la vuelta y abrió la puerta de un tirón haciendo un fuerte ruido. Ryan estaba apoyado en la pared fumando mientras la esperaba—. ¿En serio? ¿Fumas?

El chico continuó fumando sin hacerle caso y se dirigió al coche tras ella. April estaba completamente agotada de enfrentarse a su primo, de que la ignorase, de lo mucho que le atraía Keanu y lo enferma que la ponía. Llegaron a casa sin hablarse y cada uno fue a su cuarto. Ya entrada la noche, y sin dormir ni un ápice, April bajó a la cocina a prepararse un té. Cogió una de las mantas del sofá y salió al porche a sentarse en la mecedora. Con el té entre sus manos se balanceaba respirando el aire puro y limpio y disfrutando de la tranquilidad que la acompañaba. Reflexionó sobre los pocos días que llevaba allí y lo difíciles que habían sido.

Apenas le había dado tiempo a echar de menos a sus padres o a Maeve. Al acordarse de su amiga, subió de nuevo a la habitación y cogió el portátil. Le escribió un correo electrónico informándole sobre la situación en el

pueblo. Echaba de menos a su amiga, sus conversaciones en las que ella le daba consejo o simplemente la escuchaba quejarse. Pero ahora estaba sola y no podía hacer nada. Entonces, pensó en Emma, la camarera de la cafetería. Ella tendría su misma edad y estaba trabajando. Recordó la extraña conversación que mantuvieron sobre Ryan. April detectó que algo ocultaba. Al día siguiente, comenzaría a indagar sobre ello.

En aquel mismo momento, había otra persona también desvelada en el porche de su casa con los ojos cerrados. Fumaba un pitillo apretando fuertemente los ojos. Aquella noche se le habían irritado demasiado. «Malditas luces», pensó restregándose los ojos con la mano. Tomó aire y lanzó la colilla a un lado. No podía retrasarlo por más tiempo. Debía entrar de nuevo a aguantar los gritos y las humillaciones que le tuviera preparado. Se mentalizó para ello, pero se arrepintió tras cruzar el umbral. Nada le preparaba para soportar aquel infierno.

## 9

Las cosas siguieron su curso natural. A April le parecía mentira que ya hubieran pasados dos semanas desde que llegó. Había vuelto a hablar con Maeve, aunque poco tiempo, pues la chica se había ido a Francia a visitar a sus abuelos. Sus padres venían de aquella romántica ciudad, que, como su padre, lo abandonaron todo por amor. Cada año visitaba a sus abuelos maternos que se negaban a tener contacto con su hijo, pero no con su nieta. Al principio a Maeve le incomodaba aquella situación, aunque no era algo que ella pudiera remediar. April también habló con sus padres que, tras años de no salir del pueblo, decidieron viajar por la costa yendo de pueblo en pueblo. Al menos, disfrutaban el uno del otro. El trabajo de Sam era incompatible con vacaciones, fiestas y días festivos, así que ahora se había cogido unos meses para poder estar con la mujer de su vida y recuperar algo del tiempo perdido.

Sentada en la mesa de la cocina, veía cómo su tía preparaba el desayuno más nerviosa que de costumbre y es que Ryan había desaparecido dos largos días. Nadie sabía nada de él. Fueron los días más angustiosos que había vivido nunca. Un golpe en la puerta les hizo sobresaltarse, ambas se miraron y corrieron a abrirla. Keanu llevaba a Ryan agarrado de un brazo, y ambos tenían heridas en la cara por las que sangraban. Anita les hizo entrar inmediatamente y les guió hasta la mesa de la cocina. April se había quedado en *shock* al ver a los dos chicos en semejante situación. Su tía le hizo reaccionar llamándola varias veces. Le dio gasas, agua oxigenada y un antiséptico.

Anita comenzó a echarle un sermón a ambos, aunque parecía que iba más dirigido a Keanu. April no recordaba haber escuchado a su tía tan enfadada, aunque seguramente lo habría hecho millones de veces cuando Ryan se comportaba así. Keanu permanecía callado recibiendo la bronca del siglo por parte de Anita, a la que quería como si fuera una madre. Ryan, por su parte, miraba a todos lados gruñendo. El guitarrista tenía un corte bastante feo en la ceja que le sangraba, además de varios rasguños en las mejillas. Sin embargo, Ryan tenía apenas un corte en el labio y alguna marca en la mejilla

derecha. Parecía que Keanu se había llevado la peor parte.

—... Es que no sé cómo deciros las cosas. ¡Loca! Un día me vais a volver loca de tanto sufrimiento —Anita seguía regañándoles mientras mojaba el agua oxigenada en la gasa y la posaba sobre la herida de Ry, que saltó por el dolor.

April hizo lo mismo en la ceja de Keanu, aunque esta sangraba mucho más. Tener tan cerca al guitarrista no fue algo que ayudó a April, pues la gasa se escurrió de sus manos un par de veces. No quería mirarlo o perdería la poca concentración que le quedaba.

—No te preocupes, estoy bien —susurró Keanu al oído de April que seguía temblando. Aquello la hizo detenerse, pues respondía exactamente a la pregunta que llevaba rondándole desde que lo vio en la puerta. Anita se levantó para curar al otro chico al que consideraba su hijo. Hizo levantarse a su sobrina y, con mucho mimo y cuidado, terminó de curar las heridas del amigo de su hijo.

Era la primera vez que lo veía después del concierto de hacía varias semanas. Se había mantenido ocupada buscando los libros que necesitaría para sus estudios y apenas pisaba el taller de Lou. Tampoco iba al bar a pesar de que los chicos tocaban. Se limitaba a esperar a Ryan en la puerta y llevarlo a casa, aunque el chico odiara aquello. Sin embargo, sí que frecuentaba la cafetería donde trabajaba Emma. En las últimas dos semanas, había hecho gran amistad con la camarera y se pasaba las horas muertas hablando con ella hasta que veía al grupo de los chicos llegar y, entonces, huía despavorida.

El timbre de la puerta la asustó, pero fue la única que reaccionó para abrir. Un señor de unos treinta y pico años estaba al otro lado con un traje de *sheriff*. Se levantó el sombrero para saludar y preguntó por Anita. Esta se acercó a la puerta y se quedó blanca al verlo. Algo le decía a April que no era la primera vez que aparecía por su casa.

—Anita, tengo que hablar con los chicos. Presuntamente, se han visto involucrados en unas peleas callejeras con unos chicos nada recomendables. ¿Me permites entrar? —Su tía se retiró del marco de la puerta, y el hombre entró. Ryan y Keanu estaban ya en el salón esperando al *sheriff*. Anita tiró de la mano de su sobrina y se dirigieron a la cocina a seguir preparando el desayuno.

April no terminaba de asimilar todo lo que estaba sucediendo al otro lado de la pared. Su tía se comportaba como si nada estuviese sucediendo. Cabizbaja y con los ojos encharcados, hacía café y untaba las tostadas con



mermelada. April imitó a su tía y, en silencio, la ayudó con el desayuno.

—Anita, tengo que llevármelos a la oficina. —El hombre entró en la cocina con el sombrero en la mano. Su tía se agarró la silla cuando oyó lo que le dijo, por un momento habría jurado que se iba a desmayar.

—Mike, por favor, son unos niños... —rogaba Anita clavada en el sitio.

—Ani, ya sabes que no podemos hacer la vista gorda más.

—April, déjanos solos un momento por favor. —La chica salió de allí con el gesto contraído, conteniendo la respiración. Al llegar al salón, vio a Keanu discutiendo con Ryan, pero en cuanto la vieron, dejaron de hablar.

—¿Qué demonios se supone que habéis hecho? ¿A vosotros os parece normal pegaros con otra gente? ¿En serio? Y tú, ¿no decías que ayudabas a mi primo? —Cruzada de brazos y muy enfadada, observaba a Keanu pidiéndole explicaciones. Este la miraba fijamente a los ojos sin agachar la mirada.

—No te metas cuando no sabes de qué va la cosa, ojazos —contestó sin inmutarse. Aquello era el colmo. April estaba tan enfurecida que se acercó a él y, a escasos milímetros de su rostro, volvió a gritarle. La adrenalina corría por sus venas, no pensaba en nada más que en Ryan. Tras los dos angustiosos días en los que había desaparecido, llegaba a casa en condiciones lamentables junto a él. Por supuesto que era el culpable de todo. No podía consentirlo.

—Me meteré siempre que alguien que quiero está en problemas. Ya te lo dije, no me gustas y no quiero que te acerques a Ryan nunca más, ¿¿me has entendido?! —Su primo salió de la casa dando un portazo. Keanu miró a la puerta un instante antes de volver la mirada a la chica castaña de ojos azules que le volvía loco.

—April, tranquilízate. Me encantaría seguir esta conversación, pero temo que a tu primo vuelva a ocurrírsele alguna idea brillante. —Y con esto, se giró dándole la espalda. Ella estaba tan cabreada que le dio un empujón sin ser consciente de lo que hacía. Keanu agachó la cabeza y se giró de nuevo hacia ella—: April, ahora no. Entiendo la rabia que sientes y comprendo que quieras despedazarme en este momento, pero no es el adecuado. Te prometo que podrás asesinarme tú misma en cuanto salga de la oficina del *sheriff*.

Hablando del rey de Roma, apareció en el salón con una Anita pálida tras él. Keanu se acercó hasta ella y la abrazó antes de pasar por el lado de April rozándola con el hombro. La descarga eléctrica que Keanu sentía cada vez que se rozaba con ella volvió a él con fuerza, pero esta vez ella también lo había sentido. Se miraron a los ojos por un momento antes de que el *sheriff*

lo obligase a salir a la calle. No sabían qué había sucedido en aquel milisegundo, aunque ambos comprendieron que algo grande estaba a punto de trastocar sus vidas.

# 10

April conducía camino a la universidad en el primer día de clases y estaba muy nerviosa. Desde que el *sheriff* se llevó a Ryan y a Keanu a la oficina, había evitado volver a verse con este último. Les tuvo una noche en el calabozo, pero por suerte todo se arregló a la mañana siguiente. Ryan se había peleado con unos chicos, en uno de esos días en los que estuvo desaparecido, con el resultado que ya sabían. Desde entonces, April se había centrado única y exclusivamente en las clases y el papeleo que eso conllevaba. Por fin, había llegado el día y su tía le había prestado el viejo coche para llegar a la facultad. Apenas había tomado un café y unas galletas, pues tenía el estómago cerrado por los nervios. Al llegar, con bastante tiempo de antelación, aparcó la vieja camioneta y paseó por el lugar conociendo cada pequeño rincón.

A las nueve en punto ya estaba en el pasillo que daba a la clase donde debía empezar. Los fueron llamando uno a uno hasta que April oyó el suyo. Entraron en el aula y se sentaron esperando instrucciones. El señor Kellen, su tutor, les fue explicando cómo se distribuía el horario y les enseñó las diferentes salas donde tendrían que trabajar duro y esforzarse para llegar a pasar el curso. La cabeza le daba vueltas a April de tanta información que estaba tratando de procesar. Cuando llegó al coche, dejó todo dentro y se tomó unos minutos para respirar tranquilamente apoyada sobre la puerta con las manos en la cabeza.

—¿Todo bien? —Una voz la sobresaltó y April se incorporó rápidamente. Al girarse no podía creerse que Keanu estuviera allí, tan atractivo como siempre con las gafas de aviador ocultando sus preciosos ojos.

—En serio, esto de perseguir mujeres no es legal. —Él se rio inundando el ambiente con la melodía de su risa, y April sonrió.

—Más te gustaría, ojazos. He venido a por una batería por encargo de Lou. Hay una tienda aquí al lado —dijo señalando a las tiendas del otro lado de la carretera—. ¿Y tú qué haces por aquí?

—Yo estudio aquí, en la universidad. He empezado hoy las clases.

—Y no muy bien por lo que parece... —Quiso negarlo, pero se sentía

agobiada tras el primer día. Demasiados lugares nuevos, nombres de libros, de profesores, fechas de proyectos, asignaturas... April era una olla a presión a punto de explotar. Sabía lo que necesitaba justo en ese instante.

—Estoy un poco estresada, solo es eso. Bueno, nos vemos. —Abrió la puerta del coche y se subió poniéndose el cinturón bajo la atenta mirada del guitarrista. Sin saber por qué, April le hizo una pregunta—: ¿Has venido en coche?

—A decir verdad, no. Un amigo me trajo, pero se tuvo que marchar. ¿Te estás ofreciendo a llevarme? —La sonrisa que le mostraba era perfecta para derretir el corazón de más de una, incluida April.

—Si quieres, puedo llevarte —titubeó en su respuesta, pero en el fondo quería pasar ese tiempo que durara el trayecto con él. Keanu sonrió y dejó la batería en la parte de atrás. Se sentó en el asiento del copiloto y se puso el cinturón de seguridad antes de dedicarle otra de sus sonrisas arrebatadoras.

April suspiró y se aferró al volante. Cada vez que Keanu la miraba no le llegaba el aire a los pulmones. Si aquel chico era como ella pensaba, no iba a traerle nada bueno, de eso estaba segura. Ella dio marcha atrás y salió de allí tratando de concentrarse en la carretera. Cada vez que cambiaba de marcha, las pulseras que llevaba en la mano derecha tintineaban y Keanu desviaba la mirada hacia ellas, y un poco más abajo. Las piernas de April eran su perdición. A la chica le gustaba llevar vestidos y pantalones muy cortos y él era humano. Sentía deseos de deslizar sus manos por ellas y perderse en el interior de sus muslos, pero aquello le estaba vetado. Apartó la mirada fijándose en la carretera. Circularon en silencio por la autopista hasta que, sin darse cuenta, April se había encaminado a la playa, pues la necesitaba tanto como respirar.

—Eh... April, sabes que por aquí no se va al pueblo, ¿no? —le preguntó quitándose las gafas de sol. Ella reaccionó y afirmó con la cabeza.

—Lo siento, Keanu, pero necesito ir a un lugar antes de volver a casa. ¿Te importa? —A él le fue imposible no sonreír. Era la primera vez que pronunciaba su nombre y en sus labios era como tocar una canción de *rock* duro. Apretó las manos sobre sus piernas reprimiendo la necesidad de lanzarse sobre ella y besarla como llevaba tiempo deseándolo. Apartó de nuevo la vista conteniendo la respiración. Llegaron a la playa, y April detuvo el motor. Se bajaron y caminaron hasta sentarse en la arena a unos metros del mar.

—¡Oh, no, mi cuaderno! —April se llevó las manos a la cara, pues

siempre que iba a relajarse a la playa necesitaba garabatear ecuaciones. Keanu la miró mordiéndose los carrillos para no reírse y miró el mar.

—Aquí no te hace falta nada de eso.

—Pero es que yo, cuando estoy agobiada, vengo a la playa y me relajo garabateando en él mientras escucho música. Volveré al coche. —Hizo ademán de levantarse, pero él la retuvo. La acercó a él sintiendo el cuerpo de Keanu, que le agobiaba aún más. El chico entrelazó sus dedos con los de ella sin dejar de mirar al frente. April no quitaba la vista de la mano donde sus dedos se perdían en los de él.

—Cierra los ojos. —Keanu cerró los suyos inspirando y espirando al compás del vaivén de las olas—. Cierra los ojos, April —volvió a pedirle, pues sabía que no se estaba concentrando—, olvídate de todo, céntrate en tu propia respiración mientras escuchas el sonido de las olas.

Deseaba poder hacerlo, pero el contacto con Keanu la alteraba más que nada. Su cabeza bullía con imágenes del chico sentado a su lado acercándose a ella, sonriéndole, mirándola fijamente... ¿Cómo iba a concentrarse en nada más? Él estaba más calmado que ella, pues por fin había podido tocarla y rozarla sin que ella se le echase encima o deseara pegarle. Keanu empezó a tararear una canción lenta al ritmo de las olas, y April cerró los ojos. Poco a poco su respiración se tranquilizó y la acompañó al ritmo de la melodía que Keanu cantaba. No supo decir cuánto tiempo estuvo tarareándole aquella melodía que había surgido en su mente a los pocos días de conocerla. Giró la cabeza y observó a April que, con los ojos cerrados, respiraba pausadamente. Era la imagen más bonita que había visto en mucho tiempo. Ella abrió los ojos y lo miró también. Al encontrarse con el azul del mar, no pudo evitarlo y Keanu agachó la cabeza juntando los labios con los de ella.

Entreabrió los labios y se encontró con la lengua de April, deseosa y tan anhelante como la suya. April separó los labios gimiendo y se estremeció cuando Keanu la atrajo más hacia él. La provocaba y saboreaba besándola con más fuerza. Al principio, April, cohibida, no reaccionó, pero después se dejó llevar por las emociones que inundaban su mente y profundizó el beso aún más. Keanu la besaba con pasión, con deseo primario, ávido de explorar su boca. El beso se convirtió en algo más salvaje hasta que él frenó y aflojó tanta pasión. De este pasaron a besos más breves, lentos y suaves cuando tuvieron que romper el contacto por la imperante necesidad de volver a respirar.

Keanu observó sus mejillas sonrosadas por la situación, pero desvió la

vista a sus ojos rápidamente. Necesitaba ver que estaba bien y no se sentía abrumada por lo que acababa de suceder. Cuando vio los ojos chispeantes de ella encendidos por el deseo, se relajó. Esta vez se agachó para darle un beso en el pelo y recostarla sobre su pecho. Aún con las manos unidas, permanecieron así un rato hasta que él dio el primer paso.

—Lo siento, pero no he podido evitarlo —murmuró acariciando la espalda de ella. April se irguió y lo miró con los ojos llenos de pena. ¿Se arrepentía de aquel momento maravilloso que acababan de vivir?

—¿Te arrepientes? —Con un hilo de voz, separó sus dedos de los de Keanu como si su contacto le quemara la piel.

—Siento que no puedo perseguir un imposible —le contestó y la ayudó a ponerse de pie tras levantarse. Caminaron hacia el coche en silencio, y esta vez el trayecto de vuelta a casa fue aún más incómodo.

April no entendía por qué le había dicho aquello cuando había sentido que deseaba besarla tanto como ella. Con las lágrimas arremolinándose bajo sus párpados, se tragó el nudo de emociones que le impedía respirar. Keanu se bajó del coche tras murmurar un simple «adiós» que se le quedó atascado en la garganta, mientras que April sentía su rechazo como una bofetada en la cara.

# 11

April no podía creerse que Keanu la hubiese rechazado tras besarla de aquella manera. Nunca antes había sentido tanto en un beso. Con Jaime había tenido muchos, pero en ninguno hubo tanto sentimiento como en aquel. Un beso suave y tierno que se volvió apasionado llevados por el deseo y las ganas que se tenían. Tumbada en la cama miraba el techo de su habitación sin ningunas ganas de levantarse. El despertador sonaría en diez minutos, aunque su cerebro ya estaba más que despierto. Se levantó haciéndose una coleta y entró en el baño sin hacer ruido.

Apoyada en el lavabo no conseguía sacarse a Keanu de la cabeza y los besos que le dio. ¿Por qué era tan bueno haciendo aquello? April reconoció, entonces, que el chico le gustaba mucho, pero al parecer tenía pocas posibilidades con él. La había rechazado sin ningún pudor. Ya no había ninguna duda de los sentimientos que albergaba hacia él. En el momento en el que le dijo aquella extraña frase, sintió como si le dieran un puñetazo en el pecho y no pudiese volver a respirar.

Regresó a la habitación y, tras vestirse para ir a clase, bajó a la cocina. Cogió un vaso y lo llenó con zumo de naranja. Miró las galletas horneadas por su tía, pero no tenía hambre. Lo mejor sería salir de allí y hablar con alguien. La cafetería donde trabajaba Emma estaba ya abierta y la camarera se estaba poniendo el delantal cuando la vio entrar.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo?

—No preguntes —respondió April escondiendo la cara entre las manos. Emma le sirvió un café bien cargado y le preparó un par de tortitas con nata y fresa, obligándola a comerse todo, aunque se quejara de ello.

—No hace falta que me digas que esa cara tiene nombre propio porque sé que la tiene. No seré yo la que te regañe por ello, pues yo misma he tenido la misma cara de mierda por un tío. —Emma fregaba el suelo a conciencia antes de que los clientes comenzaran a llegar—. Me encantaría decirte que no merece la pena, que te olvides y a otra cosa, pero por desgracia sé lo que se siente. El amor es un asco —sentenció, al tiempo que escurría la fregona en el cubo.

—Gracias por los ánimos, siempre está bien que las amigas la animen a una —comentó con ironía April, antes de darle un último trago a la taza. Emma se acercó a ella y, tocándole el hombro, la miró muy seria.

—¿Sabes lo que necesitas? Una buena fiesta. Vas a empezar las clases con el ánimo por los suelos, así que esta noche, tú y yo, vamos a darlo todo. Como si no hubiera un mañana. —Salir era lo que menos le apetecía, pero, por no discutir, aceptó. Se marchó en el coche de su tía camino a la universidad para enfrentarse al nuevo día.

A varios metros de allí, el día no estaba empezando mejor para otra persona. Keanu había gruñido a todos sus compañeros desde que había llegado al taller. Se le habían caído unas bujías de las manos en varias ocasiones y había chocado con los otros chicos discutiendo con ellos. Ninguno sabía qué le pasaba, aunque empezaban a estar hartos de esa actitud. Dean solía cantar las canciones que preparaban para el fin de semana, pero aquel día Keanu no hacía más que decirle que cerrara la boca.

—¿Cuál es tu puto problema? —explotó, cansado de su mal humor. Se acercó a Keanu en actitud desafiante. Los chicos lo sujetaron, pues vieron que, a pesar de ser bastante pacífico por regla general, se enfrentaba a él. Eran dos gallos de pelea encerrados en un taller de coches.

—Tu voz es mi problema. Cierra la boca de una maldita vez.

—Mira, tío, no sé qué coño te pasa, pero lo mismo necesitas echar un polvo y no estar tan amargado. —Keanu lanzó la llave inglesa al suelo provocando un gran estruendo, se fue hacia Dean y casi se matan. Si no hubiera sido por Sebastian y los demás, lo hubiera hecho.

—¡Qué coño está pasando aquí! —Lou puso orden al ver semejante actuación. Los mandó a los dos fuera del taller y les dio la charla de su vida. Ambos se pidieron disculpas y volvieron al trabajo. No se volvieron a dirigir la palabra en toda la mañana, pero tampoco volvieron a pelearse.

—Keanu, ¿podemos hablar un momento? —Anita sabía que algo le pasaba y quería ayudarlo, aunque, como siempre, no se dejaría.

Dejó lo que estaba haciendo y se limpió en el trapo manchado de grasa. Salieron al soleado día y, en la puerta, hablaron. Él no la miraba, sino que miraba absorto el trapo restregándose las manos en él

—¿Por qué no me dejas ayudarte? —Ella lo miraba seria pero de forma tierna. Keanu era un segundo hijo para ella. Le dolía verlo sufrir cada día y la



impotencia de no poder ayudarlo le carcomía por dentro.

—Porque no hay nada en lo que ayudar. —Ella se acercó más a él y le rozó el hombro. Keanu tembló, pues sabía que estaba a punto de explotar y caer en picado. Ya no lo soportaba más, estaba llegando al límite de sus fuerzas, y ahora se le unía el tema de April. Tragó saliva con dificultad, si Anita seguía mostrándole un simple gesto de cariño más, se derrumbaría y no podía permitírselo.

—Keanu, cariño, yo... —El chico se removió y negó con la cabeza. Miró a Anita y le dio un tenue beso en la frente agradeciendo la preocupación constante por él y el amor real que una madre debía sentir por su hijo. «Ojalá fueras tú mi madre». Eso era lo que deseaba poder decirle muchas veces, pues él no había conocido lo que significaba aquello. Volvió al taller tragándose las lágrimas y siguió trabajando casi hasta la extenuación sin apenas probar bocado.

April estaba más que cansada. Tras más de seis horas en clase, necesitaba una cama y vegetar allí hasta el día siguiente. Debería quedar con Emma en otra ocasión. Era increíble que, para ser los primeros días, le hubieran mandado tantos deberes y proyectos. Lanzó la mochila con los libros en el asiento del copiloto y se fue del *parking* a la velocidad del rayo. A las pocas millas, el coche empezó a hacer un ruido extraño y se fue parando poco a poco hasta que se detuvo por completo.

—¡No, no, no! —Se aferró al volante y se dio de cabezazos contra él. Estaba muy lejos de casa. Tras respirar hondo un par de veces, llamó a su tía que le dijo que mandaría a uno de los chicos. «Lo que me faltaba», pensó al sospechar que Keanu aparecería a rescatarla. Al cabo de media hora, uno de los chicos del taller salió del coche y, por suerte no era él, sino Dean.

—Hola, princesa, veamos qué ha pasado. —April sonrió ante la frase del chico bastante aliviada al no ver al chico que la perturbaba. Al principio, le había caído mal, pues no hacía más que andar detrás de ella y ligotear sin parar, pero en el fondo era simpático y divertido.

—Te aseguro que yo no le he hecho nada —bromeó ella asomándose bajo el capó junto a Dean que tocaba piezas de un lado y de otro.

—¿Seguro? No sé yo si has sido del todo buena con él. —Ambos rieron desenfadados mientras bromeaban.

—Si queréis, os dejo intimididad. —April dio un respingo al escuchar la

voz de Keanu a su espalda. Al girarse, lo vio enfadado con una lata de aceite en la mano. Se apartó de Dean al ver que caminaba hacia ella. Él comenzó a discutir con su compañero sobre el posible problema y se pusieron manos a la obra. Ella los veía en la distancia trabajar y alguna vez se dirigió a Dean, pues no sería ella la primera que le dijera algo a Keanu.

—Listo, el problema estaba en...

—Déjalo, Dean, a ojazos no le interesa lo más mínimo, ¿me equivoco? —Keanu la miró sacudiendo las manos y limpiándose los restos de suciedad. Se dirigió al coche a limpiarse mejor con un trapo que llevaban en una bolsa del maletero mientras ella lo miraba enfurecida.

—No le hagas mucho caso hoy, no tiene un buen día. Yo me marchó. Acércalo al taller, por favor.

—Pero ¿y tú? —preguntó April aturdida. ¿Compartir el mismo espacio físico que Keanu? Debería estar bromeando.

—Tengo que ir al pueblo de al lado a recoger unas cosas para Lou. Nos vemos otro día, princesa. —Y tras darle un breve beso en la mejilla, se montó en el vehículo. Keanu se quedó mirándola desde lejos. Tenía el ceño fruncido, pero la observaba como si quisiera comérsela. April, por su parte, seguía enfadada por su comportamiento, aunque ¿a quién quería engañar? Si Keanu llegaba hasta ella y la besaba como el otro día, se rendiría sin más. Caminó hacia ella con paso firme. Cuando llegó a su lado, extendió la mano.

—Dame las llaves.

—¿Por qué? El coche está en perfectas condiciones y es de mi tía. Voy a llevarlo yo. —Se dio la vuelta para llegar a la puerta y subirse, pero él tiró de ella. April se desequilibró con el tirón y acabó en los brazos de Keanu. El vértigo del estómago se le salió por la garganta en forma de suspiro. Ella se agarró a sus brazos sin ser consciente de ello y agachó la cabeza.

—¿Te gusta Dean? —April sacudió la cabeza sin saber a qué venía esa pregunta. Alzó la vista y se encontró con los ojos de Keanu anhelantes por una respuesta.

—Claro que no.

—¿Y por qué dejas que te bese en la mejilla? —Ella, más enfadada que nunca, se removi6 y, separándose de él, dio un par de pasos hacia atrás.

—No creo que te importe quien me besa o a quien beso. Me lo dejaste muy claro el otro día. Sube al coche y vámonos de una maldita vez. —Hizo de nuevo ademán de subirse y abrió la puerta, pero él la cerró atrapándola entre el coche y él.

Iba a volverla loca, la besaba y la abrazaba para luego apartarla e ignorarla. Quería alejarlo de ella, pero algo más profundo la empujaba a quedarse allí quieta, disfrutando del contacto con su pecho.

—April... —Su nombre susurrado en sus labios fue el detonante. Ella se giró y, sin importarle absolutamente nada, le rodeó con los brazos y se acercó de puntillas a su boca. Se arriesgó a que él la separara de nuevo, pero no lo hizo. De nuevo fue un beso tierno, húmedo y cargado de mucho sentimiento. Keanu atrapó sus labios entre los suyos y respondió al beso profundizándolo. Ambos sentían los latidos del corazón vibrar en el pecho tan fuerte que parecía una melodía perfecta.

Posó ambas manos en la cadera de April y la acercó a él. Se sentía en el cielo, aunque en el fondo sabía que continuar aquella locura sería arrastrarla a su infierno, y ella no se lo merecía. Sus respiraciones se descontrolaron. April hundió los dedos en el cabello de Keanu haciendo que el chico se estremeciera aún más. La empujó contra el coche y siguió besándola enmarcando su rostro entre las manos. Por un momento, la cordura volvió a él y suavizó el beso. April no dejaba de entregarse inocentemente sin tener ni idea de quién era él y lo que llevaba a cuestas. Sabía que no era bueno para ella, pero el egoísmo pudo con él y se rindió ante la evidencia. Haría todo lo que fuera necesario por ella, incluso ser la persona que la chica necesitaba.

## 12

Keanu consiguió despegarse de April a duras penas. La entrega de la chica le rompía todos los esquemas y era bastante duro mantenerse alejado de ella. Ver a su amigo Dean darle un casto beso en la mejilla fue el detonante para explotar. Sabía que su compañero era un conquistador y no se tomaba en serio aquel tipo de gestos, pero ver que otro chico le hacía reír de aquella manera tan natural le había dolido. Deseaba ser él quien le hiciera sentirse así de libre y relajada, aunque hasta ese día no lo había logrado.

—Creo que será mejor ponerse en camino. —Se separó de April sin rozarla, necesitando ese espacio para poder pensar. Le quitó las llaves de la mano y tiró suavemente de ella llevándola al asiento del copiloto. Le abrió la puerta y la ayudó a entrar. Después, volvió donde estaba y se subió al coche de Anita.

April tragó saliva un par de veces tratando de controlar los nervios. El vértigo había decidido asentarse en su estómago y no abandonarlo. Mantuvo la vista fija en la carretera, aunque al estar anocheciendo las líneas del suelo apenas eran visibles. A veces Keanu rozaba su mano con la pierna de ella al cambiar de marchas, lo que provocaba que ambos dieran un respingo y se removieran en el asiento. Las sensaciones estaban a flor de piel.

—¿Estás bien? —musitó Keanu, parado en un semáforo. April no sabía si el calor se debía a la noche de verano o a tenerlo muy cerca en un espacio cerrado. Lo miró conteniendo un suspiro y le sonrió. Él volvió la vista a la carretera reprimiendo una sonrisita. La cabeza de April bullía sin entender absolutamente nada. La única certeza que tenía era que estando cerca de él se olvidaba de todo—. Fin de trayecto, ojazos.

No se dio cuenta que habían vuelto al taller de Lou hasta que echó el freno de mano situado junto al volante. Abrió la puerta del coche y salió sin mirarlo. Keanu fue a su encuentro y volvió a acercarse peligrosamente a ella. Durante el camino en coche no le había dirigido la palabra, pues intuía que ella necesitaba tiempo para digerir lo que estaba pasando. Ahora solo quedaba una cosa: dejarle claro lo que allí estaba sucediendo. Acarició el dorso de la mano de April tan despacio que le hizo cosquillas. El corazón de

ella saltaba en el pecho a cada roce del chico, que tanto le gustaba.

—Necesito una respuesta verbal de que estás bien. —No dejaba de rozarle la mano mirándola fijamente. A April le faltaba el aire, con el simple hecho de tenerlo cerca, pero, cuando la tocaba, dejaba de pensar nada coherente—. ¿April?

Ella reaccionó al oír su nombre. Alzó la vista de su mano y lo miró a los ojos. Sin decirle nada, lo agarró por los hombros abrazándolo y se fundió con sus labios sin pensar nada más que sentirlo otra vez. Se lanzó con tanta fuerza que Keanu perdió el equilibrio sujetándose a ella. Le devolvió el beso con la misma entrega, devorándola con anhelo. Deslizó una mano por su nuca pegándose más a su cuerpo. April gimió al apretarse contra su pecho con el corazón desbocado. Mordisqueó su labio inferior, lo que provocó que ella le respondiera con más fogosidad, excitada. Keanu fue frenándose, pues podrían terminar de aquella manera. Logró separar su boca de la de April apoyando la frente sobre la suya. Con las respiraciones agitadas, cerró los ojos disfrutando de aquel momento.

—Veo que lo tuyo no es hablar precisamente. —Ella no pudo evitarlo y se rio de su comentario. Aquella risa inundó el pecho de Keanu sintiendo una felicidad desconocida.

—Todo es culpa tuya, tú me haces sentir demasiadas cosas y me prohíbes pensar con lógica. Yo siempre he sido una persona muy racional, pero no sé qué demonios me pasa contigo que la sensatez me abandona — comentó April sofocada. Sus manos cambiaron de lugar situándose sobre el pecho de Keanu, que no dejaba de acariciarle la espalda. El comentario de la chica hizo que él se riera a carcajadas. Nunca había estado con una chica tan espontánea como ella. Aquello era nuevo y le encantaba. Empezaba a sentirse relajado estando a su lado, nuevas sensaciones le acompañaban.

—Vaya, nunca me habían dicho algo así, gracias. Me encanta volverte loca porque ese es el resumen de tus palabras, ¿no? —La miró con expresión divertida, y ella se sonrojó tapándose la cara. Ignoró aquello y le dio un golpe en el pecho alejándolo de ella—. Bueno, aquí nos separamos, ojazos.

—¿Aquí? Pero si esto es el taller de Lou.

—Efectivamente, y ahí está mi moto. Sube al coche y conduce a casa de Anita, yo te seguiré para asegurarme que llegas sana y salva. —A April no le gustó la idea de tener que separarse. Al día siguiente tenía clase de nuevo, pero lo único en lo que pensaba era en estar con él.

—Pero puedo llevarte a casa en el coche —intentó convencerlo,

acercándose más a él, aunque no funcionó. Keanu negó con la cabeza y sacó las llaves de la moto del bolsillo trasero de los pantalones.

—No hace falta, ojazos, mi chica me espera.

—¿Tu chica? —preguntó ella nerviosa alzando una ceja. Keanu no pudo remediarlo y se rio al ver la expresión de su cara.

—Hasta ahora ha sido mi chica. Tú acabas de llegar y te lo tienes que ganar —susurró con su nariz a escasos milímetros de la de ella. April abrió la boca para responderle, pero él la silenció con un nuevo beso lento y profundo que la dejó sin respiración con los ojos cerrados. Cuando los volvió a abrir, Keanu ya estaba de camino a su moto, se subió a ella y arrancó un par de veces haciendo mucho ruido. Ella se subió al coche y condujo seguida de Keanu como guardaespaldas hasta que, llegados a la casa de Anita, vio cómo se marchaba desapareciendo en la calurosa noche.

April estaba aquella mañana más torpe que nunca. Medio dormida, se había dado un buen golpe con la cama al volver del baño. Después de vestirse, trastabilló por la escalera y casi rodó, pero su culo paró la caída. Ahora, ya bien despierta, no podía achacarlo al sueño. Tenía claro a qué se debía o, más bien, a quien. Juraría que había estado toda la noche soñando con él, aunque solo recordaba retazos. Su tía se había levantado antes, pues debía asistir a la casa de una vecina a preparar el desayuno que llevarían al comedor social. Esto lo hacían una vez a la semana, y tras dar de comer a varias personas sin hogar, se marcharía al taller directa. Respecto a Ryan, no tenía ni idea si estaba en casa. No conseguía entablar una conversación de más de dos segundos con él. Pero ese no era su mayor problema esa mañana, sino Keanu. No dejaba de pensar en todo lo que le hacía sentir y lo mucho que le gustaba. Absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta y se tropezó con la silla echándose el café hirviendo en la mano.

Gritó como nunca y corrió a poner la mano bajo el grifo de agua fría. Las lágrimas le caían en cascada debido al dolor tan atroz que sentía. Pataleaba en el suelo sin sentir ni un ápice de alivio. Un somnoliento Ryan apareció en la cocina alarmado por los gritos.

—¿Qué coño pasa aquí? —April lo miró con la mirada emborronada por las lágrimas suplicándole ayuda. Ry corrió hacia ella y, tras examinar la quemadura, se marchó dejándola sola—: Mantén la mano ahí. —Regresó al minuto a la cocina abrochándose la sudadera de los Nicks con la que hacía

deporte y el botiquín en la mano. Rebuscó en él alguna pomada con la que curar a su prima, pero no había nada.

Por suerte, su tía no se había llevado el coche, así que pudieron ir al hospital en él. April se peleó con él para llevar al coche, pues aún no tenía licencia para conducir, pero con la mano así era imposible hacerlo. Llegaron al hospital rápidamente y la atendieron en urgencias en menos de veinte minutos. Aún era muy temprano y no había mucha gente.

Le atendió una doctora muy simpática que para distraerla del terrible dolor le contó que era una recién llegada como ella. Se había separado y su deseo era empezar una nueva vida. A April no le importaba lo más mínimo la vida de la doctora; sin embargo, asentía con la cabeza. Apretaba los labios e incluso se los mordía para no quejarse. A los diez minutos, ya tenía la mano curada con una pomada antiséptica, además se la habían vendado y administrado un calmante.

Ryan la llevó de vuelta a casa en el más absoluto silencio. Ella estaba muy agradecida por haberla llevado a urgencias y pensaba que aquel era el comienzo para una conversación entre ambos.

—Gracias por llevarme a que me curasen.

—No iba a dejar que te quedases en casa retorciéndote de dolor. No soy tan cabrón, April. —Ella no supo qué responderle, pues estaba segura que su primo tenía una idea muy mala de sí mismo. Ryan sabía que no era el de antes y que los demás hacían todo lo posible por volver a conectar con él, aunque aquello era imposible. Al llegar a casa se encontró con un Keanu, que deambulaba por el porche de un lado a otro como un león enjaulado.

# 13

—¿Keanu? —April se sujetaba la mano herida con la otra. Ryan pasó de largo y entró en casa. El chico se acercó a ella con grandes zancadas y observó la mano de April.

—Joder, qué susto me has dado. ¿Se puede saber qué coño has hecho?

Aquella era la respuesta que menos se esperaba. Bastante dolor sentía ya como para aguantar la reprimenda de nadie. Lo esquivó y entró en casa donde se encontró con su tía que, enseguida, se interesó por su estado. La abrazó dulcemente y se sentó con ella en el sofá. Keanu entró tras ella quedándose, junto a la puerta, con la mirada fija en su mano vendada.

—Cariño, ¿qué ha pasado?

—No lo sé, tía. Hoy me he levantado torpe y me he echado el café encima —musitó April tratando de soportar el nudo que tenía en la garganta. Las lágrimas se agolpaban bajo los párpados, pero no quería llorar, menos en presencia de Keanu que la había gritado nada más verla.

—¿Te duele mucho? —Ella afirmó con la cabeza sintiendo que el nudo se le aflojaba y que lloraría si seguía sentada en el sofá. Se levantó, y Keanu dio un paso adelante por instinto.

—Márchate a trabajar, tía, voy a estar bien.

—Cielo, no puedes hacer nada con esa mano. Y además con el dolor...

—Yo me quedo con ella —Keanu interrumpió a Anita. Ambas mujeres lo miraron, pero sus miradas fueron diferentes. La de April demostraba asombro, mientras que la de Anita estaba llena de agradecimiento y nada de sorpresa. Accedió a los deseos del chico, y se marchó tras darle un beso a su sobrina y pedirle que la llamase si ocurría cualquier cosa.

April no salía de su asombro. Clavada en el sitio, vio cómo Keanu se acercaba a ella y, posando sus manos en los brazos de ella, suspiraba.

—Cuando tu tía me ha dicho que estabas en el hospital, me he asustado mucho. Joder, April, tienes que tener más cuidado. —Ya estaba otra vez ese tono recriminatorio. Ella, dolorida y enfadada, se separó de él fulminándole con la mirada.

—No hace falta que me eches la bronca. Bastante tengo ya con la



quemadura como para que estés gritándome y regañándome. No soy ninguna cría. —Caminó por el salón furiosa por su actitud—. Además, ¿por qué se supone que te quedas aquí? ¿Para cuidarme? ¿Qué se supone que somos? —Entonces cayó en la cuenta—. ¿Qué le has contado a mi tía?

Keanu se acercó con cautela hacia ella que temblaba de pura rabia, pero se detuvo. Cruzado de brazos, no dejaba de observarla con esa mirada de adoración que ella siempre había visto en los ojos de sus padres. Estaba enfadada, aunque se estuviera muriendo por besarlo y sentirse arropada en sus brazos.

—Ese es el menor de tus problemas ahora mismo. Siéntate. Te voy a preparar un té, ¿te gustan, no? —April seguía sin comprender nada y se negaba a obedecerlo.

—Cuéntame qué le has dicho a mi tía. Keanu... —le amenazó gruñéndole. Él, con la sonrisa dibujada en su rostro, reunió el coraje suficiente para acercarse a ella. La agarró por los hombros y, mirándola muy serio, hizo toda una declaración de intenciones.

—Le he dicho lo que necesita saber, que voy a cuidar de ti. Creía que te había quedado claro anoche, aunque veo que no —chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Le he dicho que no soy el tipo que su sobrina se merece, que soy un imbécil con la mayor suerte del mundo porque, por alguna razón que desconozco, te gusto. Que estoy dispuesto a hacer que sonrías y rías de esa forma que me vuelve loco, que voy a ser justo la persona que necesitas y voy a alejar todos mis demonios de ti para que no te rocen ni un solo pelo. Le he dicho que soy un egoísta de mierda, y que sin ti ya no puedo respirar, y ella que es muy sabia me ha amenazado de muerte si te hago sufrir lo más mínimo. Pero, sobre todo, le he dejado claro que no habrá nada ni nadie que consiga apartarte de mí, ni siquiera yo mismo.

Con el corazón en la garganta y emocionada hasta llegar a las lágrimas, April sollozó encontrándose reconfortada por fin por los musculosos brazos de Keanu. No había entendido la mitad de lo que le había dicho, pero si de algo estaba segura era de que él le gustaba como nadie antes y estaba dispuesta a investigar sobre todo ese *infierno* que Keanu escondía, e incluso a sacarlo de él.

Permanecieron abrazados un rato, con los sollozos de April como melodía. Keanu no dejaba de reconfortarla con besos en su pelo y le acariciaba la espalda teniendo especial cuidado con su mano. No recordaba haberse sentido tan en paz consigo mismo y con la vida antes. Aquel

momento era simplemente perfecto.

—Vamos a por ese té, ojazos. —Se separó de ella acercándose a su cara y le dio un breve beso en la nariz. La rodeó con un brazo y la llevó a la cocina. Ella, completamente reconfortada, apoyó la cabeza en su hombro y caminó junto a él. Sentada en la silla de la cocina, veía a Keanu llenar la tetera de agua y rebuscar las bolsitas de té en los armarios de su tía. Pensó por qué con él se había sentido tranquila desde que estuvieron juntos en la playa. En el poco tiempo que lo conocía, le había hecho sentirse segura sin apenas hacer o decir algo.

Varios minutos después, Keanu vertía el contenido de la tetera en una taza para April. Él sopló con delicadeza para no quemarse y aquel gesto fue un rechazazo directo a su corazón. Él se rió al recordar lo torpe que era, y ella lo miró extrañada.

—¿De qué te ríes?

—Estaba recordando lo desastre que eres. ¿En realidad eres así o lo haces solo por llamar mi atención? —Se cruzó de brazos apoyado en el respaldo de la silla. April frunció el ceño al escuchar el comentario.

—No te creas tan importante. —Él no dejaba de reírse, y ella, enojada, se levantó y trató de fregar la taza como pudo. Keanu fue tras ella y rodeó su cintura con las manos apoyando la cabeza en la de April. Respiraba agitado a su espalda sin saber aún muy bien qué tenía ella. April sintió el vértigo danzar en su estómago al contacto con las manos de Keanu. Un gemido se escapó de su garganta cuando escuchó su voz grave.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo me vuelves así de loco? —April jadeaba sintiendo el aliento de Keanu en su nuca, seguido de escuetos besos que fue trazando desde ese lugar hasta el cuello donde se entretuvo un rato besando y mordisqueando a su antojo. April se agarró al fregadero con la mano sana como pudo, incapaz de pensar. Se limitó a sentir los besos de Keanu. Había descubierto recientemente que eran adictivos.

Oyeron el timbre de la puerta, que rompió la conexión. Keanu se retiró de ella jadeando y buscando el aire. Fue hacia la puerta mientras April intentaba sosegar. Al poco, apareció en el salón con las mejillas aún sonrojadas.

—¿Emma? —La camarera se acercó a ella con la mirada turbada.

—¿Qué te ha pasado? Lou ha ido al café y me ha dicho que Anita no iba hoy con él, porque estabas en el hospital y te habías quemado. April agradeció la preocupación de la chica, aunque hubiera roto un momento

mágico para ella. Le explicó lo sucedido, y ella le dijo que se había quemado con el horno en la cafetería alguna vez, por lo que comprendía su dolor. Se sentaron en el sofá a charlar, habían hecho muy buenas migas. April sentía que podían llegar a ser grandes amigas.

—¿Qué coño hace esa aquí? —Ryan rompió el buen clima que se respiraba con aquella tajante pregunta. April lo miró, entre sorprendida y enfadada, mientras que Emma simplemente agachó la cabeza.

—¡Ryan! No seas grosero, es una invitada. Ha venido a verme. —La camarera se levantó de un salto del sofá y cogió su bolso sin levantar la cabeza. ¿Qué demonios sucedía entre aquellos dos?

—No te preocupes, April, ya me marchó. —Fue hacia la puerta, pero Ryan siguió con su carácter agresivo, que tan poco soportaba su prima.

—Sí, mejor será que te vayas. No quiero que vuelvas a acercarte siquiera a mi casa. No puedo prohibir a mi familia con quien se relaciona, pero me encantaría. Así no tendría que verte la maldita cara nunca. —April fue hacia él, rabiosa, y le dio un golpe en el brazo. El tono desagradable de Ryan había alertado a Keanu que estaba recogiendo la cocina tras el té.

—¡Discúlpate ahora mismo! Emma no se merece que la trates así. —Ryan echaba humo y no dejaba de mirar a Emma. Para April era difícil descifrar qué expresaba su mirada. A primera vista había un odio puro e irracional, pero algo le decía que allí había más de lo que se veía en la superficie.

—No pasa nada, April. Ya nos veremos, cuídate. —Salió casi corriendo de la casa sin darle tiempo a su nueva amiga a decirle «adiós». Ryan salió tras ella para sorpresa de April. Cuando quiso detenerlo, Keanu la paró.

—No vayas. Ellos son los que deben solucionar sus cosas.

—¿Qué cosas? ¿Es que tú sabes algo? —April sufría por cómo la había tratado Ry. No se merecía aquel trato. Keanu la distrajo agarrando su cara entre las manos. Así no podía pensar. Comenzó a besarla deslizando la lengua en la boca de April con un gemido ahogado. Keanu respiraba agitadamente calentando a la chica que tenía entre sus brazos. Se apretó un poco más contra ella. El olor de April le nublabla la razón. Olía a vainilla, a dulce y a cálido. Al sentir cómo la chica vibraba entre sus brazos, consiguió apartarse de ella y sonreírle.

—Me encantaría seguir, pero tengo que irme. —Con un par de rápidos besos sobre sus labios, la dejó necesitada de él. Antes de cruzar el umbral de la puerta se giró mirándola directamente a esos ojos que calentaban su

corazón—. Esta noche toco en el bar. Mañana vendré a por ti.

—¿A por mí? —preguntó ella aún con las pulsaciones aceleradas.

—Claro. —Se acercó a ella y casi en un susurro le confirmó sus planes —: Aún no hemos tenido una cita de verdad, y se me está ocurriendo una gran idea.

Ella sonrió embobada y, antes de poder responderle, vio cómo se ponía las gafas de sol y se marchaba en la moto quemando rueda en el asfalto.

Ryan no volvió hasta tarde. Anita ya había llegado a casa y estaba preparando la cena. Como era habitual no habló con ninguna de las dos, y April no estaba de humor para empezar una pelea. Los calmantes estaban empezando a dejar de hacer efecto y sentía de nuevo el dolor latirle en la mano. Ry cogió algo del frigorífico y se marchó tras musitar que había concierto en el bar. Anita le preparó un caldo a April y le dio un analgésico para poder dormir. Se subió a la habitación deseosa de hablar con Maeve más que de descansar.

Sin importarle la hora, la llamó. Su amiga contestó adormilada a la llamada debido al cambio horario, pero, cuando oyó el nombre de Keanu y un «me gusta», se espabiló.

—Detalles, detalles, y si son sucios, mejor —pidió con la voz entre susurros a su amiga del alma. Esta se rio tapándose la boca y le contó lo que había pasado con Keanu y las sensaciones que despertaba en ella, aunque también le dijo que ocultaba algo misterioso.

—¿Maeve? ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona. Mi abuela tiene un oído muy fino, y creía que se había levantado. Si me encuentra al teléfono, me deshereda.

—Hablamos en otro momento si quieres —le dijo April resignada, pues necesitaba el consejo de su buena amiga más que nunca. Maeve chasqueó la lengua y lo que dijo a April fue de todo menos apaciguador.

—No te preocupes, falsa alarma. April, quisiera poder estar allí y ver al chico que, para tenerte así, debe ser la bomba. Sabes que te quiero y te apoyo en todas las decisiones que tomes, pero te pido que pienses muy bien esta. Sé que Keanu te gusta y, por lo que dices, debe de estar cañón, aunque si hay algo, algún temor, que te hace dudar, hazle caso. No te digo que cortes cualquier tipo de relación que podáis tener ahora, solo te pido que vayas con mucho cuidado. Te lo he dicho muchas veces, pero quizá necesitamos tatuarnos esta frase para hacerle realmente caso. Debemos enamorarnos de la

persona que se merezca nuestro amor.

# 14

Las vibraciones del teléfono móvil sacaron a April del sueño. Tanteó con la mano sobre la mesilla hasta que dio con él. Ella, con los ojos aún entrecerrados, miró la pantalla y se alegró al ver que era su madre.

—¿Mamá?

—¡Hola, tesoro! Qué alegría me da poder escuchar tu voz. —Oír la voz de su madre le hizo sentirse mejor. Desde su llegada habían hablado poco, y se sentía algo más vulnerable tras el incidente de la quemadura.

—Y a mí también. ¿Qué tal estáis? ¿Y papá? —Un nudo en la garganta quebró la voz de April.

—Aquí está, a mi lado, tratando de quitarme el teléfono. ¡Para Sam! — Oyó que decía su madre. Ella se imaginó la situación y se rio aliviando la carga que llevaba. No quería preocuparlos, así que hablarles de la tensa situación que se vivía en casa de su tía por culpa de Ryan no era buena idea. Tampoco podía contarles cómo se sentía de agobiada debido a la universidad y, mucho menos, hablarles de Keanu. Solo le quedaba mantener la conversación lo más plana posible.

Media hora más tarde, se sintió un poco mejor hasta que dejó de hablar con ellos. No sabía cuánto los echaba de menos hasta que oía sus voces. Su padre le había enviado fotos por correo electrónico enseñándole los lugares que estaban visitando. Los veía tan felices que no se sentía con el derecho a estropearles su felicidad. Ella era valiente y fuerte como se empeñaban sus padres en describirla, así que saldría adelante sola haciendo frente a Ryan, tratando de comprender a Keanu y comenzando el semestre en la universidad con una sonrisa en la cara.

No comprendía cómo podían vivir sin persianas. Uno de los países más poderosos del mundo, y tenían que soportar cómo se colaba la luz desde que amanecía. Se tapó la cara con la almohada, pero ya estaba espabilada, así que decidió levantarse. Por suerte, la quemadura mejoraba y le dolía muy poco. Se preparó un té, sin hacer mucho ruido, y salió al porche a ver cómo el día

despertaba. Ryan llegó al poco tiempo en una moto que conocía, y al ver al piloto, su corazón se hinchó de felicidad.

Keanu bajó de la moto junto a Ry. Subió los tres escalones del porche y se puso en cuclillas frente a April. Ryan musitó algo así como un «hasta luego» y entró en la casa.

—¿Cómo ha ido el concierto? —murmuró ella dejando la taza en el suelo. Keanu cogió su cara entre las manos y con firmeza cubrió su boca. Los labios suaves de April se juntaron con los de él como si estuvieran hechos para encajar a la perfección. Cuando ella apenas podía respirar, Keanu se apartó y susurró muy cerca de ella.

—Me encantaría poder darte los buenos días habiendo pasado la noche contigo. —Aquel pensamiento turbó a April, que se puso nerviosa, al pensarlo. Él que detectó su pensamiento, volvió a hablar—: Aunque solo pase la noche abrazado a ti. Por ahora, te doy los buenos días así.

La distrajo interesándose por la quemadura y por cómo había dormido. Le contó que el concierto había sido un éxito, pero se había alargado demasiado, los chicos y él habían estado celebrándolo por ahí. Ahora debía ir a darse una ducha e ir al taller a trabajar.

—Esta tarde te recogeré a las ocho. —Él, con un tímido beso en los labios, se despidió de ella caminando hacia su moto, pero antes de subirse a ella, la miró de nuevo y le dijo—: Prepárate para la mejor cita de tu vida, ojazos—. Con un guiño, se subió a la moto y dejó el corazón de April latiendo desbocado en su pecho.

Por fin, Ryan se levantó a mediodía, y su prima pensó que era el momento para pedirle explicaciones sobre lo ocurrido con Emma.

—Vaya, buenas tardes. —April apoyó el libro que estaba leyendo en su regazo, pues no había ido a clase contra su voluntad. Anita se lo prohibió siguiendo los consejos de la doctora del hospital, aunque a ella más bien le parecía que seguía los suyos propios. La quemadura no era tan grave, pero cualquiera le decía que no.

—¿Quieres algo, *primita*? —Ry la miró desafiante mientras bebía un vaso de zumo.

—Ya que lo dices, sí. Me gustaría saber a qué vino la escena de ayer con Emma. ¿Qué te ha hecho esa chica para que te comportaras como un *capullo*? No se merece que la trates así por mucho daño que te haya hecho,

cosa que dudo francamente. —Estaba enojada con él por portarse así con su amiga, con su tía y con ella misma. Los labios de Ryan dibujaron una línea, presa del enfado monumental que tenía.

—No te metas donde no te llaman. No me hagas hablar de esa, será lo mejor. Sé amiga suya si quieres, pero a mi casa no la vuelvas a traer jamás, ¿lo has entendido o te hago un croquis? —April bufó y lanzó, rabiosa, el libro al suelo. ¿Por qué Ryan era así? No conseguía entenderlo.

—Ahora también es mi casa —le dijo desde el sofá poniéndose de pie—. Ya te he avisado, *primito*, pero voy a empezar a actuar. No voy a dejar que arrastres por el suelo a la gente como lo haces con la tía, ni voy a permitir que humilles a las personas para tu satisfacción personal. Se acabó.

—No tienes ni puta idea de nada. —Dejó el vaso en la mesa que por poco no se hizo añicos.

—¿Cuéntamelo! ¿Qué es eso tan terrible que te ha sucedido para que seas así? ¡Dios, Ryan! ¡Este no eres tú! No entiendo nada, necesito hacerlo. ¡Explicamelo! Quiero a mi primo de vuelta y lo quiero ya. —Era más una súplica que un reproche. Pero Ryan no quería hablar, nunca lo hacía. Abandonó el salón dejándola con la palabra en la boca. April se sintió de nuevo impotente.

Se cambió de ropa y cogió el autobús para ir al café donde trabajaba Emma. La chica se alegró mucho de verla, pero su sonrisa se oscureció cuando April se sentó en la barra con el ceño fruncido.

—Emma, voy a serte muy sincera. Me gusta ser directa, me gusta la verdad y las personas honestas. Necesito saber qué demonios es lo que ha pasado entre mi primo y tú, porque sé que algo ha ocurrido. Él no quiere hablar conmigo y, créeme, lo he intentado. Tengo que llegar a él, saber qué ha estado sucediendo para que sea así de capullo e insoportable. Ryan no ha sido nunca así. Si él no quiere decírmelo, deberé averiguarlo por otras personas, y hoy te toca a ti.

Emma limpiaba la barra nerviosa mirando y escuchando atentamente a April. Inspiró profundamente con la mirada puesta en su amiga y, muy seria, le respondió.

—Este no es el lugar para hablar de esto. Mañana es mi día libre. Si quieres, quedamos y charlamos un rato. —April asintió con la cabeza, aunque sus ojos suplicaban algo más—. Sé que debes estar muy confusa. Yo solo



puedo decirte que tu primo necesita ayuda, pero ahora mismo nadie puede ayudarlo. Lo mejor que puedes hacer es darle espacio y tiempo. Ryan volverá.

—Podrías haberme dicho que venías a ver a *tu* novio —Anita le lanzó la puya, sonriéndose. April disimulaba, haciendo como que miraba unos libros de cuentas, pero en realidad estaba mirando hacia el interior del taller a través de la puerta entreabierta.

—No es mi novio, tía. —Se giró molesta, pero no podía negar que le había gustado cómo sonaba eso. ¿Algún día llegaría a usar esa palabra con él? Ya no había duda de que ambos sentían algo muy fuerte, aunque también era realista. Un tipo como Keanu no era de los que tenían novia oficial. Este pensamiento deprimió un poco a April que se sentó junto a su tía. Ya ni siquiera aparentaba que estaba leyendo. Con la mirada perdida, trataba de imaginarse adónde les conduciría aquella relación. Lo único que consiguió era sufrir un terrible dolor de cabeza.

—¡April! —El grito de su tía la sobresaltó—. Cariño, sé que te gusta mucho y que estás en las nubes, pero si vas a ayudarme será mejor que lo hagas ya. Hoy me salen los números por las orejas.

Continuaron con el trabajo a pesar de las interrupciones. Lou entró al despacho un par de veces con excusas bastante tontas como si querían algo de comer o tomar el aire. April estaba cada día más convencida de que aquel hombre estaba enamorado de su tía. No había más que fijarse en cómo la miraba y el modo en el que la trataba. A ella no le vino nada mal, pues aprovechó para desviar su mirada al taller y buscar a Keanu. El chico, por su parte, parecía que no le afectaba lo más mínimo que ella estuviera allí. Al contrario que Lou, no había entrado ni una sola vez, ni había estado fisgoneando qué hacía con Anita o, al menos, eso era lo que April creía.

—¡Tío! ¡Quieres centrarte de una puta vez! —Sebastian se quejó por enésima vez en lo que iba de día. Keanu estaba completamente ido, se había chocado con Phil un par de veces, cambió el aceite de un coche echándole agua y la última fue soltar un destornillador cayendo cerca del foso de reparaciones. Si no hubiera sido por la rapidez de Dean habría acabado allí abajo. Keanu se había disculpado con sus compañeros cien mil veces. Sin embargo, sabía que no estaba concentrado aquel día. Disimuló achacándolo

al cansancio por el concierto de la noche anterior, pero la realidad era otra muy distinta que tenía nombre propio.

Llegada la hora de la comida se escapó con los demás al café antes de que April saliera del despacho. La chica comió algo preparado por Lou en la oficina de Anita, ya que el trabajo era desmesurado y necesitaban todo el tiempo posible.

—Esta tarde, en cuanto lleguemos a casa, te curaré la herida, ¿cómo la llevas?

—Perfectamente, tía. Apenas me duele. —Cuando los chicos regresaron de la cafetería, lo hicieron sin Keanu. A April le extrañó y salió al taller simulando que buscaba algunos documentos. Ni rastro. Se acercó a Dean, que era con el que tenía más confianza, y le preguntó por él.

—Estaba cansado y ha hablado con Lou para marcharse. Y menos mal porque lleva un día que no da una a derechas. —A April le divirtió que él estuviera tan nervioso como ella. Esperaba que fuera por su primera cita, esa que le había prometido sería especial.

Por la tarde, Anita curó la quemadura a April y aprovechó para hablar sobre Keanu. Para ella era como un hijo, pero sabía los problemas que tenía el chico y no quería que su sobrina ni él sufrieran.

—Creo que esta noche tienes una cita. —Las mejillas de April se tiñeron de rubor al escuchar a su tía. Por supuesto que sabía lo de la cita, pero le daba vergüenza reconocer que él le gustaba. Esos temas solo los había hablado con su madre alguna vez y muchas con Maeve.

—Algo así.

—De algo así nada. ¿Te crees que tu tía está ciega o es tonta? Cariño, por muchos años que tenga, tengo ojos en la cara. Veo cómo te mira y cómo lo haces tú. No quiero entrometerme, pero solo te pido que tengas cuidado. Keanu es una persona difícil, sufre mucho, lo ha hecho durante años. Nunca lo he visto mirar a alguien de la forma en la que te mira a ti y eso me da miedo.

—¿Miedo? —preguntó April con el corazón encogido al oír que él sufría.

—Sí, cielo. Miedo porque esto puede acabar en amor, pero ahora mismo él no..., está perdido. Sé que parece que el que está perdido es Ryan, pero, créeme, Keanu está igual que tu primo e incluso un poco más. Sus amigos

son los que le sostienen y le ayudan. A través de Ry trata de salir adelante, pero no sé si será capaz.

Las palabras de su tía la dejaron bloqueada. No podía estar hablando de la misma persona. Keanu era el que siempre sacaba a Ry de los líos, él no se metía en ellos. Entonces un clic se activó en su cerebro. «Pero sobre todo le he dejado claro que no habrá nada ni nadie que consiga apartarte de mí, ni siquiera yo mismo», Keanu le había dicho aquellas palabras sin saber qué significaban. April negó con la cabeza queriendo quitarse todo aquello de la mente.

—No te preocupes, tía. Sé cómo lidiar con esto.

—Eso nos creemos, pero en cuanto nos dicen dos cosas bonitas y nos miran con esas sonrisas encantadoras, se nos derrite el cerebro y se nos caen las bragas.

—¡Tía! Por Dios, no digas esas cosas —April se escandalizó al escuchar los comentarios de Anita llevándose las manos a la cara.

—No me mires así, sabes bien de lo que hablo. No siempre he sido tu tía, la mujer de cuarenta y dos años, he tenido tu edad y sé cómo te sientes. Solo te digo que tengas cuidado, ya no solo por ti, cielo, sino también por él. —Anita se levanta con el botiquín en la mano e hizo que April temblara por su petición cuando la abrazó por detrás—. No le hagas daño.

# 16

Toda la ropa del armario de April yacía sobre la cama. No tenía la menor idea de qué ponerse. A pesar de saber que a las ocho Keanu la recogería, la ansiedad pudo con ella, y comenzó a elegir el vestuario más adecuado horas antes. Se cambió de ropa tres veces hasta que oyó el timbre de la puerta. Suavemente tiró de la cortina que cubría la ventana y vio a Keanu llegar en un Mustang. Había llegado la hora de su primera cita. Sin pensárselo dos veces, se deshizo la coleta dejando el pelo suelto. El vestido de margaritas amarillas sería el atuendo escogido. Cogió la cazadora vaquera que colgaba de la silla y, tras inspirar un par de veces, agarró el pomo para encontrarse con su cita.

Keanu estaba seguro que pocas cosas podían dejarle sin aliento, pero se equivocaba. Al ver a April en lo alto de la escalera, sintió cómo salió el aire de sus pulmones ahogándole. A cada escalón que bajaba, le faltaba un poco más de sangre en el cerebro concentrándose en su entrepierna. Anita carraspeó al ver bajar a su sobrina rompiendo la concentración del chico.

—Espero que lo paséis bien y que seáis buenos, ¿entendido? —Miró a ambos con mirada reprobatoria y les acompañó a la puerta. Se subieron al coche y solo entonces cerró la puerta de la casa. Keanu puso la mano en el cuello de April atrayéndola hacia él para darle las buenas noches como se merecía. Le dio un beso largo y profundo antes de separar sus labios.

—Esta noche estás más preciosa que nunca, ojazos. —Aquel apelativo cariñoso le había molestado al principio, pero ahora le encantaba escucharlo de la boca de su James Dean.

—Gracias, tú tampoco te quedas atrás. —April lo miró de arriba abajo con descaro humedeciéndose los labios, que se le habían secado de pronto. Keanu le sonrió y puso el motor en marcha camino a una noche llena de sorpresas.

Llegaron al aparcamiento de la playa que estaba a rebosar. Keanu se bajó velozmente para abrirle la puerta a April, que ya estaba abriéndola por sí misma.

—¿No me digas que eres todo un caballero de brillante armadura? —

Encogiéndose de hombros, ladeó la cabeza y sonrió.

—He oído que es lo que os gusta a las chicas, pero no te acostumbres. Yo, más que caballero, soy el chico malo de la historia. —Le ofreció la mano para salir del coche contradiciéndose con sus palabras. April se rio inundando el pecho de Keanu de auténtica felicidad.

Caminaron hacia el muelle donde al parecer había una feria. Todos los años había varias por diversos motivos, pero aquella era la principal y más importante según le iba contando Keanu. Ambos andaban rozándose con las manos hasta que él encontró el coraje suficiente y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Bienvenida a la gran feria de Ocean River. —Se detuvieron un instante ante la feria. A lo largo del muelle había puestos de comida, algodón de azúcar y, al final del mismo, un parque de atracciones—. Yo solía venir con mi padre cuando era pequeño. Esta feria no nos la perdíamos jamás.

April tuvo deseos de seguir preguntándole por él, pero se paró al percibir un brillo de emoción en los ojos del chico que caminaba a su lado. Recorrieron la pasarela mientras escuchaban las olas del mar romper y sentían la brisa marina. A medida que se acercaban al parque de atracciones, el sonido del mar se perdía en la música que sonaba desde allí.

Había un gran letrero con el nombre del pueblo a la entrada del muelle y un cartel con dos figuras y las caras recortadas. Keanu miró divertido a April y se pusieron detrás de él. Ella era la rubia socorrista que sostenía en brazos a un Keanu musculoso y blanquecino. Un chico les hizo una foto que recogieron entre risas. Entraron al parque y caminaron por los puestos de atracciones. Keanu pagó dos dólares por apuntar con una pistola de goma a varias botellas, con la que consiguió un peluche para April. A ella le dio pena decirle que odiaba los muñecos de peluche, así que le dio las gracias y siguieron andando. Comieron palomitas y, por supuesto, una nube rosa de azúcar.

—¿Te gustan las atracciones? —le preguntó sonriéndole mientras señalaba a la noria.

—Bueno, no es que sea muy amiga de ellas, a decir verdad.

—Genial. —Tiró de ella corriendo hacia allí. Pagó por dos *tickets* y se pusieron en la fila para subir a la gigantesca noria que coronaba la feria.

—Esto, creo que no me he debido expresar bien, pero no soy muy amiga de este tipo de cosas. No sé si me entiendes... —Las manos comenzaron a sudarle nerviosa por lo que se avecinaba.

—Perfectamente, pero las vistas desde ahí arriba son espectaculares. — April se había quedado clavada en el suelo al ver la altura de la noria. Quiso darse la vuelta, pero él la retuvo contra su pecho, y ella se rindió ante su calidez. Subieron sin darle tiempo a ella de pensar más, y se apretó contra él. Keanu la rodeaba con ambos brazos fuertemente. A pesar de todo, April se sentía segura, aunque a medida que iba subiendo apretaba los ojos con más fuerza.

—Debes odiarme mucho para hacerme subir aquí. —Ella estaba temblando con la cara apretada sobre el pecho de él, y no solo por la altura.

—Ya te he dicho que las vistas son las mejores. —April comenzó a abrir los ojos despacio, confiando en que aquello fuese cierto. Lo que vio la dejó sin aliento, los resplandecientes ojos de Keanu brillaban mientras la miraba con una gran sonrisa. No supo muy bien a qué se debió aquel impulso, pero se aferró a su cara y lo besó. Ya no sentía el vértigo de la altura, sino aquel que solo él le provocaba. No le preocupaba estar a tantos metros alejada del suelo, sino alejarse de sus labios.

Keanu respondió al beso con suavidad. La besaba con una estúpida sonrisa en sus labios. April emitió un gemido de placer sintiendo como él acariciaba su lengua con la suya. La estrechó aún más contra sí mismo, si es que era posible que estuvieran más juntos. Cuando rompieron la conexión por el beso, ambos jadearon, y ella volvió a esconder su cara en el pecho de él. Keanu besaba su cabello con dulzura susurrando la canción que le cantó en la playa. April pensaba que el mar era lo único que le aportaba paz y calma, pero desde aquel momento se dio cuenta de que eso había cambiado. Él era su nuevo remanso de tranquilidad, y aquello le dibujó una enorme sonrisa en la cara.

Más embobados que nunca, bajaron de la noria agarrados de la mano. Keanu le rodeaba con un brazo abrazándola e intercalaban besos fugaces con otros largos y apasionados. April se sentía en una nube cuando salieron de la feria camino a la playa.

—¿Dónde vamos? —Ella frenó en seco, y Keanu puso los ojos en blanco.

—¿Qué piensas que voy a hacerte? —Negó con la cabeza y le dio un beso en la mejilla—. Ya deberías saber que no hay nadie con quien estés más segura que conmigo. Jamás podría hacerte daño. —Le guiñó un ojo, y el corazón de April latió desbocado tras sus palabras.

Caminaron por la arena y se sentaron cerca del mar. La estampa era

preciosa con la luz de la luna reflejada en el agua. Escucharon el rumor de las olas, en silencio, con las manos unidas. Ninguno de los dos había sentido antes esos sentimientos que les hacían inmensamente felices solo por ver sonreír al otro, aunque al mismo tiempo una sensación parecida al miedo paseaba por sus mentes.

—Vamos a mejorarlo —musitó Keanu mirándola a los ojos. Tiró de ella, y se tumbaron en la arena. Un cielo repleto de estrellas los observaba desde lo alto.

—Mañana te odiaré cuando tenga que quitarme la arena del pelo — bromeó ella. Keanu rio y puso un brazo bajo su cabeza.

—Si quieres puedo ayudarte a eliminar toda la arena. —Con un dedo le rozaba el hombro bajando por el brazo. April tragó saliva y carraspeó al sentir su contacto. Keanu se sonrió y dejó de tocarla. Le encantaba ponerla nerviosa, de eso no había duda.

—¿Puedo preguntarte algo? —April se lanzó a la piscina, esperando que hubiese suficiente agua para nadar.

—Claro, siempre podrás preguntarme lo que quieras.

—¿Tus padres no viven contigo? —Oyó cómo se le entrecortaba la respiración y la incomodidad reinaba en el aire.

—Es complicado...

—Vale, no quiero que me cuentes nada que no quieras o para lo que no estés preparado. Pero Keanu. —April se apoyó sobre un codo y lo miró en la oscuridad—. Yo voy a estar aquí para ti siempre que lo necesites.

Keanu no podía creerse que hubiera tenido tanta suerte de cruzarse un día con aquella chica de impresionantes ojos azules. Tanta dulzura e inocencia habían tocado su duro corazón y estaba babeando por una tía como nunca. Siempre la cagaba y terminaba metiendo la pata, aunque ninguna chica le había importado tanto como ella hasta ahora. Con ella sería diferente, la alejaría de su infierno y conseguiría que lo imposible se hiciera realidad.

—Gracias, ojazos. —Se irguió y, de nuevo, se acercó a ella. Le acarició la cara con el pulgar deleitándose en el contacto—. ¿Puedo besarte otra vez?

—¿Desde cuándo preguntas? —Posó sus labios sobre los de ella y la tumbó sobre la arena disfrutando de los cálidos besos que se daban sin descanso.

Rozando la medianoche, regresaban en el coche prestado por Sebastian. No podían despegarse, así que durante todo el trayecto permanecieron con las manos unidas. April no podía dejar de sonreír como una estúpida, y Keanu le



daba besos en la mano, que tenía unida a la suya. El vértigo no la había dejado en toda la noche, aunque ya no era tan agobiante, sino que estaba empezando a ser una sensación agradable en su estómago.

Al llegar a la puerta de Anita, se despidieron entre abrazos y besos silenciosos para no despertar a la tía de April. Ryan estaría de fiesta seguramente según Keanu. Ese no era el día para hacerle preguntas sobre su primo, pero no tardaría en ello.

—Gracias por esta primera cita. Ha sido perfecta.

—Me alegra oír eso, pero no pienses que vamos a hacer todas estas ñoñerías siempre. Me encantará tenerte como una *groupie* delante del escenario mientras cantamos. —Le guiñó un ojo tras recibir un golpe en el brazo. Para nada había sido una cita ñoña. Por el contrario, había sido la más romántica de la historia de las citas.

—Ya veremos, a ver cómo te portas. —Jugueteó ella con él ahora. Una duda le asaltó y, antes de entrar en casa, le hizo la pregunta que rondaba su mente hacía tiempo—: Por cierto, esa canción que cantaste en la playa y hoy en la noria, ¿es vuestra? —Keanu se acercó a ella y, en un susurro apenas audible, le respondió.

—Esa canción es solo tuya, la compuse después de conocerte.

—¿En serio, tío? ¡Joder, qué suerte! —Dean golpeaba el brazo de Keanu picándole para que entrase en su absurdo juego de boxeo. Cuando estaban contentos, lo celebraban con un combate. El guitarrista paraba sus golpes mientras simulaban que se peleaban unos minutos.

—Me alegro mucho, tío —Phil, que era un tipo más sosegado, simplemente le dio la enhorabuena y siguió a lo suyo, que consistía en examinar unas bujías para el coche de la señora Ferguson. Sebastian, sin embargo, no se había inmutado tras la noticia que Keanu les había comunicado. Seguía trabajando revisando el motor del Chevrolet sin girarse a hablar con sus amigos.

—Tío, ¿no le dices nada? —Dean le dio un golpe en la espalda para llamar su atención, y fue entonces cuando se dio la vuelta. Le echó una mirada de soslayo y volvió a su trabajo—. ¿Estás celoso o qué? —Keanu no le dio importancia, pues era el de carácter más difícil. Al escuchar la segunda pregunta de Dean, volvió a girarse y lo miró resoplando.

—No me jodas, Dean. ¿Qué se supone que debo decirle? ¿Felicidades? ¿De verdad? —A Keanu le molestó aquella actitud y quiso saber qué le pasaba. April apenas había cruzado palabra con los chicos. No comprendía a qué se debía su actitud.

—¿Tienes algún problema con April? —Lo miró muy serio, cruzado de brazos, desafiándolo.

—Claro que no, apenas la conozco, pero parece buena chica. Lo que pasa es que no me parece bien que vayas a joderle la vida por ser un puto egoísta.

Los ojos de Keanu echaban chispas. ¿Quién se creía él para hablar así? Lo primero, su relación era solamente asunto de April y suyo. Segundo, no pensaba hacerle el más mínimo daño a esa chica que le volvía loco; y tercero, le estaban entrando ganas de darle una paliza por bocazas. Dean observó a su amigo que estaba empezando a enfadarse a juzgar por cómo subía y bajaba su pecho y sus centelleantes ojos.

—¿Tú quién coño te crees que eres? Lo que haga o deje de hacer

respecto a ella es solamente asunto nuestro. Para tu información, no pienso hacerle sufrir. Antes me amputo la mano. —Pues aquello era el fin para un músico como ellos.

—Mejor será que te cortes otra cosa... —musitó antes de volverse al coche. Keanu hizo ademán de ir hacia él, pero Dean lo frenó a tiempo. Phil se acercó tras escuchar el tono elevado de la conversación y puso paz también—. ¿Y Ryan? ¿Cómo se lo ha tomado? Creo que es lo último que debe saber.

—¡No te metas donde no te llaman! ¡No tienes ningún puto derecho a opinar en esto! ¿Lo tienes claro? —Keanu explotó como una bomba de relojería. Entre Dean y Phil consiguieron sujetarlo y sacarlo fuera para que se tranquilizase. Respiraba aceleradamente mientras sus amigos le decían que no hiciese caso. Eso era lo que deseaba, aunque en el fondo le preocupaba que Sebastian tuviera razón y fuera un puto egoísta que se estaba enamorando de una chica demasiado dulce.

April volvió a asistir a las clases y de nuevo regresó el agobio a ella. El día fue demasiado largo, mucha información y gente nueva. No era una chica extrovertida que congeniase a la primera de cambio. Al contrario, era tímida y muy independiente. No le gustaban las aglomeraciones y prefería estar sola. Cuando entró en casa tras el duro día en la universidad, se tiró en el sofá. Anita, que estaba preparando la cena, se acercó hasta ella y se sentó a su lado.

—¿Un día difícil?

—Mucho —respondió, escuetamente, con los brazos tapándole la cara. Por suerte, la quemadura ya no le daba problemas. «Una cosa menos», pensó. Su tía se preocupó de nuevo por la mano y la estuvo inspeccionando un rato a su pesar. Se sentía tan cansada que solo quería tumbarse y dormir durante horas—. ¿Hoy es viernes? —Se recompuso en el sofá sentándose con las rodillas encogidas.

—Sí, ¿tienes planes?

Y, efectivamente, los tenía, aunque no le apetecía demasiado. Hacía días que Emma le había propuesto salir de fiesta. La quemadura rompió sus planes, pero la camarera se lo estuvo recordando cada día. Además, tenían una conversación pendiente sobre Ryan y aquello le interesaba bastante. Se duchó e hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para ir a encontrarse con su amiga.

—Me marchó, tía. —Estaba guardando las llaves en el bolso cuando su

primo entró hecho una furia dando un sonoro portazo—. Ya está aquí el hombre de la casa —bromeó ella, sin mirarlo, pues cuando lo hizo se quedó blanca—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Ryan apretaba los puños en sus costados respirando entrecortadamente. Anita salió al salón al oír el ruido, aunque estaba acostumbrada, pero al verlo actuó como su sobrina.

—Ryan, ¿qué ha pasado? —Se acercó, cautelosa, a él y le tocó la cara hinchada y amoratada. El chico dio un respingo y se apartó.

—Pregúntale a ella. —Señaló con la cabeza a April, que lo miraba atónita.

—¿Qué quieres decir con eso? —Ryan desapreció como una exhalación ocultándose en el sótano como hacía cada día. Anita se sentó sollozando en el sofá, y April la consoló acariciándole el pelo—. Tía, no sé qué ha querido decir. Voy a hablar con él. —Hizo ademán de ir al sótano, pero su tía la detuvo.

—No, déjalo. Es mejor darle un tiempo. No te preocupes y márchate.

—¿Cómo voy a irme ahora? —April se sentía entre la espada y la pared. Deseaba ayudar a su primo, aunque este ponía tanta distancia entre ellos que era inaccesible por completo. Tampoco quería dejar tirada a su amiga que, al parecer, tenía mucho que contar. Anita la convenció y se marchó no sin quejarse.

Casi a la hora del cierre, llegó al café donde trabajaba Emma. Apenas quedaba un par de parejas en las mesas y, en la barra, algún camionero que hacía una parada en el camino. Vio a la chica que estaba limpiando las mesas del fondo y fue hasta ella. Se sentó en el sillón y suspiró.

—¿Un mal día?

—Terrible. En la universidad todo ha sido un caos, son tantas clases, profesores diferentes, las asignaturas, la gente... —Escondió la cara en sus manos temblando. Emma se sentó enfrente de ella dejando el trapo en un lado de la mesa. Agarró una mano de April y la acarició suavemente. Ella terminó mirándola con los ojos emborronados por las lágrimas de impotencia que no dejaban de fluir.

—Poco a poco, no abarques todo en un día. Primero, das un pasito, y luego, el otro. —Aquella chica era tan positiva y tenía la mirada tan alegre que reanimaba a cualquiera.

—Y, para colmo, el imbécil de mi primo se ha pegado con alguien. Y no me digas por qué, pero me temo que sé quién es ese alguien. Cuando lo coja, se va a enterar. —Una mezcla de agobio, rabia y preocupación era el actual estado de April.

—¿Qué ha pasado? —El semblante de Emma cambió y la preocupación apareció en ella.

—¿Qué te parece si te lo cuento cenando? —Su amiga asintió y pidió al cocinero un par de hamburguesas. April se desahogó con ella hablándole de la universidad y todo el tema con su primo. Poco a poco introdujo a Ryan en la conversación para sonsacarle a Emma qué demonios les había pasado.

—¿Y hoy se ha pegado? —preguntó de forma desinteresada, aunque estaba claro que le interesaba mucho lo que le pasaba a Ryan. Jugó con las patatas fritas que quedaban en el plato mojándolas en el ketchup.

—A la vista está, tiene la cara amoratada e hinchada. Mis sospechas son que debe haberse pegado con Keanu, aunque no sé por qué. A veces me encantaría darle un bofetón y hacerlo reaccionar. No sé qué demonios le ha pasado, pero no puede comportarse así. Nadie tiene la culpa de que esté así, no nos merecemos ese trato. —Emma agachó la cabeza comprendiendo cada palabra que decía April. Ella sentía lo mismo, sin embargo, se había cansado de luchar y darse con un muro tantas veces. Era agotador pelearse con él a diario y recibir gritos y malhumor constantes. Ryan era una persona maravillosa cuando no se volvía loco y actuaba como un auténtico gilipollas.

—Lo sé, April. Todo lo que me digas ya lo he pensado y sentido yo. El problema es que es imposible ayudar a alguien que no quiere ser ayudado. El primer paso lo debe dar él y ya ves que no está por la labor. Sé que es tu primo y lo quieres, pero solo te va a hacer sufrir. Mantengo la esperanza que un día se dé cuenta del daño que está haciendo y quiera ponerle solución. Luego veo cómo disfruta hiriendo a los que se preocupan por él y lo quieren, y me rindo.

Aquel monólogo de Emma había sido revelador, aunque no lo hubiera dicho con las palabras exactas algo importante había sucedido entre esos dos, y ella ya había intentado ayudarlo, sin éxito.

—¿Por qué te habló así? No entiendo cómo dejaste que te tratara de esa forma, Emma. No te mereces que nadie lo haga, ni tampoco mi tía ni yo. ¡Qué demonios le ha ocurrido!

—No quiero hablar de ello, April, compréndeme. Solo puedo decirte que yo llegué a este pueblo hace tres años y he ido sobreviviendo como he

podido. Ryan fue una de las personas que me ayudó a integrarme. Sé cómo es, lo conozco, y no al tipo engreído y malhumorado que ves hoy, sino al cariñoso, atento y maravilloso. Tampoco sé que es lo que se ha activado en su cabeza para que diera un giro de ciento ochenta grados para convertirse en esa persona horrible. Confío que algo le haga darse cuenta y vuelva el Ryan que conocemos y queremos. —La voz se le quebró con las últimas palabras. Estaba claro que Emma tenía sentimientos por su primo y que había sufrido mucho por su culpa, pero daba la sensación de que lo había dejado por imposible. Vio dolor en los ojos castaños de su amiga e incluso un brillo de lágrimas que quiso evitar.

—Venga que me tienes que llevar de fiesta. ¿Pasamos por tu casa y te cambias de ropa? —Emma asintió tragándose el nudo que no le permitía respirar con naturalidad y forzó una sonrisa para April. Esta rodeó a Emma con el brazo para reconfortarla, y fueron hasta el coche tras acabar su turno y cerrar la cafetería. April bromeó con su amiga sobre el uniforme que llevaba en el trabajo y lo sexi que era. Su amiga bufó y puso los ojos en blanco al mirarlo. Entre risas llegaron al coche, pero, antes de subirse, alguien llamó su atención.

—April... —La chica oyó su nombre y dio un salto al ver a un Keanu cabizbajo, con los nudillos despellejados con sangre seca y el pómulo inflamado. Aquella estampa que tenía delante la había provocado alguien al que cada vez conocía menos: Ryan Mathews.

# 18

—¿Keanu? —Emma intercambió una mirada perpleja con April, y volvieron a observar al chico que parecía tan vulnerable ante ellas. April caminó hacia él y le cogió de la mano observando sus heridas.

—¿Qué te ha pasado? —No necesitaba preguntarle, pues ya había terminado de completar el rompecabezas al verlo, pero, aun así, quiso que le diera una explicación.

—He tenido un mal día. —El brillo en sus oscuros ojos provocaba el vértigo en el estómago de la chica que negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—A mí no me hace gracia. —Emma tosió a su espalda, y April se giró. Le había prometido salir aquella noche, y lo harían. Una pelea entre dos imbéciles con demasiado ego y testosterona no les iban a estropear los planes. —Vamos, iremos a casa de Emma y allí hablaremos mientras ella se arregla.

Keanu la miró con el ceño fruncido, no se movía. April tuvo que tirar de él para que reaccionase. Emma se subió al asiento trasero tras saludar brevemente al chico, que se sentó junto a April. El trayecto lo hicieron en un incómodo silencio, solo roto en alguna ocasión por algún suspiro de Emma o golpe de tos de Keanu. Al llegar a la casa de la camarera, se quedaron en los escalones de la entrada mientras ella se cambiaba de ropa.

—¿Vas a contarme qué ha pasado o vamos a seguir en este tenso silencio? —Keanu estaba de espaldas a ella mirando a la oscuridad mientras April le hablaba sentada en los escalones. Se giró y fue a sentarse junto a ella, posó sus manos en las rodillas de ella disfrutando del contacto y apoyándose en su regazo. April, sorprendida, le mesó los cabellos con dulzura. No entendía a su primo, pero tampoco comprendía a Keanu.

—Ya te dije que es complicado, yo lo soy. Espero que seas paciente. —Dejó de tocarle, ya que él se enderezó—. Esta mañana discutí con Sebastian, y terminamos a golpes. Los chicos nos consiguieron separar, incluso tu primo nos echó la bronca, pero empezó a pegarme cuando descubrió el motivo.

—¿Él te pegó por qué tú y yo...? —Los ojos de Keanu se centraron en su cara y con el dedo índice acarició su mentón y el labio inferior.

—Aunque creas que Ry te ignora, no es cierto. Él se preocupa por ti, seguro que tanto como cuando erais niños, pero no es un buen momento. Ahora no puedes ayudarlo. —El movimiento del dedo descentró a April que se moría de ganas de besarlo—. Déjalo que sea él quien vaya a ti. Estoy seguro que, al final, lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco y me ha hablado mucho de ti antes de que llegaras. — Sin darle tiempo a reaccionar a esas palabras, agarró su cara con una mano y la besó. Despacio recorrió el labio superior y el inferior profundizando más el beso. Volvió a sentir la descarga eléctrica, pero esta vez no se apartó de ella. Ya no habría nada que pudiera hacerlo.

Emma les interrumpió y, algo avergonzada, miró hacia otro lado. Le dijo a April dónde tenía el botiquín para curar las heridas de Keanu, que no dejaba de distraerla con caricias y juegos. A ella se le hizo muy difícil aplicarle el antiséptico y cubrirle los nudillos con una ligera venda.

—Así que os vais de fiesta. —Keanu abría y cerraba la mano de la herida con gesto molesto, pues aún debía dolerle.

—Sí, me llevo a tu chica a bailar un rato y distraerla que no le vendrá nada mal. —Emma terminó de atusarse el pelo y, tras guiñarle un ojo, se pintó los labios sin mirarse en un espejo. El chico la miraba frunciendo el ceño, lo que le hacía pensar a April que no le hacía gracia que saliera por ahí con su amiga.

—¿Hay algún problema? —Con un brazo apoyado en la cadera, April le miraba desafiante. No era el tipo de chica que obedecía órdenes ni hacía las cosas por contentar a nadie. Keanu le sonrió, negando con la cabeza, y se levantó derecho hacia ella. Levantó más el mentón con la mirada fija en él. No iba a amedrentarse por mucho que se acercara a ella, le rozara con la yema de los dedos o incluso la besara dulcemente.

—Claro que no, pero me gustaría acompañaros un rato hasta que vaya al bar para el concierto. ¿Me dejas? —Y April se desinfló, apartó la mirada de él hacia su amiga temiendo que se enfadara si accedía a que las acompañara. Lo que vio la tranquilizó, pues su amiga estaba riéndose de la escena.

Unidos de la mano entraron en el bar con Emma tras ellos. El ambiente estaba plagado de música *revienta-timpanos*, humo de cigarrillos y el calor de tanta gente reunida. Emma, enseguida, fue a pedirse una copa dejándoles un momento de intimidad. La gente que había allí era de lo más variopinta: moteros, camioneros de paso, jóvenes del pueblo e incluso Ryan andaba por



allí con el resto del grupo. April temió que hubiera un nuevo enfrentamiento, así que no se acercó a su primo, aunque desde la distancia este no apartaba la vista de ellos.

—Aún sigo sin saber por qué has decidido pegarte con tus amigos. Cuéntame el motivo, por favor. —Keanu se había fijado en el grupo que conversaba entre risas, haciendo tonterías y ligaba con un grupo de chicas cercano a ellos. Cogió de la mano a April y comenzó a bailotear distrayéndola. Ella se resistía, pero acabó uniéndose a él, y ambos se pusieron a bailar a lo loco, tonteando.

—¿Cerveza? —Emma llegó junto a ellos y les ofreció. Negaron con la cabeza y se separaron, aunque no demasiado. Keanu no dejaba de tocarla, cuando no la agarraba por la cintura, le daba besos en el pelo o le susurraba cosas al oído que le hacían temblar de emoción. La camarera bailaba totalmente entregada, como si no hubiera nadie más allí, y tiraba de April que se moría de vergüenza. Necesitaba estar borracha para bailar así y ella jamás se había emborrachado. Keanu las dejó un momento mientras iba a la barra a por un refresco para su chica y otra cerveza para él.

Bailaron una canción tras otra, y, poco a poco, April se fue animando motivada por las tonterías que hacía Emma. Se había olvidado del grupo que estaba al fondo y de los ojos que no dejaban de observarla.

—Vaya, vaya, veo que os habéis entusiasmado y vais a tope. —Dean llegó hasta ellas llamándoles la atención con sus tonterías, y las chicas se rieron. Bailaban con él imitando los videoclips de las artistas de televisión con todos los gestos y las posturas. April se sujetaba el estómago, ya que de tanto reírse le dolía.

—Veo que lo pasáis bien. —Keanu llegó hasta ellos con su cerveza y se quedó parado junto a ellos sin unirse a sus bailes. El resto del grupo se acercó, incluido Ryan, que tenía el ceño fruncido. Sebastian y Keanu ya no estaban peleados a juzgar por cómo se saludaron y la animada charla que mantenían. No podía decirse lo mismo de Ryan, que estaba apartado del grupo sin despegar la vista de Emma que bailaba con Phil.

—Pero mira a quién tenemos aquí. —Una chica alta, de pelo largo moreno y ojos grandes oscuros miraba a Keanu.

Con los brazos en jarras, mantenía una postura recta e incluso parecía enfadada. April la observaba de arriba abajo sin perder detalle de la chica. El vestuario no dejaba mucho a la imaginación, pues llevaba una camiseta que parecía iba a reventarle de lo ajustada que le quedaba, la falda era tan corta

que parecía un cinturón, y las botas de tacón de vértigo no parecían nada cómodas. El guitarrista bufó al ver a la chica, y April lo miró sin comprender nada. Los chicos del grupo se apartaron, y Emma desvió la vista al verla llegar. Keanu la ignoraba, pero no iba a marcharse fácilmente.

—¿Es que no te vas a dignar a saludarme?

—¿Qué quieres, Angie? —Tomó a April por la cintura dejándole claro que ella era alguien importante para él, lo que hizo que la chica se enfureciera.

—¡Qué coño voy a querer! ¡Una puta explicación! —April estaba alucinando con la escena, nadie decía nada—. ¿Y esta quién coño es? ¿La nueva adquisición? ¿Qué pasa que ahora te van las niñas dulces de mejillas sonrojadas? ¡Qué bajo has caído!

Fue suficiente para la paciencia de Keanu, que lanzó al suelo el vaso de cerveza haciéndolo añicos y agarró a la chica por el brazo de malas maneras. La llevó hasta la puerta por la que desaparecieron ante la atónita mirada de April.

—¿Se puede saber quién demonios era esa? —buscaba una explicación en las caras del grupo, pero ninguno se atrevía a decir nada, ni siquiera Emma. Ry era el único que observaba a su prima con una sonrisa curvada en sus labios. Por fin, se unió al grupo dando un paso adelante y, con una mirada autosuficiente, le respondió.

—Esa, es la novia de Keanu.

—Retira eso. —April lo miraba enfadada. Aquello era el colmo, ¿por qué su primo se empeñaba en amargarle la existencia? ¿No quería verla feliz? —. ¡He dicho que lo retires! ¿Por qué mientes? —Pero Ryan, solamente, se sonreía y apuraba su copa con esa mirada retorcida de suficiencia.

—Vamos, no le hagas caso. —Dean se adelantó unos pasos para interponerse entre Ryan y ella. April lo miró queriendo saber si aquello era una mentira de la mente perturbada de su primo o, en realidad, Keanu la estaba engañando.

—Dime la verdad, Dean. ¿Esa chica es la novia de Keanu?

—Ya te he dicho que sí, nena. —La voz de Ry volvió a tensar a April que comenzaba a sentirse una estúpida. Miró a Emma, que fulminaba con la mirada a Ryan, giró la cabeza y su mirada se encontró con la de su amiga .

—April, ignora los comentarios de tu primo. Ven a la barra conmigo. — Le dio la mano, pero su amiga no se movió del sitio.

—Emma, en serio, dime si es su novia. —Casi fue una súplica a lo que

la camarera, conmovida por la angustia de April, le contestó.

—Novia, novia no es. Simplemente es la chica que siempre está ahí, para lo bueno y lo malo. —No necesitó más explicaciones. Salió del bar en busca de Keanu y lo que vio no le gustó nada.

A unos metros, estaba con la tal Angie que no dejaba de hacer aspavientos con las manos y hundir el dedo índice en su pecho. Estaba muy, pero que muy cabreada. Él, sin embargo, permanecía impassible aguantando estoicamente los malos humos de la chica. April se fue acercando despacio mientras escuchaba la conversación de los dos.

—... ¿cómo has podido hacerme esto? Con todo lo que yo he hecho por ti, lo que he aguantado. Increíble, Keanu, ¡eres un maldito hijo de puta! —El guitarrista agarró de ambas muñecas a la chica morena. Ya la había dejado desahogarse un rato, pero no le iba a permitir que siguiera con aquella actitud infantil.

—Ya basta, Angie. Te comportas como una maldita cría. Te lo he dicho muchas veces, se acabó. No hay nada más de lo que hablar. Olvídate que hemos estado juntos alguna vez. Ya no siento nada por ti. —La chica dio un grito de rabia y se removió al no poder darle una bofetada, que era lo que se merecía. Por mucho que ya no la quisiera, a nadie le gustaba escuchar aquellas palabras.

April se quedó a unos pasos de ellos conteniendo la respiración. Mientras, Keanu y Angie la vieron allí parada sintiendo emociones diferentes. Ella sentía impotencia por no poder hacer nada más para tener a aquel hombre junto a ella y rabia de que la chica castaña de aspecto inocente lo tuviera loco. Pero Keanu sintió algo completamente distinto, sentía vergüenza al estar protagonizando aquella escena. Deseaba que Angie no hubiese aparecido en el bar, ni se hubiera atrevido a hablarle, quería ser la persona que April necesitaba y esa imagen no era la mejor. Estaba jodido. Aflojó la fuerza de sus manos, y Angie se soltó resoplando. Lo miró por última vez, negando con la cabeza, y le dio la bofetada que se había ganado. April se llevó la mano a la boca para acallar un grito ahogado. La chica pasó por su lado mirándola por encima del hombro antes de susurrarle en el oído.

—Es el mayor cabrón del mundo, prepárate para sufrir. —Las palabras llenas de odio de la chica, que se marchó taconeando a paso fuerte, le cayeron como un jarro de agua fría. Keanu fue hacia April, se paró frente a ella, pero no se atrevió a tocarla. Ahora mismo no sabía qué cruzaba por su mente y sentía que iba a perder lo que pudiera tener con ella antes incluso de haber

empezado. Todo se estaba poniendo en su contra, quizá fueran señales del destino, en el que no creía, y aquello seguía siendo un imposible.

—Necesito hacerte una pregunta. —Keanu afirmó moviendo la cabeza sin dejar de apartar los ojos de ella—. ¿Puedo confiar en ti?

La pregunta lo dejó descolocado. Se esperaba algo del tipo «¿¡quién demonios es esa?!» o algo peor. Aprovechó el momento y rozó con la yema de los dedos la mano de April, que descansaba a su costado tratando de mantenerse tranquila. Notar el cosquilleo en sus dedos con un simple roce era delicioso y le volvía loco. Ella sentía la sangre hervirle cada vez que la acariciaba de aquella forma tan sensual, queriendo tocarla sin hacerlo. El vértigo ya formaba parte de ella al sentirlo cerca. Subió sus manos a la preciosa cara de April y la agarró con ellas, miró sus brillantes ojos y, antes de besarla, le contestó.

—Seguramente no, pero no puedes hacer otra cosa. —La besó con paciencia deleitándose en el sabor de sus labios que le removían las entrañas. April se dejó besar mientras respondía a sus besos cálidos hasta que sintió el impulso de dejarse llevar sin importar nada más. Se puso de puntillas para poder llegar más a él, enredó los dedos en su pelo y se pegó a su cuerpo. No podían respirar, aunque sin duda era la menor de sus preocupaciones, solo querían sentirse el uno al otro. April gimió envuelta en una marea de sensaciones.

Keanu curvó sus labios en una sonrisa ante aquel sonido, la apretó mucho más contra él y caminó hacia la pared que quedaba a la espalda de ella. La apoyó contra ella y siguió besándola como si no hubiera nadie más a su alrededor. Las risitas y vítores de unos moteros que pasaban por allí no les importaron, puesto que estaban entregados uno al otro. Keanu la llevaba al límite, mordiéndole el labio inferior para después lamerlo con su lengua. April pensaba que podía desmayarse de un instante a otro y sentía la entrepierna de él frotándose contra su estómago sin prejuicios ni vergüenza, simple y pura excitación.

Comenzó a bajar con sus labios por la mandíbula y el cuello sin soltarla. April se sentía desmadejada, envuelta en una nube de placer que no se disipaba ni con los comentarios de los viandantes. Keanu besaba su cuello al ritmo de cada pulsación sin dejar de acariciarla, bajó las manos a sus caderas donde se aferró haciendo que todo el cuerpo de la chica temblara. Se separó de ella boqueando como un pez en busca de aire. April permanecía con los ojos cerrados, con el pecho subiendo y bajando, mientras buscaba el aire que

le faltaba.

—Ojazos, mírame. —April consiguió abrir los ojos, pero tardó unos segundos en enfocar la vista borrosa. El deseo le latía en las venas, le zumbaba en los oídos y le quemaba por dentro. Él había avivado un fuego intenso que ahora no iba a apagar. La miraba sonriendo, satisfecho con ser él quien le provocaba todas aquellas emociones.

—¿Y bien? Quizá deberíamos acabar con esto, ¿no crees? —A Keanu se le escapó una carcajada con movimiento de cabeza hacia atrás incluido. Esa risa reverberó en el corazón de April haciendo que se sintiese importante, pues ella era la única culpable de esta.

—¿Eso crees? —La sonrisa boba se le borró de la cara a April al instante. ¿Trataba de torturarla? Porque no tenía ninguna gracia, llevarla al límite para dejarla en ese estado no era lo que esperaba.

—Keanu...

—Sshhh, la paciencia es importante. —Ella abrió la boca para quejarse, pero de nuevo se apoderó de ella, esta vez con más intensidad y de forma más salvaje. Cuando ella quiso darse cuenta, él ya estaba separándose de ella, le tendió la mano y le guiñó un ojo—. Volvamos con los chicos.

Sorprendida por aquel cambio de actitud, se cruzó de brazos enfadada. Keanu frunció los labios y la cogió de la mano, la besó y la rodeó con un brazo. Caminaron de vuelta al club, aunque ella seguía enfurruñada y de brazos cruzados. Antes de entrar, acercó su boca al oído de April estremeciéndola al sentirla sobre el lóbulo de su oreja.

—Ten paciencia, te daré lo que necesites. Todo a su tiempo, ojazos, todo a su tiempo. —Aunque no quisiera admitirlo, Angie iba a llevar razón. Era un cabrón adorable.

# 19

Cogió la mochila, una chaqueta y la bolsa refrigerada en la que su tía le había echado el almuerzo. Cogió las llaves del coche de su tía y se subió a él camino a la universidad. Arrancó el coche, y algo iba mal. Volvió a arrancar, pero el motor no reaccionaba. Se bajó del automóvil y abrió el capó tras investigar cómo hacerlo. Una humareda salió de allí obligándola a echarse atrás en medio de una gran tos. Miró el reloj desesperada, ya que llegaba tarde a clase de Estadística. Entró de nuevo en la casa y llamó por teléfono al taller donde trabajaba su tía.

—¿Taller de Lou? —El estómago le dio un vuelco al oír la voz de Keanu, era la última persona que esperaba que contestase.

—Esto, yo... ¿Puedo hablar con Anita? —El mal día que había empezado para él empezaba a mejorar al escuchar la voz de April.

—Hola, April, ¿conmigo no quieres hablar?

—Tengo algo de prisa, así que si está mi tía por ahí, por favor, dile que se ponga —le habló de malas maneras, irritada.

—Wow, wow, tranquila. ¿Qué es lo que te pasa? —April puso los ojos en blanco armándose de paciencia.

—El coche de mi tía ha muerto o no sé qué demonios ha hecho, pero no funciona. Llego tarde a mi clase de Estadística y, precisamente esta mañana, teníamos que ponernos por parejas para empezar un trabajo. No me hagas perder más el tiempo, por favor.

—Vale, en diez minutos estoy allí. —Oyó cómo la línea comunicaba, miró confusa el teléfono y, suspirando, se resignó a esperarlo.

En aquel instante, Ryan apareció en la cocina aún medio dormido, sin la camiseta y con un pantalón de pijama, y se sirvió un vaso de leche. April se decidió a tener una nueva conversación vacía con él, así que entró en la cocina. Ry la miró mientras se bebía la leche, pero no decía nada al igual que ella. Su prima pensó que perder el tiempo en bagatelas de cómo estás era inútil con él, mejor era ir al grano.

—¿Por qué anoche estabas discutiendo con Emma cuando Keanu y yo volvimos al bar? —Apoyada en el marco de la puerta, no quitaba la vista de

su primo, que dejó el vaso vacío en el fregadero, abrió un armario y se comió un bollo de pan de leche de los que a Anita le encantaba cocinar.

—Ya te he dicho muchas veces que hagas tu vida, y yo haré la mía —le respondió sin girarse, haciendo que April perdiera los nervios.

—¿Y qué demonios te pasa con Keanu? ¿Te pegaste con él porque sale conmigo? Yo no me meto en tu vida privada, me da igual con quien te lées, Ryan. Déjanos a nosotros hacer lo mismo. —Aquello fue como un resorte que saltó en su cabeza y se dio la vuelta. Miró a su prima masticando el bollo y la observó con detenimiento.

—Joder, April, creía que eras la lista de la familia. No tienes ni puta idea de la vida de tu *novio*. No es trigo limpio, está muy jodido, más que yo. Te estás metiendo en la boca del lobo, yo solo quiero salvarte. —Seguía sin comprender qué tipo de persona era el chico del que se estaba enamorando cuesta abajo y sin frenos, pero al menos le alegró saber que su primo se preocupaba por ella. Cuando pasó por su lado, le agarró del brazo y, por primera vez, no rechazó su contacto.

—Ryan, gracias, pero deja que cometa mis propios errores. Quiero pedirte un par de favores. —Él centró su mirada en los ojos suplicantes de ella—. No le des de lado, sé su amigo y ayúdalo como creo él lo hace contigo. —Ryan dudó por un instante. En el fondo sabía que Keanu era uno de los pocos que podía ayudarlo y que siempre lo había hecho. Aunque no fuese la persona que quería para ella, no podía dejarlo de lado. No era tan cabrón, asintió con la cabeza y esperó por el otro favor—. Y respecto a Emma...

No pudo acabar la frase cuando él se retiró y negó con la cabeza. Emma era otro asunto bien diferente. ¿Por qué se empeñaba en estar ahí siempre? No se merecía sufrir por él, deseaba que lo odiase y quisiera borrarlo del mapa. Así todo sería más sencillo para él, no dolería tanto la herida que él mismo se había infringido.

—No la menciones. April, déjalo estar, no te metas en ese asunto. Mejor hazme un favor y dile a tu amiga que haga su vida y me deje en paz de una puta vez.

De nuevo, el portazo le hizo saber que había llegado al sótano que tenía por habitación. No le dio tiempo a pensar nada más cuando el timbre sonó. Sin perder un segundo, cogió la mochila y la bolsa con el almuerzo y fue hacia la puerta. Keanu la esperaba al otro lado con una sonrisa radiante.

—Su carruaje está listo. —April salió de casa con prisa y bajó los

escalones del porche, pero no pudo llegar al coche. Él la atrapó entre sus brazos acariciando su cuello con la nariz y aspirando su olor. A ella se le cerraron los ojos instintivamente y la bolsa del almuerzo se le cayó. La volvía completamente loca, de eso no cabía duda. Ni siquiera se acordaba que llegaba tarde mientras estaba entre sus brazos—. Podías ser un poco más amable, después de todo, te llevo a clase.

April saltó como un resorte, molesta por su comentario. Nadie le había pedido que lo hiciera. Tan pronto estaba derretida entre sus brazos como la ponía de los nervios. Lo miró enfadada y se dirigió al coche de Keanu tras coger la bolsa, se subió y lo esperó allí. Él se limitó a subirse al coche en silencio, aunque con una sonrisa dibujada en su cara. Con las gafas de sol y el pelo revuelto volvía a tener aquel aspecto de James Dean.

—No hacía falta que me llevaras a clase. Perfectamente habría encontrado otra solución, pero quería decirle a mi tía lo que le pasa a su coche —se defendió tras permanecer un rato enfurruñada y en el más absoluto de los silencios.

—Lo sé. —Keanu puso la radio y canturreó un rato provocando que ella se enfadara más.

—Ni tampoco hace falta que vayas de príncipe salvador del cuento. —No apartaba la vista de la carretera con los brazos cruzados. Buscaba el enfrentamiento, aunque no sabía bien por qué motivo.

—Me ha quedado claro, pero no te preocupes que no soy ningún príncipe. —Cuando llegaron a la universidad, se bajó del coche aún molesta con él y no le dijo ni adiós, mucho menos le dio un beso de despedida, aunque se moría por hacerlo. Aún le guardaba algo de rencor por haberla dejado tan excitada la noche anterior...

—Volveré cuando acabes las clases. —April no se inmutó y siguió su camino, pero una voz femenina la detuvo.

—¡Keanu! —Se giró para ver cómo una chica rubia se lanzaba a los brazos de él que estaba apoyado en el coche. Él abrió los brazos sujetándola, pues saltó a sus brazos nada más verlo allí parado. No consiguió quedarse a escuchar la conversación, ya que unos celos terribles la carcomían por dentro. Bufó indignada y se dirigió a la universidad con la esperanza de que el día mejorase.

Lo que menos le apetecía era volver a casa en el coche con Keanu. Al



contrario de lo que se pensaba, el día no había ido a mejor, sino que se había complicado aún más. Llegó tarde a clase de Estadística llevándose la bronca del profesor y las malas caras de sus compañeros. El trabajo lo tuvo que hacer sola, lo que conllevaba el doble de tarea, le habían mandado un par de proyectos a realizar en grupo y se había quedado tirada, ya que los demás se habían puesto ya juntos. Casi tuvo que rogar que la admitieran en uno de ellos, y estaba segura de que lo hicieron por pena. Estaba tan molesta con Keanu que se había olvidado el almuerzo en el coche, por lo que tuvo que conformarse con un sándwich frío de la cafetería. Estaba visto que los planetas se habían alineado en su contra aquel día.

Llegó al aparcamiento de la facultad y lo vio, estaba igual de sexi que por la mañana. ¿Qué tendrían aquellas gafas de sol que le hacían demasiado irresistible? «Recuerda que estás muy cabreada con él, April». Ese era el mantra que se repitió sin cesar hasta llegar a él. Se subió al coche sin saludarlo y se puso el cinturón de seguridad con una sensación de incomodidad.

—¿Qué tal ha ido en clase? —Keanu rompió el tenso ambiente, pero solo consiguió un «bien» por parte de ella—. ¿Y ese trabajo por parejas fue bien? —April emitió un sonido parecido un sí y siguió mirando por la ventanilla. De pronto, las imágenes de la rubia volvieron a su cabeza, y el enfado monumental resurgió de nuevo—. Llevamos con la grúa el coche de Anita al taller, y allí estará unos cuantos días, así que tendrás que buscarte un medio de transporte alternativo.

—Genial —musitó ella.

—Ya sabes que yo estaré encantado de llevarte, aunque si prefieres coger varios autobuses hasta llegar a tu destino, tú misma. —April resopló tras su frase y negó con la cabeza—. ¿Qué pasa? —Permanecía callada sin contestar después que él le preguntase varias veces qué le sucedía. Cuando se cansó de obtener el silencio como respuesta, se apartó de la carretera y echó el freno—. ¿Qué coño te pasa, April?

Por primera vez desde que se habían subido al coche, lo miró fulminándolo con la mirada, se quitó el cinturón de seguridad y bajó del coche. Caminó al borde de la carretera unos metros seguida de Keanu.

—April, para, ¡detente de una vez! —En el límite del pueblo donde se leía en el cartel Ocean River se detuvo. Respiraba aceleradamente, enojada y agobiada—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —Ella se giró, consciente de que se estaba dejando llevar por los sentimientos y no por la

razón. Keanu se quitó las gafas dejándolas en su cabeza.

—Nada.

—Por nada no se baja alguien del coche y se pone a caminar en medio de la carretera. Volvamos. —La cogió de la mano, pero ella se sacudió—. April, no seas cría, y vámonos —le habló con voz seria y el gesto contrariado, pues no entendía nada.

—No quiero volver contigo. —Se cruzó de brazos desafiándole.

—¿Pero qué coño estás diciendo? ¿Acaso sabes volver desde aquí? ¿No, verdad? Vuelve al puto coche y deja de hacer tonterías. —April no se movía. A Keanu se le iluminó la bombilla y recordó a Megan, la chica rubia que se lanzó a sus brazos por la mañana. No se olvidaría de la mirada cargada de rabia que les había echado antes de irse—. ¿Es por lo de esta mañana? ¿Lo de esa chica? —Por fin, había dado en el clavo.

—No. —Keanu volvió a agarrarla, y ella se zafó de nuevo de su agarre.

—Estás celosa, es eso, ¿no? —Se acercó a ella y posó las manos en sus hombros para tranquilizarla—. No tienes nada de lo que preocuparte, no es nadie importante. Solo una chica más.

—Perfecto, Keanu, ¿y con cuántas chicas más me voy a cruzar en el tiempo que esté aquí en el pueblo? Lo digo por ir haciendo unos cálculos de a cuántas zorras tengo que verles la cara. —April no entendía de dónde había salido esa rabia.

—¿Importa? A ver, April, he sido todo lo contrario a un santo. He salido con muchas chicas, pero eso es cosa del pasado. Ahora solo hay una que me interesa, esos celos son absurdos.

—Yo no estoy celosa. —La retuvo más cerca abrazándola por completo, aunque ella se resistía.

—Ojazos, el primer paso es reconocerlo. El segundo es ignorarlas, y el tercero es continuar hacia delante. —Le dio un pisotón, presa de la rabia, provocando un alarido de dolor por parte de Keanu. Consiguió zafarse de él y le gritó histérica.

—¡Vete a la mierda! ¡Tú y todas esas tías con las que te habrás acostado! Yo no estoy celosa, no soy una persona pasional. Soy cien por cien racional, yo controlo mi vida, mis emociones y lo que ocurre a mi alrededor. Esos sentimientos no son para mí, no me gustan y no los necesito. ¡No quiero sentirlos! —April dio un grito moviendo las manos impotente, y Keanu se acercó a ella, cauteloso, con miedo a llevarse otro pisotón o una bofetada. Posó sus manos en las caderas de April, que respiraba entrecortadamente con

la cabeza agachada.

—Sshhh, respira. —Le dio un tierno beso en la cabeza y la abrazó despacio—. Vamos a casa. —Sin dejar de abrazarla, la llevó de vuelta al coche, y se pusieron en camino a la casa de Anita. Ella no volvió a hablar durante el trayecto, y él puso la música para que cortase la tensión del momento. April no se reconocía, jamás había sentido esos celos y aquella sensación no le gustaba: sentirse inferior a las chicas que habían estado con Keanu, y entonces una idea horrible cruzó su mente. ¿Y si ella era solo un entretenimiento o un capricho momentáneo? Por suerte, llegaron a casa de su tía, y se bajó sin apenas hablar, tampoco él se atrevió a hacerlo.

Anita achacó su extraño comportamiento al estrés del comienzo de curso y le dio ánimos, aunque lo que más necesitaba April, en ese instante, era el mar. Cogió su cuaderno de garabatos y el móvil y se fue caminando a la playa. Se sentó en la arena y trató de hacer algunas ecuaciones que la relajarían, aunque aquel día era imposible. Optó por escuchar música y nada. Cerró los ojos centrándose en el sonido del mar, pero tampoco se sentía mejor. «¡Maldito Keanu!, ¿qué le había hecho?». Sintió alguien a su lado y, al abrir los ojos, lo vio sentado junto a ella, mirando el mar con piernas cruzadas.

—Siento mucho lo que ha pasado, creo que no he entendido el alcance de lo que has sentido. Lo último que deseo es hacerte daño. Aunque no lo creas, estoy en pañales con esto de las relaciones, no sé cómo hacerlo. Lo único que sé es que quiero hacerlo bien contigo. Eres la luz al final del túnel. April, necesito que seas paciente y me lles de la mano en esto. Aún hay tantas cosas que no sabes... Tampoco estoy seguro de contártelas, tengo miedo... —Haciéndole saber que estaba allí y querría saberlo todo de él, April entrelazó sus dedos con los de él mientras emitió un suspiro agónico.

## 20

Los días sucesivos, April estuvo atareada con las clases y los proyectos de la universidad por lo que apenas pudo estar con Keanu. Sin embargo, él se las arregló para que pudieran verse. Cada noche iba a su casa y se quedaba en su cuarto mirándola mientras hacía las tareas. En más de una ocasión, Anita estuvo a punto de pillarlos, pero siempre se libraban.

—Un día va a entrar mi tía, y no vamos a poder despistarla —musitó ella con el lápiz en la boca mientras tecleaba en el portátil. Estaba contestando al correo de Maeve, que había vuelto a casa después de su estancia en Francia con sus abuelos. La echaba de menos, y más en aquellos momentos cuando había conocido a Keanu. En cuanto a sus padres, seguían de viaje y hablaban muy poco. April se estaba adaptando a su nueva vida y, aunque necesitaba a su familia, sentía que podría quedarse allí a vivir para siempre.

—Tengo un oído de tísico, ojazos, antes de que Anita cruce esa puerta ya estaré debajo de la cama. —Le rozaba el brazo desnudo con el dedo estremeciéndola. Así era imposible concentrarse. April estaba segura que acabarían como cada noche, besándose con pasión hasta llegar al límite de sus propias fuerzas—. April...

Ella se removió tratando de concentrarse en el trabajo que debía presentar en unos días, pero la voz susurrante de Keanu y el roce de sus manos era demasiado. Los ojos de ella se posaron sobre los de él que la miraba como un lobo hambriento. Acarició la cara de él, sonriéndole, no le hizo falta nada más. Tiró de su brazo y la sentó a horcajadas encima de él sobre la cama. La besaba abriendo su boca con la lengua y volviéndola loca mientras la agarraba de las caderas friccionándose con ella. Un gemido se escapó de la garganta de April, y Keanu le mandó callar besándola con más profundidad.

—¡Dios, cómo te deseo! —April contuvo el aliento sobre la boca de él, le agarró por el cuello mientras respiraba entrecortadamente y se movía de atrás hacia delante desesperada. Keanu echó la cabeza atrás para verle la expresión de la cara, y cambiaron posiciones con una sonrisa pícaro.

Manténíala a April apresada sobre la cama mientras ella le rodeó la cintura con las piernas. Le subió la camiseta deshaciéndose de ella y la dejó solo con el sujetador de algodón blanco. Acarició uno de sus senos por encima de la tela y aquello fue suficiente para que April sintiera que ardía. Keanu bajó la copa y posó su boca en él, lamiendo y deleitándose en torturarla.

April estaba abandonada al placer, sin importarle lo más mínimo que su tía estuviera durmiendo en la habitación de al lado, jadeaba presa del inmenso placer que le estaba dando la experta lengua de Keanu. Había llegado el momento, ella estaba preparada y deseosa de hacer el amor con él, pero él se separó de ella repentinamente. Volvió a colocarle la copa del sujetador y le puso la camiseta. Su respiración estaba tan acelerada como la de ella y su corazón latía desbocado. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para detenerse y no hacer todo lo que llevaba deseando tanto tiempo.

—April, abre los ojos. —Buscaba encontrar la calma mientras observaba la mejor imagen de ella, tumbada y dispuesta a todo por él. Le acarició la cara consiguiendo que abriese los ojos aún desorientada. Se acercó a ella con la sonrisa en la cara y la besó en los labios. April respondió a su beso obligándole a abrir la boca y seguir en el punto donde lo habían dejado, pero Keanu había recuperado el autocontrol. La ayudó a sentarse y la abrazó un buen rato con la cabeza de ella apoyada en su hombro.

—¿Por qué has parado? —La inseguridad se apoderó de ella, quizá no era tan bonita ni tan sexi como el resto de chicas con las que había estado, no tenía demasiada experiencia.

—No quiero que nuestra primera vez sea en tu cuarto, al lado de la habitación de tu tía, ni teniendo que reprimirnos para no armar un escándalo y que tu tía me asesine. —Provocó una risa en ella tranquilizándola un poco, aunque seguía dudando.

—Entonces, ¿no has parado por qué no quieras hacerlo? —Keanu la agarró por los hombros mirándola directamente a los ojos. Era un tremendo estúpido, no se había dado cuenta de que la había hecho dudar de lo irresistible que era para él y lo mucho que ardía por ella.

—April, no he sentido este deseo por nadie, nunca, ni tampoco estas ganas de estar con alguien, aunque solo sea estar a tu lado viéndote sonreír o hacer garabatos en un cuaderno. Tengo miedo a despertarme un día y darme cuenta de que solo has sido un sueño, que nada de todo esto que me haces sentir sea real. Yo soy un puto desastre, mi vida ha estado golpeada por la

tragedia, no conozco otra cosa que el dolor. Me he pasado la vida, de aquí para allá dando tumbos sin saber qué quería hacer, hasta ahora...

La voz se le quebró en ese punto y sus ojos se apagaron, agachó la cabeza con gesto triste. April no lo dudó y le agarró del mentón.

—Keanu, estoy aquí y soy real. Cuando estés preparado, aquí estaré para escucharte y ayudarte, pero no quiero volver a oírte hablar así de ti. No te lo permito. —Él le sonrió y la abrazó muy fuerte como si con aquel abrazo pudiera recomponer los pedazos de su alma. Cuando la soltó, volvió a mirarla con los ojos vivos de esperanza.

—No me hagas caso, a veces suelto chorradas románticonas de las que os gustan tanto a las chicas. Yo no era tan cursi hasta que llegaste tú, ojazos. —Le guiñó un ojo antes de darle el beso de despedida y marcharse sin hacer ruido.

De camino a casa, Keanu no podía creer que tuviera la gran suerte de tener a April en su vida. La llegada de aquella chica española había trastocado su vida por completo. Comenzaba a imaginar otra vida diferente, quizá pudiera tener un futuro y podría abandonar el infierno en el que llevaba años viviendo. Aparcó la furgoneta a la entrada de su casa y, tras inhalar y exhalar todo el aire de sus pulmones, entró. Su madre estaba, como siempre, tumbada boca abajo en el sofá con un brazo colgando. En la mesa decenas de colillas descansaban en varios ceniceros, la botella de vodka vacía y el bote de ansiolíticos a los que era adicta desde hacía años, además de restos de comida y ropa sucia desperdigados por todo el salón. Keanu miró a la mujer que yacía en el sofá y volvió a sentir el dolor del que escapaba cuando estaba con April.

Los Sweety Iron, el grupo de música de Keanu y los chicos, daban un concierto ese día. Por fin, había llegado el viernes por la noche, y April se estaba preparando en casa para asistir. Se puso la cazadora de cuero, regalo de su tía por sacar buenas notas en los proyectos de clase, y, tras soltarse el pelo, se aplicó brillo de labios. Después de mirarse en el espejo por última vez, bajó las escaleras casi volando con sus deportivas favoritas y le dio un rápido beso a su tía.

—¡Espera! —Ryan llegó corriendo a la puerta de la casa mientras se ponía la cazadora—. Yo también voy al concierto.

—¿No se supone que tienes que llegar antes para ayudar con el equipo y

eso?

—Se me ha hecho tarde, vámonos. —Tiró de ella camino al coche de su madre, que ya habían arreglado los chicos en el taller, aunque lo mejor sería comprarse uno nuevo y no seguir con aquella *lata* sobre ruedas.

Llegaron al bar con tiempo de sobra, aún no había mucha gente, pero los chicos estaban ya en el escenario ensayando. El vértigo con el que April se había acostumbrado a vivir saltaba en su estómago nada más ver a Keanu. Con una camiseta de manga corta negra que mostraba los músculos de sus brazos, el guitarrista se acercaba al micrófono y cantaba acompañando a Sebastian en el estribillo. El chico sonrió al ver a April allí abajo que no apartaba la vista de él, embobada. La saludó rápidamente cuando sus ojos contactaron con los de ella y siguió ensayando con el grupo. Un par de canciones después, terminaron el ensayo, se bajó del escenario de un saltó y corrió hacia ella. La levantó entre sus brazos, y dieron un par de vueltas riéndose como dos locos. April posó sus labios sobre los de Keanu, sonriendo, y él la dejó en el suelo pegándola más contra él.

—¿Preparada para ser una *groupie* más? —El sabor mentolado del aliento de Keanu permanecía en su boca refrescándola.

—Me temo que no voy a ser muy buena cuando no me sé la mitad del repertorio.

—Bueno, eso tiene arreglo. Te grabo un CD y lo llevas puesto cada mañana de camino a la facultad. —Dean llegó para interrumpirles, pues tenían que decidir algo sobre unas canciones nuevas. Con un tierno beso en los labios, la dejó allí y se fue a hablar con los chicos. Media hora después, el bar estaba hasta arriba y ver una cara conocida entre tanta gente fue un alivio para ella. Emma había salido de trabajar justo a tiempo para ir a ver el concierto.

—¡Hola April! Creía que no me daba tiempo, hoy mi jefe estaba insoportable —hablaron en la barra esperando a que el grupo saliera a dar el concierto.

Bastante puntuales, hicieron acto de presencia en el escenario entre los gritos de la gente que estaba emocionada por aquel concierto. Dean se sentó en su puesto girando las baquetas; Phil cogió el bajo y, tras hacer unos ajustes, estuvo listo. Sebastian reguló el micrófono; y Keanu se ajustó la correa de la guitarra preparándose para comenzar. Dean comenzó a marcar el ritmo, y Keanu le siguió mirándolo de espaldas al público. Sebastian subió un puño alto enardeciendo a las chicas que babeaban por él. Este fue el principio

de la primera canción, en el que Keanu se giró cantando junto a Sebastian.

April los miraba tan embobada como las chicas del público, y, en más de una ocasión, Emma le tuvo que decir que cerrara la boca. Solo tenía ojos para Keanu, escuchaba su voz ronca y grave y se estremecía cada vez que le dedicaba una mirada. Los chicos tocaron varias canciones pasando del *rock* más duro a las baladas más bonitas que jamás había escuchado. Una de ellas le impresionó especialmente. Sebastian acalló a la gente levantando los brazos, aunque le resultó muy complicado, las chicas estaban entregadas.

—Ahora paso el testigo a mi amigo y compañero Keanu que va a cantarnos una canción compuesta por él. —Si alguien dijera que las chicas de la primera fila sintieron derretirse las bragas al ver a Keanu avanzar hasta el puesto de Sebastian, no estaría diciendo ninguna mentira. Él sabía lo que despertaba entre las féminas y se aprovechaba de ello explotándolo. Guiñó el ojo a un par de chicas en primera fila provocando que los celos que tanto odiaba April apareciesen rugiendo en su pecho. Acto seguido, la buscó a ella y le sonrió por lo que de un plumazo se esfumaron.

—¡Buenas noches, Ocean River! —Se marcaba un solo de guitarra entre cada frase que dirigía al público, volviéndolos más locos—. Esta noche quiero compartir con vosotros algo muy especial y es esta canción que compuse al poco de conocer a alguien. Porque antes de que entrara en mi vida, no había más que noches largas y oscuras, sin poder ver la luz. Ahora estoy convencido de que esa luz está al final del túnel, donde está mi destino.

A April se le llenaron los ojos de lágrimas al oírle pronunciar aquellas palabras que escuchó en silencio con el público enmudecido. Esbozó una sonrisa de felicidad mezclada con las lágrimas que seguían derramándose por sus mejillas. Volvió a escuchar aquella canción que le cantó una tarde en la playa con las manos entrelazadas y que tenía un poder sanador en ella. Le aportaba tanta paz y tranquilidad como estar en brazos de Keanu. No dejaba de mirarla mientras la cantaba haciendo temblar a April y que las miradas de los curiosos se posaban en ella, pero no era consciente de ello, o se habría puesto colorada. No existía nadie más, solo lo veía a él. En cada letra plasmaba sus sentimientos por ella, le dejaba muy claro que, gracias a ella, empezaba a encontrar su camino en la vida y dejaba de estar perdido. Ella era su brújula y la esperanza de poder tener una nueva vida.

Y justo en aquel instante cuando él pronunciaba «Estaré contigo mientras el mar se mezcle con la arena...», supo que estaba enamorada de él.



# 21

—¿Qué diantres quieres? —Emma salía a fumarse un cigarrillo en su tiempo de descanso con el uniforme de camarera. En la entrada del café apoyado sobre un coche, estaba Ryan tan sexi como siempre, con esa mirada de niño que no ha roto un plato en la vida, pero con el aire melancólico que no le abandonaba.

—¿Cómo sabes que vengo a verte? —No había conocido jamás a alguien que le rompiera tanto los esquemas como ella. Cuando la conoció puso patas arriba su mundo, lo sacó del letargo que estaba viviendo hasta que todo explotó y se fue a la mierda. «Joder, ¿por qué le queda tan bien el maldito uniforme?». Se llevaba el pitillo a la boca y exhalaba el humo con la mirada perdida.

—Imagino que has venido a hablar conmigo, ya que a estas horas los chicos no están aquí y tu prima está en la universidad —respondió ella sin mirarlo a los ojos. Aún era demasiado doloroso después de lo que habían vivido, con las emociones de por medio, el corazón abierto en el pecho y la herida profunda que no dejaba de sangrar.

—Lista como siempre, nena. —Emma cerró los ojos al escuchar aquel apelativo cariñoso, con el que la llamó tantas veces cuando todo merecía la pena y existía la llama de la esperanza entre ellos. Ahora solo quedaba dolor y odio.

Se acercó a ella consiguiendo que el cigarro le temblara en la mano. Se echó un par de pasos hacia atrás, no quería sentirla cerca, bastante tenía con tener que verla cuando iba al café o coincidían por ahí, como en el bar.

—Vengo a rogarte una vez más que no te acerques a mi familia.

—¿En serio, Ry? ¿De veras crees que tienes algún poder sobre mí? Parece mentira que aún no me conozcas, deberías saber que cuando quiero algo voy a por ello sin importarme lo demás. Así fue cómo sucedió, ¿o ya no te acuerdas? —Ryan apretó la mandíbula tan fuerte que podría haberse roto un par de dientes. Por supuesto que recordaba cómo lo había seducido y cómo lo había vuelto así de loco como para no recordar su nombre. Cerró los puños con tanta fuerza que le crujieron los nudillos y bufó rabioso.

—Imposible olvidarlo, nena, pero eso ya es cosa del pasado. Ahora quiero que te alejes de April, que no seas la niña buena e inocente que nos quieres hacer creer a todos, y si puede ser que te largues de este pueblo, sería perfecto. —Aquello fue demoledor para Emma. Él, mejor que nadie, sabía que no podía hacerlo.

—Eres un hijo de puta. Precisamente, tú sabes que no tengo adónde ir. Ocean River es mi único hogar, aquí es donde tengo a la poca gente que me conoce y empiezo a tener gente a la que le importo. —Se sintió desolada al reconocer que estaba sola y que aquel pequeño pueblo era el único sitio donde podía vivir. Ryan la agarró por los hombros sintiendo cómo su olor invadía sus fosas nasales y el calor que desprendía le llegaba a la sangre.

—¿Acaso crees que me importa? —Sus palabras poco tenían que ver con la actitud, la apresaba con sus manos fuertemente queriendo evitar el tremendo deseo que sentía por ella, que casi podía hacerle daño. Tenerla a esa mínima distancia fue demasiado para él, estaba tan hipnotizado que no conseguía soltarse. Cuando los ojos de Emma echaron chispas, reaccionó y mostró una mueca divertida que enervó aún más a la camarera. Lo empujó lejos de ella con todas sus fuerzas, pero solamente consiguió que Ryan la pegara más a su cuerpo. El mundo de Emma dejó de girar, cautivada por los ojos del chico, deseaba volver atrás para llegar al momento exacto en el que todo se fue a la mierda y poder cambiarlo. Pasó la vista de sus ojos a sus labios, esos que había besado y disfrutado tantas veces. Entonces, recordó todo el dolor que Ry le había infligido y una lágrima traicionera se escapó por su mejilla. Él, al ver que lloraba, se apartó de ella como si le quemara. Sorprendido, sabía que se había pasado de la raya, pero no encontraba mejor manera para que se alejara de él.

—¡Vete a la mierda! ¡Dios, no sé cómo pude estar tan ciega alguna vez! Eres la persona más ruin, miserable y cruel que he conocido. Lamento el día que llegué a este pueblo y me crucé contigo, porque si no lo hubiera hecho mi vida habría sido más tranquila, y sería feliz. Pero juro por Dios que volveré a serlo, aunque tenga que arrancarme los ojos para no volver a cruzar mi mirada con la tuya. —El pecho de Emma subía y bajaba presa de la rabia que fluía por sus venas en aquel momento. Lo había querido tanto que le parecía imposible como aquel bonito sentimiento se había convertido en lo contrario —. No sabes cuánto te odio. —Lanzó furiosa el cigarrillo y volvió al café limpiándose la cara salpicada de lágrimas, que habían brotado sin permiso.

«Perfecto», Ryan suspiró con el corazón hecho trizas. Era lo mejor,

llevaba diciéndose mucho tiempo aquello, ya era hora que su cerebro procesara la información. Emma estaba mejor sin él, después de todo solamente era un ser lleno de odio y rencor. No podía amargarle la vida a ella porque se hubiera enamorado de él. De nuevo, volvió la tristeza a su rostro, agachó la cabeza y vio la colilla aún candente. La aplastó con el pie sintiendo que eso mismo había hecho él con su relación con Emma, aplastarla sin piedad.

Dean terminó de revisar el aceite del Cadillac del señor Rogers mientras Keanu y Phil cambiaban los neumáticos de una camioneta Mitsubishi. Keanu llevaba todo el día de buen humor, tarareando canciones del grupo. Los chicos estaban gratamente sorprendidos, pues no recordaban un día en el que su amigo estuviera tan feliz. El buen clima reinó en el taller durante toda la mañana.

Ryan llegó a mediodía como era habitual en él para trabajar en el turno de tarde. Anita había conseguido que trabajara allí, ya que había dejado los estudios, muy a pesar suyo. Lou, que tanto les ayudaba, le había ofrecido un empleo y, aunque al principio se negó a ir, finalmente aceptó trabajar allí. Sin duda, Keanu había sido pieza clave. Desde que Ryan lo conoció, se había convertido en algo más que un amigo, en su hermano mayor. Le había sacado de bastantes líos y había dado la cara por él, llevándose palos por el camino.

—Wow, Ryan llegando a la hora al taller, deberíamos celebrarlo — Dean se mofó de que, por una vez en su vida, su colega Ry llegase puntual. Este le gruñó algo parecido a un taco enseñándole el dedo corazón y fue a ponerse el mono de trabajo.

—No empieces, tío... —Keanu le regañó, pero no le importó, pues siguió haciendo bromas. Ryan se puso a trabajar con Phil haciendo caso omiso a los comentarios de Dean.

—Esta noche ensayo, tíos. —Sebastian entró por la puerta quitándose las gafas de sol. Trabajaba en el turno de tarde ese día junto a Ryan y Phil, que doblaba turno.

—Deberíamos ensayar la nueva canción. La verdad es que es buenísima, tío, ¿cómo no nos avisaste que habías escrito algo tan bueno? —Dean miró a Keanu saciando su curiosidad.

—No sé, me salió así un día. —No quería hablar de sus sentimientos con ellos. Aquello era demasiado íntimo y, además, le parecía de *nenazas*. Él era un tipo duro y solo dejaba salir su lado tierno con April que, al fin y al cabo, era la culpable de que esos sentimientos estuvieran aflorando.

—Jamás imaginé que pudieras escribir cosas así de bonitas, tío.

Tenemos todo un poeta en el grupo y nosotros sin saberlo. —Keanu le dio un puñetazo en el hombro ocultando una risita que quería instalarse en su cara.

—Ya deberíais saber que Keanu está cambiando —Ry contestó al comentario de Dean, y se metió bajo el capó del coche.

—El amor os va a fundir los plomos —dijo Sebastian mientras rellenaba los papeles del coche, que había dejado listo el día anterior. Keanu se rio e ignoró lo que Ryan había dicho. Dean ponía las manos en forma de corazón en el pecho, riéndose, a lo que se unieron Sebastian y Phil.

—¡Idos a la mierda! —Keanu les sacó el dedo corazón a los tres que se carcajaban doblados de la risa. Salió fuera del taller y encendió un cigarrillo. Ryan salió al poco y accedió a coger otro que le ofreció su amigo.

—¿Estás seguro? —Ry le hizo la pregunta sin mirarlo. Keanu sabía perfectamente a lo que se refería y con el corazón en un puño le respondió.

—Jodidamente. —Dio una nueva calada mientras pateaba el asfalto de la acera. Ryan se giró hacia él con gesto serio.

—Ya te lo he dicho, tío, pero no me voy a cansar de repetírtelo. Si April sufre el más mínimo daño, te perseguiré hasta que sufras tanto como ella.

—Parece mentira que me conozcas, Ry, por supuesto que va a sufrir. Tú mejor que nadie lo sabes, estoy demasiado jodido para poder hacer feliz a alguien. —Ryan apretó los puños aguantando la tentación de estamparle uno en la cara—. Pero, por alguna extraña razón, ella me quiere en su vida, es feliz cuando estoy con ella, lo he visto. No puedo resistirme a eso, siento que ella puede ser la mano que me saque de toda la mierda, que haga que empiece de cero, y estoy decidido a convertirme en la persona que ella necesita y se merece. Aunque todo eso fuera perseguir un imposible.

Keanu se puso la cazadora de cuero, regalo de sus amigos del grupo, mirándose al espejo. Se subió el cuello y, girando la cabeza de lado a lado, se sonrió pensando en James Dean. Quizá tenía un aire a aquel chico joven, de hecho se quedó pensando que tenía muchas cosas en común con él. Ambos habían sufrido una pérdida importante en su infancia, eran grandes aficionados al motor y la velocidad y tenían ese aspecto rebelde que volvía locas a las chicas. Sin duda, en ese momento solo quería volver loca a una, a la que lo llamaba precisamente así, la que iluminaba su vida y la inspiradora de una nueva canción que había arrasado entre los miembros del grupo. Si April supiera que había sido la culpable de activar el botón de reinicio en él,

que siempre había garabateado letras, pero jamás había tenido la fuerza suficiente para escribir una canción, se sorprendería. En poco tiempo se le había metido bajo su piel; de tal manera, que estaba consiguiendo que hiciese cosas que jamás habría conseguido hacer.

—Eres patético. —Así le daba a diario los buenos días. Gracias a ella, la humillación y la vejación formaban parte de su vida.

—¿Ya no tienes más alcohol que beberte? —Sin mirarla, cogió las llaves del coche mientras le hacía la hiriente pregunta. Ella se rio apoyada en el marco de la puerta.

—Se rumorea que tienes nueva *zorrita*. ¿A esta también le vas a joder la vida? ¿Sabe ya de tus sucios trapicheos o aún mantienes tu fachada de niño bueno? —La rabia contenida le estaba asfixiando, pero se había jurado no dejarse vencer por sus comentarios por lo que la ignoró. Pasó por su lado empujándola para salir y se subió al coche. Arrancó y salió a toda velocidad quemando goma en el asfalto, mientras tanto trataba de olvidarse de todo el dolor que arrastraba y todas las humillaciones que soportaba.

Por fin, había llegado el fin de semana, así que April remoloneaba en la cama. La semana había sido dura. No pensaba que le costaría tanto adaptarse a ese nuevo ritmo de vida: las clases, ir a los ensayos de los chicos, ayudar a su tía en casa y en el taller, pues eran días de cerrar cuentas. Nada de esto lo llevaría igual si no fuera por Keanu. April recordó cómo hace unos días la recogió en casa por sorpresa, aun sabiendo lo estresada que estaba, y se la había llevado a la playa. Al principio a regañadientes hasta que admitió que necesitaba algo así. Fue una gran tarde. Caminaron por la playa de la mano, se mojaron los pies descalzos en la orilla, jugaron con el agua empapándose por entero y se rebozaron en la arena dejándose llevar. Aún oía las voces de Anita, que puso el grito en el cielo al verlos llegar mientras Ryan los miraba como si fueran dos chiflados. Y, de hecho, lo eran, porque se estaban enamorando como dos auténticos locos.

April consiguió levantarse y, medio dormida, se miró en el espejo. El cansancio le estaba pasando factura, pero la felicidad que sentía era superior, lo sobrellevaba gracias a eso. Bajó a desayunar con su tía, y, por primera vez, su primo Ry estaba allí con ellas. Ella quiso aprovechar para hablar con él y preguntarle por el trabajo en el taller, cosa que no le gustó mucho hasta que hablaron del grupo Sweetie Iron. Ryan le contó cómo era su trabajo con ellos,

le habló de cada miembro del grupo, cómo tocaban, qué tipo de instrumento trabajaban y sus esperanzas de poder tocar algún día con ellos. Anita le animó a pelear por ello si era con lo que soñaba de verdad. Por primera vez no hubo gritos, malas caras o peleas y disfrutaron de un desayuno tranquilo como una verdadera familia. April cruzaba los dedos para que aquella tranquilidad durase algún tiempo y no fuera la calma que siempre precede a la tempestad.

## 23

—Hoy no vamos a tocar —Keanu rompió el buen rollo del ensayo con seis pares de ojos posándose sobre él a la vez que afinaba la guitarra sin mirarlos.

—¿De qué coño estás hablando? —Dean fue el primero en reaccionar —. Ya hemos puesto carteles por todo el puto pueblo. Ahora no puedes decir eso.

—Ya he hablado con Mac para que anule el concierto, hoy no puedo tocar. —Sebastian expiró tan fuerte que podía haber desatado un huracán mientras que Dean lanzó las baquetas al suelo. El único que se mantenía tranquilo era Philip, que tenía una paciencia de santo.

—¿Y ya está, tío? ¿Con decir que has hablado con Mac está todo hecho? Se supone que somos un grupo, joder. En un grupo, no es solo uno el que decide. ¡Mierda! —Sebastian bajó del escenario de un salto para evitar pegarle un puñetazo a su colega, pues era lo que le pedía el cuerpo, y sabía que se arrepentiría en algún momento. Salió a la calle abriendo la puerta con tanta fuerza que pudo haberla hecho giratoria. Dean seguía resoplando con la sangre hirviendo.

—Creía que pensabas más en el grupo, ahora que estás encoñado con esa chica, pero veo que sigues yendo a tu *puto* rollo. —Dean lo miraba decepcionado.

—No es para tanto, solamente he cancelado un concierto —se disculpaba recogiendo el equipo y guardando su guitarra en la funda con sumo cuidado.

—Que te jodan, Keanu. —Dean sintió deseos de ir hacia él y darle una paliza, pero aquello no solucionaría el problema. Hizo el ademán de ir a por él. Por suerte, Phil se interpuso entre ellos y lo obligó a salir del bar. Keanu se puso la guitarra al hombro y se bajó del escenario. Caminaba con una mano agarrando la guitarra y la otra en el bolsillo. Phil estaba cerca de la puerta, apoyado en la pared.

—¿Tú no vas a decirme nada *bonito*? —ironizó destensando el ambiente. Phil lo miró bajo sus largas pestañas y muy serio se acercó a él.

—Podría decirte que eres un subnormal y un auténtico gilipollas por



haber cancelado el concierto sin tener en cuenta la opinión de tus compañeros y *amigos* —recalcó esta última palabra poniéndole más énfasis—, pero te entiendo, recuerdo lo que se siente al estar enamorado. Estás en un estado de plenitud absoluta y todo lo demás te importa una mierda. Disfruta cada momento con ella, nunca sabrás cuándo será el último. —La voz se le quebró a su amigo, y Keanu se sintió como un verdadero idiota al haberle recordado lo que era el amor.

—Phil, yo no quería... —Su amigo le puso una mano en el hombro y negó con la cabeza cerrando los ojos. Los recuerdos seguían siendo tan vívidos que aún podía verla, rememorar cada segundo que rozó su piel, aspirar su olor... Volvió a abrir los ojos y, tras darle un apretón el hombro y sonreír a su amigo, se marchó a emborracharse de nuevo.

April se balanceaba en la mecedora del porche con un libro entre las manos. Había leído la misma página quince veces, pero su mente estaba en otra parte. Desde que Keanu le dijera que ese fin de semana iba a ser especial, apenas había podido concentrarse en nada. Su tía se había quejado de que guardase el azúcar en la nevera y le pisara el suelo recién fregado por ir paseando entre las nubes. Entonces, April le sonrió con cara de tonta enamorada, y Anita reprimió un sermón. La brisa suave del final del verano junto al sol que lucía más brillante hacía que sonriera más. Oyó el motor de un coche acercarse y, sin girarse, supo que era él, el vértigo en su estómago se lo dijo.

Keanu aparcó justo enfrente de su casa y se bajó con aquel aspecto de chico malo: la cazadora de cuero y los vaqueros rotos. Se removió el pelo con una mano descolocándolo aún más y sonrió a los ojos azules que lo miraban como si se tratase de una visión. April saltó de la mecedora lanzando el libro sobre ella, se apoyó en la baranda del porche mordiéndose el labio inferior de pura expectación. Él comenzó a andar hacia ella, que apenas pudo reprimirse y bajó los escalones descalza corriendo hacia él. Saltó en sus brazos y le rodeó la cintura con las piernas. Keanu, embobado, dio vueltas y ella se agarró más a él escondiendo la cara en el hueco del cuello. Cuando ya la tenía mareada y aturdida, se detuvo, enredó sus dedos en el pelo de ella y observó los ojos que le trastornaban noche y día. Posó sus labios suavemente sobre los de ella abriéndose paso en su boca y mezclando su saliva con la de April, que gemía perdida en el beso.

—Esto sí que es una bienvenida —masculló él sobre la boca de ella una

vez que consiguió separar sus labios de los de April. Ella rio encantada, y Keanu no pudo más que estrecharla más fuerte. Caminó con ella en brazos y se sentó con April sobre su regazo. Él miraba el libro que estaba leyendo April, aunque no entendía nada—. ¿Qué mierda estás leyendo?

April se lo quitó de las manos como si le hubiera robado uno de sus mayores tesoros. Le pegó con él y le sacó la lengua tras la mueca que él hizo riéndose de ella.

—Esto que ves aquí y que desprecias tan a la ligera trata sobre uno de los mejores matemáticos. Para tu información, este hombre además fue astrónomo, geógrafo y médico griego. Clasificó los conceptos de [número](#), [longitud](#), dimensión espacial y temporal y estableció los fundamentos para la [Teoría de la Proporción](#). Su *Teoría de la Proporción* ya contenía el... —no pudo acabar, pues Keanu la silenció con un nuevo beso, esta vez cargado de deseo y anhelo.

—Qué sexi te pones cuando me hablas de esas cosas... —April buscaba el aire que se le había cortado al sentir los labios de él sobre los suyos exigiéndole que respondiera ante ese ataque. Se meció con ella que no dejaba de sonreír y la rodeó con sus enormes brazos. Ella apoyó la cabeza en su pecho disfrutando de aquel abrazo mientras escuchaba los latidos de su corazón.

Pasados unos minutos, Keanu se levantó con ella en brazos y la dejó de nuevo en la mecedora. April ladeó la cabeza mirándolo cómo la balanceaba y bajó la vista desde su cara hasta el pecho donde apenas unos instantes había estado tumbada. Estaba feliz de compartir aquellos momentos con él, de pasear como dos chicos buenos y de besarse hasta quedarse sin aliento, pero no era de piedra. Necesitaba mucho más de él, acarició su pecho concentrándose en cómo se agitaba la respiración de Keanu, que entrecerró los ojos un segundo.

—Ojazos, para o esto se va a desmadrar.

—Yo creo que ya va siendo hora ¿no? —El brillo de sus ojos le dejó claro a qué se refería, pero ella no era cualquier otra chica con la que había estado. Se merecía algo más que un polvo rápido en el asiento trasero de un coche.

—No me tientes...

Anita salió al porche en ese momento, y Keanu se separó de ella como si estuvieran haciendo algo malo. Llevaba un barreño grande con ropa que había lavado. La secadora había decidido expirar hacía unos días por lo que

habían improvisado unas cuerdas en el jardín trasero de la casa. Keanu, muy caballeroso, le cogió el barreño y acompañó a tía y sobrina a tender la ropa. Las piernas desnudas de April le estaban poniendo enfermo, pues iba vestida con unos simples *shorts*. La deseaba tanto que la entrepierna le dolía. En varias ocasiones, Anita lo pilló mirando con lascivia y puro deseo a su sobrina. Con un leve carraspeo, Keanu apartaba la mirada y les pasaba las prendas.

April se abrazó a él una vez hubieron acabado. De puntillas le dio besos tiernos y sonoros en la mejilla que derretían el seso del guitarrista. En aquella intimidad de la casa de Anita con April tan efusiva y tan feliz, sabía que lo que se decían con caricias era más que evidente. Estaba completamente enamorado de aquella muchacha de cabellos castaños y ojos de cielo.

## 24

—Coge un bikini, y vámonos —susurró el chico al oído de April mientras estaban en la cocina ayudando a pelar patatas a Anita. Ella le dio un codazo y siguió con la tarea. Keanu lavaba las que ella pelaba mientras Anita comenzaba a prepararlas para el asado del día.

—Anita, ¿te importaría si me llevo a April fuera todo el día? —La chica dio un respingo al escuchar aquello y se giró sonrojada. Su tía muy concentrada en controlar la temperatura del horno musitó un sí rápidamente —. Bien, a lo mejor no volvemos hasta mañana —Keanu cambió de versión, y esto sí que hizo reaccionar a Anita que no era estúpida. Cerró la puerta del horno tras meter las primeras patatas con el pollo relleno y quitarse la manopla de la mano e indagó en la mirada del muchacho. Se acercó a él, que estaba junto a su ahijada, y le señaló con el dedo. April deseaba que la tierra pudiera abrirse bajo sus pies y caer en picado. Ruborizada, se llevó la mano a la cara como si con aquel gesto se hiciera invisible.

—Cuidala. —Una simple palabra que hizo respirar aliviada a su sobrina. Keanu afirmó con la cabeza y rodeó a la chica con un brazo sacándola de allí. Aún avergonzada por el momento que acababan de pasar en la cocina y sin mirar a Keanu, subió los escalones de tres en tres. Preparó el bikini, la toalla, la crema solar y las chanclas en la bolsa de tela que siempre se llevaba a la playa. Se puso otra camiseta de tirantes con flores y las sandalias, recién compradas, dejando que se viesen sus uñas recién pintadas de color coral. Se anudó el pelo en una coleta alta y, tras ponerse un poco de brillo de labios con sabor a fresa, bajó la escalera emocionada.

Keanu la esperaba junto al coche como loco por irse a disfrutar de todo lo que tenía preparado. Al verla, se le dispararon las pulsaciones y una sensación cálida se acomodó en su pecho. Ella lo era todo para él, debía estar a la altura. Cuando April llegó junto a él, el chico le dio la mano y le abrió la puerta para entrar en el coche. La música dominaba el ambiente. April le torturó con los *hits* pop del momento, algo que él odiaba. Iba cantando cada canción atormentando sus oídos y su mente. Necesitaría días para olvidar aquellas horribles letras. ¿En serio aquello eran grandes éxitos? Dio gracias

mirando al cielo cuando llegaron al puerto. Caminaron sobre el muelle y llegaron a un pequeño velero. Keanu la ayudó a subirse a la embarcación, y, tras soltar el cabo de amarre, se pusieron en camino.

—No sabía que supieras llevar un velero —le dijo ella asombrada por seguir descubriendo cosas que desconocía y la dejaban sorprendida.

—Aún hay tanto que no sabes de mí... He trabajado en muchas cosas y una de ellas ha sido de patrón de barcos —sentenció sin querer darle más explicaciones, por ahora con eso bastaba.

Veinte minutos después, llegaron al puerto de uno de los pueblos cercanos a Ocean River. Keanu amarró la embarcación y ayudó a April a bajarse. Caminaron por el muelle y llegaron a la playa que estaba hasta la bandera. Keanu tiró de la mano de April pillándola desprevenida, pues no dejaba de mirar a su alrededor. La llevó hasta una caseta donde alquilaban tablas de surf y salieron de allí con dos de ellas enormes. Al llegar a la arena, April dejó la bolsa en el suelo y se sentó encima de su tabla. Aquello era gigantesco, ¿cómo esperaba que pudiera dominar esa cosa? Keanu, sentado junto a ella, la miró sabiendo exactamente qué pasaba por su mente. Rozó su mano con los dedos y ladeó la cabeza buscando su mirada. Con la suya le hizo saber que todo iba a ir bien. Se pusieron la ropa de baño en una de las casetas de la playa destinadas a ello y comenzó la aventura.

La guió hasta el mar sin soltarle de la mano y, poco a poco, entraron en él. April parecía un pato mareado sobre la tabla, no lograba mantener el equilibrio, el que parecía se había quedado Keanu, que parecía un auténtico surfista. Ella se caía constantemente, pero siempre emergía de la misma mano. Al final, él decidió que dejar su tabla en la arena para enseñarle a mantenerse a flote al menos era la mejor opción. April no dejaba de refunfuñar y quejarse de semejante estupidez. ¿Aprender a surfear? ¿Por qué iba a querer ella hacer algo así? No obstante, media hora más tarde y tras conseguir estabilizarse sobre la tabla, le gustó. Keanu iba con ella, y cabalgaban las olas, no sin caerse en más de una ocasión.

El pecho de April subía y bajaba con celeridad, el pelo mojado goteaba sobre la arena y una enorme sonrisa dominaba su rostro.

—¿A qué no ha sido mala idea? —Ella lo miró sonriéndole y negando con la cabeza. Volvieron al agua por empeño de ella, que era la que ahora quería disfrutar sobre la tabla sin la ayuda de Keanu. El corazón de él daba un salto cada vez que una ola la tiraba o se caía de la tabla. En cuanto volvía a verla salir del agua con una sonrisa, se tranquilizaba. Le costó Dios y ayuda

convencerla para que saliera del mar, pero con un par de carantoñas lo consiguió.

Se cambiaron de ropa de nuevo y fueron a comer a un hotel cercano. A pie de playa, con el ambiente algo más despejado, disfrutaron de una deliciosa comida. Un par de camareros de la edad de Keanu le saludaron y preguntaron por los chicos. A April le intrigó de qué los conocería y, sin dudarlo, le preguntó por ellos.

—Son viejos conocidos. Por lo que veo, te ha gustado la comida, la has devorado. —April lo miró con el ceño fruncido, a lo que él respondió con una sonrisa burlona.

Tras la estupenda y copiosa comida, dieron un paseo por el pueblo. Keanu agarró por la cintura a April tras salir del hotel y no la soltó en todo el paseo. Ella le preguntaba por cada casa que veían, cada tienda y casi hasta por cada calle. Aquello hacía sentirse importante a él, que se inventaba algo cuando no lo sabía.

Por la tarde, volvieron a la playa, pero, ya de forma más relajada, pasearon por la orilla agarrados de la mano. Keanu se paraba muchas veces a observar las facciones de ella y estudiaba cada gesto que hacía, y cada movimiento le llevaba a conocerla todavía más. Ya sabía que cuando dudaba de algo movía la nariz y, a continuación, apoyaba el dedo índice sobre ella. Era un gesto tan encantador que derretía su maltratado corazón. Estuvieron toda la tarde disfrutando de la playa, que tanto les gustaba a los dos. April se sentía en casa, con Keanu a su lado no podía pedir más.

El atardecer era el paisaje perfecto para el final de un día como aquel. Abrazados en la arena, vieron cómo las familias, las parejas, los amigos... se iban marchando. April juraría que incluso se habían quedado dormidos en algún momento.

—Hola, ojazos. —Fue lo primero que le dijo Keanu al encontrarse con su mirada. Le dio un beso suave y se incorporó quitándose arena de los brazos. Ella se apoyó en los codos y se estiró. A continuación, miró a sus pies y se encontró con una cesta de mimbre como las que llevaba su madre cuando se iban de pícnic a la playa.

—¿Y eso?

—La cena, espero que te guste la idea de cenar en la playa mientras está atardeciendo. —April le sonrió sentándose sobre la toalla salpicada de arena. Keanu abrió la cesta y sacó un par de perritos calientes y dos refrescos. Le pasó uno a ella primero y después cogió el suyo. April observó que aún

estaban calientes, degustó el suyo derramándosele un poco de mostaza por la comisura de los labios. Keanu se lo limpió con el dedo y luego se lo chupó despertando el deseo en ella.

—No eres malo en esto de las citas, James Dean, aunque pensaba que eras más de cervezas —bromeaba April provocando que él se atragantase por su comentario.

—Vaya, gracias, pero no me gustaría meterme en líos, al menos no hoy —musitó sin apartar la vista de ella.

April lo miró sin comprender, ¿acaso se metía en líos habitualmente? A veces le hablaba en forma de jeroglífico, y no sabía si estaba hablando en serio o si bromeaba. De lo que sí podía estar segura era de los fuertes sentimientos que provocaba en ella, de que solamente él era el culpable del vértigo que no la abandonaba estando junto a él, y de que la sonrisa apareciera en su cara con tan solo tenerlo frente a ella. Por todo ello, se decidió a dar el paso. Se inclinó sobre él y sus labios se encontraron. Profundizó el beso jadeando ardiente del deseo que le quemaba la piel. Se sentó sobre él, que estaba completamente sorprendido por la actitud de ella. April le mostró una sonrisa pícaro haciéndole saber lo que deseaba en aquel preciso instante.

—Te veo muy animada. —April se encendió con las palabras y la mirada arrebatada de deseo de Keanu. Movía las caderas sobre las de él, olvidándose hasta de respirar. Él le besaba el cuello, repartiendo besos junto al lóbulo de la oreja de April llegando a tirar de él. A ella se le escapó un gemido cuando sintió los dientes de él mordisquear esa zona.

Un trueno rasgó el aire y, a los pocos segundos, comenzó a llover de forma estrepitosa. Permanecían sobre la toalla, totalmente entregados, empapándose de la tormenta que arreciaba fuerte sobre ellos. Keanu reaccionó y bajó a April de encima de él, le dio la mano tratando de tajarla con su cuerpo, y corrieron hacia el hotel donde habían comido a mediodía. Por suerte, estaba a pocos metros de donde se encontraban. Les prestaron un par de toallas para poder secarse mientras llegaba más gente sorprendida por el temporal. Allí esperaron en el *hall* a que la tormenta cesara, pero media hora más tarde llovía con más fuerza.

—Al parecer, han dado en el parte meteorológico lluvias fuertes toda la noche. No tenía ni idea —le contó Keanu tras hablar con uno de los encargados de la recepción—. Podríamos intentar irnos, pero con este tiempo no me atrevo a llevar el velero, es demasiado peligroso.

Al final, los planes que él tenía de no llevarla a casa por la noche se habían cumplido. April se preguntaba si aquello no tendría que ver con algún tipo de oración que Keanu hubiera hecho al cielo, aunque sinceramente le importaba poco.

—¿Entonces qué se te ocurre que podemos hacer?

—He hablado con el encargado, y me ha dicho que este fin de semana celebran una feria de artesanía en el pueblo bastante famosa por lo que no les quedan habitaciones, solo una. —La mirada de April se encendió de nuevo soñando que iba a pasar toda la noche junto a él, en la misma cama. La amplia oferta de posibilidades se abrió en su mente como fuegos artificiales.

—Mejor, no me gustaría estar en otra habitación alejada de ti. —Se levantó y, con lentitud, se acercó a él que la miraba anonadado. Aquel día su chica estaba más lanzada que nunca y, aunque era algo que le encantaba, también le daba miedo. Sentía miedo de hacerle daño, de no ser suficiente, de no estar a la altura y de no ser lo que ella merecía porque no sabía ni la mitad de su vida. Muchas veces Keanu se preguntaba: «¿Qué haría ella si supiese toda la verdad?». Ya no había marcha atrás, había puesto tanto en aquella relación que si ella lo abandonaba sería el fin para él. April le acarició la mejilla sacándolo de aquellos horribles pensamientos, la miró y vio su mirada prendida de puro fuego.

—Deberíamos frenar un poco. —Instintivamente apartó la mano de su rostro temiendo que él no la deseara.

—¿No me deseas de la misma manera que yo lo hago? ¿Es eso? —A Keanu se le rompió el corazón al ver la inseguridad en sus ojos. ¿Cómo podía decirle aquello si no pensaba en otra cosa más que en tenerla entre sus brazos para saborearla entera y hacerla suya? Ella era diferente a todas, era ELLA, y no quería hacer nada para joderlo todo. Cogió su cara entre las manos, rozó su nariz con la de ella y le dio un tímido beso en los labios.

—Te deseo, April, más que a nada, pero quiero hacerlo bien, necesito hacer las cosas correctamente, como tú te mereces. No puedo permitirme fracasar contigo. Antes de nada, es importante que sepas que te quiero, que no puedo esperar a que llegue ese momento que tanto deseamos los dos. Solo cuando estés, de verdad, convencida y preparada, ocurrirá, aunque yo reviente algún día de tanto deseo que me consume. —Ella sonrió emocionada ocultando una risita—. April, no dudes nunca de esto, siempre voy a estar contigo, mientras el mar se mezcle con la arena. —A ella se le llenaron los ojos de lágrimas. No esperaba aquella respuesta, pero tenía la certeza de que



aquello debería ser su «felices para siempre».

Subieron a la primera planta, a la única habitación que les quedaba libre. La estancia era de ensueño, muebles de caoba, un sillón enorme junto a la terraza que daba a la playa y una cama gigantesca. April se acercó a la ventana junto al escritorio y vio cómo la lluvia dibujaba otro paisaje en la playa. Keanu se acercó por detrás y la abrazó apretándola fuerte contra él, ella ladeó la cabeza, y él aprovechó para besar su cuello. April se agarró a sus brazos sonriendo mientras se mecían en un dulce vaivén.

El chico la giró volviendo a saborear su boca. Gemidos salían de las gargantas de ambos, que deseaban que aquello sucediera más que nada. Ella deslizó sus manos por el cabello alborotado, tirando de él. Keanu no lo dudó y la llevó hasta la cama que estaba a sus espaldas. De pie siguieron besándose, hambrientos por devorarse uno al otro. Keanu se quitó la cazadora y la lanzó a un extremo de la habitación para después deshacerse de la camiseta. April pasaba la mano por su pecho mordiendo el labio expectante ante lo que estaba a punto de ocurrir y que tanto anhelaba. Comenzó a tirar de la camiseta, pero estaba tan nerviosa que no conseguía sacársela, así que él la ayudó con movimientos lentos, disfrutando de cada segundo.

Sus bocas volvieron a encontrarse antes de que Keanu se girase para tumbarse encima de ella. Le pasó las manos por el pelo y le quitó el coiletero que aún anudaba su melena castaña, le alborotó el pelo creando una imagen perfecta. Le quitó el sujetador dejándola expuesta. April sintió un leve sonrojo que desapareció enseguida cuando él la observó con la mirada cargada de amor. Acarició un pecho y luego otro provocando miles de sensaciones en el cuerpo de ella, que parecía derretirse con cada caricia y cada palabra que le dedicaba.

Él se deshizo de los pantalones antes de quitárselos a ella. El vértigo al que se había acostumbrado ahora era una montaña rusa, que subía y bajaba por su pecho, sin control. Keanu trazó besos a lo largo del cuerpo de ella, desde el cuello hasta el ombligo provocando que April no dejara de retorcerse. Completamente excitado, se alineó con el cuerpo de ella volviendo a besarla con lujuria y descontrol. April sentía que su corazón estaba a punto

de explotar de tanta emoción, y Keanu deseaba que aquella fuera la experiencia más mágica que ella pudiera tener. Alguna vez había fantaseado con ese momento y, solamente, se repetía que debía ser algo tierno, dulce, suave y hermoso. Miró una vez más a April, que estaba en éxtasis con los ojos cerrados y se dijo a sí mismo que era un cabrón con suerte.

—April, no lo dudes jamás. —Deslizó las braguitas de ella por sus piernas y las lanzó a otro lado de la habitación. April se estremecía inquieta, pero la experta boca de Keanu le hizo relajarse y entregarse por completo, lo abrazaba con fuerza deseando que nunca se alejara de ella. Él se agachó para coger la protección de sus vaqueros que había tirado sin miramientos. Agarró la cara de ella con sus manos y le dio un beso dulce y sensual, que la dejó sin aliento, antes de deslizarse en su interior y repetirle una y otra vez cuanto la quería.

El amanecer les pilló abrazados sobre la cama. April fue la primera en despertar, observó a Keanu dormir junto a ella y no pudo evitar sonreír. Con un dedo dibujó una línea por su rostro estudiando cada rasgo. Los ojos oscuros de él se abrieron bajo las rizadas pestañas y Keanu exhaló un largo suspiro al encontrarse con ella entre sus brazos.

—Buenos días, ojazos.

—Te quiero, Keanu. —Aquella revelación confesada nada más despertarse le descolocó mientras sentía una sensación cálida inundarle el pecho—. Sé que no te lo dije anoche, pero estaba demasiado abrumada por las emociones, estaba como drogada de amor.

Él se rio acercándola más a su pecho. Sabía lo que April sentía por él, aunque aún no se lo hubiera dicho, siempre era agradable que le confesara sus sentimientos. La agarró del mentón y la besó. De nuevo, sentía fuego en las entrañas al sentir la lengua de él deslizarse en su cavidad y buscar la suya para fusionarse. April le agarraba por la espalda, subiendo la mano de arriba abajo y con la pierna sobre la cadera de él.

—Gracias, aunque estoy aprendiendo a leerte y no hace falta que me digas nada. Te conozco, April. —Esas palabras reverberaron en la mente de ella provocándole temor, pues nadie la había llegado a conocerla al cien por cien nunca, ni siquiera Maeve. Eso le hacía sentirse vulnerable ante los demás, pero sabía que con él era imposible ocultar nada.

Media hora más tarde consiguieron despegarse y levantarse. April salió

a la terraza a observar el paisaje de la playa. Tras la lluvia, el ambiente era más fresco y aún olía a tierra mojada. Keanu salió al cabo de unos instantes y le puso su cazadora de cuero. La abrazó por detrás depositando besos en su pelo y apretándola muy fuerte. No quería que aquellos maravillosos momentos se esfumaran. Ella le había dado tanto que se sentía en deuda. Bajaron al *hall* y pagaron la noche que habían pasado antes de comprar un par de cafés y unos bollos para alimentarse en un café que encontraron abierto.

Sentados en la terraza del café, rieron recordando el día anterior con las tablas de surf y la tormenta demencial que les llevó a pasar la noche en el hotel. Volvieron al velero y navegaron por las tranquilas aguas del océano. April estaba sentada en la proa con las piernas estiradas, apoyada sobre las manos y la cabeza mirando al cielo. Los rayos del sol calentaban su piel, y la sensación de plenitud y paz era colosal. Keanu se sentó junto a ella cuando pararon en alta mar y pasó la mano por sus piernas. Ella apoyó la cabeza en su hombro y se aferró a su brazo.

—No quiero que estos momentos se acaben. ¿No podemos quedarnos aquí para siempre? —Keanu la rodeaba con un brazo sonriendo ante semejante ocurrencia. Ojalá pudieran evadirse del mundo, marcharse lejos y estar solamente uno con el otro.

—Ojalá, pero me temo que debo devolverte sana y salva si quiero conservar mi virilidad —bromeó sacándole una enorme carcajada a April, que se removió divertida. Pusieron rumbo de nuevo a casa tras disfrutar de un rato a solas en aquel remanso de paz. Llegaron a casa de Anita y se despidieron tantas veces que parecía que no iban a separarse nunca. April caminó hacia el porche bajo la atenta mirada de Keanu, subió los peldaños con los ojos de él fijos en su nuca. Se giró una vez más y sonrió al ver cómo le guiñaba un ojo antes de subirse a la camioneta y alejarse por el camino de tierra.

April sentía deseos de ponerse a saltar y reír como una loca. Era tanta la felicidad que sentía que apenas podía creerlo. Miró al balancín, donde había estado en brazos de Keanu, y se sentó en la tranquilidad de la mañana. Aún no había nadie despierto en la casa seguramente, cerró los ojos y las escenas del día anterior inundaban su mente. La imagen que más nítida aparecía en su mente era la sonrisa de Keanu, esa que calentaba su corazón y le confirmaba que el amor podía ser el hecho de encontrar a la persona adecuada en el lugar más inesperado.

## 26

La temporada de fútbol americano había comenzado, y April estaba al corriente de ello gracias a la persistencia de Keanu. Descubrió que era un gran aficionado a este deporte, no solo lo veía, sino que incluso a veces lo practicaba con los chicos. «La NFL es la mayor liga de fútbol americano profesional de Estados Unidos que ha empezado su temporada hace un par de semanas terminando a principios de enero», le había explicado Keanu con sumo detalle una noche que salieron a cenar. April le escuchó atentamente, aunque no entendió la mitad de lo que le dijo y le interesaba poco, pero era importante para él, así que le prestó toda la atención del mundo. Tan importante era para él que aquel domingo por la tarde había preparado un partido junto a los chicos. April se decidió a ver cómo se jugaba dicho deporte, pues, a pesar de haberlo visto por televisión, no lo entendía mucho.

—¿Tú también vienes? —preguntó a Ryan, que llegaba de su habitación con su sudadera de los Nicks y el balón característico del fútbol americano entre sus manos.

—Por supuesto, nunca me pierdo la oportunidad de machacar a unos perdedores como Jonas y sus amigos. —April le reprochó con la mirada ese comentario. Jonas era otro camarero del café donde trabajaba Emma, que, por cierto, se había apuntado al partido. April se preguntaba si su primo lo sabía, pero prefirió omitir ese dato. Se subieron a la camioneta de su tía y emprendieron camino al campo de tierra donde solían jugar.

Al entrar en el campo vio a un grupo de seis chicos sentados en un banco, mientras que Keanu y los chicos estaban en el otro extremo practicando pases lanzando la pelota. En las gradas divisó a su amiga Emma, con la que fue inmediatamente dejando a Ry con sus amigos. Keanu la vio llegar con su primo y sonrió al verla. Nada había mejor para hacerle sonreír y sentirse feliz. Phil le dio con el balón en la cabeza en un pase, pues se había quedado absorto contemplando a su chica. Se dio la vuelta y lo miró enfurecido. Su amigo levantó las manos en señal de arrepentimiento, pero no pudo evitar reírse. Keanu fue hacia él, y se tiraron a la tierra jugando a pegarse. April los miraba desde la grada con la sonrisa curvada en los labios.

—¿Te traigo un pañuelo? —Ella se giró hacia Emma y la miró sorprendida—. Para la baba, digo. —Le sacó la lengua y volvió a mirar hacia donde estaban los chicos. Sintió deseos de decirle que quizá debería darle otro a ella, pues desde que Ryan había llegado no había apartado la vista de él. Sin embargo, antes de hacerlo se dio cuenta de que el comentario era cruel dado el historial de esos dos.

El partido comenzó, y April seguía sin enterarse de nada. Emma trataba de explicarle cómo jugaban y qué hacía cada jugador. Sebastian era el *quarterback* o jugador sobre el campo que recibía directamente las instrucciones del entrenador sobre la jugada que se iba a realizar. Lou era el que se encargaba de hacer de entrenador habitualmente, pero aquella tarde no había podido asistir, por lo que el mismo Sebastian se ocupaba de ello. Faltaban jugadores, eran menos de once en ambos equipos, aunque al final aquello solamente consistía en pasar un buen rato. Emma siguió explicándole con palabras que April no comprendía cómo se llamaban los jugadores del equipo. Al ver que fruncía el ceño formándosele una línea en el entrecejo, simplemente le dijo que Phil y Ryan eran la línea defensiva junto a Keanu, mientras que Dean era el único jugador ofensivo. En el otro equipo eran seis, por lo que le faltaba un jugador. El hermano de Dean que solía jugar con ellos estaba enfermo y tuvieron que conformarse con los que eran.

En el descanso Keanu se acercó hasta April arrastrando los pies bastante cabreado por ir perdiendo. Formaba remolinos de arena a su paso, subió de varias zancadas y apoyó las manos en las piernas de April. Ella podía sentir su respiración acelerada al tenerlo tan cerca. Por primera vez su chico no desprendía un olor delicioso, pues tenía la camiseta empapada de sudor. Keanu le guiñó un ojo antes de besarla. April le agarró la cara con las manos y correspondió a su beso.

—Espero que este beso me dé buena suerte, ojazos —le dijo al separarse de su boca. Ella se rio y le dio otro más para darle más suerte. Saludó a Emma y volvió al campo con los chicos, que estaban peleándose entre ellos. Eran tan temperamentales que cualquier cosa les provocaba aquella actitud. April los iba conociendo y sabía que, aunque se insultasen y peleasen, al terminar el partido volverían a ser amigos como siempre brindando con una cerveza en la mano.

—Tanta testosterona junta no es buena —bromeó April tras ver cómo discutían airadamente. Emma se unió a su risa, pero le explicó que en su país ese deporte era muy importante y lo vivían intensamente.

—Normalmente, viene a jugar Charlie y no les dan esta paliza. Aunque Dean también está jugando bastante mal, y Sebastian no se está luciendo como otras veces. Quizá... —Emma se levantó y se desabrochó la sudadera. Se hizo una coleta y bajó de las gradas. April la siguió imaginándose lo que les iba a proponer.

—Bueno, *nenazas*, veo que necesitáis ayuda, así que aquí me tenéis. Me pongo con Dean en la línea ofensiva. —A April se le escapó una risita, y todos se giraron echando chispas por los ojos. Se tapó la boca con la mano y trató de mirarlos seria. Ya iba entendiendo cuán importante era aquel deporte.

—Ni de coña —bramó Ryan dirigiéndose al grupo tras un momento en el que se había alejado para beber agua.

—¿Prefieres que gane Jonas con lo mucho que lo odias? —Apoyó una mano en la cadera retándolo. Ry apretó los puños tanto que se le pusieron los nudillos blancos.

—¿Y tú no quieres que gane él? Así podréis celebrarlo —le dijo con sorna, tratando de hacerle daño a juzgar por la cara que puso ella, pero soportó bien el golpe. Subió el mentón y le respondió con un dardo envenenado que fue directo al corazón de Ry.

—Si pierde podré ir a consolarlo, después de todo eso es lo que esperas que haré, ¿verdad? —Keanu se interpuso antes de que Ryan se fuera directo hacia ella. Emma se preparó con Dean, y el partido comenzó de nuevo. Allí abajo el ruido era peor. April temió por la vida de su amiga. No le quedaba ninguna duda de lo salvaje que era aquel deporte; «deporte de contacto», recordó las palabras de Keanu, pero verlo en directo lo hacía tremendamente real. A los pocos segundos se arrepintió de temer por Emma, pues la chica se defendía perfectamente. El aire se llenaba de gritos de guerra y gemidos, y muchos provenían de su amiga. Escuchaba las obscenidades que se gritaban animados por la adrenalina y se le escapó un gemido al ver cómo uno de los amigos de Jonas derribaba a Emma, que se quejaba en el suelo sujetándose el hombro.

No supo cómo atravesó Ryan el campo tan rápido, pues estaba en el extremo opuesto, pero lo hizo antes de que ella misma llegara. Emma se retorció de dolor en el suelo mordiéndose el labio para no llorar. El chico que la había derribado era más corpulento que ella y la miraba avergonzado.

—¿Emma? ¿Estás bien? —April no quería tocarla por miedo a hacerle daño, mientras que Ry la miraba con el dolor reflejado en sus ojos, como si él deseara estar sufriendo aquel dolor y no ella. El resto de chicos hizo un corro

a su alrededor tratando de tranquilizarla. Keanu se arrodilló junto a ellos, momento que Ryan aprovechó para irse contra el amigo de Jonas.

—¿¡Eres gilipollas o qué coño te pasa!?! —«Ha sido sin querer», no dejaba de repetir el chico mientras se defendía como podía de los golpes, que le habían pillado de improviso. Sebastian y Dean separaron a aquellos dos con la ayuda de Jonas y su equipo. El chico tenía la cara hecha un cuadro. Ryan respiraba entrecortadamente tras desfogarse con él. April le puso las manos en los hombros intentando que se calmara, pero no era posible. Miró al suelo y volvió a arrodillarse junto a Emma, dándole la mano acariciando su cabeza de manera tierna.

—Creo que tiene el hombro dislocado. Lo mejor será llevarla al hospital. —Ryan no lo dudó y con sumo cuidado, como si estuviera alzando algo tremendamente frágil, la cogió en brazos. A April le sorprendió el cuidado con el que la llevaba al coche y las palabras cariñosas que no dejaba de decirle. Sebastian fue con ellos en la camioneta de Anita, mientras que Dean y Philip se quedaron a templar los ánimos. Keanu rodeó con el brazo a April que seguía aturdida tras presenciar aquella escena. Jamás había visto así a su primo, sobre todo porque hasta ese momento solo había expresado puro odio por Emma.

—Vamos, parece que hayas visto un fantasma. —Ella se giró señalando en dirección por donde se habían marchado con la boca abierta—. ¿No conoces ese dicho que dice «del odio al amor hay un paso»? —Caminaron hacia la moto de Keanu y, mientras se ponía el casco que él le ofreció, no dejó de pensar si era Emma la que había ocasionado el cambio de actitud en Ryan. Quizá si ella lo había provocado, podría darle la vuelta de nuevo.



Emma tuvo el brazo vendado varias semanas tras colocarle el hombro. En el hospital el doctor le redujo la luxación y le prescribió tres semanas de inmovilización y reposo absoluto con vendaje de Velpeau con posterior rehabilitación. Así evitaría que volviese a suceder. Ryan no se movió del lado de la camarera dándole la mano mientras el dolor la destrozaba. April se levantó de un salto de la silla en la sala de espera al ver que Emma salía junto a Ryan. Su primo la llevaba agarrada de la cintura, pero se separó de ella en cuanto vio al grupo de amigos. La esperanza que había iluminado su corazón todo el rato que estuvo con Ryan viendo cómo se preocupaba por ella, la cuidaba y la animaba, se desvaneció como cuando se apaga una vela por una corriente de aire.

April se acercó a su amiga y la abrazó con cuidado bromeando por su lesión de jugadora de fútbol americano. Emma le enseñó una leve sonrisa, aunque el dolor seguía impidiéndole reaccionar. Ryan se ofreció a llevarla en la camioneta, y ella accedió a pesar de no soportar tenerlo cerca.

Tres semanas después, le quitaron el vendaje y volvió a su actividad normal intercalando sus ejercicios de rehabilitación. April se desvivió por su amiga, la visitaba a diario, y, cuando el dolor comenzó a remitir, empezaron a salir dando paseos por la playa, fueron al autocine, Emma la ayudaba a estudiar, pero sobre todo hablaban y se conocían aún más. Una tarde que estaban en la playa, April se animó a hacerle la pregunta que llevaba unas semanas rondándole la cabeza.

—Emma, quisiera preguntarte algo. No te lo tomes a mal. —La camarera la miró de manera interrogante asintiendo con la cabeza—. ¿Cuándo conociste a Ryan ya era así? Quiero decir, ¿tenía ese carácter ya?

—Por desgracia, sí. Yo no he conocido a ese chico que tú recuerdas, aunque, siendo sincera, no siempre era tan malo. Ryan sufrió un duro golpe cuando su padre los abandonó; sin embargo, ocurrió algo más que terminó por destrozarle por completo llegando a ser el que es hoy.

—¿Un ser egoísta y agresivo quieres decir? —Emma sonrió tímidamente jugueteando con la arena a sus pies y negó con la cabeza.

—No, la persona tierna y cariñosa que tú recuerdas, aunque solo sea a ratos. —April percibió un deje de tristeza en su rostro y se lamentó de haberla obligado a contestarle.

—No quería ponerte triste, perdona.

—No te preocupes, no me entristece, es solo que echo de menos a Ry, al Ryan de verdad. Cuando llegué a este pueblo estaba sola. Ya sabes que soy huérfana y no tengo a nadie. Él era todo lo que tenía aquí, me apoyó, me ayudó, y me entregué en cuerpo y alma a él. Hasta entonces no sabía lo que era estar enamorada, pero cuando empecé a pensar en él cada segundo de cada día, a sonreír al verlo y a tener la certeza de que haría cualquier cosa por él tanto buena como mala, supe que lo estaba.

April sonrió ante su declaración sabiendo que ella sentía lo mismo por Keanu y que sería capaz de hacer cualquier cosa por él. Ambas habían experimentado lo mismo salvo por un detalle. Ella sí tenía la suerte de vivir algo maravilloso con él.

—Tíos, no sé vosotros, pero a mí Halloween me encanta. —Dean abría las bolsas de caramelos que habían comprado el día anterior y rellenaba las bandejas. Como era tradición para ellos, quedaron en la casa de Anita para ver películas de terror mientras repartían dulces a los niños que paseaban por el barrio. Emma se había animado finalmente más por la insistencia de April que por propia iniciativa. Desde el día del hospital no había vuelto a ver a Ryan y tampoco le apetecía demasiado. Sebastian la recogió en casa y la llevó al hogar de los Mathews. Se reunieron todos en torno al televisor y vieron una película tras otra. Ryan no estuvo esa noche con ellos ni nadie sabía donde andaba, aunque sospechaban que estaría en el bar. A medianoche, Dean se aburrió y se fue con los chicos a tomarse unas cervezas. Keanu salió con ellos al porche hablando del próximo concierto. April oyó el ruido del motor y las ruedas pisando la tierra alejándose de allí, pero no volvía a entrar. Pasados cinco minutos largos, April salió al exterior y encontró a Keanu hablando por teléfono bastante cabreado.

—¡Joder! ¡No, Stan! ¡Te he dicho que no! No voy a hacerlo más, te lo he dicho un millón de veces. ¡Búscate a otro! —April no entendía nada. Keanu hizo una pausa alborotándose el pelo a la vez que se paseaba nervioso—. Claro que lo sé, pero ya encontraré la manera de...

Se interrumpió al ver a April en el marco de la puerta mirándolo

sorprendida. Colgó inmediatamente y caminó hacia ella fingiendo una sonrisa. Se tragó el nudo de preocupaciones que le nublaban la razón y se dijo que debía mantener aquel asunto lo más lejos posible de ella. Le dio un suave beso en la cabeza y entró con ella en casa. Se sentaron en el sofá de nuevo, con el silencio inundando el ambiente. April sentía un pellizco en el estómago, Keanu había regresado dentro como si esa llamada no hubiera sido nada importante, pero su instinto le decía que algo estaba sucediendo.

—¿Con quién hablabas?

—No es nada, no te preocupes. —Acariciaba su brazo de arriba abajo, y el vértigo la dejaba sin aire en los pulmones, pero quería aclarar aquello. Cogió el mando a distancia y paró la película, se giró a Keanu, se sentó en el borde del sofá y volvió a la carga.

—Sí que lo es cuando te estabas peleando por teléfono. ¿Quién es Stan? Cuéntame qué sucede, por favor —se sosegó para poder mantener esa conversación, que le daba mala espina. Keanu se revolvía el pelo nervioso y contraía el gesto incómodo.

—April, no me hagas preguntas que no puedo responder. —Se levantó pasando las manos por su cara. No le gustaba nada hablar de eso y no sabía cómo cortar el tema.

—Keanu, sabes que puedes contarme cualquier cosa. Siempre podrás hacerlo. Si tienes algún problema, sabes que te ayudaré, sea lo que sea. —Ella también se levantó de aquel sillón acortando la distancia, que parecía infinita en aquel instante. Enfrente de él, rozó sus dedos con los de él, pero Keanu se alejó de ella como si le hubiera hecho daño.

—¡Para, April! ¡Joder! ¡Te he dicho que no y es no! —Salió de allí dando un portazo. Ella sintió como si le dieran una bofetada tras gritarle. No sabía qué demonios le había pasado. Él no se comportaba así. Necesitaba agarrarse a algo, pues las piernas le temblaban por lo que se sentó de nuevo en el sofá.

Al poco, oyó que la puerta se abría y una corriente de aire frío invadía la habitación. Keanu se sentó junto a ella, pero no se atrevía a tocarla tras haberla tratado mal. Le tomó unos segundos a April calmarse y acercarse a él. Arrimó su cuerpo al de Keanu y, con cautela, rozó de nuevo su mano, pero esta vez él no la apartó. Exhaló todo el aire que estuvo conteniendo desde que abandonó el salón y agachó la cabeza sintiéndose culpable.

—April, yo... —Ella lo miró y vio que se sentía avergonzado, ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos. Le tocó la cara subiéndola hasta ver

sus ojos empañados por el brillo de las lágrimas que no terminaban de fluir. Silenció sus labios evitando que hablara, pues con los ojos le decía todo. Ella, en lugar de hablar, acercó su boca a la de él y lo besó agarrándole la mejilla con la mano.

Prolongó el beso haciéndolo más intenso, Keanu la tomó de las caderas y la subió a horcajadas sobre él. Siguieron besándose un rato hasta que acabaron con los labios hinchados. Solamente se separaron para tomar aire a la vez que April despojaba a Keanu de su camiseta, y él hacía lo mismo con ella. Con dificultad, ambos se deshicieron de los pantalones quedándose en ropa interior. Él volvió a inclinarla para acceder a sus labios presionándolos con más fuerza esta vez. La pegó más a él mientras exploraba su boca que deseaba con fervor. Le quitó el sujetador a una April completamente excitada que se entregaba con pasión. Keanu descendió por su cuello llegando a sus pechos donde se entretuvo trazando círculos sobre ellos con la lengua. April emitió algo parecido a un gemido mientras se removía inquieta encima de él.

Se deshizo de las bragas y de sus calzoncillos a la vez que sujetaba del cuello a April. Con las frentes unidas, el aliento de uno calentaba al otro aún más. Sus cuerpos encajaban a la perfección. Keanu comenzó a moverse despacio en su interior con April jadeando sobre su boca.

—Mírame, April. —Bajó una mano a su trasero tratando de controlar el movimiento de sus embestidas y con la otra la sujetaba por el cuello. Ella no dejaba de murmurar palabras apenas audibles debido al estado de excitación en el que se encontraba. Detuvo el movimiento un instante observando las mejillas sonrojadas y los ojos anhelantes de ella. Por fin, lo había mirado preguntándose por qué demonios se había parado y se dio cuenta de que los sentimientos que ella misma estaba sintiendo lo ahogaban y necesitaba ese momento de calma. Le sonrió y acarició su cara con las manos antes de darle un beso tierno.

—Mientras el mar se mezcle con la arena —susurró sobre sus labios. Como si hubiera tocado en el botón correcto, Keanu reaccionó a su beso y continuó con el movimiento de sus caderas ondulantes aferrándose al cuello de April. Ella, su salvavidas, era capaz de hacerle olvidar el dolor y lo quería. Él solo rezaba por tenerla para siempre en su vida, en sus brazos y en su atormentada alma, siendo el cabrón más afortunado sobre la faz de la Tierra.

—¡Hola, ex amiga! —La voz irritada de Maeve hizo sentirse culpable a April. Últimamente, apenas hablaban. Tenía tantos trabajos y exámenes que no contaba con demasiado tiempo y el poco que le quedaba lo pasaba con Keanu.

—No me digas eso, sabes lo mucho que te quiero, pero no doy abasto, Maeve. Se acercan las vacaciones de Navidad y los profesores se han vuelto locos. No dejan de mandarnos trabajos y los exámenes se acumulan. ¡Dios, creo que voy a morir!

—De lo que vas a morir es de los polvos que echas con tu novio, que seguro que para eso sí tienes tiempo. —April soltó una carcajada pegada al teléfono. Echaba de menos los comentarios de su amiga y, ¡qué demonios!, la echaba tanto de menos a ella que a veces parecían siglos desde que se había mudado—. Por cierto, ¿has cogido ya el vuelo? Porque supongo que vendrás en Navidad, ¿verdad?

Un nuevo remordimiento taladró la mente de April que aún no se había atrevido a decirle que no iría a España. La semana anterior tras hablar con sus padres, decidieron que ellos irían a visitarla durante las vacaciones navideñas. Volvería a estar toda la familia reunida. El corazón de April dio brincos de alegría cuando se lo comunicaron, y Anita estaba resplandeciente, pues deseaba volver a ver a su hermano y a su querida cuñada.

—Pues... mis padres vienen a verme en Navidad. —Al principio le costó decirlo, pero en milésimas de segundo pensó que lo mejor era soltarlo a bocajarro. Se mordía el labio inferior esperando la cólera de Maeve, que a veces era terrible.

—¡Joder April! Hace meses que no nos vemos. Apenas podemos hablar, siempre estás liada con los estudios cuando no es con tu novio o tu nueva mejor amiga. Ni siquiera vamos a celebrar tu cumpleaños juntas. En serio, no me esperaba esto de ti. —Un nudo se instaló en su garganta al saber que su amiga la echaba también de menos, pero no podía hacer otra cosa. Inspiró y tragó saliva cogiendo fuerzas.

—No te enfades más conmigo. Hacemos una cosa, vente a visitarme.

Seguro que lo pasaríamos genial. Además tengo ganas de que conozcas esto y a la gente que...

—Claro porque ahora resulta que soy millonaria, no te jode. Los vuelos están por las nubes a un mes de viajar. —Maeve hizo una pausa dramática tras interrumpir a April—. No te preocupes, ya nos veremos cuando se pueda. Cúidate. —Y colgó haciéndole sentirse la peor persona del mundo y una mierda de amiga.

Las voces de su tía que la llamaba desde el salón le hicieron reaccionar. Cogió el abrigo limpiándose una lágrima que se le había escapado e intentó sonreír. Ryan estaba ya listo para ir con ellas a la cena de Acción de Gracias que habían preparado entre los vecinos del barrio. Se acercó a su primo y lo agarró del brazo, cabizbaja. Él la miró preocupado con el ceño fruncido, pero April le sonrió como si nada pasase. Ryan se quejó de nuevo antes de entrar en la casa de los Monroe, donde tenía lugar la cena. Si por él hubiera sido, se habría ido a comer cualquier cosa al bar antes del concierto de los Sweetie Iron.

La cena estaba realmente deliciosa. April pudo disfrutar de una auténtica cena de Acción de Gracias con el pavo asado, la salsa de arándanos, las verduras asadas y el puré de patatas. Cada vecino colaboraba con un plato y a ellos les había tocado la salsa de arándanos. Como postre tomaron la tradicional tarta de manzana y el pastel de calabaza. April estaba llena de tanto comer, pero estaba todo tan rico que no podía dejar de hacerlo. Tras la cena, Ryan se marchó con April en la camioneta de Anita directos al bar donde los chicos daban un concierto especial de Acción de Gracias.

—Dentro de poco es tu cumpleaños, *primita*. ¿Tienes ganas de cumplir los diecinueve?

—Me da igual la verdad. —April se había vuelto a acordar de su amiga a la que había hecho daño y la culpa la acompañó de nuevo.

—April, ¿estás bien? Desde que has bajado de tu habitación antes de irnos a casa de los Monroe estás apagada. Si Keanu te ha hecho algo, lo mataré con mis propias manos. Solo tienes que decírmelo y acabo con él. —Ella reprimió una sonrisa pensando en lo mucho que había cambiado su relación con Ry. Aún seguía siendo una persona huraña y desagradable en ocasiones, pero habían vuelto a conectar. Por las noches se quedaban un rato en el porche hablando sobre su día, y, poco a poco, April consiguió que él

confiase de nuevo en ella.

—Me he peleado con mi mejor amiga. Quería que fuera a España en Navidad, pero papá y mamá van a venir, así que no puedo irme. Tengo tantas ganas de verlos, Ry, aunque también la echo de menos a ella, muchísimo. ¡Dios, soy horrible! —Se cubrió la cara con las manos evitando que su primo viera las lágrimas que comenzaban a fluir. Ryan le dio un apretón con la mano en la pierna tratando de reconfortarla.

—No seas melodramática, April. Seguro que se le pasará, y si no, es que no merece la pena. —Ella apartó las manos de su cara y lo miró como si hubiera dicho la mayor burrada del mundo. Maeve era su hermana del alma. Se miró la pulsera con el nombre de su mejor amiga que le dio antes de volar a Estados Unidos y la acarició como si fuera su mayor tesoro. Se limpió las lágrimas y permaneció en silencio mirando por la ventanilla en la oscuridad de la noche.

Llegaron al bar que ya estaba hasta arriba y fueron a la parte de atrás, que hacía de improvisado camerino del grupo. Keanu no estaba con los chicos. April volvió al bar buscándolo con la mirada, pero no lo veía. Salió al exterior, y tampoco estaba por allí. Estaba a punto de volver dentro cuando a lo lejos oyó una voz familiar. Se acercó siguiendo la voz y a unos metros vislumbró la silueta de Keanu peleándose con un hombre de unos cuarenta años.

—No sé cómo coño quieres que te lo diga, pero se acabó.

—¿Cómo puedes ser tan ingenuo? ¿Acaso crees que puedes dejarlo cuando tú quieras? Keanu, soy como Satán, tengo tu alma en mi poder, y no te irás hasta que yo lo decida. Por ahora, me has resultado bastante eficiente, así que olvídate de esa gilipollez. —El hombre tiró el cigarrillo que fumaba al suelo y lo dejó con la cabeza agachada. Keanu se revolvió el pelo mesándosele sin control. Se giró hacia la pared y comenzó a darle golpes con los pies y las manos. April, asustada, corrió hacia él.

—¿Keanu? ¡Para! Te vas a hacer polvo las manos. —El chico se detuvo al escuchar la voz de April e inspiró hondo un par de veces antes de mirarla con los ojos encharcados por las lágrimas.

—¿April?

—Sí, cariño, soy yo. —A Keanu se le paraba el corazón cada vez que un «cariño» o «un te quiero» salía de sus labios. Despacio apartó las manos de la pared con la respiración agitada. Se miró los nudillos despellejados por los golpes y se lamentó de haberle hecho presenciar semejante escena. April

cogió sus manos examinándolas con cuidado. No entendía qué había sucedido, pero sabía que no era el momento de preguntas. Tiró de él hacia el interior del local y lo llevó a la parte de atrás. Con un gesto de cabeza les hizo saber a sus compañeros que no le preguntasen nada. Ryan le llevó el botiquín que tenían en el local, y April le curó las heridas. Más sosegado, observaba cómo ella le aplicaba desinfectante en los nudillos y soplaba para que no le escociese.

—¿Por qué me quieres? —Aquella pregunta desconcertó a April que lo miró con la gasa en la mano.

—¿Perdona?

—¿Por qué me quieres? ¿Por qué estás siempre ahí cuando no lo merezco?

—No entiendo a qué viene esa pregunta. Yo podría preguntarte a ti lo mismo, pero te la voy a responder de todas formas para que te entre en esa cabezota que tienes. Quererte es lo más fácil que he hecho nunca, no te das cuenta de lo mucho que me das. Nadie me ha aportado tanta paz ni me ha querido tanto antes. Tú me aportas seguridad, calma y me haces tan feliz que a veces me da miedo que no sea real. —Se levantó del taburete para sentarse en el regazo de él, le rodeó el cuello con los brazos y le dio un beso dulce que evaporó el miedo que Keanu sentía en ese momento—. No me gusta que me hagas estas preguntas ni quiero verte así de abatido. No sé qué demonios sucede, ni tampoco te voy a exigir que me lo expliques. Cuando quieras, aquí estoy para que me lo cuentes, y resolvamos lo que sea necesario entre los dos, porque de eso van las parejas, ¿sabes? —Se volvió a apoderar de su boca pegándose más a él que respiraba entrecortadamente. Se separaron y apoyaron la frente uno sobre el otro.

—April... Te quiero muchísimo. —Ella sonrió y entrelazó los dedos de Keanu con los suyos mientras seguía aferrándose con el otro brazo a su cuello.

—Lo sé.

El concierto de los Sweety Iron fue un rotundo éxito. La gente joven del pueblo había acudido en masa tras cenar con sus seres queridos. April no dejó de mirar a Keanu durante todo el concierto, le sonreía y le guiñaba el ojo aportándole la confianza y seguridad necesaria. Al acabar, se reunió con el grupo, y juntos disfrutaron de la música que ponían, aunque ella tuvo que



morderse la lengua en más de una ocasión cada vez que una chica se acercaba a Keanu para felicitarle por el concierto o simplemente para babearle encima. Emma le daba codazos para que cambiase la cara, pero los celos se estaban haciendo con el control de su carácter. En una de esas, se fueron a la barra a por más bebidas para despejarse un poco.

—Si las miradas matasen, ya habría más de una muerta por aquí — comentó la camarera sarcásticamente.

—Ponte en mi lugar. ¿Qué te parecería que las mujeres babearan y se arrimaran a Ryan? Joder, Emma, que no dejan de ponerle las tetas en la cara. —Esto último lo dijo tan alto que un par de chicas que estaban a su lado se giraron sorprendidas por el comentario. April les sonrió y volvió a mirar a su amiga que estaba muerta de la risa.

—¿April? —Ella miró hacia la voz que la llamaba. Era Daniel Cooper, un compañero de clase con el que solía hacer muchos trabajos.

—¡Hola, Daniel! Qué alegría verte, pero pensaba que eras de otro pueblo.

—Sí, es que un colega quería venir hoy a ver el concierto, y me he animado.

—Eso es genial. Te presento a mi amiga Emma. —Los dos se estrecharon la mano, aunque el chico solo tenía ojos para una de ellas, y no era precisamente la camarera. Esta aprovechó para ir al baño mientras los otros charlaban y reían recordando anécdotas de la universidad. Daniel se arrimaba peligrosamente a April que se alejaba todo lo que la gente le permitía. Se acercaba a su oído para hablarle, debido al ruido que había en la sala, aunque también se aprovechaba de la situación. April estaba comenzando a sentirse incómoda, así que decidió marcharse de allí.

—Estoy con unos amigos, Daniel, nos vemos en clase. —Comenzó a andar, pero él la retuvo por el brazo.

—Nunca te he dicho lo guapa que eres porque me ha dado vergüenza, pero ahora que ambos estamos aquí... —musitó con voz ronca. Ella abrió los ojos sorprendida de su comentario. ¿Acaso le había mandado alguna señal a aquel chico? Sin duda, sería equívoca, pues ella no tenía el menor interés en él.

—Daniel, te pido perdón si te he dado algún tipo de esperanza, no me interesas en ese sentido. Eres un tío estupendo, pero déjame, por favor. —El chico soltó una risita que le encogió el corazón. Aquello no iba bien.

—Vamos, vamos, April, relájate. Lo estamos pasando realmente bien.

—Una de las manos de Daniel le rodeó la cintura, mientras que con la otra subió por el muslo provocando que April temblara de pánico.

—¡Joder, que te he dicho que no! ¡Suéltame ahora mismo! —Daniel, animado por la bebida, siguió sonriendo y acercando su boca a la de ella. Las manos de April luchaban contra su pecho, pero él era mucho más fuerte que ella, lo que hacía que resultase imposible zafarse de su agarre. Cerró los ojos rindiéndose ante aquella desagradable situación, que le provocó unas tremendas náuseas ascendentes por su esófago desde el estómago.

Lo siguiente que sintió fue como el peso de Daniel se alejaba de ella. Abrió los ojos y vio, atemorizada, cómo Keanu lo sacaba a rastras de aquel lugar. Corrió tras ellos dando empujones a la gente que le cerraba el paso. En el exterior Keanu le pegaba como si se tratara de un saco de boxeo. Daniel también correspondía a los golpes rompiendo la camiseta de Keanu, que quedó hecha jirones. El compañero de universidad de April sufrió un despiste, trastabilló y cayó al suelo.

—¡Vuelve a tocar a April y será lo último que hagas en tu puta vida! —Keanu estaba en el suelo sobre Daniel machacándole sin piedad. La rabia que lo consumía y le nublaba la razón salía a borbotones mientras el chico no podía defenderse.

—¡Basta, Keanu! ¡Lo vas a matar! —April trataba de separarlo de su compañero de clase, pero no tenía la suficiente fuerza. Por suerte, los chicos del grupo salieron detrás de ellos y llegaron a tiempo. Entre Dean y Sebastian lo sujetaron de los brazos tirando de él, y Phil se acercó al chico que tenía bastante mala pinta tras recibir los golpes de su amigo. Seguramente, necesitara asistencia médica de inmediato, quizá tendría algo roto, así que le levantó y se marchó con él. Sebastian fue tras ellos.

—¡Tranquilízate, tío! ¡Joder, casi lo matas! —April sentía el pulso acelerado y el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Keanu seguía con la mirada perdida agarrado a Dean. Se sentía tan furioso que no se atrevía a mirar a su chica. Debería estar pensado que era una bestia. Con las manos temblorosas, April se acercó a él y le agarró la cara con ellas obligándole a que la mirase.

—Vamos a curarte de una vez por todas. —Aquella frase con doble sentido hizo que el alivio se instalara en el pecho de Keanu, pues no le había insultado ni gritado como esperaba.

April condujo la camioneta de su tía que ese día llegaría tarde de la celebración de Acción de Gracias. Entraron en silencio en la casa y se

sentaron en la cocina, donde ya le había curado antes. Le quitó lo que le quedaba de camiseta y contuvo la respiración. Hasta ahora no se había fijado en un tatuaje que tenía. «El dolor te hace más fuerte» eran las palabras tatuadas con tinta negra en la zona alta de la espalda. Entonces se arrepintió de pensar que los tatuajes eran algo feo, pues en la piel de Keanu era algo hermoso y sexi.

—Lo siento, pero no podía dejar que te hiciera daño. —Fueron las primeras palabras que pronunció él desde que se marcharon del bar. April asentía con la cabeza mientras seguía curándole las heridas de las manos—. April, dime que no me odias, por favor. —Fue más una súplica que rompió el corazón de la chica. Entendía que quisiera defenderla, aunque le resultaba difícil, pues se tiró al suelo a moler a golpes a alguien indefenso. No era el momento de tratar el tema en profundidad, así que elevó la vista para encontrarse con sus ojos oscuros, que estaban llenos de arrepentimiento y pena.

—No podría odiarte. —Siguió curándolo en silencio. Keanu sabía que ese comportamiento la había asustado, pero no pudo contener la furia que le invadía por completo. Le dio una camiseta de Ryan y una de sus cazadoras. A continuación, salieron al porche en el frío de la noche como si ambos necesitaran de ese viento helado para poder respirar. April les envolvió con una manta, y permanecieron sentados en los escalones sin mediar palabra. Cuando Keanu tuvo el coraje suficiente, agarró la mano de ella uniéndola a ambas.

—¿Sabes esa sensación de plenitud, de saber que vas por buen camino, que las piezas encajan y se abre un nuevo horizonte? —April lo miró confundida al no saber a qué se refería. Keanu giró la cabeza para encontrarse con su mirada—. Eso es lo que tú significas en mi vida. No me dejes nunca, no me cierres ese nuevo horizonte. —La voz se le quebró a medida que iba hablando. Apoyó la cabeza en el regazo de April, sin separarse de su mano, como si ella fuera la única capaz de salvarlo de una vida dolorosa y vacía.

Daniel no volvió a acercarse a April en clase, y ella estuvo agradecida por ello. Se habían llevado tan bien que parecía mentira que esa noche se hubiese convertido en un capullo integral. Por suerte, no denunció a Keanu, aunque a él no parecía importarle demasiado actuando como si nada hubiese ocurrido, y ella no quiso remover más aquel suceso. Maeve no había vuelto a llamarla ni escribirle ni tampoco respondía los mensajes de ella. Los exámenes se le echaron encima y no tenía tiempo para pensar en nada. Apenas veía a Keanu, pues se había enclaustrado a estudiar sin respiro día y noche. Una tarde, él se cansó de aquella situación y fue a su casa. Se la llevó a regañadientes a pasear por la playa, que tanto amaba y necesitaba, para que despejara un poco la mente.

—¿Estás preparada para cumplir los diecinueve? —le preguntó él mientras caminaban por el paseo junto a la playa.

—Cuando termine con todos los exámenes y trabajos, estaré preparada para cualquier cosa. —Anduvieron un rato por la arena hasta que se sentaron con el murmullo de las olas de fondo.

—Ya tienes la piel lo suficientemente pálida como para encerrarte sin que te dé la luz del sol, ojazos.

—Perdona si quiero aprobar todas las asignaturas de este semestre. —Últimamente, estaba más irritada de lo normal por lo que Keanu se armaba de paciencia, aunque a veces discutieran por tonterías.

—Vale, solo quería sacar un tema de conversación que no implicara números, algoritmos, probabilidad o estadística. —April se dio cuenta de que no hacía más que hablarle de esas cosas y, a pesar de que él lo aguantaba todo, sabía que se estaba cansando. Aprovechó la ocasión para sacar a la luz temas que le interesaban hacía tiempo y él siempre se negaba a responder.

—Perdona, es que estoy muy estresada. —Se acurrucó junto a él, que la rodeaba con sus enormes brazos. Sentía los latidos de él en su pecho y aquella sensación placentera de paz le encantaba—. ¿Qué te parece entonces que hablemos del tatuaje de tu espalda? —Keanu se removió incómodo por la pregunta. April se irguió y lo miró a los ojos agarrando ambas manos con las

suyas—. ¿Cuándo te lo hiciste y por qué?

—No me gusta ese tema de conversación.

—Entonces creo que volvemos a los números —bromeó ella provocando una sonrisa en los labios de Keanu. Este sentía que, en algún momento, debería compartir parte de su vida con ella, abrirse en canal, pero no era tan sencillo. Inhaló profundamente y comenzó a confesar parte de su pasado.

—Mi padre falleció cuando yo era pequeño. Íbamos juntos en el coche, y yo estaba quejándome porque no quería ir ese día a la feria. Cada año íbamos juntos, era como una especie de ritual que ambos disfrutábamos, aunque justo ese día prefería estar con mis amigos. Mi padre se distrajo un segundo por mi culpa y perdió el control del coche. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en el hospital. Tres días después, me dijeron que mi padre había muerto. Para mi madre fue un golpe muy duro y desde entonces perdió las ganas de vivir. Tuve que aprender a mantenerme por mí mismo y a buscarme la vida desde bien temprano, por eso sé navegar barcos. Empecé a trabajar siendo muy pequeño. A eso, súmale que tu madre te odie porque has matado al gran amor de su vida. Con dieciséis años tuvimos una bronca monumental en la que volaron platos y vasos por toda la habitación. Acabé marchándome varios días y cuando volví lo hice con ese tatuaje. Me recuerda que el dolor siempre me ha acompañado en la vida. Precisamente, ese es el que me ha hecho más fuerte.

El corazón de April se encogió al escuchar el doloroso relato de lo que había sido la vida de Keanu. Perder a su padre y sentirse culpable de ello, además de convivir con una madre que te odie no era la situación ideal. Se abrazó más a él como si con aquel abrazo pudiera recomponer las partes rotas y hacerle olvidar todo ese sufrimiento. Keanu sonrió, pero no quería que ella le tuviera pena.

—Vamos, aunque me cueste reconocerlo, tienes que volver a estudiar.  
—Se levantaron y volvieron abrazados a la moto de Keanu entre risas y besos.

April tamborileaba el lapicero sobre los apuntes de Geometría diferencial recordando el momento en el que Keanu le había abierto su corazón por primera vez. Jamás imaginó que guardara algo como aquello dentro. A veces lo observaba sin que él se diera cuenta y sentía verdadera pena por el Keanu niño que creció sin el amor de una madre y huérfano de padre. Sintió un escalofrío al pensar que ella hubiera tenido que vivir sin sus

padres, a los que amaba por encima de todo. Estaba deseando reencontrarse con ellos. Apenas quedaban unas semanas y volverían a estar juntos.

Los días pasaron y con ellos los exámenes de April. Por fin, acabó las clases y se despidió de sus compañeros hasta la vuelta de las vacaciones. Emma y ella se fueron a celebrarlo una mañana mientras los chicos ensayaban en el bar. Su amiga la llevó al pueblo de al lado, donde había estado con Keanu y se habían acostado por primera vez. Una sonrisa pícaro se instaló en su cara al ver el cartel del nombre del pueblo. Emma iba distraída cantando mientras conducía por lo que no se dio cuenta. Caminaron por las calles descubriendo un mercado navideño y, tras comer, regresaron a Ocean River.

Por la tarde, quedó con Keanu antes de un nuevo concierto. Anita se marchó a ayudar a limpiar la Iglesia antes de las fiestas, y Ryan estaba desaparecido. April se preocupó al no verlo, pero Phil le envió un mensaje tranquilizándola. Le había visto en el café con Emma al pasar por la puerta, y, al parecer, no estaban peleándose por primera vez en mucho tiempo. Ella suspiró confiando en que su primo arreglara las cosas de una maldita vez con su amiga cuando Keanu la pilló desprevenida con el móvil en la mano. La abrazó por detrás tan fuerte que casi se le cayó al suelo. Estuvieron relajados sentados en el sofá viendo películas en la televisión hasta que sonó el teléfono de Keanu. Este lo miró y una mueca de fastidio apareció en su cara. Apartó las piernas de April de las suyas y salió afuera a hablar. Ella siguió cambiando de canales, pues no había nada más interesante que un programa de cotilleos que poco le interesaba. Al par de minutos, Keanu entró de nuevo en casa con el gesto contraído.

—Ojazos, me tengo que ir. Nos vemos en el concierto, ¿vale? —Le dio un tierno beso en los labios y se dirigió a la puerta, pero se paró en seco cuando ella le hizo una pregunta.

—¿Dónde vas? —Keanu se giró mirando a April que estaba de rodillas en el sofá.

—Tengo que ocuparme de unos asuntos.

—Voy contigo. —Bajó del sofá descalza directa a subir las escaleras, pero él la retuvo antes. Le dio un abrazo aspirando su olor que le fundía los plomos como decía su amigo Sebastian.

—¡Joder, qué bien hueles! Nada me gustaría más que quedarme contigo hasta la hora del concierto, pero debo irme. Solo. —Ella se separó de él

molesta, se dio la vuelta y volvió a sentarse en el sofá enfadada. Keanu bufó antes de arrodillarse junto a ella—. April, no te enfades. A esto no puedes acompañarme.

—Eras tú el que te quejabas de que no nos veíamos por mis exámenes pero vale. Haz lo que te dé la gana. —Rabiosa, porque seguía sin compartir una parte de su vida con ella, se alejó de él cambiando de canales frenéticamente. Keanu suspiró abatido y rodeó el sillón. La levantó por los brazos y le dio la vuelta quedando cara con cara. La miraba con tanto amor que podía haber derretido los polos con esa simple mirada. Posó su frente sobre la de ella y, al separarse, le agarró la cara con las manos.

—No lo dudes nunca, April, te quiero, pero hay cosas que no puedes saber. —Ella fue a hablar, pero él la silenció con un beso suave, que se convirtió en algo más rudo y visceral. La necesitaba como nunca había necesitado nada de nadie. No quería ir más, aunque no podía negarse a las peticiones de Stan, como tampoco podía dejar que ella se enterase de nada.

—Keanu, me ahogo —susurró ella sobre sus labios con los ojos entrecerrados presa del placer que le daba Keanu. No solamente se ahogaba por la forma en que la besaba, sino que los sentimientos que le provocaba él le hacían asfixiarse muchas veces. Era tanto lo que le daba que pensaba que podía morir de necesidad en algún momento.

—Respira, quiero que mi chica siga aquí cuando vuelva. —Con la lengua recorrió la comisura de sus labios antes de darle un nuevo beso y tirar de su labio inferior. April jadeaba quedándose sin aliento. Keanu hizo acopio de toda su fuerza de voluntad, y se marchó dejándola excitada y aturdida.

Alrededor de las ocho de la tarde, se duchó y se arregló para un nuevo concierto de los Sweetie Iron. Estrenó las Converse de flores que su amiga Emma le regaló el día que celebraron el fin del semestre. Se soltó el pelo y, tras mirarse en el espejo por última vez, bajó las escaleras danzando.

—¿Ya te vas? —su tía le preguntó sentada desde su sillón con una taza de té en una mano y un libro en otra. April le echó una sonrisa y se dio una vuelta esperando algún comentario de cómo iba. Cada noche que salía hacían lo mismo por petición expresa de Anita—. Encantadora, tesoro.

Su sobrina le dio un beso en la mejilla antes de salir camino al bar donde tocaban los chicos. Emma le había mandado un mensaje veinte minutos antes avisándole que ya estaba en el local. April pensó qué habría

ocurrido entre Ryan y ella, y sin duda lo descubriría esa misma noche. Aparcó la lata que tenía por automóvil su tía y se fue derecha a la entrada del bar. A lo lejos vio a Keanu, que fumaba un cigarrillo, sentado en el borde de la acera. Ella se estremeció de pies a cabeza al verlo antes de que el corazón latiese desbocado en su pecho. Se detuvo un instante para calmar sus pulsaciones y, tras inspirar, caminó hacia él.

—Ahora sí que tienes toda la pinta de James Dean con ese cigarrillo — bromeó ella mirándolo de pie a su lado. Keanu alzó la vista hacia ella y le sonrió. April se llevó la mano a la boca ahogando un grito—. ¿Qué demonios te ha pasado?

Keanu se levantó tirando el cigarrillo lejos. Tenía el pómulo derecho magullado y el ojo hinchado. Acercó su mano a la de ella rozando sus dedos antes de que ella pudiera pedirle más explicaciones.

—No te preocupes, no es nada. —Con el dorso de la otra mano acarició una de las mejillas de April sintiéndose, por fin, tranquilo y en casa.

—Te he preguntado qué demonios ha ocurrido, Keanu. ¿Tú te has visto? ¡Por Dios santo! —No podía apartar la vista del rostro herido de él, al que no le daba la más mínima importancia.

—Sshhh, relájate. Solo ha sido un asunto que salió mal. Además, así parezco más un *rockero* —Keanu bromeó hasta que vio cómo April lo miraba enfadada con los brazos cruzados sobre el pecho, separándose de él.

—A mí no me hace gracia. No sé qué está pasando, lo que tengo claro es que algo malo está sucediendo. Keanu, tengo paciencia, infinita, pero no quiero verte magullado cada dos por tres porque ciertos *asuntos* salgan mal. Cuando quieras contármelo ya sabes dónde encontrarme. —Más rabiosa que nunca, se metió en el bar buscando a Emma desesperadamente. La encontró cerca de la barra charlando animadamente con un chico bastante guapo, pero, al ver la mirada de su amiga, fue hacia ella.

—¿Qué te pasa? —April solo era capaz de negar con la cabeza aguantando las lágrimas de rabia que se agolpaban bajo sus párpados. Emma la cogió del brazo y la llevó a un lugar apartado donde pudieran hablar tranquilas. Le pasaba la mano por la espalda intentando calmarla mientras resoplaba.

—No me lo puedo creer, Emma, no sé qué demonios está pasando, solo sé que es algo malo. No me lo cuenta, no lo comparte conmigo. ¿Así cómo se supone que voy a ayudarlo? Todas esas llamadas misteriosas y ese tal Stan. ¡Dios, me siento tan impotente! —Escondió la cara entre sus manos, pero la



miró cuando dejó de sentir la mano de Emma en su espalda. La camarera se había quedado pálida tras escuchar a April—. Tú sabes algo, ¿verdad?

—Relájate, April. Ya sabes cómo es Keanu de reservado con ciertas cosas de su vida.

—No te he preguntado por cómo es mi novio. Lo conozco bastante, pero tu expresión ha cambiado cuando he nombrado a Stan. ¿Lo conoces? ¿Quién es? Dime qué quiere de Keanu, por favor. —Tiró de la mano de Emma rogándole por una explicación, sin embargo, no cedió.

—April, eso te lo tiene que contar él. Yo no soy quién —musitó Emma antes de que los vítores del público les indicaran que comenzaba el concierto. April se rindió y se dijo que ya lo intentaría más tarde con él. Se sentó en la barra, ya que no tenía ganas de estar cerca del escenario ese día.

Los chicos lo dieron todo, se entregaron como en cada concierto, y Dean enardeció a la masa de chicas enloquecidas al echarse agua por la cabeza, le encantaba llamar la atención. Keanu llevaba las gafas de sol ese día, seguramente para ocultar su ojo amoratado. Un día le explicó a April que, al principio, las llevaba porque los focos eran muy potentes y le hacían daño, pero también lo hacía cuando quería esconderse del mundo. Esa confesión provocó en ella un estremecimiento al verlo vulnerable y frágil, y en ese momento estaba segura que se sentía así. Se acercó al escenario junto a Emma sonriendo con tristeza al guitarrista, que clavó la vista en ella a través de los oscuros cristales.

El concierto llegaba a su fin, pero los chicos sorprendieron a las fans del pueblo allí reunidas con una nueva canción que habían compuesto.

—¡Buenas noches! Hoy os tenemos una nueva sorpresa. Tenemos una nueva canción compuesta por el gran Keanu Williams. —Las chicas aplaudieron como locas cuando él saludó con una reverencia. «Maldito ego», pensó April divertida viendo las locuras de los Sweetie Iron. Sebastian calmó a los fans y comenzó a cantar la nueva melodía. Emma abrazó a su amiga, y se movieron al ritmo de los acordes de la guitarra y la batería. April no pudo evitar sonreír al escuchar lo que decía esta nueva canción: «Sin ti, yo ya no soy nada, haces grande mi pequeño mundo, recompones los pedazos de mi corazón. Solía pensar que el amor no estaba hecho para mí, me rompe por dentro verte llorar y sufrir. Ahora sé, en lo más profundo del alma, cuánto te necesito. Sin ti, ya no soy nada».

Un nudo de emociones no le permitía respirar, de no ser porque Emma la sujetaba se habría dejado caer al suelo. Keanu la miraba de soslayo

asegurándose de que estaba bien. Estaba deseando bajar del escenario y estrecharla entre sus brazos, borrar de su mente la rabia que emanaba April cuando lo vio en la acera. Los aplausos lo sacaron de sus pensamientos, buscó con la mirada a April, pero ya no estaba.

## 30

April dio un par de vueltas más en la cama antes de coger el móvil para mirar la hora. Cerró los ojos de nuevo y se acurrucó en un lado de la cama esperando volver a dormirse. Media hora más tarde, estaba sentada en la cocina mirando la taza de café humeante.

—Buenos días, cariño. —Anita entró en la cocina con el cesto de la colada hasta arriba—. ¿Necesitas echar algo a lavar? —April negó con la cabeza sin mirarla a la cara. Su tía ladeó la cabeza sospechando que algo ocupaba su mente. Dejó el cesto en el suelo y se sentó enfrente de ella—. ¿Está todo bien?

Posó una de sus manos en la mano que tenía April junto a la taza sacándola de su estado catatónico. Simuló una sonrisa y sopló el contenido de la taza antes de darle un trago. Anita no se quedaba conforme, pero no era el momento de preguntarle nada más. Se levantó y la dejó sola en la cocina. Al momento, Ryan entró en calzoncillos, como hacía habitualmente. April puso los ojos en blanco y lo regañó por pasearse de esa guisa por la casa. Él le guiñó un ojo y se sirvió otra taza de café apoyado en la encimera de la cocina.

—Anoche te fuiste antes del bar. Keanu no estaba muy comunicativo por cierto. Gruñía a todo el que le hablaba después del concierto. —Bebía el café con un brillo malicioso en los ojos. Aquella sería la forma de sonsacarle información a April, pero su prima estaba concentrada en su taza de café, que cogía con ambas manos—. ¿Te ha hecho algo por lo que deba morir?

Exasperada, dejó la taza de café en el fregadero tras verter su contenido por el desagüe. Dio un empujón a Ryan después de fregar la taza, se marchó escaleras arriba a su habitación, se puso unos vaqueros, las botas y un jersey que le cobijara de las frías temperaturas de la mañana y se fue al único lugar donde sus pensamientos podrían calmarse.

Una hora más tarde, seguía tratando de poner en orden sus ideas, pero ni observar el vaivén de las olas ni el rumor del mar en calma le hicieron efecto. Se abrazó a sí misma, pensando en qué podía ser tan terrible para que Keanu no decidiera compartirlo con ella, al igual que su amiga Emma que lo sabía y también se había negado a contárselo. April se sintió decepcionada y

traicionada. Lo mejor hubiera sido cerrar su corazón en banda a todos y así se evitaría sufrir, pero la vida no estaba hecha de esa manera. Jugeteaba con la pulsera con el nombre de su mejor amiga lamentándose de haber perdido contacto con ella. Eran inseparables y, en pocos meses, habían creado tantos grados de separación que veía difícil volver a ser las almas gemelas que eran.

Un paquete de regalices de cereza apareció ante sus ojos, y dio un respingo llevándose la mano al pecho. El olor característico de Keanu lo delató, se sentó junto a ella en la arena y le ofreció su golosina preferida. April lo cogió, a pesar de seguir bastante cabreada con él, pues le era imposible resistirse a esos dulces. Sacó uno de la bolsa y le dio un mordisco mientras pensaba por qué demonios estaba él allí si no iba a decirle toda la verdad, cosa que veía muy poco factible.

—¿No te gustó la canción anoche? —April cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás disfrutando del frío viento e inhaló un par de veces antes de mirarlo para coger fuerzas y poder enfrentarse a él.

—¿En serio quieres hablar de la maldita canción? —El corazón de April se desbocó en su pecho al ver los ojos de él mirarla con dolor como nunca antes los había visto. Una parte de ella deseaba fundirse en un abrazo con él y olvidar todo lo que estaba pasando, pero la razón se impuso y decidió presionarlo un poco más—. Me importa una mierda la canción, Keanu. Ya sabes lo que quiero saber. —En el fondo aquella melodía junto a esa letra dirigida exclusivamente a ella la emocionaron, pero en ese momento era más importante hablar de otra cosa.

Él suspiró jugando con la arena a sus pies. En su cabeza se mezclaban miles de ideas y excusas, pero ninguna lo suficientemente válida. Sentía un gran dolor en el pecho por hacerla sufrir, por no poder ser sincero con ella. Aunque lo deseaba, no podía conocer al verdadero Keanu. Estaba seguro de que lo odiaría cuando descubriera toda la verdad.

—¿Por qué no puedes confiar en mí?

—¡Alucinante! ¿¡Cómo eres tan cretino!? ¿Qué yo confíe en ti? ¡Joder, Keanu, confía tú en mí de una vez por todas! ¿Qué demonios está pasando? —El guitarrista la miró con los ojos muy abiertos, ya que su chica no era de las que decía tacos normalmente.

—¡No sé cómo coño decírtelo ya! No te voy a decir nada. Me estoy hartando de esta situación, April, estoy llegando al límite. —Se levantó dejándola sorprendida por su reacción con el corazón hecho añicos—. Lo tomas o lo dejas. —Y, tras pronunciar su sentencia, la dejó en la solitaria y

fría playa con el nudo en la garganta explotando a través de sus ojos en un torrente de lágrimas.

Emma terminó su turno y se despidió de sus compañeros hasta el día siguiente. Recordó el momento en el que April le había rogado por una explicación en el bar y ella se la negó. Se sintió fatal, pero no era algo que le concerniese a ella. No se hubo atrevido a llamarla o enviarle un mensaje, así que decidió que lo mejor era ir a su casa a hablar con ella. Solo esperaba no tener que encontrarse con Ryan tras lo del día anterior...

En el porche de los Mathews, April se balanceaba en la mecedora envuelta en una manta de cuadros, que había hecho su tía cuando era joven. Dejo el libro en el suelo después de treinta minutos en los que intentó concentrarse, pero no hubo forma. Finalmente, se rindió sentándose en el suelo y optó decidida por quedarse allí hasta que fuera la hora de la cena. La puerta de la casa se abrió, Ry apareció con el pelo mojado, miró a su prima y se sentó cerca de ella.

—¿Qué te parece si compartimos esa manta? —April se levantó, y se sentaron ambos en los escalones envueltos en el calor de la manta familiar.

—Enano, te vas a poner malo si no te secas el pelo. —Ryan se removió el pelo soltando gotas de agua que mojaban a April. Esta le obligó a parar, pero el otro se comportaba como un crío mojándola más a propósito. Ryan reía a carcajadas calentando el corazón de April que sonreía por verlo feliz.

—¿Me vas a contar qué coño te ha pasado con Keanu o nos vas a castigar más teniendo que verlo vagar como alma en pena por el taller? —El corazón de April dio un brinco al escuchar su nombre.

—Nada importante, mejor cambiemos de tema. Estás muy contento hoy, ¿tiene algo que ver cierta camarera? —El semblante alegre de Ryan cambió al oír el nombre de Emma. Anoche la cosa se le había ido de las manos, lo que no quitaba que en el fondo estuviera contento gracias a ella.

—En serio, April, me preocupa Keanu. Mira, es un tío complicado pero es bueno. Su vida no ha sido fácil, y ya sabes que yo mismo llevo una mala racha. Él me ha ayudado muchísimo, aunque él lo negará si se lo preguntas. Nunca tuve un hermano, y Keanu se acerca bastante a la idea de lo que debe ser. —Tragó saliva, nervioso, frotándose las manos—. Ya sabes que mi padre nos abandonó. Dios, April, no sabes lo que es oír a tu madre llorar noche y día por un cabrón que no la valoraba. Su llanto se me metía en el cerebro

cada noche y no podía dormir. Cuando iba a consolarla a su cuarto, fingía estar dormida o me decía que estaba enferma o con alergia, pero yo sabía que me estaba mintiendo. Lo que no esperaba es que me ocultara algo tan importante... —Ryan se agarró a la rodilla de su prima antes de descubrirle la cruda realidad de su familia. Había llegado el momento de ser completamente sincero con ella, que se había desvivido porque él mejorase y volviese a ser quien, antaño, fue—. Estaba tan preocupado por mi madre, aparte de enfadado por lo que mi padre había hecho, que un fin de semana me fugué para buscarlo. No fue difícil, siguiendo la pista de su tarjeta de crédito, di con él enseguida. Llevaba un discurso preparado y no descartaba insultarlo. —Hizo otra pausa para respirar—. Aunque nada me preparó para lo que me encontré.

April no apartaba la vista de él muy intrigada por lo que tenía que revelar. Sabía que para Ryan no era fácil abrirle su corazón de esa manera, ni quitarse la coraza de una vez por todas. Le apretó la mano que sujetaba su rodilla, y los ojos de Ry volaron a los de ella.

—Mi padre tiene otra familia desde hace trece años. Estuvo compaginando ambas vidas durante todos esos años, de hecho tengo un hermanastro. Los vi, April, eran la imagen de familia perfecta y feliz. Los encontré en un parque, al parecer, cerca de su casa. Mi padre jugaba con el pequeño, de unos doce años, a hacerse pases de *rugby*, mientras que una mujer de su edad los observaba desde un banco. —Las lágrimas le escocían bajo los párpados, pero tenía que continuar, sacarlo por fin todo fuera. Tragó saliva de nuevo—. Yo no podía dar crédito a lo que veía. Al final, él me vio y se quedó pálido. Cogió al niño y a la mujer y se marchó dejándome allí. Dios, cada vez que escuchaba al chaval llamarlo *papá* y veía la sonrisa de mi padre en su cara, mi mundo se resquebrajaba un poco más. Me quedé en ese parque horas hasta que por la noche vino a buscarme. Me pidió que no armara un escándalo. Resulta que su mujer descubrió que nos tenía a mamá y a mí, y le puso un ultimátum. No nos eligió, April, nos dejó como quien tira una colilla. Me explicó que se casó con mi madre obligado cuando ella se quedó embarazada de mí, que realmente nunca nos quiso, ni a ella ni a mí. Me exigió que me marchase y jamás regresara a buscarlo, porque para él no significaba absolutamente nada.

April abrió los brazos y se lanzó a abrazar a su primo, que temblaba y no precisamente por el frío. Pasaba la mano izquierda por su húmedo cabello apretándolo fuertemente contra su pecho. Era tan horrible lo que el tío

Kenneth le había hecho que no podía siquiera imaginar una cuarta parte del dolor que debió sufrir aquel día su primo. Ryan sollozaba en los brazos de April recordando aquel amargo día, que fue el comienzo del fin. Ryan necesitaba expulsar toda la rabia y el dolor.

—Al regresar, estaba desolado, y mi madre se dio cuenta. Finalmente, acabé contándole todo, y, para mi sorpresa, ella lo sabía. Lo descubrió hace unos años, pero prefirió seguir manteniendo el secreto. Aquello fue aún más devastador, April. Soportó que él no la quisiera, que no me quisiera a mí, que nos menospreciara y nos humillara de esa forma, y me lo ocultó. ¿¡Por qué joder!?. Desde entonces, mi vida dio un vuelvo y todo se fue a la mierda. A veces quiero volver a ser quien era, la persona feliz y tranquila que todos os empeñáis en recordar. Pero recuerdo todo el dolor y el sufrimiento, y la ira me consume.

—¿Y Emma?

—Un daño colateral. Ella llegó justo cuando la tormenta estaba en todo lo alto. Al principio, solo quería ayudarla porque me transmitía ternura y me hacía olvidar toda la furia que me consumía a diario. Entonces me enamoré, April, como un loco, como un gilipollas, y eso al final también se fue a la mierda. Lo único bueno que tenía en mi vida, y lo jodí. Nada dura para siempre. —Apoyó la cabeza en la de April y, aferrado a su mano, calmó su respiración que se había vuelto agitada. Unos minutos más tarde, le dio un beso en la cabeza tras musitar un «gracias» antes de marcharse dentro al ver llegar a Emma en su bicicleta.

—Hola —dijo ella tímidamente tras dejar la bici en el suelo. Arrastrando los pies y aún con el uniforme bajo el abrigo, se acercó a April y se sentó a su lado—. Sé que estás enfadada por no contarte lo de Keanu, pero no me corresponde a mí decirte nada. Yo siempre he ido a mi rollo y no me he metido en la vida de los demás. Desde mi punto de vista, necesita tiempo para reflexionar sobre ello y expresarlo. No lo fuerces o podría ser peor. En el tiempo que llevo aquí, he conocido a Keanu bastante, pues no se despega de Ryan en ningún momento. Son almas muy dañadas, muy machacadas, solamente necesitan tiempo y confianza. Al igual que Keanu vendrá a ti y te dirá aquello que necesitas saber, Ryan volverá. Estoy segura de ello. —April se tragaba el nudo de emociones tras la confesión de su primo que apenas la dejaba respirar. Imaginó el sufrimiento de Emma después de romper con él, al que seguía queriendo sin lugar a dudas. Se arrepintió de haberle hablado de forma tan cruel por no querer contarle lo de Keanu. Deseaba poder creerla y,

aunque le iba a resultar duro, se prometió a sí misma que lo cumpliría.

Tras la cortina de la ventana, Ryan escuchó, entre lágrimas, el monólogo de Emma y se odió una vez más por haber ayudado a destrozar aún más a alguien como ella, que solo se merecía lo mejor de ese mundo.



# 31

Apenas unos meses atrás se encontraba April en aquel mismo lugar pero del otro lado, y al salir por la puerta de llegadas, su tía la estaba esperando. Hoy era ella quien esperaba a sus padres, que llegaban desde España. El día anterior habían hablado por teléfono, y había podido sentir la emoción en la voz de su padre. No veía a su hermana desde tanto tiempo atrás que era lógico ese nerviosismo y esas ganas de estrecharla, en especial después de todo por lo que pasó sola. April no conocía todos los detalles hasta hacía unos días cuando su primo le confesó aquello que le torturaba y que hizo clic en su mente sumiéndolo en un profundo odio.

Anita se sentía igual de emocionada, pues no dejaba de cambiar el peso de un pie a otro y emitía largos suspiros de ansiedad. Ryan no había querido ir al aeropuerto con ellas y prefirió ir al ensayo de los Sweetie Iron. Un nudo impidió a April disfrutar del desayuno cuando le dijo que se iba con ellos. Keanu no había vuelto a buscarla desde el día en la playa.

Tras la charla con Emma, recapacitó y se dijo que intentaría vivir sin conocer esa gran incógnita que los había separado varios días. April no se vio con fuerzas para ir a hablar con él, aparte que los preparativos para recibir a sus padres no la dejaban casi tiempo. Keanu, por su parte, era demasiado orgulloso y ya había dado el primer paso para aclarar la situación, pero su chica era tan cabezota que no había ido a buscarlo. Se distrajo con los ensayos, el trabajo en el taller y los negocios en los que Stan le obligaba a meterse.

Un brinco fue suficiente para que Anita supiera que su hermano y su cuñada habían llegado. April los vio llegar desde lejos y comenzó a dar saltos soltando el cartel que habían elaborado con el clásico «Bienvenidos a casa». Se lanzó a recorrer la larga distancia que los separaba. Cuando Eva vio a su hija, las emociones que llevaba reteniendo en su interior explotaron y corrió tanto como pudo soltando la mano de su marido. April llegó llorando a su encuentro también, nunca habían estado separadas tanto tiempo. Sam caminaba despacio con el resto de pasajeros disfrutando del reencuentro de madre e hija. Él también sentía deseos de llorar como un bebé, pero su

carácter norteamericano le hizo tragarse el nudo de emociones. April se abrazó a su padre en cuanto lo vio a su lado, y los ojos de Sam brillaron reflejando cuánto echaba de menos a su pequeña. Abrazada a ambos progenitores podría decirse que la vida era perfecta, sino hubiera sido porque estaba peleada con Keanu y Maeve.

—Cariño, cómo has crecido —le decía su madre acariciándole la cara y el pelo sin soltarla. April le sonreía feliz aún con lágrimas en los ojos.

—Vamos, Eve, no seas exagerada. Princesa, estás más preciosa que nunca, con un brillo especial. ¿No será que algún americano te ha enamorado? —bromeó su padre, pero esta vez escondió la sonrisa tras una leve mueca y aprovechó para darle un sonoro beso en la mejilla.

—¿Y para mí no hay? —April abrió la boca sorprendida al escuchar la voz de su mejor amiga a su espalda. Se giró y vio a Maeve, sonriéndole con los brazos abiertos. En ese instante, sintió un gran alivio y una enorme sensación de felicidad la invadió por entera. Soltó a sus padres y de un salto llegó a los brazos de su amiga, que trastabilló y casi cayeron al suelo de no ser por una pareja que las sujetó. Reía y lloraba al mismo tiempo abrazada a su mejor amiga.

—¡Joder, April, que me asfixio! Yo también me alegro de verte, pero me gustaría seguir viva. —April se separó unos centímetros para volver a abrazarla con fuerza. Maeve comprendió que también la echaba mucho de menos, a pesar de su última conversación telefónica, y soportó que la dejara sin aire en los pulmones unos segundos más.

Cuando por fin se separaron, vieron como Anita estaba emocionada junto a su hermano, que la rodeaba con un brazo mientras charlaban con Eva. Se unieron a la estampa familiar y volvieron a la casa de la tía de April en su coche.

—Espero que te haya gustado mi regalo de cumpleaños, porque no he traído nada —musitó Maeve, entretanto, guardaba la ropa en un cajón que le había dejado April en su cuarto.

—No sabes cuánto me alegro de tenerte aquí, no te haces una idea de cuánto te he necesitado... —Notó cómo se le quebraba la voz, carraspeó y miró a su amiga que se había quedado paralizada. Conocía demasiado bien a April y sospechaba que algo le estaba sucediendo, pero aún no era el momento de hablarlo. Se sentó en la cama enfrente de ella y tocó la pulsera que le regaló antes de irse.

—No te la has quitado —murmuró acercando su muñeca a la de ella.

Podían leerse los nombres de las dos en la pulsera de cada una. Volvían a estar juntas, nada les parecía imposible en ese momento.

—Claro que no, es mi mayor tesoro.... Soy como Gollum —bromeó April imitando al personaje de *El Señor de los Anillos*. Maeve se rio ante la estupidez de su amiga dándole un golpe en el brazo.

—Dejémonos de ñoñerías y mejor cuéntame qué tal ese novio tuyo que te mantiene tan ocupada y con ese cuerpazo que te gastas. —Le guiñó un ojo haciéndole cosquillas en el abdomen, donde era muy sensible y se doblaba como un árbol mecido por el viento.

—¿Ya no estás enfadada? —Maeve contuvo una risotada y negó con la cabeza.

—«Y el Oscar a la mejor actriz es para... la gran Maeve Genevieve». — April la miraba sin comprender nada mientras su amiga se tiraba en la cama sujetándose la tripa de tantas risas que salían de su garganta. Se incorporó y posó su mano sobre la de April—. Ese día ya sabía que no ibas a ir a España. Había hablado con tu madre la semana anterior y me dijo que ellos venían a verte, así que me animé a acompañarles. Tenía que castigarte un poco por tenerme abandonada y poco informada. —April cogió uno de los cojines que decoraban la cama a su espalda y comenzó a pegarle recriminándole que le hubiera hecho pasar por aquellos angustiosos momentos, pero la otra, enseguida, se defendió cogiendo otro. Acabaron con una pelea absurda de almohadas entre risas y gritos.

Pasaron el resto del día hablando de cómo le iba la universidad, la adaptación a su nueva vida y su relación con Ryan. Su padre estaba especialmente preocupado por su sobrino, al que aún no había visto, ya que no había aparecido por casa. Comieron con sus padres y charlaron un buen rato hasta que por la tarde April se fue al café a ver a Emma con Maeve. Para su sorpresa, vio allí a Ry que estaba en la mesa donde siempre se sentaba con los chicos y, cómo no, Keanu estaba con ellos. El vértigo se acomodó de nuevo en el estómago de April, burlándose de ella al verlo sentado junto a Dean, aunque parecía que estaba a millas de allí. Maeve tiró de ella para sentarse en una mesa cerca de la barra sin ser consciente que el novio de su mejor amiga estaba a escasos metros de ellas.

—¿Y cuándo voy a conocer a ese dios del sexo? —April le dio un manotazo tirando la carta que Maeve sujetaba entre sus manos.

—Baja la voz, loca, además yo nunca te he dicho que Keanu fuera un dios del sexo, aunque para qué engañarnos, tiene sus momentos. —Una risotada se le escapó cuando ciertas escenas muy sensuales acudieron a su mente. Miraba la carta sin prestarle demasiada atención mientras con el rabillo del ojo buscaba la mesa de los chicos. No se habían percatado de su presencia y seguían enfrascados seguramente en alguna conversación de coches o canciones.

Emma llegó hasta su mesa con la libreta y el bolígrafo en la mano y conoció a la mejor amiga de April. Esta sentía unos deseos terribles de ir al aseo, pero debía pasar cerca de la mesa de los chicos y no quería hablar con Keanu, no allí a la vista de todos y con miles de ojos pendientes de ellos. Más tarde se acercaría al taller de Lou.

Por desgracia, su vejiga opinaba de diferente manera, por lo que tuvo que ir. En el intento, pasó tan velozmente que tiró al suelo la chaqueta de una chica que se la estaba poniendo para salir. «Genial, con discreción», pensó antes de encerrarse en el lavabo. Algunos minutos más tarde, salió de allí frotándose las manos distraída.

—Oops, perdón —musitó al chocarse contra alguien; pero al notar como unos fuertes dedos la retenían por la cintura, supo que era Keanu con el que hubo topado. April se estremeció ante su contacto y cerró los ojos notando como sus dedos asían su cintura pegándola más a él. Se dejó llevar de nuevo al interior del lavabo alzada en sus brazos y abrió los ojos solamente cuando se vio con Keanu frente a ella en el pequeño cubículo.

—¿Qué estás haciendo? —Keanu elevó la comisura de los labios mostrando la sonrisa encantadora, que derribaba todas las murallas que ella pudiera erigir, se inclinó hacia ella y le rozó los labios suavemente. Tenía el corazón en la garganta a punto de escaparse disparado y las pulsaciones estaban tan aceleradas que sentía que podía sufrir un colapso en ese mismo instante. Un dedo acarició el labio inferior de April antes de que lo atrapara con sus dientes dándole un leve mordisco que la encendió todavía más.

—Saludarte —confesó él con voz ronca. April se quedó sin respiración, embelesada en los oscuros ojos que la miraban con ansias de devorarla. Ella quería resistirse, opuso resistencia con las manos en su pecho, pero sabía que era débil con él, no podía hacer nada cuando lo tenía a escasos milímetros de ella. Keanu comenzó a pasear su boca por detrás de la oreja de la chica bajando por el cuello mientras aspiraba su delicioso olor a vainilla dulce.

—Keanu, detente —trató de parecer convencida, pero su voz cargada de

deseo fue poco creíble. Él sonrió y siguió besando su cuello mientras sus manos se aferraban a las caderas de ella. April se rindió y cambió de posición las manos para acercarlo más a ella y rodearle la espalda. Necesitaba volver a sentir su boca sobre la suya. Keanu captó el mensaje y deslizó sus labios sobre los de ella, de manera candente y lujuriosa. Se fundieron en un beso errático, saboreándose como si fuera la primera vez que se besaban.

—Joder —gimió él al sentir la respuesta de ella. Lo volvía tan loco y la necesitaba tanto que sentía que su piel ya no era suya, sino que April se había apoderado de ella y lo manejaba a su antojo. La cordura apareció en su mente un instante, y se separó de su boca, satisfecho de haber conseguido su objetivo al verla entrar en el aseo—. Ahora ya sabes cuánto me has echado de menos.

Abrió la puerta del cubículo y se marchó. April estaba furiosa, la había manejado como a una marioneta y había hecho con ella lo que había querido. «¿Cómo se había atrevido? ¡Era un capullo integral! ¡Como si ella fuera una cualquiera!». Respiró agitada y bastante exasperada por su actitud, pero una vocecita le hizo ver la realidad. «¿A quién quería engañar?», se regañó a sí misma. Se moría de ganas por volver a sentir sus labios sobre los suyos, de estrecharlo entre sus brazos y sentir su aliento en el cuello. Sin embargo, no le gustaba ese poder magnético que tenía sobre ella. Avergonzada, se arregló el pelo y la ropa y salió al exterior rezando para no volver a verlo en ese momento o no sabía de lo que sería capaz.

El local donde tocaban los Sweet Iron no era el típico bar de pueblo donde los vecinos se reunían tras una larga jornada de trabajo. Era más el garito de moda en el pueblo, donde los moteros adictos al *rock* y las *groupies* de los chicos se dejaban caer dos o tres veces por semana. Maeve había insistido en asistir a uno de sus conciertos, se moría de curiosidad por conocer a Keanu, ya que cuando April salió del baño los chicos se habían esfumado. Emma también hizo fuerza para que fueran esa noche al concierto, así que ni corta ni perezosa April se puso su vestido con escote palabra de honor largo que le rozaba los tobillos y unos zapatos de tacón prestados de Emma. Se recogió el pelo en un moño que le hizo la experta peluquera Maeve y se maquilló más que nunca. Su estilo era siempre casual y desenfadado, no llevaba más que deportivas y ropa cómoda, pero esa noche iba a hacer sufrir al guitarrista. «Y vaya si iba a sufrir», pensó aplicándose un color rojo pasión en los labios.

Cuando Emma la vio casi se cayó de culo, esa no era su amiga, después recordó el momento caliente que vivió con Keanu en el baño contado por su amiga y, al atar cabos, ocultó una risita. Se puso el abrigo encima, pues de noche la temperatura bajaba unos cuantos grados y, tras despedirse de su tía y de sus padres, pusieron rumbo al bar.

Maeve abrió mucho los ojos al entrar en el local que se estaba llenando por momentos. Alucinó con los hombres allí presentes, a cual más *tío bueno* con miles de tatuajes que la volvían loca.

—Joder, vivís en el puto paraíso —les dijo a las dos chicas, y no pudieron reprimir una carcajada tras su comentario.

—Pues espérate a ver a los chicos del grupo, son algo así como los puñeteros dioses del Olimpo. Guapos, sexis y con la piel marcada por esos tatuajes tan... —Emma emitió un gemido al pensar en los brazos de Ryan con la piel decorada en tinta negra, y eso que no era realmente parte del grupo. April se movía nerviosa por el bar y pasaba la mirada de unos a otros mientras buscaba inconscientemente a Keanu. Ninguno de los chicos estaba por allí, seguramente estarían en la parte de atrás preparándose para el concierto. Recordó cada noche que pasó con ellos disfrutando de sus

peculiares rituales antes de salir, de los nervios que les consumían y de los insultos que se profesaban para animarse.

—¿Y cómo es que no han grabado un disco si tanto les gusta esto? —preguntó Maeve mirando el culo de un chico que pasó por su lado descaradamente.

—Es su *hobby*, ninguno de ellos tiene otro objetivo más que el de pasarlo bien, y si pueden tirarse a alguna en el camino, pues mejor —murmuró Emma distraída y apuró su cerveza. April y Maeve la observaron sorprendidas creando un silencio entre ellas—. ¿Qué? ¿Os olvidáis que he salido con Ryan? Sé de qué van esos tíos. —Se giró a la barra a por otra cerveza mientras Maeve le dio un manotazo en el brazo a April con cara de «¿¡por qué coño no me has contado que esta se ha tirado a tu primo?!». Su amiga se encogió de hombros con cara de circunstancias y pidió otro refresco, aunque aquel día necesitaba algo más fuerte.

Las luces del escenario se encendieron y el grupo apareció en escena ante la atenta mirada de los jóvenes del pueblo que acudieron a verlos. Maeve alucinó al descubrir, por sí misma, que lo que Emma le había dicho era verídico; aquellos hombres estaban sacados de la revista *Rolling Stone*. Pasó la vista por el cantante que agarraba con una mano llena de anillos el micrófono y se mecía al ritmo de la estridente música. El bajista parecía un chico más mayor que el resto, calmado, que tocaba el instrumento con tranquilidad, aunque su semblante era serio. Por otro lado, estaba el batería que tenía la clásica imagen del típico chulo que volvía locas a las chicas con una simple mirada; y el guitarrista con unas gafas de sol. Maeve frunció el ceño, pues con la oscuridad del bar no le hacía falta llevarlas puestas. Sería su seña de identidad, aunque deslizando su mirada por todo su cuerpo se dijo que podía permitirse cosas así, pues el chico estaba tremendo.

A April se le disparó el corazón al ver a Keanu con las gafas de sol. Entonces decidió que había llegado el momento; «quien ríe el último, ríe mejor», pensó y se deshizo del abrigo. Tiró de las manos de sus amigas, y se quedaron a escasos centímetros del escenario, donde pudiera verla bien. De tanto verlos tocar ya se sabía sus canciones, así que comenzó a cantar las letras junto a Emma, enloquecida como las fans más enfervorecidas y sin dejar de mirar a todos los miembros del grupo, a excepción de Keanu. Este casi se atragantó al ver a April, pues ese vestido que llevaba hacía que se le cortase la respiración.

Le costó horrores concentrarse en los acordes y seguir al grupo. Dean lo

asesinaba con la mirada, mientras que Sebastian le hizo un par de gestos muy representativos de lo que le esperaba si no se centraba. Hizo acopio de todas sus fuerzas evitando mirarla, pero estaba tan condenadamente sexi que deseaba echársela al hombro y llevársela a saborearla durante toda la noche. De los pensamientos lujuriosos pasó a los asesinos cuando se dio cuenta cómo la miraban un par de tíos a su izquierda. Ella por supuesto no se enteraba de nada, pues lo único que le importaba era hacer sufrir al guitarrista que perdía el control por momentos.

En el descanso que solían hacer en cada concierto, April aprovechó para ir a la barra de nuevo, esta vez tomaría algo más fuerte. Al ser ya conocida en el pueblo, no podía tratar de engañar al camarero, por lo que le pidió a Emma que le pidiese una cerveza. Esta se negó al principio, pero al final aceptó, pues la chica necesitaba desinhibirse un poco y disfrutar después de lo mal que lo había pasado por Keanu.

Maeve fue al lavabo con Emma, momento que aprovecharon los tíos que estaban a su izquierda en primera fila para flirtear con ella sin piedad. La cerveza empezó a subírsele a la cabeza, ya que jamás bebía nada de alcohol, y beberse la de Emma no la ayudó. Ella tenía en el punto de mira al guitarrista que no le quitaba la vista de encima desde el escenario, donde daba tragos a una botella de agua.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? Casi la cagas en la segunda canción; de no ser por Phil, no sé qué habríamos hecho. ¡Tío, céntrate en la puta música! —Sebastian echaba fuego por los ojos y sapos por la boca. Era un perfeccionista y no toleraba fallos después de ensayar tanto.

—Me cago en la puta —soltó Keanu por su boca al ver cómo los dos tíos le susurraban cosas al oído a April y la manoseaban por debajo de las caderas. Ella estaba achispada, no era muy consciente de ello más que de darle celos a Keanu y, al parecer, lo estaba consiguiendo. Lo vio ir hacia ellos hecho una furia, y poco le importó meterse en problemas cuando le dio un empujón a uno y al otro le agarró del hombro antes de estamparle un puñetazo en la cara.

—¿¡Pero tú qué coño haces, gilipollas!/? —El chico al que había pegado se limpiaba la sangre de la boca, furioso, mientras su amigo se enderezaba tras el empujón.

—Proteger lo que es mío, imbécil. Esta es mi chica, así que vete por dónde has venido y dejad de tocarla un solo pelo si no queréis que os muela a palos. —Ambos chicos miraron a April que, con el vaso de cerveza medio



vacío, no daba crédito a la escena que estaba viendo.

—¿Este es tu novio? —preguntó uno de ellos mirándola incrédulo y, sin saber bien qué se cruzó por su mente, negó con la cabeza antes de hablar.

—No lo he visto nunca antes.

—¿Qué coño estás diciendo, April? —Maeve y Emma llegaron del aseo encontrándose con semejante escena sin comprender qué demonios ocurría—. Deja de hacer el gilipollas y de ponerte en evidencia. —Rozó su muñeca con la mano, pero ella se apartó fulminándolo con la mirada. Se la mantuvieron unos segundos antes de que él volviera a insistir en cogerla del brazo. Nuevamente se echó hacia atrás y tirando de sus amigas volvieron a primera fila, pues habían anunciado que el grupo volvía a tocar. Dean tuvo que bajar a por él que se había quedado en *shock*, mientras tanto, se cuestionaba «¿qué coño le pasaba a April y por qué no le dejaba tocarla?». Emma y Maeve le preguntaron a su amiga qué había sucedido, pero ella solo curvaba los labios en señal de victoria. Había conseguido su propósito, ahora solo tenía que mantenerlo un poco más para terminar de llevarlo al límite.

—Vamos, tío, que hay que seguir. ¿Qué coño te pasa esta noche? —se quejó Dean tirando de él hacia el escenario—. Me importa una mierda lo que sea, ahora sé profesional y súbete ahí a dar lo mejor de ti, si no quieres que Sebastian te arranque las pelotas y yo te las machaque. —A regañadientes, pasó la correa de la guitarra por su hombro colocándosela correctamente y gruñó palabras sin sentido.

April estaba de nuevo en primera línea junto a las chicas, tonteando con un tercero al que tendría que partirle la cara en cuanto acabara el concierto. No solo se limitaba a permitir que le susurrara al oído y que la cogiera por la cintura, sino que además bailaba pegado a él al son de la música. La sangre le hervía en las venas, sentía que era una olla a presión a punto de explotar. Cuando tocó el último acorde de la última canción, se deshizo de la guitarra dejándola tirada en el suelo y, de un salto, se bajó del escenario lanzando también las gafas de sol. A las fans apenas les dio tiempo a reaccionar cuando vieron como Keanu se lanzaba en plancha sobre aquel chico, que había tenido la mala suerte de ligar con la chica inadecuada.

April no tuvo tiempo de reaccionar al igual que el resto de gente cercanos a ellas. Keanu comenzó a pelearse con el chaval, que no sabía por qué demonios le atizaba con esa rabia. Los miembros de Sweet Iron bajaron a trompicones del escenario para separarlos, pero recibieron más golpes incluso. Phil se alejaba con el chico mientras Dean y Sebastian calmaban a

Keanu. April se sintió en ese momento fatal y no como ella esperaba. Se lo llevaron al cuarto de la parte de atrás que hacía de camerino a rastras con Ryan recién llegado siguiéndole los talones.

—Eh... entiendo que ese es tu novio —musitó Maeve antes de ver a su amiga perderse por el pasillo que llevaba al cuarto. Esa noche en casa había elaborado un plan de destrucción masiva en el que le dejaría bien claro a Keanu que con ella no se jugaba, pero se sentía culpable al ver lo que había provocado. Se acercó a la puerta entreabierta y oyó a los amigos insultarlo de mil maneras mientras escuchaba los lamentos de Keanu. Se asomó y vio que Sebastian le aplicaba desinfectante en una ceja sin dejar de recriminarle su comportamiento. Dean se paseaba de arriba abajo con las manos en las caderas, bastante cabreado. Al percatarse de la presencia de April, los dejaron a solas. Ella entró despacio y se acercó a Keanu mirando la tirita que cubría la herida que se había hecho por pegarse con aquel tío.

—¿De qué coño iba todo eso, April? —Sentado con los brazos cruzados en el pecho que subía y bajaba a un ritmo trepidante, la miraba cabreado.

—Yo... no lo sé —murmuró ella con la vista clavada en el suelo. En casa de su tía tenía un discurso perfectamente preparado, pero todo se difuminó tras los últimos acontecimientos y la rabia reflejada en los ojos de él.

—Pues, para no saberlo, bien que te lo has pasado. —Aquella frase hirió profundamente a April, que alzó la vista para encontrarse con los ojos chispeantes de Keanu que la miraba enojado.

—Eres un gilipollas. Estoy harta de tus secretos y tus juegucitos. ¿Quién demonios te crees que soy? ¿Acaso supones que soy como alguna de esas tías que te tirabas y luego si te he visto no me acuerdo? Sí, Keanu, no me mires así, chicas como Angie, a las que les decías dos *palabritas* y caían rendidas a tus pies. —Él no supo a qué venía eso ahora, aunque sospechaba que estaba a punto de descubrir la ira incontrolable de su chica. Pues entérate, James Dean, a mí no puedes tratarme así, porque te mando a la mierda en menos de lo que tardas en decir «Missisipi». —Estaba tan furiosa que perdió los estribos y se inclinó sobre él nublándosele la razón por un instante cuando lo tuvo cerca—. Angie tenía razón y eres un jodido cabrón, pero a mí no me vas a hacer daño, porque antes de eso me largo y no me vuelves a verme en tu puta vida.

April no lograba identificar de dónde venía tanta rabia contenida, se dio la vuelta, enfurecida. Antes de poder salir por la puerta, Keanu la atrapó entre

sus brazos.

—Eso no lo digas ni en broma —le susurró en un tono casi gutural, y el estremecimiento que le hacía sentir cada vez que rozaba su piel la dejó sin aliento. Poder tocarla le aliviaba las heridas, era la única que podía sanarlas —. Lo siento, ojazos, no puedo ver a ningún tío flirteando contigo, porque siento deseos de matarlo con mis propias manos. Dios, te quiero tanto, April, tengo tanto miedo a perderte... —Emitió un suspiro ahogado con un gemido. Aquello le dolía, ella le había hecho daño con esa actitud sin darse cuenta y se sintió muy culpable.

Quería dejarle claro que con ella no se jugaba, y, sin lugar a dudas, la lección estaba aprendida. Se giró en sus brazos quedando cara a cara y vio el dolor en sus ojos. Keanu estaba arrepentido de haberle hablado de esa manera tan despreciable, pero ella no era mejor, respondiéndole con amenazas. Entreabrió los labios para hablar mientras los latidos de su corazón le zumbaban en los oídos.

—Lo siento. —Aquellas dos palabras eran el bálsamo que necesitaba Keanu en aquel momento, cerró los ojos y apoyó su frente sobre la de ella. Los días anteriores que habían estado alejados uno del otro fueron suficientes para darse cuenta de cuánto se habían echado de menos y lo que se necesitaban. Eran dos personas que se habían metido bajo la piel de la otra y ya no había marcha atrás. April recorrió su labio inferior con la lengua, tal y como él solía hacerle, y antes de poder besarla, él ya estaba oprimiendo su boca sobre la de ella. Sus labios no cesaban de moverse sobre los de él en un ritmo acompasado, acompañado de sus agitadas respiraciones.

April alzó los brazos para aferrarse a su cuello mientras él no dejaba de besarla, primero con fuerza y determinación, después con ternura y calidez.

—Te quiero —musitó April sobre su boca cuando se separó un segundo para tomar aire. Keanu, con la emoción atenazándole la garganta, sintió cómo una lágrima rodaba por su mejilla y la besó con mayor intensidad envuelto en una bruma de felicidad y deseo. No sabía cómo iba a contarle toda la verdad ni cómo ella iba a entender ese tipo de vida, pero lo que sí sabía era que perseguiría su sueño de hacerla feliz, aunque le costase jugarse la vida en ello.

April abrió los ojos muy despacio. Aquel día de invierno era de los más raros que habían tenido. Lucía el sol y la temperatura no era del todo desagradable. Sentada en el balancín del porche con la manta de cuadros de su tía envolviéndola por completo, se mecía a un ritmo suave y controlado por sus pies sobre el suelo. No quería olvidar la última imagen con la que llevaba soñando desde la noche anterior: entre los brazos de Keanu disfrutando de su abrazo mientras a él le rodaba una lágrima por la mejilla. April nunca sintió tanta ternura por nadie como en ese momento.

Sonrió curvando sus labios mientras seguía balanceándose. Aquel lugar se había convertido en uno de sus favoritos. Con simplemente cerrar los ojos su mente la transportaba a un lugar mágico, en el que la sonrisa de Keanu le calentaba el corazón y la dejaba sin aliento. Podían tocarse, besarse, fundirse en un eterno abrazo y olvidarse del resto del mundo. Ya había experimentado esa sensación un par de veces más, alguna estando con su amiga Emma en la que se quedaba con la mirada perdida, embobada, y la camarera le daba codazos sacándola de ese momento tan especial que era solo suyo.

Sam salió al porche con una taza de café en la mano. Admiró el paisaje que les rodeaba, el jardín de flores que Anita cuidaba a diario, el vehículo que tenía por automóvil y al que ya había sentenciado a muerte nada más verlo, las casas vecinas con el mismo aspecto de pueblo sureño, y a su hija. Se quedó prendado de esa imagen, su princesa había crecido en esos meses, no físicamente, pero sí sentía que había madurado. En parte lo comprendió, pues fue él mismo quien la mandó allí con la intención de ayudar a Ryan, y no tanto de estudiar allí la carrera de Economía.

—Hola. —April le sonrió tras saludarlo, y él reaccionó acercándose a ella, se sentó en la silla que había a su lado y echó otro trago al café—. Me encanta levantarme temprano para estar aquí un rato viendo cómo comienza el día. Los colores son diferentes a los del atardecer, puedes observar a los vecinos comenzar su rutina, y, los fines de semana, tía Anita se dedica en cuerpo y alma a sus flores.

Su padre seguía pensando que no se habían equivocado al enviarla allí,

pues parecía que era feliz viviendo en ese lugar, tan alejado de ellos por desgracia. Apuró las últimas gotas del café y dejó la taza en el suelo. Agarró la mano de su hija, templada, y le dio un tierno beso antes de masajearla para que entrase en calor.

—Gracias, cariño, has hecho mucho por esta familia. —April lo miró confundida hasta que entendió a qué se refería.

—Se suponía que ese era mi cometido, ¿no? —Sam abrió la boca para contestarle, pero no deseaba que su padre se sintiese mal por lo que había dicho, así que rectificó—: Al principio no quería venir, me parecía un castigo, sin merecérmelo, pero cambié de opinión cuando llegué aquí y vi a Ryan tan perdido. Comprendo por qué se cambió de apellido, y solo lleva el de la tía. Aún no las tengo todas conmigo, le queda mucho camino, pero creo que está en ello y, seguro que con paciencia y el apoyo de todos, saldrá adelante de nuevo. Ry volverá, papá. —Sam, visiblemente emocionado, se entretuvo en arroparla mejor metiéndole ambas manos por debajo de la manta.

—Ayer lo vi. No es que mantuviéramos una conversación muy fluida, pero sí mejor que la última vez que nos vimos. —April lo miró pensativa, ya que no se habían visto en persona desde hacía años. Sam supo que ella no sabía a qué se estaba refiriendo—. Vine a Ocean River al poco de... ya sabes que tu tío los abandonó y...

—Ese hombre ya no es mi tío —dijo ella con toda la dureza del mundo. Después de tratar así a su primo y su tía, parte de su familia a la que adoraba, había dejado de tener algo que ver con ella. Sam asintió y siguió hablando.

—No sé si sabes que tras dejarlos, Ry volvió a verlo.

—Sí, lo sé. Ryan me lo contó hace poco. —Recordó el doloroso momento en el que se había visto envuelto su primo y se sintió incómoda. Nunca habría podido pensar que su tío pudiera comportarse de esa manera, tan fría, cruel y despiadada.

—Entonces podrás hacerte una idea de lo que ha estado pasando. Sentirte menospreciado por tu propio padre es algo horrible. Por mucho que hagas o digas no es suficiente, nada lo es. —Se atragantó al sentir estas palabras como propias. Sus padres no comprendieron la decisión de su hijo de abandonar su hogar por amor, un amor que nació una primavera cuando Eva viajó con unas amigas a conocer aquella parte del país. Pero Sam no se rindió, sino que luchó por ella, porque había conocido al amor de su vida y merecía la pena todo esfuerzo, aunque fuera un dolor tan lacerante—. En

aquel momento vine a ayudar a mi hermana que estaba sumida en una depresión profunda. Ryan no escuchaba ni veía nada más que su propio dolor. No sé porqué Kenneth actuó así, de lo que estoy seguro es que saldrá adelante con el amor de los que lo queremos. Ahora me alegro enormemente que haya empezado a ver la luz, y eso es gracias a ti, princesa. Además si yo conseguí salir adelante sin el apoyo y el amor de mis padres, él podrá hacerlo con todos nosotros apoyándolo.

April sonrió y recordó cómo su madre le explicó un día que sus abuelos paternos jamás se habían puesto en contacto con ellos. Sintieron que perdían a su hijo el día que se marchó a vivir a España tras la mujer de sus sueños, que no era la que ellos esperaban. Eva fue la culpable de que abandonara el negocio familiar, y sobre todo, de que los dejara a ellos. Por mucho que Sam trató de explicarles la situación, de asegurarles que volverían a verse en cuanto pudieran viajar, lo rechazaron de pleno. Era o con sus condiciones o nada.

April nunca conoció a sus abuelos ya fallecidos. Sam viajó en las dos ocasiones a sus funerales, pues cuando enfermaron no desearon verlo provocando que la herida de su hijo fuera más grande. Se acordó de Keanu que se había criado sin su padre, al lado de una mujer que lo odiaba. El corazón se le encogió al imaginar todo lo que habría sufrido su padre si se hubiera quedado con sus padres y hubiera dejado a su madre. Pero cuando sintió que la tristeza la asolaba fue al pensar en el sufrimiento de su chico. Su mente debía volar a otra cosa o empezaría el día demasiado triste.

—Cuánto me alegro de que mamá y tú os conocierais y, sobre todo, que fuera en primavera. —Ella le guiñó un ojo agradecida porque se hubieran conocido en abril y no en junio. Sam se rio bajo la atenta mirada de su pequeña princesa.

—Y yo de haber encontrado a tu madre ese maravilloso mes de abril. ¿Qué mejor nombre para nuestra hija soñada?

—Todavía no me decido por quién de todos está más bueno —comentaba Maeve poniéndose los zapatos para jugar a los bolos. Emma les había propuesto el plan como noche de chicas para rematarlo después cenando unas *pizzas* en su casa mientras veían películas románticas y lloraban a moco tendido. April ya se había calzado los suyos y se reía ante las ocurrencias de su amiga. Keanu le había enviado un mensaje diciéndole que habían tenido

un día de mucho trabajo en el taller, y Sebastian se había empeñado en ensayar, pues iban a tocar en la feria de un pueblo vecino y todo debía salir a la perfección.

—La verdad es que esos chicos parecen salidos de un catálogo, pero créeme que pierden puntos cuando los ves de cerca y los conoces —le respondió Emma escribiendo los nombres de cada una en la pantalla para empezar a jugar. April creyó saber a qué se refería. Ya conocía a Keanu y sabía que su vida no había sido nada fácil, al igual que la de Ryan había sufrido un revés, aunque jamás se paró a pensar en el resto del grupo.

—No me digas que los otros tres también han tenido una vida difícil —quiso saber ella mientras miraba las bolas para poder lanzar. Emma suspiró y asintió con la cabeza, se acercó a April y, con la mirada, le pidió lo mismo a Maeve.

—Que esto no salga de aquí. Sabes que los chicos que trabajan en el taller de Lou tienen algo en común, todos tienen un pasado con lastre. Phil es el más longevo del grupo, por lo que sé estuvo casado, pero nada le libró de una infancia de maltratos. Tampoco sé qué fue de su esposa. Los chicos son muy reservados para eso y, entre ellos, se protegen. Deben tener alguna ley no escrita de respetar sus demonios y dejarlos donde quiera que estén.

A April no le pilló de sorpresa el tema de Phil, era el más reservado, el que no se metía en nada. Siempre resolvía el problema con calma y serenidad, su mirada siempre era triste, como si algo terrible hubiera sucedido y le hubiera robado la felicidad para siempre. Lanzó la bola haciendo semipleno teniendo que tragarse los gruñidos de Maeve, que era demasiado competitiva y no quería perder por nada del mundo.

—Sebastian, por su parte, es un obseso del control, lo quiere todo perfecto y lo llevan los demonios cuando algo sale mal y no según lo acordado. No le he conocido novia oficial, pero sí he visto a muchas tirarse a sus pies y rogarle que se las llevara a su casa, cosa que seguramente habrá hecho en infinidad de ocasiones. Si está en el taller de Lou, debe tener alguna historia igual que Phil, no tengo ni idea. —Maeve apenas la escuchó, pues le tocó lanzar la bola y se puso a dar brincos tras hacer un pleno.

Emma cogió la bola que menos pesaba, pues estaba muy delgada e incluso esa era difícil levantarla. La envió con efecto saliéndose del trayecto para acabar en el carril. April le dio una palmadita en la espalda para reconfortarla y esta le sonrió.

—Y en cuanto a Dean, ese es un cabra loca que solo hace lo que le

apetece cuándo y cómo le apetece. Es un hedonista que no se preocupa por los sentimientos ajenos. He visto a chicas salir del taller de Lou llorando tras haber entrado con la sonrisa en la cara, echar un polvo y volver creyendo que se había enamorado de ellas. El chaval es sincero, les dice la verdad, pero ellas se imaginan cosas que no son y se sienten traicionadas.

—¿Y cuál es su historia? —quiso saber April mientras cogía la bola. Se distrajo en la conversación, pues no se esperaba que la anterior llegase por el carril y le aplastó el dedo contra la otra. Lo retiró, de inmediato, sujetándose con la otra mano y chillando de dolor. No escuchó la historia de Dean, pero en aquel momento era lo que menos le importaba. Emma y Maeve corrieron hacia ella, asustadas, sin saber qué había pasado. A Maeve le dio la risa floja mientras April, con lágrimas en los ojos, la insultaba sin piedad. Emma entonces se dio cuenta de dos cosas: aquellas dos locas podían ser las mejores amigas que una chica desearía tener y que la noche de chicas se había ido al traste.

El dedo le latía a April con tanta intensidad que ni mordiéndose el labio podía contener los sollozos. Se le estaba hinchando y amoratando por momentos. Las chicas decidieron llevarla a Urgencias, preocupadas al ver sus quejas por el golpe, por si se lo hubiera fracturado. Por suerte, le dijeron que solo fue una contusión, le mandaron aplicar hielo sobre la zona afectada y una crema antiinflamatoria que le bajaría la hinchazón. «Para el dolor con cualquier analgésico servirá», había dicho el doctor de Urgencias mientras lo fulminaba con la mirada. Ya le habría gustado que se hubiera dado ese golpe él en sálvese la parte.

La llevaron a casa de Anita y entraron con ella explicándoles a su tía y a sus padres por qué se había arruinado la noche de chicas. Su madre, alarmada por cómo se sujetaba la mano April, corrió hacia ella. Sam, sin embargo, le dio su espacio a su hija mientras Anita fue a por hielo a la nevera. Emma estuvo con ellos un rato hasta que los ojos empezaron a cerrársele, estaba agotada tras trabajar toda la mañana y parte de la tarde. Ryan volvió de ver el ensayo del grupo y se encontró con el hinchado dedo corazón de su prima. No pudo contener la risa provocando el enfado monumental de April que subió a su habitación en grandes zancadas. Maeve la siguió, resignada, aunque sus ganas de jugar no la habían abandonado. Quizá cuando todos durmieran...

—¿Te marchas entonces, cielo? —preguntó Anita a Emma, con Sam regañando a Ryan por reírse del accidente de su prima.



—Sí, aún me queda un gran camino para volver a casa. Vinimos en tu coche, Ani. —Ryan no podía apartar los ojos de ella, aunque su tío lo estuviera reprendiendo por haber sido demasiado desconsiderado con la torpe de April.

Estaba incómoda desde que él había puesto un pie en el salón, podía sentir el latido de su propio corazón martilleándole bajo la piel. «¿Por qué demonios tenía que ser tan jodidamente sexi?». Con un trozo de tela que apenas cubría su cuerpo, Ryan se sintió morir al verla. Era demasiado para él y estaba en su casa.

—¿Sola? De eso nada tesoro, ahora mismo te lleva Ryan a casa. —El chico miró a su madre alucinado. Poco lo conocía si pensaba que era capaz de llevarla a casa y no lanzarse sobre ella nada más se subieran al coche. Notó cómo Emma inhaló una gran bocanada de aire y se removió insegura en el sillón.

—No es realmente necesario...

—¿Y por qué no la lleva el tío? —se quejó él interrumpiendo a Emma, que vio cómo se desvanecían sus esperanzas de compartir unos instantes el espacio vital junto a él. Debía ser dura y ponerse firme ante él, no ceder ante sus palabras bonitas y sus besos que la volvían loca.

—No seas maleducado, Ryan Mathews. Toma las llaves del coche y llévala a casa. ¡Ya! —Anita le entregó las llaves y se marchó a la cocina, junto a Eva, a preparar un té. Ry aceptó de mala gana gruñendo y salió de casa con Emma detrás, que se despidió amablemente de Sam. El padre de April, ya casi pintaba canas y era bastante espabilado, por lo que, pronto, percibió la relación que unía a aquellos dos. Sonrió satisfecho y se dijo que todo estaba volviendo a su lugar, poco a poco.

April le envió un mensaje a Keanu cuando se le pasó el enfado mientras Maeve veía la televisión junto a ella en la cama. El guitarrista sintió cómo se le aceleraban las pulsaciones al escuchar el pitido de su teléfono. Al mirar la pantalla y abrir el mensaje se le dispararon por completo, pero el ceño se le frunció cuando leyó lo que le había pasado a su chica. Dejó la cerveza en la barra y se largó del bar donde habían estado ensayando sin mediar palabra. Los chicos del grupo le llamaron a voces sin éxito, se subió a la moto y arrancó con estruendo tremendo al salir disparado. Llegó a casa de Anita sin preocuparse por los padres de April, que estaban pasando las vacaciones de Navidad allí con ellos.

—Buenas noches, Anita. —Esta le abrió la puerta dándole una cálida

bienvenida como hacía cada vez que lo veía. No se acababa de acostumbrar a ello, pero sabía que aquella mujer lo quería como a un hijo. Si ella supiera dónde había metido a su pequeño Ryan, no lo querría tanto...

—¿Y tú quién eres? —quiso saber Sam, oliéndose que aquel chico venía por su princesa. Keanu se puso rígido al ver al padre de April mirarlo de aquella forma tan amenazadora.

—El novio de April. —Le tendió la mano para estrechársela, pero Sam no procesaba las palabras «novio» y «April» en la misma frase. Su princesa no podía salir con aquel tipo con aspecto desaliñado, cabello revuelto y cazadora de cuero, un tipo sacado de una película de adolescentes en la que le darían el papel del protagonista canalla.

—¿Y a ti te parece una hora decente para ir a casas ajenas? —Se cruzó de brazos rechazando darle la mano, que el chico bajó decepcionado. No esperaba un abrazo, quizás algún gesto cordial no estaría de más. Eva se aproximó a ellos dándole un codazo a su marido. Miró a Keanu con una mirada conciliadora y le dio la mano. Su gesto le alivió un poco y nada más verla se sintió mejor, pues April tenía los ojos de su madre.

—Keanu puede venir a esta casa siempre que quiera —respondió Anita por él, y lo animó a subir a ver a su chica; como respuesta, Keanu le dio un beso sonoro en la mejilla antes de subir la escalera.

—¿¡Pero quién coño es ese tío!? ¿¡Y cómo que es el novio de mi hija!? ¡Mi hija no tiene novio! —Eva tiró de él, y volvieron a la cocina al oír sonar la tetera. Anita les explicó quién era Keanu y lo mucho que lo quería. Les pidió comprensión y, sobre todo, les rogó que aceptasen a la persona que ocupaba el corazón de April.

—¡Joder, Ani! Te mando a mi hija para que estudie y la dejas que se líe con cualquier tío, encima con uno como ese. —Sam no dejaba de gritar en la cocina mientras su esposa y hermana se tomaban un té como si el mundo no se hubiera vuelto loco y él fuera el único cuerdo.

—Vamos, Sam, no es para tanto. —Eva removía el té con la cucharilla, entretanto, recordaba la conversación que mantuvo con su hija días atrás en la que le habló de su chico, al que por fin había conocido. «Su hija tenía muy buen gusto», pensó con una sonrisa en su rostro.

—¿¡Tú también, Eve?! No puedo creerlo, ¿¡pero tú has visto a ese chico!? ¡Joder, si parece Johnny Depp en *Cry Baby*! —Eva y Anita rieron a carcajadas tras oír su comentario, lo que enfadó más a Sam que no aceptaba que su princesa hubiera crecido tanto.

—Sam, ya no te acuerdas cuando tenías su edad y tenías esa moto del demonio que papá odiaba, ni recuerdas la de veces que te colaste en el jardín de Suzie cuando estabas locamente enamorado de ella, y me chantajeabas para que te ayudase y así mamá y papá no se enterasen de nada —Anita le regañó con la mirada de hermana mayor que utilizaba cuando sabía que había hecho algo mal y tenía que enseñarle una lección. Sam bufó sin estar de acuerdo, precisamente, porque había tenido su edad, sabía lo que buscaban los chicos y se trataba de su hija, ¡por el amor de Dios!

Maeve entró en la cocina en el momento oportuno. Los tres la miraron queriendo saber más, Anita y Eva sobre todo, mientras que Sam ocultaba la cara entre las manos rezando para que aquello no estuviera ocurriendo. Ella simplemente sonrió encogiéndose de hombros, las mujeres la comprendieron a la perfección, pero Sam salió maldiciendo en arameo. Necesitaba tomar el aire y, a poder ser, acercarse lo máximo posible a la ventana del cuarto de April y vigilar qué sucedía en su interior.

—¿Y mis padres te han visto? ¿Mi padre, también? —April estaba petrificada desde que Keanu había aparecido por la puerta de su habitación. En la conversación que mantuvieron por teléfono no le dijo en ningún momento que iba a verla, simplemente cortó la comunicación sin despedirse, algo extraño en él.

—Sí, ojazos, y he de decirte que tu padre da miedo. Si las miradas matasen, no estaría aquí en este momento. —Keanu jugueteaba con sus dedos entrelazando los suyos. Con la otra mano le acariciaba el dorso de la mano afectada con ternura y cariño. April permanecía en la misma posición, mientras que él había adoptado la postura de Maeve, colocándose muy juntos en la cama.

—A mi padre debe haberle dado un amago de infarto al enterarse. Mañana tendré una charla, me temo. —Él no conocía a su padre ni sabía cómo podía ponerse de pesado y autoritario. Cuando estuvo con Jaime, no dejaba de estar pendiente de dónde iban y le imponía horarios muy estrictos. Lo bueno era que en unos días se marcharían, así que solo debían aguantar el chaparrón un poco más.

El corazón de April vibró en su pecho al sentir que la besaba en el pelo por encima de la oreja, ya no era solo la preocupación que vio en su cara al entrar en el cuarto ni las caricias en su mano ni sus dedos unidos a los suyos.

Había mucho más detrás de todo eso, tanto que le derretía el corazón fundiéndolo como cera caliente. Recordó con una sonrisa en los labios cómo Maeve le dijo en España que caería rendida a los pies de cualquier americano guapo de esos que derretían con una sonrisa. Apoyó su cabeza en el pecho de él y cerró los ojos. No había lugar más mágico en el mundo que ese.

# 34

La Navidad en el hogar de los Mathews fue todo un acontecimiento. Anita se hizo con todo tipo de adornos para decorar la casa tanto por dentro como por fuera. Compraron el árbol, lo decoraron, y ese año Anita le pidió a Ryan que colocase la estrella en lo alto del árbol, como era la tradición reservada para el hombre de la casa. Todos contuvieron la respiración, ya que Ryan podía estar de muy buen humor o estallar y gritar por cualquier tontería. Él miró a su madre, y, por primera vez, vieron de nuevo aquella mirada del Ryan feliz, que amaba a su madre por encima de todo. La cogió y la puso, pero no se quedó para recibir más muestras de cariño, se fue como un vendaval, aunque Anita sabía que su hijo por fin estaba volviendo.

Su tía había vuelto a sentir esas ganas de vivir que perdió cuando Kenneth la abandonó. Ni siquiera se vino abajo la mañana del veintitrés cuando llegaron los papeles del divorcio firmados por él. Su cuñada estuvo a su lado esa mañana y, después de firmarlos, se fueron a celebrarlo solas de bar en bar agotando todo el alcohol existente a juzgar por el estado de embriaguez en el que volvieron. April las miró entre avergonzada y sorprendida, pues era la primera vez que veía a su madre y a su tía en semejante estado. Su padre no hacía más que reírse cuando la euforia del alcohol bajó y ambas comenzaron a llorar y vomitar casi al mismo tiempo.

Al día siguiente celebraban Nochebuena y, por primera vez, estaba toda la familia reunida. La madre de April le insistió a su hija para que llevara a Keanu a casa. Tenía alguna idea sobre la mala relación de este con su madre y no quería que sufriera en una noche tan especial como esa. A ella se le hizo un nudo en el estómago al pensar que compartiera un momento así con ellos, sobre todo con su padre que cada vez que lo veía, además de no quitarle la vista de encima, lo hacía de forma amenazadora. Al guitarrista le encantó la idea de compartir esa noche con ella y con su familia, no se achantaría por alguien como Samuel Mathews, después de enfrentarse a diario con tipos como Stan.

—¡Estás preciosa, cariño! —Eva gritó a su hija desde abajo de la escalera al verla bajar con el vestido que le regaló su tía como adelanto de su cumpleaños. April se ruborizó acariciando la suave tela. Sonó el timbre de la puerta cuando estaba a mitad de la escalera, agarrada a la barandilla. Sam abrió la puerta encontrándose con el aspecto desaliñado del novio de su hija. Ni para esa noche era capaz de arreglarse un poco, vestía de negro por completo con la cazadora de cuero que tanto le gustaba a su chica. Sam le gruñó algo así como un «adelante», y este se quedó petrificado al ver la imagen de April en la escalera, mirándole directamente a los ojos. Ella se dio una vuelta mostrándole el vestido negro de encaje con manga corta y transparencias en ambas mangas y en la zona superior de la espalda. El cabello lo llevaba recogido dejando caer algunos mechones por un lado, con unas botas negras a juego. Parecía un ángel caído sin dejar de tener ese halo de inocencia que lo volvía rematadamente loco. Sam tuvo que darle un golpe en la espalda, nada cariñoso por cierto, para que avanzase. April se rio al ver cómo la devoraba con solo mirarla y regañó a su padre con la mirada al ver cómo trataba a Keanu. Terminó de bajar los escalones y se unió a él, conteniendo la respiración.

—Estás guapísimo.

—Creo que eso me tocaba decirlo a mí. Joder, April, no tengo palabras. —A ella le encantó saber que podía dejarlo sin aliento, tanto como él lo hacía con ella. Con una mano rozó su cintura acercándose a ella y la corriente eléctrica le daba una nueva sacudida, como le sucedía cada vez que la tocaba. El vértigo se asentó en el estómago de ella, ese que ya era tan familiar para ella.

Eva carraspeó antes de saludar al invitado interrumpiéndolos en aquel momento mágico, donde solo estaban ellos dos. Ambos se separaron con rapidez, y estrechó la mano de la madre de April. Le entregó el regalo que había llevado y que abrirían tras la cena. Aquella tradición llamada *White Elephant* extrañó a April cuando se la contaron. Cenarían deliciosos platos que habían estado preparando entre Eva, Anita y ella misma, y después se intercambiarían regalos entre todos. No importaba a quién iba dirigido el regalo; si eras mujer, debías comprar algo para un mujer, y si eras hombre, debías hacer lo mismo. Mientras llegaban el resto de invitados, April le sirvió un ponche de huevo a Keanu y ella se tomaba un chocolate caliente con *marshmallows*, otro de sus dulces favoritos. Maeve bromeaba con Ryan sacándolo de quicio, pues tenía poca paciencia, y Anita terminaba los

preparativos con su hermano y su cuñada.

Al poco llegaron los demás, Anita había querido cenar con algunos de sus vecinos, que siempre la habían apoyado y ayudado, y con Lou. Doce personas disfrutaron de la cena de Navidad y se intercambiaron regalos, aunque no sin algún problema que otro. Una de las vecinas, separada como Anita, estaba colada por otro de los vecinos que asistió a la cena, pero con su esposa. La pobre mujer no tenía ni idea y al hombre le tocó el regalo de ella. Al principio, él se sorprendió muchísimo hasta que se dio cuenta de que era de su vecina, pues no dejaba de apartar la mirada de él mientras lo abría. A su esposa le gustó el regalo, pero después pensó que su marido estaba liado con la vecina y montó en cólera. Se marchó de la fiesta muy enfadada, y es que le había regalado una estancia de fin de semana en un romántico hotel de San Francisco.

La anécdota de la noche provocó risas y algunos comentarios graciosos entre los invitados. Sam recordó viejos tiempos en los que tocaba el piano en uno de los bares del pueblo ganándose algunos dólares. Hacía años que nadie tocaba el piano del salón, y todos se reunieron junto a este recordando viejos clásicos. Ryan fue a su cuarto, trajo una guitarra que le regalaron cuando era pequeño, se la ofreció a Keanu, y este, aunque reticente, terminó tocando un par de canciones ante el estupor de los padres de April.

—No sé si me gusta que toque en una banda —le susurró Sam a Eva observando a su hija embelesada mirar a Keanu mientras cantaba una de las canciones del grupo.

—Pues a mí me encanta ver a nuestra hija feliz, y si ese chico tiene que ver en ello, me parece perfecto. —Robó un beso a Sam, que no se esperaba, y se rindió. Él mismo miraba a su mujer de aquella manera tan arrebatadora. Daba igual que llevaran tantos años juntos, seguía enamorado de ella como el primer día.

Dieron las doce en punto y comenzaron a cantar cumpleaños feliz a April. Maeve le dio su regalo de cumpleaños bajo la mirada de su amiga que pensaba que su simple presencia era el mejor de los regalos. Tres biografías de matemáticos reconocidos fue la primera alegría de la noche para ella. Se abrazó a Maeve derribándola sobre el sofá mientras los demás sonreían. Sus padres le regalaron ropa entre la que se incluía una blusa, unos vaqueros, otras deportivas y un gorro de lana para las templadas noches de Ocean River. Anita le regaló, además del vestido que llevaba, un precioso colgante con su nombre, y Ryan le dio el álbum de fotos que conservaba desde que era

un crío con fotos de ellos dos. Durante años estuvo vacío, pero desde que había vuelto le había hecho fotografías sin que se diera cuenta, incluyéndolas. El nudo de emociones que estaba oprimiéndole el pecho a April se le deshizo llorando sin pudor. Tras darle una palmadita en la espalda, su primo se hizo el duro y se fue con Maeve a beber en algún bar que abriese aquel día. Keanu disfrutó de aquella noche más que nunca viendo a April entusiasmada, feliz, tan adorable. Le pidió marcharse también, y tras decirle que cogiera el gorro porque le haría falta, cogieron sus cazadoras y salieron de la casa.

Tras un corto trayecto en el coche de Keanu, llegaron a su lugar especial, la playa. Él llevaba su guitarra y una manta para sentarse en la arena. En esa fría noche de invierno, caminaron en la oscuridad hasta estar cerca del mar. Keanu se colgó la guitarra del hombro y la afinó un par de veces antes de cautivarla por completo mirándola a los ojos.

—Todo regalo es poco para lo que tú te mereces. El material vendrá después, pero ahora viene esta canción que he compuesto para ti. —April se derritió con sus palabras entornando los ojos, dispuesta a escuchar lo que le tuviera preparado. Comenzó con los primeros acordes, inspirando hondamente, preparándose mentalmente para, una vez más, expresarle sus sentimientos por ella—: «Respira hondo, respira profundo, estoy aquí, necesito que lo sepas. Sueña tranquila, viaja conmigo en tus sueños. No tengas miedo, tú eres mi esperanza, el único amor que he conocido. ¿Cómo ha podido un corazón como el tuyo amar a alguien como yo? Sigo sin comprender cómo he podido vivir antes sin ti. Tan ciego, indefenso... Has abierto mis ojos, los abriste a un mundo nuevo».

Para cuando acabó de cantar, los ojos de April estaban bañados en lágrimas. Keanu no había dejado de sonreírle mientras cantaba y de guiñarle un ojo. Se dejó envolver por el timbre de su voz incidiendo en cada célula de su cuerpo, las palabras vibrando con fuerza en su pecho. Su corazón se henchía por momentos de pura felicidad y el pulso le temblaba, pero debía decirle todas aquellas cosas una vez más. Pasó la correa de la guitarra por su cabeza y la dejó a su derecha, se acercó un poco más a April y, sin dejar de mirarla, se quitó la cazadora remangándose la manga derecha. Ella bajó la vista a la parte interior de su antebrazo y un gemido se ahogó en su garganta. Ver su nombre tatuado allí fue como recibir un impacto directo al corazón.

—Jamás he sentido este amor por nadie, ni esta pasión que me consume. Nunca he deseado tanto poder estar con alguien, acariciarle la cara o simplemente perderme en sus ojos durante horas. Tú eres la única mujer de la



que me he enamorado, nada se puede comparar a ti. —Cogió la mano de April y la posó sobre su brazo. Ella recorrió las letras negras con sus dedos, aún asombrada de que se hubiera tatuado su nombre. Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras Keanu resoplaba con la respiración a mil por hora —. Hace ya tiempo que te llevo en la piel, ahora quería que fuera visible ante los ojos de todos.

Keanu apoyó su mano sobre la de April que recorría su inmaculada piel ahora marcada por cinco letras que lo significaban todo para él. Entrelazó sus dedos con los de ella, apoyando su frente en la de April. Era un momento difícil para él, estaba diciéndole con aquellas letras que era lo único que tenía y que merecía la pena. Keanu se sentiría perdido de nuevo sin ella en su vida, sentía que lo imposible se hacía realidad, que los sueños se podían cumplir y la esperanza asomaba a su vida. April alzó la cabeza separando sus frentes, le acariciaba las mejillas con los pulgares mientras sentía cómo se le entrecortaba la respiración. Lo miraba recordando las palabras que habían llenado su corazón unos momentos antes y le hacían sentirse más segura de sí misma, más fuerte, más feliz. April tragó saliva y con la voz temblándole, presa de la emoción, le habló sin apartar los ojos de los de él.

—No sabes hasta qué punto te quiero y te necesito, Keanu. Sueño contigo cada noche, cierro los ojos y tu sonrisa es lo primero que aparece. Yo tampoco he sentido esto antes con esta intensidad, ni este fuego que me envuelve cada vez que me rozas. No necesito nada material, solo te necesito a ti, a mi lado, cada segundo del día, haciendo mi vida, aún más perfecta.

Keanu soltó entonces todo el aire que llevaba reteniendo en sus pulmones mientras ella hablaba y se lanzó a besar su boca. Sus ojos se oscurecieron de deseo al sentir sus carnosos labios sobre su boca. La cogió por las caderas y la subió a horcajadas sobre él mientras ella no dejaba de tomarle el rostro entre las manos. Los labios de ambos se curvaron en una ancha sonrisa, y April ronroneó cuando él abrió la boca deslizando su lengua para acariciar la suya. Confiando en llegar a ser la persona que April Mathews se merecía, la estrechó fuerte contra su pecho y se prometió cuidar ese tesoro que le entregaba ella cada día.

El tercer regalo que le tenía preparado Keanu —el primero fue la canción y el segundo el tatuaje— fue un fin de semana romántico en un viñedo. A varias millas había una zona de viñedos que recorrían millas de distancia. Tras celebrar el día de Navidad con sus padres, Maeve, Anita y Ryan, pasó la tarde con los chicos de Sweet Iron. Tuvieron su particular celebración en la casa de Dean, Sebastian y Phil. Cenaron *pizza* y brindaron con champán celebrando además el cumpleaños de April. Keanu volvió a tocar la canción dedicada en exclusiva a su chica, y a todos los miembros de la banda les entusiasmó. Fue una noche entre risas, música y verdaderos amigos. Al día siguiente, Keanu apareció en el hogar de los Mathews en el coche que le prestó Phil, ya que él con su moto tenía suficiente. April salió a toda prisa de casa evitando una nueva bochornosa charla por parte de su padre, en la que le hablaría de nuevo del sexo y los condones. Con una vez había tenido más que suficiente.

Keanu se encaminó a la autopista que les llevaría a su próximo destino durante dos días enteros, completamente solos. April miraba por la ventanilla el paisaje mientras él no dejaba de pensar en que durante esos dos días no apartaría las manos de ella. A April le gustaría visitar los viñedos e ir a la playa, pero ya se le ocurriría algo para tenerla el máximo tiempo posible en la habitación. Absorto en sus pensamientos se sonreía. Por su parte, April se quedaba embobada mirándolo mientras conducía con el brazo apoyado en la ventanilla, el otro al volante y las gafas de sol polarizadas que le daban ese aspecto encantador. Sentía que el corazón ascendía por su garganta al recordar el momento memorable de la playa y cómo se habían dejado llevar por la pasión hasta tal punto que terminaron haciendo el amor allí mismo.

Tres horas después, llegaron a Los Robles Sombreados, un *bed and breakfast* donde cada huésped se alojaba en una pequeña cabaña de madera que contaba con su propia habitación, comedor y salón. Aparcaron en el camino de tierra para acudir a la recepción y recoger su llave. Tras darles la bienvenida, fueron en la camioneta hasta su cabaña, dejaron el coche en la entrada y bajaron el par de maletas que llevaban.

—Me recuerda a la casa de Anita —dijo Keanu al subir los cuatro peldaños del porche. April entró en la cabaña quedándose maravillada ante el lujo del comedor y del salón. Ubicado en el pueblo de Longland Beach, el acogedor *bed and breakfast* estaba equipado con chimenea y muebles de madera, lleno de espacios románticos y con vistas a un extenso viñedo. En la mesa del comedor había un rico desayuno con dos copas, una botella de champán, y degustaciones de quesos y vinos locales. Keanu la abrazó por detrás aspirando su olor a vainilla.

—¿Me has traído aquí para emborracharme? —bromeó April aferrándose a sus brazos. En aquel momento, oyó la risa de él mientras la mecía entre sus brazos antes de darle la vuelta y tenerla frente a él.

—Vaya, me has pillado. —Con una sonrisa pícaro la animó a acercar sus labios a los suyos en un beso tierno y suave. Tarareando alguna melodía que se le había quedado atascada en el cerebro, comenzó a bailar con ella dándole vueltas y haciendo piruetas en círculos. Tan pronto le fundía los plomos reduciéndolos a cenizas como hacía tonterías de aquel tipo provocando que se uniera a él. «Dos tontos muy tontos», pensaba Keanu.

Por la tarde, visitaron el viñedo que se postraba a sus pies al salir al jardín. Keanu la sorprendió mientras hablaba con un señor al lado de dos caballos. De pronto, April sintió pánico de solo pensar que tenía que subirse a una de esas cosas. Él le tendió la mano al verla y ella, aún asustada, caminó despacio hacia él.

—¿Preparada para disfrutar de una experiencia inolvidable?

—Si esa experiencia incluye subirme a un caballo, ya puedes olvidarte. —Cruzada de brazos, se plantó molesta. El hombre ocultó una sonrisa dándose la vuelta y entró al establo cercano.

—¿Qué pasa, ojazos? ¿No me digas que tienes miedo de un simple caballo? —Keanu no quería reírse de aquello, le parecía tremendamente encantador, sin embargo, echó la cabeza hacia atrás riéndose a carcajadas. April se sintió humillada por el simple comentario, pero su risa fue lo que terminó por cabrearla. Fulminándolo con la mirada, le sacó el dedo corazón y se dio la vuelta andando a grandes zancadas. Él corrió tras ella, acallando las risotadas, la agarró del brazo, pero ella se soltó bufándole.

—Vete a la mierda.

—Vale, vale, no es para tanto. Es que me ha hecho gracia. Venga que es una gran experiencia en serio. Si lo prefieres, iremos en un solo y yo te sujetaré. —Se resistía a soltarse de él que la mantenía sujeta firmemente. Forcejearon y se soltó aún enfadada. Keanu esperó a que se calmara, aunque su ceño seguía fruncido. Un par de veces quiso tirar de su mano, pero ella se negaba, pasó por delante de él dándole un empujón y lo esperó al lado del caballo. Keanu la ayudó a subirse poniendo el pie en el estribo e impulsándola por el culo. Lo estaba disfrutando y mucho. Él se subió después, se situó tras ella y agarró las riendas con April apoyada sobre su torso.

Mientras recorrieron el viñedo bajo un sol de invierno, a April se le fue pasando el momento de enfado, se recostó sobre el pecho de Keanu y disfrutó del paisaje. No dejó de explicarle que comenzaron a ser vinícolas a partir del siglo XIX cuando misioneros españoles introdujeron el vino en California para producir vinos de misa. «Las regiones vitivinícolas se dividen en cuatro zonas: costa norte, central, sur y el valle central», le relataba él. Ella se reía a su costa llamándole «empollón», pues estaba segura que se habría documentado por Internet para impresionarla con toda esa información. Al terminar el paseo a caballo, April se lanzó a sus brazos haciendo que Keanu se desequilibrara un poco por su fuerte empuje. Ella se quedó abrazada a él, sin mover la cara del hueco de su cuello, seguía asustada recordando la primera y última vez que se subió a un caballo antes de esa. Él notó que algo iba mal y la estrechó más fuerte en sus brazos, pero decidió no hacerle preguntas.

April miraba el fuego de la chimenea del comedor bajo la manta. Keanu trajo un chocolate caliente para ella y un café para él, se acomodó bajo la manta con ella y la rodeó con un brazo. April apoyó la cabeza en su pecho sujetando la taza en sus piernas. Se sentía en casa con él, no debía haber secretos entre ellos, por lo que le confesó cuál era el problema con el caballo.

—Cuando Maeve y yo éramos pequeñas, nuestros padres se iban de vacaciones juntos muchas veces. En una de ellas, nos animaron a subirnos a un caballo y dar un paseo por la playa. Maeve tenía doce años y era tan alocada como ahora, pero con la inconsciencia de los niños. Comenzó a hacer tonterías, y su caballo se puso nervioso, la tiró, y sufrió un golpe severo en la cabeza. Estuvo en el hospital

inconsciente varias horas, los médicos temían que pudiera haber sufrido algún daño irreparable, ya que tardaba en despertar. Por suerte, no pasó nada. Desde entonces cada vez que veo un caballo me paraliza, recordando la angustia de verla tendida en el suelo, sin responder. —La voz se le quebró en ese punto impidiéndole seguir. Keanu se irguió, dejó la taza del café y la de ella en la mesa. La agarró por la cara y, muy serio, escudriñó su rostro, ver sus ojos brillantes por las lágrimas que se acumulaban en ellos, le hizo sentirse un auténtico idiota.

—April, ¿cómo no me has contado esto esta mañana? No sabía que hubiera sido por algo así, solo pensaba que era algún tipo de miedo infantil. —La rodeó con los brazos apoyando la cabeza de ella en su pecho—. Dios, lo siento tanto, y yo estuve riéndome como un gilipollas. —Ella se aferró a su cuerpo riéndose por el último comentario de Keanu. Recordar aquel fatídico día le hizo sentirse mal, quería olvidarlo, apartarlo de su mente.

Se levantó tirando de la mano de Keanu camino al dormitorio de madera con la colcha de flores y la moqueta a juego. Se tumbaron sobre la cama, él sobre ella, no dejaba de besarla por todas partes como si deseara hacerle olvidar todo lo malo que ocurriera en su vida. April tiró del jersey de él mientras Keanu se deshizo del de ella dejando un reguero de besos húmedos desde la clavícula hasta su pecho. Lo siguiente fue quitarse los pantalones y deslizar los pantalones de ella por sus piernas. Keanu se agachó suavemente para besarle el vientre mientras los dedos de April removían su pelo. Inquieta, le ayudó a deshacerse de sus bragas a la vez que él se quitaba los bóxers.

—Keanu...

Escuchar el nombre en su boca era música celestial para él. La torturó un poco más acariciando cada centímetro, cada curva de su cuerpo con la voz jadeante de ella metiéndole prisa. Keanu se agachó al bolsillo de su pantalón para coger el envoltorio metálico, lo rasgó con los dientes mientras April lo miraba con los ojos oscurecidos por el placer que iba creciendo en espiral en su interior. Cuando ya estaba listo para ella, lo acercó a su cuerpo y lo rodeó con las piernas. Se mantuvieron la mirada unos segundos antes de volver a besarse con ansia y apremio. Un gemido fue la respuesta que le dio su chica

cuando entró en ella de manera cadenciosa y lenta, pero ella estaba tan excitada que le obligaba a acelerar el ritmo al agarrarse a sus bíceps y morderle en la clavícula, donde seguro dejaría una marca. Keanu sepultó la cabeza en el hueco de su cuello mientras aceleraba el ritmo que ella le exigía. Dos piezas de un mismo puzle que se habían encontrado, la perfecta unión de dos corazones que lucharían hasta el infinito porque aquello fuera para siempre.

«Maldición», gruñó Keanu al oír la vibración de su móvil. Lo apagó y se lamentó de tener que abandonar la burbuja perfecta en la que se había instalado con April. Tan solo un día de paz y tranquilidad más, y volverían a su rutina diaria. Respiró hondo para calmarse y un ronroneo le volvió a distraer. Ella descansaba en su pecho, durmiendo plácidamente. Le acarició el cabello revuelto despertándola sin querer.

—Buenos días, ojazos. —Keanu se recolocó en la cama, aspirando el olor de su piel y besándola al mismo tiempo. Ella volvió a emitir otro de esos gemidos que le aceleraban el corazón y le excitaban tanto. April se despezó entre las sábanas arrugadas y lo miró sonriendo. Tras un largo maratón de besos y caricias, lograron levantarse para poder desayunar en el jardín, con el viñedo de fondo.

—¿Y hoy qué vamos a hacer? —preguntaba April, con las piernas encogidas en uno de los sillones del jardín, comiéndose una tostada con mermelada. Keanu dio un sorbo a su taza de café y se le iluminó el rostro al pensar en lo que le tenía preparado.

—Es sorpresa hoy también, confía en mí. Te va a encantar. —April hizo un mohín y trato de sonsacarle algo más de información, pero él se hizo fuerte y no soltó ni una palabra.

Después de desayunar se subieron de nuevo al coche de Phil, condujeron unos quince minutos y aparcaron en el puerto de Longland Beach. Keanu le dio la mano entrelazando los dedos de ambos, y caminaron por él dando un paseo.

—Hoy es un día especial en el pueblo. Hay un desfile de yates que solamente tiene lugar en este fin de semana de Navidad. Como ves los decoran como las casas, es un concurso. El mejor decorado gana un premio según un jurado de expertos en decoración. También venden entradas para subir a verlos por dentro, pero son demasiados cientos de dólares. No ha

podido ser. —April se aferró con la otra mano, en la que estaban unidas las otras, y negó con la cabeza.

—Ya es perfecto, simplemente, con estar aquí estos días contigo. —Keanu apoyó la frente sobre la cabeza de April antes de agarrar su cara con la mano y besarla para darle las gracias por estar allí con él, por quererlo, por cuidarlo, por ser todo lo que él necesitaba.

El resto de la mañana la pasaron admirando la belleza de los yates, paseando por la playa, jugando en la orilla y comiendo cerca de allí, con esas vistas a su alrededor. De regreso al *bed and breakfast*, April se llevó una sorpresa más.

—¿Ryan? ¿Qué haces aquí? —Pasaba la mirada de su primo a Keanu sin entender nada, aunque su chico se quedó blanco como la pared al ver allí a Ry. Sabía lo que significaba, se giró hacia ella y, sujetándola de las manos, le hizo una súplica.

—April, escúchame. Tengo que irme con Ry, toma las llaves del coche y vuélvete a casa. —Sacó del bolsillo sus llaves y se las entregó.

—¿Qué me vuelva a casa? ¿Sola? Pero ¿qué demonios está ocurriendo aquí? —Su primo permanecía callado a unos metros de distancia con la mirada fija en el suelo.

—Keanu... —le llamó Ryan tras unos segundos de incómodo silencio. Debían marcharse inmediatamente o no llegarían a tiempo, y entonces Stan los mataría.

—Por favor, haz lo que te digo —le rogó cogiéndole la cara entre las manos. En sus ojos había una lucha entre lo que debía hacer y lo que deseaba. Por ahora el deber se imponía a la realidad, le dio un beso y se encaminó hacia Ryan.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué está aquí él y cómo me dejas conducir a mí cuando te opusiste con tanta firmeza a que yo lo trajera? ¿Ahora sí puedo conducir? —le gritaba caminando tras él, pero Keanu no tenía tiempo para explicarle nada.

—Solamente coge las llaves y haz lo que te digo —le dijo sin darse la vuelta. Ryan le dio las llaves de su moto, y ambos se subieron desapareciendo del camino de piedras levantando varias en su huida.

—Joder, tío, os habéis ido al otro extremo del mundo —murmuró Ryan cuando pararon a repostar en una gasolinera.

—Solo son tres horas desde Ocean River —se quejó Keanu mientras sacaba un chicle de su envoltorio y se lo metía en la boca.

—Sí, pues a mi tío le parece el fin del mundo.

—¿Por qué coño has tenido que venir? ¿No se fía de mí o qué cojones pasa? —Le dio un puntapié al surtidor cabreado.

—Tranquilo, fiero, ya sabes que solo soy el mensajero. No contestabas a sus llamadas, y se puso hecho una fiero, así que me obligó a venir a por ti, aunque tuviera que llevarte a rastras conmigo.

—Joder, Ryan, es que tú no tienes que seguir metido en toda esta mierda. Ni siquiera tenías que haber entrado. ¡Hostia puta! —Volvió a vengarse con el surtidor, y el chico de la gasolinera comenzó a quejarse por ello. Keanu alzó las manos en señal de calma y volvió a subirse a la moto.

—Tú, mejor que nadie, sabes que no es sencillo salir, no sé cómo coño lo vamos a hacer, tío. —Era la primera vez que mantenían una conversación sobre los negocios de Stan en la que Ryan le decía que quería dejarlo.

—Al menos he conseguido que quieras salir de esto, parecía que estabas en tu salsa e incluso que lo disfrutabas. —Se puso el casco mientras Ryan se subía a la moto enfadado.

—Vete al infierno —le respondió mientras se colocaba el casco antes de agarrarse a las asas de los laterales traseros de la moto.

—Tarde, ya estamos en él.



—¿¡Se puede saber dónde coño te has metido!? ¡Llevo toda la puta mañana llamándote! —Stan echaba chispas por los ojos. Keanu y Ryan se acercaron hasta él con aparente seguridad, aunque verlo tan cabreado no presagiaba nada bueno.

—Pues ya me tienes aquí —bromeó Keanu sin quitarse las gafas de sol, apoyando las manos en las caderas—. Pero veo que Malcolm y Harrison también están aquí, ¿no te sirven ellos? —Odiaba tanto al hombre que tenía delante de él que solo deseaba borrarle esa estúpida sonrisa de su cara a base de puñetazos.

—Tú eres el mejor, prepárate. —Comenzó a dar la espalda a los chicos y, solamente, se detuvo al escuchar la voz de Keanu que no cejaría en su empeño de librarse de aquella mierda ese día.

—Ya lo siento, Stan, pero he venido en la moto. —Keanu señaló al lugar donde estacionó su moto con un aire de suficiencia en el rostro. Se le borró en el mismo momento en que el hombre, de mediana edad, se acercó hasta él apretando los puños.

—¿Quieres cabrearme, Williams? Le dije a tu *chucho faldero* que vinieras en coche. —Apuntó con el dedo a Ryan, que exudaba rabia pura, resoplando justo en la cara de Keanu. Este sonreía feliz, pues ese día no podría hacer lo que Stan necesitaba, de algún modo le ganó una batalla. El hombre se contuvo echándose hacia atrás y cruzándose de brazos, y sonrió de nuevo—. Harrison tiene coche, ve a pedirle las llaves. Tienes cinco putos minutos para prepararte.

Keanu echó la cabeza atrás mirando al cielo derrotado. Una vez más debía obedecer las órdenes de Stan, de nuevo arriesgar su vida por una puta deuda contraída por su madre. Y como cientos de veces pensó, deseó que la que hubiera muerto aquel fatídico día en el coche hubiera sido ella, y no su padre. Seguramente él lo habría querido, le habría dado el amor que necesitaba para crecer, no habría permitido que se metiera en peleas con quince años, se drogara con dieciséis y se acostara con una tía diferente cada día, de la que no volvía a recordar su nombre debido a la cantidad de alcohol

y droga que embotaba sus sentidos .

Ry le tocó en el hombro sacándolo de sus dolorosos pensamientos. Keanu suspiró sabiendo lo qué debía hacer, pero ahora mismo no le preocupaba su propia seguridad en absoluto. Solo pensaba en ella, en su sonrisa, en sus ojos azules de color del cielo, la forma de rozarla con sus dedos, que le hacía sentir una descarga tan potente que le electrizaba la piel... Pasó los dedos por el tatuaje de su nombre para después llevárselos a los labios mientras cerraba los ojos. De golpe los abrió y le pidió a Ryan que hiciera algo que a él le resultaba imposible.

—Vuelve a casa y asegúrate que April llega sana y salva. Intenta calmarla, debe tener un humor de mil demonios. —Hizo una pausa suspirando. No iba a ser fácil volver a hablar con ella—. No le digas nada. Quiero ser yo quien le explique todo. —Finalmente, llegó el momento de contarle toda la verdad, de revelarle quién era él realmente, por qué a veces se marchaba sin dar explicaciones y, sobre todo, por qué la dejó con el coche de Phil tirada esperando que regresase sola a casa. Keanu le devolvió el apretón a Ryan y se fue en busca de Harrison y las llaves de su coche. Unos meses atrás no le habría importado una mierda estrellarse en otra carrera de coches ilegal como esa, pero, desde que April llegó a su vida, lo único que deseaba era poner el pie en el suelo nada más derrotar al contrario.

April frenó el coche aparcando de mala manera frente al bar donde se reunían los chicos. No era muy buena conduciendo aquellos coches americanos automáticos, ni siquiera dominaba el suyo cuando estaba en España y eso que eran menos complejos. Se bajó aún furiosa tras la marcha repentina de Keanu y entró en el bar. Los recuerdos de la última vez que estuvo allí, la asolaron de golpe y tuvo que agarrarse a la pared más cercana para volver a respirar con normalidad. Por suerte, los chicos estaban ensayando en ese momento en el escenario. Dean dejó las baquetas y saltó del escenario nada más verla. Cabizbaja y apoyada en la pared hizo saltar la alarma de que algo no iba bien.

—April, ¿qué sucede? —Con miedo a tocarla, por si se terminaba de romper, dejó las manos suspendidas en el aire hasta que las bajó junto a los costados. Ella subió la cabeza respirando con dificultad, sin saber qué decirle exactamente. Durante todo el trayecto estuvo preparando un discurso, en el que les sacaría toda la información para saber de una maldita vez en qué andaba metido Keanu. Al entrar en el bar, se quedó en blanco. Phil se acercó tras Dean, y con sumo cuidado, la agarró por los hombros y la llevó a un

taburete cercano a la barra. Sebastian traía una botella de agua que le abrió y le ofreció al instante.

Tras lo que supuso una eternidad para los chicos, que miraban ansiosos a aquella chica de ojos azules que tanto había ayudado a su amigo, April comenzó a hablar:

—Quiero... no, necesito saber en qué asuntos anda metido Keanu. Ya no aguanto más no saber qué le pasa, quién demonios es Stan y por qué es oír su nombre y salir pitando.

Los Sweety Iron la miraban con pena sin saber qué decirle. Keanu era un hermano para ellos, su mejor amigo, y aunque millones de veces quisieron sacarlo de toda esa mierda, él se lo impedía. Estaba perdido, sin encontrar el norte. La chica que temblaba frente a ellos era la que lo empezó a sacar de allí, la que le daba esperanzas para quererse a sí mismo y desear dejar todo eso atrás.

—Nena, nos encantaría poder contártelo, pero él nos odiaría para siempre. Es algo muy personal y que solo él debe decirte —Sebastian habló el primero, agachando la cabeza al no poder aliviar su sufrimiento.

—Habla con él, April. Nosotros lo hemos animado a que lo haga muchas veces. Ya lo conoces, es un cabezota y un orgulloso —continuó Dean apoyado sobre la barra. April no daba crédito a lo que escuchaba, estaba imaginando cosas tremendamente horribles. Empezó a sentir que se ahogaba y utilizó la mano para abanicarse.

—Dejadla en paz, ¿no veis que la estáis agobiando más? —Phil, el sensato, regañó a sus compañeros y alcanzó un par de posavasos ayudándole a obtener más aire—. No sabemos qué ha podido suceder para que te encuentres así. Solamente podemos decirte que Keanu es un gran tipo, es nuestro amigo, nuestro hermano, pero está realmente jodido, April. Necesita contártelo, aunque él opine otra cosa. Solo te pido una cosa, que seas paciente y que lo escuches, no le des la espalda o ese será su fin.

Dean le masajeaba la espalda con ambas manos, mientras que Sebastian posó su mano como señal reconfortante sobre una de las de ella, que mantenía en su regazo. Nada de aquello la estaba ayudando. Les dio las gracias y, tras volver a beber de la botella de agua, se marchó con Phil que la llevó a casa y volvió al bar en el que era su coche, que había prestado a Keanu esos días. Ella inhaló aire una vez más de manera profunda y se bajó del coche con la pequeña maleta en una mano. Ryan fue al primero que la vio, apoyado en la baranda del porche. Estaba fumando y se removía el pelo

con nerviosismo. Al verla fue como si hubiera descubierto un millón de dólares, fue hacia ella y le quitó la maleta.

—¿Estás bien? —Su primo investigaba su cara buscando algún rastro de lágrimas o hinchazón debido al llanto, pero no había nada. Se sintió aliviado al instante.

—¿Tú crees que estoy bien? ¿Dónde está Keanu? Por enésima vez, ¿de qué va todo esto, Ryan? ¡Dame una puñetera explicación porque te juro que no entiendo nada! —Los nervios habían vuelto a apoderarse de ella. Puso las manos en las caderas tratando de controlar la respiración que se le había acelerado de golpe.

—April, ya sabes que no puedo decirte nada. Entra en casa y finge que no pasa nada. Keanu hablará contigo.

—¿Qué eres su *corre-ve-i-dile*? ¡Vete a la mierda, Ryan! —Le dio un empujón aposta al pasar por su lado y se dirigió malhumorada a la casa. Se paró en el umbral de la puerta con los brazos en ambos costados, apretaba tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos. Suspiró una vez más y, con el corazón latiéndole a mil por hora, curvó sus labios en una sonrisa. «Finge que no pasa nada», le había dicho Ryan, y así lo haría hasta que recibiera una explicación de una vez por todas.

April no dejaba de dar vueltas en la cama. Maeve tenía el sueño profundo, así que por suerte no la despertó en ninguna de sus vueltas. Terminó por levantarse de la cama y pasear por la habitación moviendo la nariz sin parar. El ruido de algo chocando en su ventana la sobresaltó. Asustada, se asomó y vio a Keanu lanzando pequeñas piedras para llamar su atención. Se llevó la mano al pecho y le hizo una señal para que la esperase en el porche. Envuelta en una chaqueta de lana para resguardarse de las frías temperaturas de la madrugada, salió a su encuentro. Keanu estaba de pie frente a ella, con las manos en los bolsillos y el pómulo izquierdo magullado. El primer instinto de April fue salir corriendo a abrazarlo y preguntarle qué le había pasado, pero se contuvo, esperaría a que él diera el primer paso.

—¿Fue muy difícil llegar aquí desde Longland Beach?

—No me puedo creer que lo primero que me digas sea eso. ¿En serio, Keanu? —Él se encogió de hombros tras unos segundos de silencio, y April se dio la vuelta para entrar de nuevo en casa.

—Espera, dame un momento. —Lo miró de nuevo y vio que estaba viviendo una lucha interna, pataleaba el suelo removiendo la arena del camino. Se removía el pelo inquieto mientras deseaba no haber llegado a ese

punto, pero ya no había marcha atrás. A pesar de no haber creído nunca en él, rogó a Dios que April lo perdonase, que lo volviera a mirar con el mismo amor que le derretía las entrañas y que lo amase. Necesitaba su amor más que nunca—. Ven a sentarte.

Keanu se sentó en los escalones del porche esperando, con el alma en vilo, a que ella accediera. April tardó unos segundos en hacerlo. Le había suplicado que le contase lo que estaba pasando, a él, a Ryan, a los chicos... ahora se arrepentía. ¿Y si era demasiado? ¿Y si no podía soportarlo? Dio una sacudida con la cabeza y se dijo que debía ser valiente, por ella, por él, por ambos, y se sentó a su lado.

La suave brisa de la noche californiana mecía las hojas de los árboles creando el único sonido que se escuchaba, aparte de las respiraciones de April y Keanu. Este pensaba la mejor manera de explicarle a su chica quién había sido toda su vida hasta que ella llegó, pero ninguna era buena idea. Un carraspeo por parte de ella le apremió a comenzar.

—Antes de nada, quiero que recuerdes que me quieres. —April asintió mirándole a los ojos y esperando una confesión terrible. Hecho un manojo de nervios, respiraba agitado frotándose ambas manos—. Ya sabes que mi padre falleció en un accidente de coche y que yo estaba con él. —April afirmó con la cabeza, y Keanu tragó saliva—. También sabes que desde aquel momento mi madre me odió e incluso diría que se juró a sí misma convertir mi vida en un puto infierno, porque eso es lo que ha sido desde entonces. Seguramente muchas personas dirían lo que recuerdan de su infancia: aprender a montar en bici, jugar al fútbol con sus amigos, las fiestas de cumpleaños, los abrazos de sus padres... Yo solo recuerdo una cosa, April, las palizas. —Ella se llevó una mano a la boca ahogando un gemido, boquiabierta. Keanu sentía cómo las lágrimas empezaban a escocerle bajo los párpados y se frotó los ojos un par de veces.

»Me pegaba por cualquier tontería, por no recoger la mesa como ella ordenaba, por no dejar los platos bien colocados en el armario, por no estudiar, por no mantener el orden de mi habitación... Y no te estoy hablando de una bofetada o una patada aislada. Palizas que podían durar horas, aunque siempre se guardaba de dejarme marcas, con el tiempo aprendió a cómo hacerlo. No crecí únicamente huérfano de padre, sino que mi madre me maltrataba, me insultaba, me culpaba de la muerte de mi padre, y durante años, la creí.

April contenía el llanto, que pugnaba por salir de sus ojos, pero no podía

llorar en ese momento cuando él estaba abriéndose por fin a ella. Permanecía callada, acariciando la mano de Keanu suavemente para animarle a continuar. Él, con lágrimas en los ojos, conectó su mirada con la de ella mientras sentía que se rompía por dentro. Soltó una respiración temblorosa, y lentamente movió la cabeza.

»¿Sabes lo que es creer que eres el culpable de la muerte de tu padre? Vivir con ese sentimiento cada día, sin olvidarlo, mientras que sufría los golpes que a ella se le antojaban, porque le había robado al amor de su vida. Yo no comprendía nada; si era su hijo, debía quererme. ¿No es algo que se lleva en la sangre? —Keanu temblaba de pies a cabeza aferrado a la mano de April, que se la apretaba con fuerza insuflándole el coraje necesario—. Pero cuando cumplí dieciséis años, descubrí que mi madre no era mi madre biológica. Mi padre enviudó antes de llegar al pueblo y después se casó con Stella. Ella misma me lo escupió con una sonrisa de autosuficiencia, fue como si revelara el mayor secreto del universo y se sintiera libre. A partir de ahí, todo fue de mal en peor. Empecé a meterme en peleas, con dieciséis las drogas formaban parte de mi día a día. Me salvé del centro de menores por los pelos, gracias a Lou que empezó a convencerme de que podía llevar otro tipo de vida y me metió en el taller».

—El tatuaje de la espalda te lo hiciste entonces, ¿no? —Asintió con la cabeza, concentrado en el punto donde sus manos se unían. April posó su otra mano justo encima esperando darle la fuerza que él le aportaba a ella siempre.

—Aquel día estaba más colocado de lo normal. No soportaba tanta humillación, tanto odio, y se me fue de las manos. Fue la primera vez que la enfrenté. La pelea terminó porque los vecinos entraron en casa, había platos y vasos rotos por toda la habitación, pero fue la última vez que me pegó. Después de aquello, desaparecí varios días, no recuerdo exactamente qué hice. Sí sé que hubo mucho alcohol, drogas y mujeres involucradas.

No era sencillo para April estar escuchando el relato de Keanu. Los ojos le escocían tanto que necesitaba cerrarlos para aliviar la tensión, aunque si lo hacía se derrumbaría. Se contuvo con el nudo en la garganta. Keanu se soltó de su mano y se levantó alejándose de ella.

»Stan es el jefe de una banda, una mafia con mucho poder. No es posible desenmascararlo. Stella perdió el control del todo cuando me fui de casa esos días, perdió tanto dinero en apuestas y juegos que tiene una deuda enorme con él. Ella es alcohólica y ludópata, y desde hace años no trabaja, solo se emborracha y se dedica a gastarse el dinero que le facilita Stan a

modo de préstamo. Yo soy el que debo pagar la deuda, ya que ella no lo hace. No me preguntes por qué no la he dejado y me he largado, si lo hiciese sería tan rastrero como ella que es simplemente una enferma.

A April se le quedó el rostro pálido cuando finalmente entendió el infierno en el que vivía desde que era un crío. Se levantó despacio, acercándose a él por detrás, necesitaba acortar esa distancia entre ellos y abrazarlo, pero le daba miedo que él no la correspondiera. Simplemente esperó a que siguiera.

»Cuando él me llama, debo acudir y hacer lo que me pida: correr en una carrera de coches ilegal, meterme en una pelea con otro, hacer algún intercambio de dinero.... Keanu agachó la cabeza ocultando el rostro entre sus manos, completamente abatido, deshecho y avergonzado. April le rozó la espalda, pero él se retiró bruscamente desconcertando a la pobre chica.

Permanecieron en silencio varios minutos en esa tensión que podía cortarse con un cuchillo. Keanu se removió el pelo despeinado y se dio la vuelta. April jamás lo había visto con el rostro bañado en lágrimas y la mirada triste. A ella le resultaba doloroso estar separada de él físicamente, pero no se atrevía a acercarse de nuevo.

»Hay más, April. Te he engañado. —El corazón de la chica de cabello castaño se detuvo. Se podría decir que April solo seguía respirando por inercia. Abrió los ojos, perpleja, negando con la cabeza. El mundo se había vuelto loco de remate. Ese no era Keanu, el que la reconfortaba cuando algo iba mal, quien podía hacerla feliz con una simple sonrisa...—. No soy ese tipo encantador que conoces. Hasta antes de llegar tú aquí, ese era yo: el que se drogaba ocasionalmente, bebía cada fin de semana, corría en carreras de coches y se follaba a una tras otra sin importarle cómo se llamaban.

A April se le heló el cuerpo tras escuchar todas aquellas cosas tan terribles. Keanu se odiaba a sí mismo, no podía culparlo por ello, después de la vida dura que llevaba. Dio un paso hacia él, pero alzó la mano para que se detuviera.

»Ahora viene lo peor. —April no podía pensar que hubiera algo peor que todo aquello, pero se paró en seco respetando sus palabras—. Ryan está metido en toda esta mierda, yo fui quien le introdujo en ese mundo».

April estaba preparada para cualquier cosa, para que le dijera que se seguía drogando o que la engañaba con otras mujeres, pero que él ayudara en la destrucción de su primo fue demasiado doloroso. Caminó hacia atrás y se apoyó en la baranda para no caerse. Él, mejor que nadie, sabía lo mucho que

luchaba ella por sacarlo de ese estado de furia perpetua en el que vivía, y al final era todo gracias a él. Keanu sintió que se le partía el corazón al ver el daño que le estaba haciendo a la persona que había confiado en él desde el primer momento. Y entonces supo que lo que tanto había temido había sucedido. Había perdido a April para siempre.



La vida, tal y como April la conocía, dejó de tener sentido en el momento en el que Keanu hizo su confesión. Se sentía atrapada entre el amor al chico que tenía delante y el deber con Ryan por sacarlo de esa espiral de odio, en la que Keanu había formado parte. Pensó en la vida que había llevado él, y las lágrimas vencieron derramándose por las mejillas. Todo había sucedido demasiado deprisa, April estaba hecha un lío, rodeada de tantos recuerdos bonitos con él que se mezclaban con los amargos de enfrentarse a Ryan, discutir con él... Cuántas veces habló con Keanu de la situación complicada de su primo y cuántas veces la consoló siendo uno de los culpables. Miró sus ojos brillantes y vio su confusión y el dolor que le estaba infligiendo. Le dolía el corazón por tantas cosas: por la dura vida de Keanu, por ocultarle que él fue quien ayudó a Ryan a hundirse más en la miseria, por ser esa persona horrible a la que no le importaban los sentimientos de las chicas con las que se acostaba... Keanu se retorció las manos nervioso, esperando que ella hablase, pero la paciencia no era una de sus pocas virtudes.

—Perdóname, April. —Con los ojos le suplicaba que lo perdonase, que el odio que crecía en su corazón no destruyera lo que habían construido día a día.

—No puedo creerlo. —Fueron las únicas palabras que brotaron de la boca de April, que seguía sumida en un caos de pensamientos. Con recelo, Keanu se acercó a ella, pero April echó un paso hacia atrás poniendo una barrera entre ambos. Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor mientras su corazón se partía en mil pedazos.

—No me odies, por favor. —Dio otro paso más hacia ella, y esta vez April no se movió, no podía hacerlo, aunque era lo más sensato. Se acercó a ella como si su vida no hubiese cambiado ni un ápice, como si su mundo no se hubiera resquebrajado partiéndose en dos, como si no hubiera traicionado su confianza—. Dime algo, por favor...

Entonces, fue cuando su cerebro volvió a conectarse a la realidad, a escasos metros de él. Lo empujó con todas sus fuerzas con ambas manos, y Keanu se tambaleó hacia atrás. Los ojos de April habían cambiado, ahora

solo expresaban rabia, su pecho subía y bajaba presa del enfado descomunal que sentía y el dolor que la estaba destrozando.

—¿Qué no te odie? ¿Cómo has podido? Eres... Yo... ¡no sé quién eres!  
—Tenía tantas cosas que decirle que las palabras se le quedaban atascadas en la garganta.

—April, por favor... Me dijiste que nunca me odiarías. —Keanu le recordó una conversación en la que ella, aún ignorante de todo aquello, le aseguró que nunca podría odiarlo. Estaba a años luz de aquel momento. Superada cómo se sentía, comenzó a alejarse de él, echó a correr lejos de la casa con las lágrimas resbalando por las mejillas. Keanu la llamó, pero no se detenía, ella deseó estar a millas de él y poder borrar los últimos cinco minutos. La agarró por el brazo, ella forcejeó y siguió corriendo hasta que se vio apresada entre sus brazos y tuvo que parar. Jadeante por la carrera necesitaba expulsar todo lo que la estaba haciendo sentir, lloraba sin control removiéndose inquieta.

—¡Suéltame! ¡No me vuelvas a tocar nunca más! —Keanu la dejó ir, pues acabaría haciéndose daño. Las emociones, que llevaba experimentando desde que empezó a hablar, lo sacudieron con tanta fuerza que explotó en llanto. Se removía el pelo, nervioso, sin saber qué hacer mientras sollozaba como un niño delante de ella.

—Por favor, April, no sabes cuántas veces quise convencer a Ryan para que saliera de ahí, pero no es fácil. Una vez que entras, Stan no te deja salir. Ry está decidido y desea hacer lo que sea para dejar ese infierno tanto como yo, por favor, créeme —le rogaba con tanta pena que el corazón de April se estremecía todavía más. Su rostro volvía a contorsionarse de la rabia. Ya no importaba que quisiera dejarlo, él mismo le había dicho que no era sencillo. No había solución ni salida posible.

Keanu respiraba entrecortadamente sin dejar de observar cada movimiento de April. Si le clavaban un cuchillo en la piel, le dolería mucho menos. Una luz se iluminó en su mente y se aferró a ella como si fuera el único hilo que le sostuviera al mundo. Recordó las palabras que le dedicó en la playa como regalo de cumpleaños, que le dieron fuerza para echar un pie adelante y seguir con el otro, y él, se agarró a ello. Después de todo lo que le había revelado, quizás el amor fuera suficiente para superarlo todo.

—April, recuerda las palabras de la playa, por favor: «¿Cómo ha podido un corazón como el tuyo amar a alguien como yo? Has abierto mis ojos, los abriste a un mundo nuevo». Tú me has descubierto una vida diferente, me has

dado esperanza para poder ser libre de toda esa mierda, poder ser simplemente yo... —La voz se le rompió, con el dorso de la mano se enjugó las lágrimas que le humedecían la cara, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para continuar—: Te juro que lo he intentado, he tratado de ser la persona que te mereces; honesto, buena persona, un tipo legal... pero no lo soy. Sigo siendo el mismo cabrón de siempre, estoy jodido, roto por dentro y perdido; y aun así, te necesito. Sin ti ya no soy nada... —Suspiró tragando saliva, cerró los ojos conteniendo el llanto. Volvió a abrirlos y agarró la cara de April entre sus manos, que seguía estupefacta tras las últimas palabras que le declaró con toda rotundidad.

»Jamás me he enamorado, April, tú has sido la primera a la que le he dicho «Te quiero», pero es más que eso. Estás tan dentro de mí —dijo tocándose el pecho donde estaba el corazón—, joder, estás en mi puta piel, en cada jodido pensamiento que cruza mi mente. Tengo tanto miedo... me provocas sentimientos de los que me he reído toda la vida. Nadie me ha querido nunca y que tú lo hagas es... es demasiado abrumador, pero está ahí, y es real. No merezco pedirte nada, lo sé, pero joder, te quiero, April. Sé que soy egoísta, pero tú eres mi brújula. Solo te pido que me quieras, que me hagas tuyo por completo, que puedas perdonarme y no me odies».

April deseó rendirse ante los mismos sentimientos que ella compartía, arrojarse a sus brazos y decirle que lo quería y que podrían superar juntos cualquier adversidad. Por desgracia, la traición pesaba más. El nudo en la garganta le impedía respirar con normalidad, con el corazón encogido notó que las lágrimas escapaban de sus ojos de nuevo y se apartó de él, negando con la cabeza antes de echar a correr de vuelta a casa.

Maeve se asustó al sentir un cuerpo acurrucado junto a ella temblando. April se tapaba la mano tratando de ocultar los hipidos que salían de su boca. Con el corazón destrozado y el alma pisoteada no tenía consuelo. Maeve le preguntó un par de veces qué le sucedía, pero al ver que ella era incapaz de articular palabra, simplemente la abrazó acariciándole el cabello que descansaba sobre la almohada. Se durmió llorando en brazos de su mejor amiga, mientras, a millas de allí, Keanu ahogaba sus penas en alcohol. Sebastian no se había movido de su lado desde que llegó al bar dando golpes y pegándose con todo aquel que se pusiera en su camino.

—Vamos, tío, deja de beber de una puta vez. —Su amigo trató de quitarle la copa que sujetaba Keanu entre las manos, pero lo único que

consiguió fue derramar el contenido sobre la barra.

—¡Joder! ¡Ya lo has echado a perder! Ahora tendré que pedirme otra — gruñó entre dientes llamando a la camarera. Sebastian le hizo una señal a la chica para que no le sirviera más, pero solo consiguió que su amigo se cabreara aún más exigiendo otra copa al instante. La camarera, algo cansada de atender a borrachos, se la puso y se marchó a servir a otros clientes. Menos mal que los conocían en el local, pues de otra manera ya los habrían echado a patadas. Keanu apuró la copa de un trago y, por novena vez, se dijo que no era buena opción para April, no se merecía a alguien tan roto como él, sino a alguien legal y honesto. Deseaba con todo su ser haber sido esa persona que ella necesitaba, pero no lo era por mucho que quisiera. El dolor agudo del pecho volvió a machacarle, el alcohol ya no era suficiente. No le nublaban los sentidos como antes, no le hacía olvidar ni lo aliviaba. Necesitaba algo más fuerte. Se levantó tambaleándose del taburete y, tras forcejear con Sebastian que insistía en acompañarlo, le estrelló un puñetazo en toda la cara. Un instante de cordura le hizo saber que había cruzado la línea, pero antes de arrepentirse salió disparado de allí en busca de algo que calmara su dolor de una puta vez.

Keanu se levantó de la cama mareado, extendió los brazos para centrarse, pero tuvo que sentarse de nuevo. La cabeza le daba vueltas y sintió las náuseas ascendiendo por el esófago. Se tapó la boca con la mano reprimiendo las ganas de vomitar sin poder lograrlo, pues acabó en el baño echando parte de toda la droga y el alcohol que había tomado la noche anterior. Durante un corto período de tiempo su vida se evaporó y se olvidó de toda la mierda que le rodeaba y lo asfixiaba. Lo único que lo mantenía a flote, en toda esa vorágine, era April, y estaba seguro de haberla perdido. Keanu no se consideraba un adicto a la cocaína, aunque Stan hubiera deseado convertirlo en uno para que fuera su marioneta y así poder controlarlo. Solo cuando su vida se había ido totalmente a pique en un par de ocasiones y necesitaba escapar de todo, consumía la que el mismo Stan le ofrecía.

Se lavó la cara y, avergonzado, se miró al espejo. Tras secarse con la toalla, volvió a sentir que la rabia se apoderaba de él, golpeó el espejo del baño, no soportaba ver su imagen reflejada allí: el perdedor del que Stella siempre se reía, el fracasado que no salía adelante... No tenía ni idea cómo iba a afrontar la situación, pero de lo que estaba seguro era que su vida estaba a punto de cambiar, y no, precisamente, para bien.

—Anoche fue movidita, ¿verdad? —La que era su madre adoptiva y lo odiaba a muerte bebía de una botella de *whisky* a las ocho de la mañana, algo natural en ella. Apoyada en el marco de la puerta lo miraba con burla como siempre hacía. Keanu ignoró el comentario y se puso una camiseta gris. Cogió la chaqueta y salió de la habitación sin importarle apartarla con un empujón. Agarró las llaves de la moto, pero no encontraba el casco. Quizá lo habría dejado en el bar, no recordaba nada desde que salió de allí—. Mírate, das asco. ¿Me trajiste el dinero que le pedí a Stan? —Él siguió ignorándola mientras buscaba el casco por el salón—. ¡Contéstame!

Keanu cerró los ojos y se tocó las sienes sintiendo que le explotaba la cabeza. La fulminó con la mirada apretando los puños con fuerza. No iba a ceder a sus provocaciones, jugó con las llaves en la mano y, sin dirigirle la palabra, puso el dinero en la mesa y se marchó.

—Tienes que levantarte, tus padres notarán que algo sucede. —Maeve se vestía aún en la oscuridad de la habitación mientras April seguía en posición fetal en la cama. Sabía que su amiga tenía razón, le pesaba tanto el corazón que solo quería esconderse bajo las sábanas, a pesar de todo. A regañadientes se levantó, se vistió y se lavó la cara hinchada de tanto llorar. Maeve la abrazó por detrás reconfortándola un poco, pero se separó pronto o empezaría de nuevo a llorar. Bajaron a desayunar con Maeve empezando y acabando una conversación tras otra para que no notasen que April estaba en semejante estado. Esta hizo un esfuerzo descomunal, pero en cuanto terminó se subió a la camioneta con Maeve camino al centro del pueblo.

Llegaron al café de Emma, aunque la camarera aún no había llegado. La esperaron en una de las mesas mientras Maeve se tomaba el segundo café de la mañana. Keanu entró con un aspecto lamentable y la mirada perdida. Se quitó las gafas de sol encontrándose con los ojos tristes de April, verla tan desolada le rompía el corazón, pero tenía que hablar con ella, zanjar la conversación que se quedó en el aire antes de su huida.

—Maeve, ¿te importaría dejarnos a solas un momento? —le preguntó Keanu sin apartar los ojos de una April demacrada, con los ojos y la nariz hinchados. La chica miró a su amiga, que asintió con la cabeza sin mirar a Keanu. Cuando se sentó frente a ella, volvió a mirarlo y sintió cuanto le dolía —. ¿Cómo estás?

—No mejor que tú, tienes un aspecto horrible —dijo April con el estómago encogido.

—Gracias. Ayer, no pretendía soltarte todo de golpe, pero me salió así. —Se rascaba la cabeza sin atreverse a mirarla de nuevo.

—¿Y ahora qué esperas que suceda, Keanu? ¿Qué volvamos a nuestra vida de siempre y olvidemos que eres uno de los culpables de la vida que lleva Ryan? ¿Crees que puedo olvidar que tú lo metiste en toda esa mierda? —Los ojos de April se tornaron inexpresivos haciendo un agujero en el corazón de Keanu. Confundido y dolido, quiso acariciarle la mano que descansaba sobre la mesa, pero ella la retiró.

—April, te quiero...

—¿Y con eso es suficiente? —Ella lo miró en silencio unos segundos que parecieron una eternidad para el guitarrista—. ¿Sabes eso que se dice: «El amor no es suficiente»? Nunca creí que pudiera ser verdad, siempre he sido ultradefensora del amor, porque si hay amor todo se puede superar, pero me he dado cuenta de que eso no es cierto. —La mirada glacial de April

albergaba mucho dolor y rabia. Keanu tuvo que apartar los ojos de ella para poder seguir respirando.

—April, podemos solucionarlo, te lo prometo. —Ella ahogó una risa socarrona y negó con la cabeza. Estaba claro, era el fin.

—No hay nada que solucionar, me duele más que a ti. —Cerró los ojos reteniendo los sollozos—. Tú me has engañado, has metido en asuntos turbios a mi primo, ¡cuando sabías perfectamente que yo estaba luchando porque volviera a ser el de siempre! —April estalló ante tanto cinismo y se dio cuenta de que su amor por Keanu no conseguía superar al resto. Se aferró a la mesa acompasando la agitada respiración. Maeve la miraba desde la barra, dispuesta a saltar en cualquier momento, pero aún podía dominar la situación, no podía meterse entre ellos dos—. Ni siquiera te podrías imaginar el daño que me has hecho. Anoche tuve tiempo de pensar mientras me despertaba entre lágrimas, y no soy capaz de perdonarte, Keanu, no ahora. Se acabó. —Abandonó la cafetería con las lágrimas mojándole las mejillas. Maeve hizo ademán de seguirla hasta que se dio cuenta de que aún no había acabado la conversación con él, quien salió tras ella con el rostro compungido. La alcanzó a escasos metros de allí, pero April se alejó de él como si fuera el mismísimo demonio.

—¡De puta madre, April! ¿Este es el amor tan grande que me tienes? ¿No puedes perdonarme o es que te avergüenzas de mí?

—¿De qué demonios estás hablando, Keanu? No me avergüenzo de ti, de lo que has sufrido, pero sí me avergüenzo de ese Keanu al que no conozco, que se droga, que bebe sin fin, que se fo...

—¡Dilo! ¡Vamos dilo, April! No es difícil, ¡que se folla a todas las que se le ponen a tiro! —April cerró los ojos sintiendo asco de sus palabras.

—Y, sobre todo, no soporto que hayas sido tan cabrón para meter a un chico más pequeño que tú en toda esa vida *de mierda*. —Oyó a April decir un taco y eso lo impresionó. No era una chica que soliera utilizarlos, ni que se descontrolara de aquella forma, pero no era para menos, después de todo lo que tenía que asimilar.

—Ese ha sido el problema todo el tiempo —le respondió con una risa maquiavélica brotando de su garganta. Le sostuvo la mirada y entonces, lo vio claramente. Debía rendirse a la verdad por mucho que le estuviera destrozando por dentro—. ¡Ese siempre he sido yo! Lo he mantenido muy alejado de ti para que no me odieras, como lo haces ahora mismo. Hubo un momento en el que pensé que podía salir de esta vida infernal, ser otra

persona, pero la gente no cambia, ¿verdad? ¿Es eso lo que me quieres decir? —El corazón de April se encogió de dolor—. ¡Respóndeme! —Dio un respingo asustada al ver en el rostro de Keanu furia, dolor, era la imagen de alguien completamente roto y perdido.

—No sé quién eres... Tú no eres esta persona, no te comportas así. No quiero que te acerques a Ryan ni a mí, nunca más; pero sobre todo olvídate de que existo. No puedo Keanu, no puedo... —April divisó a Emma a lo lejos y corrió hacia ella chocándose con varios transeúntes, que murmuraron quejas por los empujones. Se arrojó a los brazos de Emma que la miraba con preocupación, frunciendo el ceño y observando a un cabizbajo Keanu en la puerta del café. Permanecieron unos segundos abrazadas hasta que el ruido ensordecedor de unas ruedas en el asfalto les hizo girarse para ver cómo Keanu salía disparado, con la moto a toda velocidad, mientras que el corazón de April salía de su cuerpo convirtiéndose en un despojo humano.

Emma la llevó dentro de la cafetería y fueron junto con Maeve a la cocina. Se sentaron en un rinconcito alejadas de los oídos del cocinero y de la otra camarera. April le explicó lo que había sucedido, aunque ella ya lo sabía todo. La camarera trató de calmarla pidiéndola que hablase con Ryan para poder encontrar una solución a aquella situación desastrosa. Emma tenía que comenzar el turno, así que Maeve y ella fueron a dar un paseo que acabó en la playa casi sin darse cuenta. Se sentaron en la arena viendo pasar a gente que disfrutaba de las vacaciones de Navidad. April, encogida de rodillas, aún temblaba al recordar todo lo que le había dicho Keanu. Parecía una pesadilla de la que no se despertaba.

—Quizá deberías volver a casa con nosotros —musitó Maeve mientras jugaba a hacer figuras en la arena. April miró a Maeve, fugazmente, antes de posar su mirada sobre el mar.

—Vine aquí por Ryan y no me iré hasta asegurarme que está bien, a salvo. —Respiró hondo varias veces centrándose en el murmullo de las olas, pero eso ya no la tranquilizaba. Ella sabía perfectamente qué lo hacía, y era Keanu.

—Entonces habla con él como te ha aconsejado Emma. Entiendo que es tu primo pequeño, pero joder es un hombre y, por mucho que Keanu le incitara, se metió él solito en todo ese embrollo. —Cansada de hablar del tema, se descalzó y fue hasta la orilla para mojarse los pies. Escuchar el sonido del mar no la calmaba, si lo tocaba, quizá podría sentirse mejor. Permitted que las olas acariciaran sus pies suavemente. Maeve le dio unos



minutos a solas hasta que la acompañó, quejándose de que se le había metido arena hasta en el culo, y es que, a pesar de vivir en un pueblo pesquero, no le gustaba nada la playa.

A la hora de comer pararon por el taller de Lou a recoger a su tía, ya que llevaban su coche. April se quedó en su interior, no quería encontrarse con él, aunque dudaba que estuviera allí. Aferrada al volante, el corazón le iba a mil por hora temiendo que apareciese en algún momento. Sebastian salió del taller con un casco de moto en la mano. Se acercó a la camioneta y saludó a April apoyándose en la ventanilla.

—Hola, princesa, ¿todo bien? —Ella fingió una sonrisa fijando la vista en el casco, que era de Keanu—. Se dejó anoche esto en el bar. No sé qué coño ha pasado exactamente entre vosotros, pero ayer estaba hecho una piltrafa y murmuraba cosas sin sentido. Por lo que lo conozco, supongo que acabó la noche de mala manera.

—Nada va bien. —Los ojos brillantes la delataron antes de sentir cómo una lágrima rodaba por su mejilla—. Nada. —Sebastian agarró el brazo de ella, apoyado a través de la ventanilla, y le sonrió antes de guiñarle un ojo.

—Todo saldrá bien, no es el final, April. Si me permites un consejo, no lo des por perdido, no te rindas. Keanu es un tío complicado, un cabrón, no te lo voy a negar, pero es un buen tipo. Imagino que te ha contado todo, lo que ha sido su vida, en lo que sigue metido... No es sencillo, aunque debo reconocer que desde que llegaste, ha cambiado. Has sido un bálsamo ante tanto dolor. —April quiso interrumpirlo, pero él le puso un dedo en los labios negando con la cabeza—. Puedo entender el exceso de información que embota tu mente, que no entiendes nada, que te sientas decepcionada... Solo te pido que trates de entenderlo y lo pienses bien. Sé cuánto lo quieres, eso se ve. ¿Merece la pena sufrir?

—Vaya, jamás hubiera dicho que eres uno de esos tíos que habla de sentimientos. Mucho debes quererlo —bromeó ella quitando hierro al asunto, aunque sus palabras hicieron mella en ella. Estaba tan confundida y angustiada que no sabía que más decir. Sebastian le sonrió y le dio un beso en la mejilla. Maeve regresó, y el cantante de Sweet Iron, volvió al taller.

Comieron en casa, solas, pues sus padres se marcharon a pasar el día a San

Diego, donde Sam y Anita se habían criado. Quería recordar viejos tiempos y pasear por los lugares de su infancia junto a Eva. April agradeció que no estuvieran en casa, así no tendría que fingir que estaba bien. Ryan llegó después de comer. Maeve comprendió que tenían que hablar a juzgar por la mirada del primo de April. Cogió su bolso y se encaminó al autobús a hacer una visita que tenía pendiente.

—¿Qué ha pasado con Keanu? —quiso saber, sentado en los escalones del porche. April se balanceaba en la mecedora que tanto le gustaba con las piernas encogidas sobre el pecho.

—Si me lo preguntas es que ya debes saberlo —le dijo ella bastante cabreada con él.

—Estás cometiendo un error. Keanu me ha ayudado mucho, a su manera, pero lo ha hecho. Yo, solo, me metí sin que nadie me obligara, no veía otra salida en ese momento, April. —Miraba al horizonte viendo cómo el atardecer teñía con sus colores cálidos la tarde invernal.

—¿Cómo fuiste tan imbécil para dejarte meter en esas cosas? ¡Por Dios, Ryan, te juegas la vida! No me digas que tú también has probado las drogas, déjame creer que aún puedo hacer algo —le rogó April con la voz quebrada por la impotencia de no haber sabido ver antes lo que estaba sucediendo.

—Mejor será que no sepas qué he hecho y qué he dejado de hacer. —Se levantó y fue hasta ella. Se agachó para estar a la altura de sus ojos y con el dorso de la mano rozó su mejilla—. Ya has hecho mucho por mí. Estoy decidido a abandonarlo todo, pero lleva su tiempo. Lo que no puedo permitir es que dejes a Keanu por mí. Yo soy responsable de mis actos, April. Además, no hay más que miraros para ver el amor que existe entre vosotros. ¿Estás dispuesta a vivir con ese agujero en el pecho? Porque duele como mil demonios, créeme, lo sé. —Ryan contuvo el aire pensando en su propia situación—. ¿Vas a dejar que Stan te arrebatte eso? Que le jodan, April. —Suspiró exhalando el aire que parecía llevar retenido en los pulmones desde que habló con Keanu por la mañana. Estaba confundida por sus sentimientos contradictorios, el «querer y el deber» se debatían en su mente en una lucha encarnizada. No tenía la más remota idea de qué hacer, solamente sabía que si vivía sin Keanu, iba a ser más difícil de lo que pensaba.

La semana transcurrió sin pena ni gloria para April que parecía un fantasma. No volvió a saber nada de Keanu desde que lo vio marcharse en su moto a toda velocidad. Emma trató de convencerla para que hablasen de nuevo, Maeve la vio quedarse dormida llorando durante días, pero ninguna se puso en contacto con él. April se lo prohibió, necesitaba ese espacio que el tiempo le daría. Disimuló todo lo que pudo en casa para que sus padres no notasen nada, aunque era realmente difícil. Esquivó las miradas de su padre y las preguntas de su madre. Evitó también ir al taller a pesar de que su tía le pidió ayuda en reiteradas ocasiones. Tenía que ir de compras, ir a patinar con las chicas, cocinar con su madre... Estas eran las excusas, que se caían por su propio peso, aunque Anita le concedió el beneficio de la duda y no le preguntó nada. Ya encontraría el momento oportuno.

La Nochevieja se acercaba, y a diferencia de las tradiciones españolas, allí se acostumbraba a salir a cenar y disfrutar con amigos esa noche. April sintió un gran alivio cuando Emma le dijo que fueran a su casa a cenar, y después saldrían de fiesta. Podría estar a salvo de las miradas inquisitivas de su familia y si deseaba llorar, podría hacerlo sin problema. Maeve casi tuvo que rogarle que se arreglara para disfrutar de la última noche del año, una noche que era igual a todas las demás para ella. April se sentía en parte decepcionada, pues Keanu no había vuelto a buscarla para rogarle, pero ella se lo dejó claro. Estaba confusa y dolida; sus pensamientos se mezclaban sumiéndola en un mar de dudas. Anita y sus padres cenarían en casa de Lou con otros amigos mientras ellas estarían en casa de Emma. Se despidieron felicitándose ya el año nuevo antes de subirse a la camioneta para marcharse.

Maeve y Emma no dejaron de contar chistes, poner música, arrastrarla a bailar e incitarla a que comiese algo, pero fue inútil. April tenía el estómago cerrado, apenas probó bocado. El timbre de la puerta fue el resorte necesario para que Emma y Maeve saltasen de sus sillas a abrir con gran ímpetu. Por esa misma puerta, aparecieron Sebastian y Dean con sus sonrisas deslumbrantes y su aspecto habitual. Ella tuvo que ponerse una blusa color mostaza y unos pantalones cortos con las botas a juego en negro. Menos mal

que pudo escaparse antes de que le tocaran el pelo para hacer algún tipo de peinado. Le encantaba llevarlo suelto y poder manejarlo pasándolo de un hombro a otro dejando algunos mechones por detrás de la oreja.

—¿Esto es un funeral? —comentó Sebastian mirando a April que le echó una media sonrisa—. Tío, vámonos antes de que nos pasen su mal rollo —dijo a Dean girándose hacia él. Su amigo se rio y se sentó junto a April, le dio un suave beso en la cabeza y le pasó el brazo por el hombro. Ella, que se sentía agusto con los chicos del grupo tanto como con las chicas, se apoyó en su hombro.

—¿Preparadas para la fiesta? —les preguntó Dean provocando que April se incorporara frunciendo los labios en una línea. Emma fue por el bolso mientras Maeve cogía la chaqueta. Entonces April recordó a qué fiesta se referían. Hacía unas semanas Keanu había hablado con los chicos para ir a una fiesta que daban en uno de los bares del pueblo. Allí la gente bailarían, beberían y se besarían al dar las doce de la noche, como era tradición.

—No quiero ir. Keanu quería que fuéramos. No quiero verlo. —Se hizo un absoluto silencio en la habitación que extrañó a la chica—. ¿Qué pasa? ¿Por qué os miráis entre vosotros así?

—Puedes ir tranquila, no vas a verlo —dijo Dean—. Keanu se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? —Ahora sí que se había terminado, con su marcha acabó llevándose lo poco que le quedaba de corazón a April. El agujero al que hizo referencia su primo Ryan en una de sus conversaciones se hizo más grande.

—Se fue ayer, nos dijo que se estaba ahogando aquí. Pero no creo que tarde en regresar, en cuanto Stan lo necesite, volverá. Está condenado —comentó Sebastian mientras bebía de la lata de cerveza que le había ofrecido Maeve.

—¿Cómo es que nadie me ha dicho nada? ¡¿Adónde se ha ido, Dean?! —April estalló fuera de sí. Se dio cuenta de que jamás podría dejar de amarlo, de necesitarlo, él también se había quedado pegado a su piel y lo necesitaba como respirar. Se había marchado para tomar otro camino, ya no vería su sonrisa derretir su corazón, no sentiría la calma y la paz en sus brazos frente al mar, no irían a hacer surf tirándose uno al otro de la tabla, ni volvería a besarlo sintiendo cómo el mundo desaparecía bajo sus pies. Maeve se acercó a ella sosteniéndola por los hombros.

—April, él no quiso que te dijeran nada. Volverá, seguro. —Pero ella no

quería que volviese, deseaba poder regresar a ese momento en el que todo era perfecto, en el que no había secretos, traiciones, engaños ni sufrimiento. Asintió mientras se acostumbraba al vacío que había dejado en su corazón. Le daba igual ir a la fiesta, volver a casa o quedarse allí mismo. Sentía el agujero del pecho en cada respiración que daba como un dolor punzante. Emma y Maeve tiraron de ella y la llevaron a la fiesta donde harían lo posible para que olvidase, un poco, la pena que la consumía.

April jamás había sentido lo que era una resaca hasta aquella mañana en la que se despertó con el estómago revuelto. Maeve parecía estar muy despejada a pesar de haber bebido tanto como ella, con la salvedad de que ella por el contrario sí que se había emborrachado varias veces. A ella, sin embargo, nunca le gustó el sabor de las bebidas alcohólicas tan fuerte que le quemaba el esófago, pero necesitaba olvidar por un rato. No se le ocurrió otra cosa que mezclar cervezas con *whisky*. Sintió tal euforia que se desmelenó literalmente: bailó dando tumbos con la cabeza, se subió a uno de los altavoces e incluso se dejó manosear por un par de chicos hasta que Dean y Sebastian les pusieron las pilas. Apenas consiguieron disfrutar de la fiesta, ya que tuvieron que hacer de guardaespaldas de las chicas. No fue April la única que se desinhibió gracias al alcohol, Maeve y Emma también fueron difíciles de controlar. April no escuchó salir más palabrotas en una sola frase como en la fiesta. Lo peor llegó al dar las doce de la noche cuando hicieron la cuenta regresiva y las parejas se besaron. Emma desapareció en ese momento, mientras que Maeve agarró a un desconocido para darle la bienvenida al año. April pensó en hacer lo mismo, pero el recuerdo de los labios de Keanu fue demasiado y no pudo hacerlo.

El estómago de April era un vaivén hasta que este la obligó a vaciarlo todo en el baño. Maeve le sujetó la cabeza mientras vomitaba y se quejaba, entre murmullos, de lo mal que se encontraba. Afortunadamente Anita y sus padres no se habían despertado aún, así que no escucharon las arcadas ni el ruido de April al echar hasta la primera papilla, como se solía decir.

—Joder, April, si sé que ibas a ponerte así, no te dejo beber. —Después de lavarse los dientes por cuarta vez tras vomitar, se sentó de nuevo en la cama sintiendo cómo miles de obreros martilleaban en su cerebro. Maeve la arrastró hasta la cocina donde le preparó un caldo de pollo, que tampoco consiguió retener en su estómago, y después salieron al porche a disfrutar del silencio que aún reinaba en el vecindario.

—¿Hice mucho el ridículo ayer? —murmuró April entre dientes,

masajeándose las sienes.

—Depende de cómo lo veas. Si lo dices porque fue la primera vez que te emborrachabas y te pusiste como una cuba bailando cual bailarina de los siete velos, subiéndote a la barra y magreándote con todos los tíos del bar, entonces un poquito sí. —April escondió la cara entre las manos sin reconocerse en aquella imagen que describía su mejor amiga, que se reía sin parar.

—Dean y Sebastian deben estar que trinan.

—Que les den, era nuestra primera Nochevieja fuera de casa y había que disfrutarla, además de mis últimos días aquí —Maeve lo dijo con un halo de tristeza y melancolía. Había disfrutado tanto aquellos días junto a April, había conocido a gente maravillosa de la que tendría que separarse, y a su amiga no le iba a resultar nada fácil estar lejos de él después de todo.

—Me da tanta pena que te vayas, te necesito más que nunca, Maeve. — Su voz se convirtió en un susurro. Tras la enorme ingesta de alcohol y la mayor locura que había cometido hasta el momento, la realidad la golpeó como un mazazo.

—A mí también, pero sabes que debo regresar. Tienes a Emma que es una chica estupenda. Por cierto, no recuerdo haberla visto desde antes de sonar las doce, ¿o es que lo que ocurrió después se ha borrado de mi mente? —April pensó un instante y reaccionó igual que ella, riéndose, sospechando dónde estaría.

Cerca del mediodía, Ryan regresó a casa más taciturno de lo habitual pero tranquilo. April no le hizo preguntas ni el resto de la familia, pues quien evita la ocasión, evita el peligro. Por la tarde, Sam llegó a casa con una camioneta GMC Sierra Denali 1500 2014 negra de la que se bajó jugueteando con las llaves. Todos los que estaban en el interior de la casa salieron al sonido del claxon quedándose impactados. Anita no salía de su asombro, Sam se acercó a ella y le entregó las llaves.

—No ha llegado antes por problemas en el transporte, pero Santa Claus me dijo que te lo enviaba para que jubilases esa lata a la que llamas *coche*, — Eva, April y Maeve sonreían ante la estampa de los hermanos. Anita se abrazó a su hermano con los ojos humedecidos diciéndole que no podía permitirle tal regalo. Sam la animó a subirse a su nuevo coche mientras le hablaba maravillas de él—: El punto culminante de la GMC Sierra Denali

1500 2014 son las llantas de aleación de veinte pulgadas y la enorme parrilla cromada. Dispone de luz diurna con LED y punta de escape cromada. En el interior, cuenta con una pantalla multimedia de ocho pulgadas, cubre zócalos Denali, volante de cuero, asientos delanteros con calefacción, sistema de entretenimiento para el asiento trasero y techo corredizo eléctrico —le contaba Sam a su hermana como si fuera el vendedor del coche y estuvieran en el concesionario. Anita estaba abrumada ante tanta sofisticación y no sabía qué responder—. La transmisión es automática de seis velocidades en ambas versiones, mientras que la tracción 4×4 es opcional.

—Me lo quedo únicamente porque tu hija tiene que viajar en él para ir a la facultad. —April se rio al oír eso y bajó las escaleras del porche yendo hacia ellos. Se subió en el asiento del copiloto y admiró cada detalle del interior del enorme coche. Acabaron dando vueltas al vecindario probando las distintas velocidades y alardeando de semejante regalo que Santa Claus les hizo.

Al día siguiente, llegó el momento de la despedida. Eva no quería dejar a su hija y mucho menos tras verla inmersa en esa tristeza en los últimos días en los que no se nombraba a Keanu en ningún momento. April les había dicho que se había marchado del pueblo unos días, y que pronto volvería. Trataba de sonreír al hablar de él, pero el dolor era tan intenso que no le permitía continuar con la fingida sonrisa mucho tiempo.

—Cariño, ¿estás segura de que todo va bien? Siempre hemos podido hablar de todo —su madre le pidió, por última vez, que le contara a qué venía el carácter reservado y melancólico de los últimos días. April no quiso que se fuera preocupada, así que la abrazó y, al separarse, la calmó.

—Solamente es que os voy a echar mucho de menos después de estos días juntos.

—¿Y Keanu? —Escuchar su nombre todavía le provocaba un vuelco en el estómago.

—Está bien, se ha tenido que ir unos días, pero mañana vuelve —mintió ella para que no le preguntase nada más, pues estaba sintiendo que le flaqueaban las fuerzas y, si seguía con las preguntas, acabaría contándole todo. Sam las envolvió en un gran abrazo y, tras separarse de ellas, le dio un tímido beso en la nariz a su hija. April le sonrió y se lanzó a sus brazos apretándose fuerte contra su pecho.

—Espero que ese chico no te haga sufrir o se las verá conmigo. —April comenzó a temblar, pero contarles a sus padres todo lo sucedido con Keanu no era ni por asomo una opción viable. Se separó de él, y con lágrimas en los ojos, le sonrió. Maeve llamó la atención de su amiga, y ambas se fundieron en otro abrazo aún más intenso.

—No me digas que voy a encontrarme alguna foto de la gran borrachera en *Instagram* o te mataré —bromeó April aliviando la tensión del momento. A Maeve, con lágrimas en los ojos también, se le escapó una risotada y le sacó la lengua. April frunció el ceño, pues ni siquiera cuando se despidieron en España estuvo tan triste.

—Estos días aquí han sido los mejores de mi vida. —Se detuvo para recuperar la respiración ahogada entre el llanto—. Sabes que te digo que siempre hay que buscarle el lado positivo a las cosas, pero hoy me cuesta mucho creerlo. —April comenzaba a sospechar que algo estaba ocurriéndole a su amiga, la dejaría acabar antes de preguntarle nada. Maeve se sorbió la nariz un par de veces y acariciando la pulsera donde llevaba el nombre de su mejor amiga, continuó entre sollozos—: Tenemos que recordar que todo pasa por algo, sé valiente, April. Deja que el tiempo ponga las cosas en su lugar. —Volvió a abrazarla, un solo segundo, antes de salir disparada al taxi que les llevaría de vuelta al aeropuerto. Quedaron en que no les acercarían ellos mismos por expreso deseo de sus padres, aunque se estaba arrepintiendo de ello. No solo perdía el amor de Keanu, sus padres y su mejor amiga volvían a salir de su vida alejándose millas de ella, donde ellos nada podrían hacer para que volviese a sonreír.

Anita regresó al trabajo en el taller, esta vez acompañada de Ryan. Volvía a trabajar en el taller de manera continuada, estaba más amable e incluso sonreía. Sam se había ido con la certeza de ser él y sus conversaciones lo que le habían ayudado a cambiar. Sin embargo, April sospechaba que tenía más que ver con una chica de melena castaña y ojos verdes. Ella, por su parte, ordenó la habitación, hizo *muffins* de chocolate que le encantaban a su tía y leyó los libros que le regalaron por Navidad.

Anita la llamó pidiéndole una carpeta que se había dejado con presupuestos en la cocina y se la acercó. Sería la primera vez que entrara al taller sin estar Keanu en su interior. Inspiró profundamente desterrando esos pensamientos que le partían el alma. Alejaba todo pensamiento relacionado



con él distrayéndose con otra cosa cuando él cruzaba su mente. Antes de entrar, una mujer casi se la llevó por delante. Se le cayó la carpeta al suelo y, cuando quiso llamarle la atención, se quedó paralizada. Angie estaba frente a ella con una sonrisa triunfadora. Eso solo podía significar una cosa...

—¿En serio, tío? ¿Te la has vuelto a follar? —La voz de Sebastian irrumpió alzándose sobre el ruido de los chicos trabajando, y la música de fondo que salía de la radio. April se quedó mirando a Sebastian que fijó su vista en ella tras decir aquellas palabras. Keanu, justo enfrente de él, giró la cabeza encontrándose con la chica. Ella le sostuvo la mirada sin moverse del sitio. El corazón de April terminó por despedazarse, era el último toque que necesitaba para no volver a sentir nunca más. Dio un paso temblando seguido de otro y entró en el despacho de su tía. Fingiendo que estaba bien, le dijo que tenía prisa. Salió corriendo del despacho, cruzó el taller a trompicones sin mirar a nadie y corrió llorando, desconsolada, sin rumbo fijo.

El amoníaco corroyendo la piel sería menos doloroso. Keanu no podía borrar de su mente la imagen de April con la incredulidad y la decepción tiñendo su rostro, lo miraba desde el umbral de la puerta del taller sin poder creer lo que Sebastian había dicho. Estaba superado por la situación, agotado de luchar, de ir a contracorriente. Llevaba años viviendo una pesadilla, pero los últimos meses junto a April pensó que podría despertarse y tener una vida junto a ella. Keanu fue incapaz de reaccionar cuando la vio en la puerta del taller, simplemente vio cómo entraba en el despacho de Anita para salir huyendo inmediatamente. No la culpaba; si él hubiera escuchado lo mismo sobre ella, habría reaccionado incluso peor. Habría buscado al hijo de puta y lo habría machacado a golpes. Él había actuado como siempre, aferrándose a la única persona que siempre estaba ahí para él, Angie. Por suerte, la chica se había conformado con un par de abrazos y poco más que unos besos. Dios, hasta besarla le provocaba repulsión. ¿Qué coño hacía con ella?

—Se rumorea que te ha dejado la *zorrita* esa con pinta de colegiala con la que salías. ¿Qué se siente? —Keanu la miró, confuso, a la vez que sentía furia al escuchar cómo hablaba de April—. ¿Qué se siente cuando pierdes aquello que más amas, por lo que te levantas cada día?

—Déjame en paz —Keanu reaccionó al oír sus palabras cargadas de veneno. Sin embargo, la pregunta que le hizo fue como recibir un golpe, el dolor lo estremeció de arriba abajo.

—Vete con los fracasados esos, con los que crees que haces música —le dijo su madrastra con odio sabiendo que ese comentario era uno de los que más le dolían.

Keanu no pudo más y se enfrentó a ella. Él no era un maltratador como lo fue ella durante toda su vida, pero la agarró por el brazo apretándoselo con fuerza. La rabia destilaba a través de cada poro de su piel.

—No te consiento que hables así de ellos, son mi familia. Los que siempre han estado ahí para mí, me han levantado cuando lo he necesitado y me han querido, como se suponía que tú debías hacerlo. —Stella forcejeaba tratando de zafarse del agarre de Keanu, pero ya era más fuerte que ella y no

podía librarse de él. Gritaba como una loca apestandole con su aliento a vodka. No merecía la pena tras observar en qué se había convertido aquella mujer que una vez fue su madre, la soltó con desprecio y salió dirección al local donde se reunía con sus amigos.

April no volvió al bar desde que se topó con Angie en la puerta del taller de Lou antes de enterarse que había vuelto con Keanu. Emma iba cada día a su casa tras acabar el turno para sacarla de casa, pero apenas salía. Ryan también intentaba animarla, le preguntaba sobre sus estudios e incluso estaba dispuesto a llevarla a la playa. Todo era en vano, ella permanecía en silencio, sin expresar qué rondaba por su mente. Una noche, Emma fue a recogerla y no aceptó un no por respuesta.

—Mueve el culo, vístete y vámonos.

—No me apetece, Emma. —Ni siquiera eran las ocho de la tarde y ya estaba en pijama. Recluida en su habitación no dejaba de ver películas románticas y lacrimógenas.

—Si sigues así, te vas a deshidratar y, cariño, no merece la pena. — Emma fue hasta el armario de su amiga, movió varias perchas observando la ropa hasta que descolgó un par de prendas—. Vamos, levanta. Vete a la ducha, y cuando salgas, te pones esto. ¡April, ya! —ella bufó resignada e hizo lo que le dijo. Media hora más tarde salían de casa junto con Ryan que se ofreció a llevarlas. April no quería encontrarse con Keanu, pero sabía que sería inevitable.

April recordó de nuevo cómo el abismo se abrió a sus pies cuando escuchó la frase de Sebastian y vio a Angie saliendo del taller. Durante unos segundos permaneció inmóvil, sin poder moverse hasta que fue consciente de que la estaban mirando, y la humillación y la vergüenza la animaron a hacerlo. El agujero del pecho era inmenso, jamás había sentido un amor como el que sentía por Keanu, pero tampoco había sufrido tanto por nadie. Le sobraban motivos para odiarlo y mandarlo al infierno, y a pesar de todo seguía enamorada de él. Echaba de menos su olor, su piel que le provocaba aquel vértigo en el estómago con el que se había encariñado, su sonrisa, la forma en la que le aportaba paz y la música. Con cada acorde y cada nota que le dedicaba, April sentía que era un bloque de hielo deshaciéndose al sol. Se maldijo al mismo tiempo por recordarle y se obligó a traer a su memoria la

sonrisa triunfadora de Angie que la había ganado. En su rostro se reflejaba la autosuficiencia por ser ella ahora quien disfrutaba de las caricias y de los besos del chico que ella amaba.

—No sé qué os he hecho para que me odiéis tanto. No quiero verlo — April se lamentó en el interior del coche mientras jugueteaba con la pulsera, regalo de Maeve—. ¿Por qué está con ella? —La pregunta que se hacía mentalmente a sí misma desde hacía días fue expresada en voz alta.

—Cariño, si no es hoy, vas a encontrarte con él en otro momento. Vivimos en un pueblo pequeño, cuanto antes lo afrontes, mejor para ti. —Fue la respuesta que le dio Emma con una sonrisa en los labios.

—Emma tiene razón. Tienes que enfrentarte a la nueva situación, no puedes seguir penando, April. Pareces un puto fantasma. —La camarera le dio un codazo y él se encogió de hombros con los ojos en blanco, pues llevaba toda la razón del mundo. ¿Desde cuándo se entendían tan bien? April no quiso inmiscuirse ni tampoco saber qué estaba pasado entre los dos en aquel momento. Continuó el trayecto en silencio, concienciándose de que había llegado la hora de la verdad.

Keanu se ajustó la correa de la guitarra eléctrica hasta sentirse cómodo, inspiró aire con fuerza y se puso las gafas de sol asintiendo con la cabeza. Dean dio un par de toques con las baquetas marcando el ritmo, y empezaron con el *riff* de la primera canción. April había aprendido mucho de música estando rodeada de los Sweet Iron, y al parecer, el *riff* es la «frase musical, distinguible y que se repite a lo largo de la pieza, diferenciándose del *solo*, que es donde el artista explota sus habilidades». Pretende ser lo que diferencia una canción de otra dándole un toque distintivo y, a la vez, que enganche. A ella le costó mucho entenderlo, pero Keanu se lo había mostrado con ejemplos de algunas canciones que tocaban, haciéndole preguntas después para ver si lo había comprendido.

La imagen de Keanu en el escenario susurrando palabras en el estribillo y tocando las dos canciones que escribió pensando únicamente en ella fue demasiado. Se fue a la barra, lo más lejos posible del escenario, y esperó a que terminase el concierto. Al llegar vio a Angie en primera fila, que gritaba y coreaba cada canción como una fan más. Aquello la estaba matando poco a poco. Estuvo a punto de irse cuando todo terminó. Dean la vio desde el escenario y lo abandonó rápidamente para comprobar cómo se encontraba. Al verlo llegar con la sonrisa que le caracterizaba, sintió un enorme alivio. Él vio en sus ojos la desesperación de estar allí, la estrechó entre sus brazos y la

meció un par de veces. La música del local volvió a sonar por los altavoces y los otros miembros del grupo se mezclaron entre la gente. Emma acudió a la barra a pedir otra cerveza con Ryan, y se quedaron con ellos.

A lo lejos, Keanu rodeaba con un brazo a Angie que seguía animada por el concierto, y con el otro sujetaba una botella de cerveza. De vez en cuando miraba hacia donde estaba April, muriéndose por dentro. Su amigo Dean no dejaba de abrazarla, de mesarle el cabello ¡y hasta tonteaba con ella! «¡Será hijo de puta!», estalló soltando la cerveza de malas maneras en una mesa de camino a enfrentarse a su, hasta ahora, *amigo* Dean. Se remangó la camiseta gris hasta los codos y tiró del hombro de él, lanzándole un puñetazo en plena mejilla. Sin ser plenamente consciente de qué se trataba de su mejor amigo, se lanzó de nuevo contra él y le volvió a pegar hasta que les separaron. Keanu no dejaba de resoplar insultándolo y chillándole como un energúmeno.

—¡Para de una puta vez! ¿Es que te has vuelto loco? ¿Qué coño te pasa? —gritaba Dean limpiándose la sangre de la boca. Phil contenía con fuerza a un Keanu descontrolado, lo zarandeó hasta que pudo agarrarle la cara con las manos, centrando su mirada en la de él.

—¡Basta, Keanu! ¡Se acabó! —le chilló Phil trayéndolo de nuevo a la realidad. Sebastian sostenía a Dean que, tras limpiarse la cara, deseaba lanzarse contra él y darle su merecido.

—¡Para ya! April no es tuya, ¡no se te ocurra tocarle ni un solo pelo, ¡maldito hijo de puta! —Keanu seguía maldiciendo llevado por la frustración y la rabia de no ser él quien la hacía reír de nuevo, la abrazaba y estaba a su lado, sintiendo su calidez. April no salía de su asombro, pero no iba a consentir que maltratara a sus amigos de aquella manera. De un salto, se bajó del taburete y acercándose con el dedo índice levantado, le habló con el corazón martilleando en su pecho.

—¿Quién te crees que eres para meterte con quien puede tocarme? Yo no soy de nadie. ¡Eres un cínico, Keanu Williams! Vete al infierno, ¡vuelve con tu novia y olvídate de una maldita vez! —jadeante por las emociones, que salían a borbotones por su boca, no pudo contener la rabia de verlo con Angie y lo abofeteó en la cara. Enfurecida, cogió el bolso y salió corriendo del bar, seguida de Emma. En el exterior, estaba agachada sobre las rodillas buscando la respiración que le faltaba. Su amiga le acariciaba la espalda de arriba abajo tratando de apaciguarla.

—En el coche nos has preguntado por qué está con ella. Ahí tienes la respuesta, Angie no es nada más que el salvavidas al que siempre se ha

agarrado. Pero ya has visto a quién quiere y de quién sigue profundamente enamorado. Los chicos son amigos desde hace años, como hermanos. —April se incorporó, confundida y con la mano aún latiéndole de dolor por el bofetón. Angie estaba ahí siempre para él, que no dudaba en aferrarse a Keanu. Dolía demasiado, aunque al verla con Dean reaccionó, y se olvidó de la chica. Una leve esperanza cruzó su mente, quizás Emma tenía razón, quizá solo estaba con ella porque necesitaba agarrarse a algo para seguir sobreviviendo. Quizás aún había esperanza para ellos, si ella dejaba de ser tan cabezota y afrontaba sus sentimientos, la realidad que la golpeaba cada minuto. Ahora solo necesitaba saber si ella estaba dispuesta a perdonar para empezar a olvidar.

# 41

Las vacaciones de Navidad no le habrían resultado tan largas a April jamás. Aún quedaban varios días para volver a las clases, antes de poder distraer su mente y aliviar la carga emocional que la machacaba cada día. Emma se había hecho asidua al hogar de los Mathews, al menos eso le hacía sonreír. No le preguntó nada a su primo ni a su amiga, aunque estaba bien claro que estaban saliendo juntos. Ryan había dado un giro de ciento ochenta grados que comenzó con la llegada de April, pero se hizo finalmente efectivo cuando Emma volvió a estar en su vida plenamente. Nadie podía negar la atracción de aquellos dos, cada vez que estaban en una habitación juntos saltaban chispas. April recordaba las miradas de odio de él hacia ella, y el dolor en los ojos de la camarera. ¿Qué habría sucedido para que todo aquello se solucionase? No se tenía por una persona cotilla ni ellos habían dado ningún tipo de explicaciones, simplemente, de un día para otro comenzaron a aparecer juntos. A April le recordaban a las medusas: como cuando se enganchan a la piel de su víctima y tienen que despegarlas tentáculo a tentáculo. Le valía con saber que los dos habían vuelto a ser ellos mismos, y eso no podía suceder de otra forma que no fuera estando juntos.

—Esta noche hay fiesta en la playa —le dijo Emma al entrar en el cuarto de April, donde esta permanecía la mayor parte del tiempo.

—Genial, ya me contarás qué tal lo pasáis —respondió ella antes de que su amiga le dijera que ella iba también. Volvió la mirada al libro que estaba leyendo, aunque había releído cien veces la misma línea, pues había perdido la capacidad de concentración por completo.

—De eso nada, tú vienes por delante de nosotros. ¿Quieres elegirte tú la ropa o me dejas que sea yo tu *personal shopper*? —Una cosa era alegrarse de que estuviera radiante con Ry y otra muy distinta era estar exultante de felicidad las veinticuatro horas del día. Se levantó gruñéndole, pero Emma le dio una palmadita en el trasero antes de rodearla con el brazo y asegurarle que sería muy divertido.

Ryan se quedó maravillado al ver bajar por la escalera a su chica. No podía creer cómo las situaciones se descontrolaban tanto. Los meses separados habían resultado un infierno, prefería no recordar nada de todo aquello. Emma le dio un beso largo, con los ojos cerrados, demostrándole una vez más cuánto lo necesitaba. April bajó tras ella y carraspeó al llegar junto a ellos. Ambos la miraron aún abrazados, y se fueron en el coche de Anita tras despedirse de esta última que conversaba en el porche con Lou.

La noche no era demasiado fría, con una chaqueta de punto era suficiente. Los chicos habían hecho una pequeña fogata y todos se sentaron alrededor de ella. Para alivio de April, Angie no estaba por allí. Emma le comentó de camino que ya no se les veía *tan juntos*, aunque ella prefería no pensar en ello. No controlaba sus emociones cada vez que veía a Keanu, el vértigo volvió a ella, las ganas de abrazarlo, el ansia de lanzarse a su boca y devorar sus labios... Él la saludó con un leve movimiento de cabeza, y ella no pudo más que esbozar una tímida sonrisa. Ryan cogió la guitarra que llevaba y abrió el recital de canciones que tendrían lugar para celebrar el final de la Navidad. Cada año tenían aquel ritual, se juntaban en torno a un pequeño fuego y cantaban hasta el amanecer. Ry entonó la melodía con cada acorde, y todos le acompañaron con palmas y vítores por parte de los chicos. Era la primera canción que compuso hacía algunos años y la ovación fue unánime tras terminar. Emma se arrojó a sus brazos y le dio la enhorabuena con un beso intenso, interrumpido por las insinuaciones de Dean y Sebastian.

Los Sweetie Iron deleitaron a sus amigos, y a unos pocos conocidos suyos, con sus canciones, saltaron, bailaron y cantaron sin parar durante un buen rato. Emma incitaba a su amiga a hacer lo propio, pero apenas consiguió levantarla del suelo unos minutos. April volvía a sentarse inmediatamente justo enfrente de Keanu, parecía que el resto lo hubiera hecho aposta. La opresión del estómago motivada por el estado de nerviosismo no se desvanecía. April esperaba que, en algún momento, él se levantara y le hablase. ¿O quizá ya no quería estar con ella? ¿Y si se había rendido? No tuvo tiempo de pensar sobre ello cuando Sebastian anunció que iban a tocar algo nuevo. Dean que se había llevado un par de tambores pequeños empezó a marcar el ritmo. Tras unos acordes de Phil y Keanu, Sebastian comenzó a cantar.

Keanu se unía a él, a veces en el estribillo, a veces cantaba unas estrofas tras él. La letra era profunda con un ritmo alegre. «Agárrate a mí mientras bajamos esa carretera desconocida, nunca estarás sola, entiende que no



estarás sola, porque este es tu hogar. No atiendas a los fantasmas ni a los demonios, no tengas miedo. Este va a ser tu hogar».

April, estupefacta, sentía que la canción iba dirigida hacia ella. Miró a Keanu que solo miraba a sus compañeros mientras cantaba con voz alegre, y sonreía. La voz de él traspasó su corazón a través de las palabras, le estaba diciendo que aquel era ya su hogar y que no tuviera miedo a los demonios que pudieran acecharla. Un rayo de esperanza se abrió paso en ella hasta que llegaron al final. «Pero yo no puedo ser lo que tú necesitas, la traición pesa demasiado. Seguirás sola, lo harás bien. Ahora, sal ahí y sé feliz, por mí», Keanu cantó el último trozo mirando fijamente a April, y ella sintió que le hablaba a ella. Una lágrima resbaló por su mejilla apretando el nudo de la garganta mientras tragaba saliva sin parar. No podía apartar los ojos de Keanu, profundos y seguros, de lo que estaba diciendo. Al acabar la canción vio cómo le brillaban los ojos a él, y deseó decirle que nada de eso era cierto. Él no podía decirle que aquel era su hogar si no estaba junto a ella. No podía pedirle que fuera feliz sin él. ¿Qué locura era esa? Los aplausos de la gente allí congregada la sacaron de sus tristes pensamientos.

Keanu se levantó dejando la guitarra en la arena y se alejó unos pasos. Emma, que se percató de la situación que todos acababan de vivir, agarró de la mano a April, pero no era esa mano la que ella necesitaba. Casi inconscientemente se levantó de un salto y fue hasta Keanu sin importarle nada más.

—Keanu... —murmuró.

—Hola, April. —Fue la primera vez que decía su nombre con un tono suave y calmado desde hacía mucho tiempo, pero no se giró hacia ella, contemplaba el mar en silencio.

—¿Cómo estás? —April no sabía cómo hablarle ni qué decirle. Estaba más nerviosa que la primera vez que la miró directamente a los ojos sonriéndole. Oyó un suspiro salir de su boca, y se dio la vuelta mirándola de nuevo.

—Todo lo bien que se puede estar, ¿no crees? —Vio su atormentado rostro debatirse entre alejarse de ella o estrecharla tan fuerte que jamás pudiera separarse de él. April movió el pie de un lado a otro removiendo la arena, muy concentrada, tratando de contener las lágrimas. Alzó la vista de nuevo y se encontró con los ojos brillantes de Keanu.

—¿Y Angie? —Pronunciar su nombre fue más difícil de lo que pensó al principio, pero se moría por saber dónde estaba aquella chica. Él la miró muy serio y se encogió de hombros.

—He empezado a soltarme de los salvavidas que, en realidad, me hunden un poco más. —Esbozó una media sonrisa sabiendo cuánto se alegraría ella de oír que Angie estaba por fin fuera de su vida. April dio saltitos de alegría por dentro, pero fue incapaz de sonreír al ver la tristeza que marcaba el rostro de Keanu.

—Me alegro por ti. —El aire era denso a su alrededor, el vaivén de las olas era el único sonido que se escuchaba, aparte de los latidos acelerados de sus corazones—. ¿Dónde estuviste? Cuando te marchaste quiero decir, ¿adónde fuiste?

—A ningún sitio en particular, quise alejarme de todo, a pensar... —April podía escuchar perfectamente cómo se partía su corazón en dos al ver la tristeza con la que hablaba.

—¿Y...? —lo estaba presionando para que le dijera que la quería, que deseaba estar solo con ella y ser felices para siempre, como en los cuentos de hadas.

—Y me di cuenta de muchas cosas, April. Me di cuenta de que mi vida no cambiará jamás mientras tenga la deuda con Stan, me di cuenta de que los chicos son más que mi familia y me di cuenta de que no estoy hecho para ti. —Se le quebró la voz al decir las últimas palabras. April abrió los ojos exageradamente sintiendo el latido de su corazón bombear frenético.

—No, Keanu... —Alzó una mano a la vez que daba un paso hacia él, pero él la paró negando con la cabeza.

—April, tenemos que abrir los ojos y enfrentarnos a nuestra realidad. Lo nuestro siempre fue imposible, pero yo me empeñé y, al final, te hice daño sin pretenderlo. No me lo perdono. Tú te mereces a alguien que esté hecho a tu medida, que pueda darte una vida feliz, que no te haga llorar. —Deslizó uno de sus dedos por la mejilla de ella apartando las lágrimas que habían empezado a caer por su rostro—. Yo no soy ese alguien, por más que me duela, debo dejarte ir.

—No sé por qué me estás diciendo todas estas cosas. Ahora sí que me estás haciendo daño, Keanu. ¡Yo te quiero! No me importa Stan, ni las deudas ni que tu vida sea un infierno, porque vas a salir de ahí. No me pienso separar de ti nunca más. He estado pensando en volver a España y seguir allí la carrera. Lo pensaba hacer porque estabas con Angie, pero si realmente ella

no significa nada para ti, ¿qué es lo que nos separa?

—Quisiera responderte que nada, pero no puedo mentirte. Quizá lo mejor sea que regreses a casa. —April seguía sin poder reaccionar ante la negativa constante de él.

—¿Y qué hay de esto? ¿Es que ya lo has olvidado? —April le agarró por el brazo señalando el tatuaje donde se leía claramente el nombre de ella. Keanu recordó cuando le dijo que estaba en su piel, siempre lo estaría, pero estaba haciendo lo correcto. Por primera vez en su puta vida estaba haciendo lo que debía, aunque le estuviera quebrando el alma.

—Jamás podré olvidarte, April. Lo has significado todo en mi vida, me has hecho olvidar mi presente, creer que podría ser otra persona, ser libre... Ahora debes irte, seguir con tu vida, enamorarte de nuevo, casarte, ser feliz con otro. —Cada palabra que pronunciaba era como un puñetazo en el estómago. Le volvió a enjugar las lágrimas con los pulgares y le dio un beso suave en la cabeza reprimiendo las inmensas ganas de abrazarla y besarla con pasión.

—¿Tienes idea del dolor que tus palabras me están provocando, Keanu? —Volvió a darle otro beso en la cabeza mientras oía los sollozos de la mujer que amaba con toda su alma, pero a la que no podía tener. Se alejó de ella, haciendo acopio del poco coraje que le quedaba, y suspiró aguantando las lágrimas bajo sus párpados.

—Lo siento, ojazos. Siempre te llevaré grabada en mi corazón, no solo en la piel. Nunca dejaré de quererte. Dejar de querer no es amar, se ama lo que se sabe que es eterno, y yo, te amaré durante toda mi vida, pues nuestro amor será para siempre. —Se dio la vuelta apretando los puños mientras contenía el torrente de lágrimas que amenazaba con salir desbordado.

—¡Keanu! No lo hagas, por favor. Hagamos una cosa. Mañana sale un avión a España, y mi tía y yo hemos estado valorando la idea de que yo regrese a casa. Nadie más lo sabe, pues aún sigo dudando si tomarlo, aunque tengo el billete —bajó el tono de voz—, pero no me iré si mañana estás aquí al atardecer. Piénsalo bien, me acabas de decir que me quieres, y sabes que yo te quiero como nunca lo he hecho. Solo necesitas un poco de tiempo, todo saldrá bien. Si de veras me amas, estarás aquí mañana, y empezaremos de cero. Pensaremos cómo resolver los problemas, juntos. Por favor... —le rogaba con el rostro empapado en lágrimas. Keanu giró medio cuerpo con el corazón destrozado al escuchar las súplicas de ella. Ojalá pudiera acudir al atardecer del día siguiente...

—Adiós, April. —Y con esas dos simples palabras se marchó. Ella se quedó devastada, cayó de rodillas en la arena y sollozó con las manos sobre su cara. Sintió cómo alguien le tocaba el hombro, alzó la vista pensando que era Keanu que se había dado cuenta del tremendo error, pero era Emma. Se hincó de rodillas y abrazó a su amiga que estaba desconsolada, llorando sobre la arena. Le acariciaba la espalda de arriba abajo intentando apaciguar su llanto, tarea más que imposible. Cuando consiguió hablar, dijo algo que rompió el corazón de Emma.

—Ahora la que persigue un imposible, soy yo.

Anita observaba a April desde la cocina. Se asomaba de vez en cuando para mirar a su sobrina, sentada sobre el sofá con la mirada ausente. Dejó las verduras cociendo en la cacerola y se acercó a ella. April tendría que sujetarse los párpados para no cerrarlos, apenas consiguió dormir la noche anterior tras la dolorosa conversación con Keanu. Su cerebro no procesaba que, a pesar de quererla como le había dicho, la dejase ir.

—¿Has tomado ya una decisión? —April miró a su tía a los ojos rogándole algo de ayuda, alguna palabra de aliento que le hiciera sentirse mejor. Negó con la cabeza y apartó la mirada de la suya o se hundiría.

Anita apretó su mano y le pidió que le contase todo lo sucedido con Keanu. A ella le costó un poco, pero prefirió contarle todos los detalles, de los que estaba bastante bien informada. Al fin y al cabo, fue ella quien le dijo que no le rompiese el corazón, porque era un hijo más para ella y sabía cuán difícil había sido su vida desde pequeño.

—No quiero decirte eso de «te lo dije», aunque debería. Cielo, Keanu no ha tenido precisamente experiencias normales ni acordes para su edad. No lo estoy justificando —explicó ante el ceño fruncido de April—, y entiendo que te enfadaras, pero tampoco justifico a Ryan, y es mi hijo. Nadie le dijo que se metiera en los asuntos de Stan. Dios sabe cuánto he rogado al cielo por qué esa pesadilla acabe, y mis chicos no sigan metidos en esos líos.

April comprendió el dolor que debía vivir aquella mujer a diario y la incertidumbre de saber que su propio hijo estaba metido en unos asuntos tan feos y desagradables. Era una roca que se sostenía en pie a pesar de todo.

»También es de buen nacido, ser agradecido, cariño, y tú has sido una bendición para esta casa. Tu primo ha cambiado tanto desde que llegaste, casi puedo sentir que vuelvo a ver al que era mi hijo. No te puedo engañar y decirte que duermo tranquila y en paz, porque aún tengo miedo de que el *sheriff* llegue una noche y me dé una noticia horrible. Sin embargo, la actitud hace mucho, y Ryan ya ha comenzado a cambiarla, aparte de esa camarera que lo tiene loco otra vez. Ojalá y todo salga bien. —Aquella última frase fue una petición hecha en voz alta».

—Las cosas que te han ocurrido no son nada fáciles, tía, pero eres una *superwoman*, ¡por lo menos! —afirmó tajante y sonrió a su tía a la que admiraba aun más después de aquello. Anita se rio con esa frase y le devolvió la sonrisa—. Ni siquiera puedo hacerme una idea de cuánto has sufrido, no es bueno que te guardes todas esas sensaciones, tía. Además, eres una mujer muy guapa e inteligente, seguro que tienes a muchos hombres haciendo cola en tu puerta.

—No digas tonterías, hija, yo ya no estoy para esas cosas. Ahora mismo lo que me preocupa es que tú estés bien, si es aquí, sería una maravilla; si por el contrario necesitas volver a casa, adelante. Sabes que te apoyaré, sea cual sea tu decisión.

Anita regresó a la cocina a seguir preparando la comida mientras dejó a April hecha un mar de dudas. Seguía con una gran incertidumbre latente en su corazón, deseaba que las horas del reloj pasaran rápido para llegar a la playa, donde ella, con toda su alma, deseaba que Keanu estuviera esperándola allí.

April hizo la maleta y pidió un taxi. La decisión estaba tomada. Aún quedaban varias horas para que su avión saliese, pero ya no había marcha atrás. Se despidió de Emma después de comer en el café, entre lágrimas y sollozos le suplicó que cuidara de Ryan si ella llegaba a irse. La camarera no compartía su decisión, aunque la respetaba. April hizo lo mismo con los chicos cuando fueron a la cafetería en un descanso, cada día iban allí una hora antes de cerrar el taller. Les pidió que cuidaran de Keanu y se aseguraran que su vida se normalizara, que no le dejaran de dar la mano nunca y le sujetaran cuando se cayera. Dean, que era el menos sensible a aquel tipo de cosas, acabó derramando alguna lágrima antes de abrazar a la chica que había cambiado a su mejor amigo. Sebastian bromeó con ella diciéndole que él siempre podría ser su segundo plato, y Phil, taciturno y callado como siempre, la abrazó y le deseó la mejor de las suertes. Al salir de allí, April supo que se dejaba parte de su corazón en Ocean River y que jamás volvería a recuperarlo.

—April... —Ella se dio la vuelta limpiándose con la manga de la chaqueta las lágrimas que se le habían escapado. Philip, el bajista del grupo, avanzó hacia ella y le limpió con los pulgares los restos húmedos de sus mejillas. Con una sonrisa triste, que era la que siempre llevaba puesta en la cara, le habló con el corazón en la mano—: Hay gente, como tú y yo, que únicamente nos enamoramos una vez en la vida. El resto del tiempo

existimos, sobrevivimos. Créeme que he hablado con él millones de veces, estando aquí y respirando como tú, es un idiota por dejarte ir. —April se sintió culpable de llorar por separarse de Keanu cuando la tragedia había asolado la vida de Phil—. Pero ten fe, sé lo mucho que significas para él y lo loco que está por ti.

Ella le miró agradecida por sus palabras y escondió la cara en su pecho agarrándose a él. Phil la mecía en sus brazos devolviéndole el abrazo. Inspiró hondo y sus ojos se humedecieron hasta que April se separó de él sonriéndole con pena.

—Gracias por todo, Phil. —Tras separarse de su mano con un fuerte apretón, se dirigió al taxi que la esperaba para llevarla a la playa. Phil la observó marcharse mientras los recuerdos empañaban su mirada y lo dejaban sin fuerzas. No comprendía cómo Keanu ponía trabas a su amor por April cuando en un segundo podía perderla para siempre. La pérdida involuntaria era siempre un fuerte golpe, que dejaba heridas en el alma, difíciles de cicatrizar. «La recordaría eternamente», se dijo a sí mismo una vez más antes de entrar cabizbajo con el peso de los recuerdos acechándole.

April no dejaba de mirar el reloj, nerviosa. Era casi la hora de ir al aeropuerto si no quería perder el avión rumbo a España. El agua del mar estaba más cristalina que cualquier día de verano y la brisa era suave. Era una buena despedida de aquel lugar que había llegado a amar tanto. Apenas disponía de veinte minutos para volver al taxi que la estaba esperando en el paseo marítimo. Mientras esperaba a Keanu, recordó la primera vez que estuvo allí con él, con los dedos entrelazados, las respiraciones de ambos al unísono, y la suave voz de él susurrándole su primera canción. A su memoria volaron imágenes que le evocaron una enorme sonrisa: la primera vez que hacía surf, la primera vez que lo vio subido al escenario dejándola sin aliento, encontrarse entre sus brazos al caerse de la escalera en el taller de Lou, el viaje a los viñedos...

Miró por última vez el reloj mientras su vida se derrumbaba. Los mejores meses de su vida se esfumaban como el humo de un cigarrillo al apagarse. Tenía que alejarse de todos esos recuerdos que ahora mismo le dolían, irse para siempre y cuanto antes. Se levantó con los ojos humedecidos y el corazón roto, admiró la visión del mar una vez más y se giró tras inspirar profundamente, y echó a andar sin volver la vista atrás.

A varias millas de distancia, Keanu miraba su reloj, impaciente. Había sido un auténtico idiota por haber rechazado a la chica que ocupaba todos sus pensamientos y sus sueños cada día. Estaba decidido a luchar por ella, ya resolvería los problemas que esa decisión acarrearía. No podía ceder y vivir sin la persona que le había insuflado esperanzas y le había devuelto a la vida. Debía irse ya o no llegaría a tiempo. Abandonó la casa, veloz como un rayo, con el casco en un brazo mientras sonreía como un bobo pensando en April, sentada sobre la arena, esperándole.

—¿Adónde crees que vas, Williams? —La fría voz de Stan le heló la sangre en las venas. Alzó la vista y lo vio frente a él con su actitud prepotente, mirándolo directamente a los ojos—. En diez minutos tienes que correr una carrera para mí. Malcolm te está esperando donde siempre con el coche.

—Hoy no podrá ser. —Se abrochó la cazadora de cuero sin mirarlo, dispuesto a ir tras April, costase lo que costase.

—Repíteme eso, creo que no te he oído bien. —Keanu sabía que estaba atado de pies y manos y no podía decirle que no. La gélida mirada de Stan, capaz de enfriar el fuego, se posó sobre él. Keanu miró el reloj haciendo miles de cálculos en su cabeza antes de gruñirle.

—Está bien, si es rápida como las otras, no hay problema. —Se subió a la moto camino al lugar donde tendría lugar la carrera, y donde Malcolm lo estaría esperando con el coche.

—Ese es mi chico —le contestó Stan antes de marcharse en su coche a toda velocidad.

Por un momento soñó con un futuro junto a April: liberarse de las cadenas que lo ataban a Stan y todos sus trapisneos; quizás abrir una tienda de tablas de surf en la playa y dar clases; ver cada día los ojos de April, su sonrisa, sentir sus besos y sus caricias, disfrutar de la mirada cargada de amor, con la que lo miraba e incluso soñó, por qué no, con tener hijos en un futuro. Poco podía imaginar en ese momento que todo aquello quedaría reducido a escombros tras un brusco giro del destino.



*Siete meses después*

April recogió los libros y los colocó en la estantería tras ella para volver a utilizarlos al día siguiente. Una de las niñas se había dejado el estuche de Mickey en su pupitre, y ella lo guardó junto a los libros para devolvérselo al día siguiente. Abandonó la clase, se despidió de Sofía, la dueña de la academia de inglés en la que llevaba meses trabajando, y salió a la calle. El calor en la calle era asfixiante, caminó cuesta abajo directa a su rincón preferido en la playa. Llevaba en la bolsa la toalla y la crema solar. Había quedado en una hora con Maeve allí, pero prefirió llegar antes para disfrutar de ese momento de soledad que era tan suyo. Al llegar se desprendió de la ropa y se quedó con el biquini color coral recién estrenado, regalo de su madre. Se sentó sobre la toalla de flores observando a la gente en la playa. Al ser temporada alta ya llegaban las familias, las parejas... y el pueblo cobraba más vida de la que tenía el resto del año.

El mar seguía siendo un gran bálsamo para ella. Había vuelto meses atrás a casa, a la seguridad de su hogar, junto a sus padres y su mejor amiga. No pudo continuar con las clases en la universidad, a pesar que sus profesores hicieron todo lo posible para que regresara. Sam había vuelto a trabajar y pasaba largas temporadas fuera de casa. April no quería dejar a su madre sola tanto tiempo, por lo que una a otra se hacían compañía. Ya llegaría septiembre y podría matricularse en la universidad para empezar de nuevo con la carrera de Economía, su auténtica pasión. En tardes como esas en las que se sentaba horas y horas frente al mar, los recuerdos regresaban a su mente y era como si su cerebro hubiera procesado toda la información y la hubiese almacenado en un disco duro donde guardaba cada detalle, cada vivencia y cada momento que había vivido en Ocean River. Echaba de menos el color del cielo, la playa, la casa de Anita... Aunque en el fondo sabía que era lo que más echaba de menos. La mayoría de las veces fingía que no se acordaba de nada como si hubiese sufrido amnesia repentina para que el dolor fuera menos profundo. Emma la llamaba muchas veces y se pasaban

horas enteras hablando de cualquier cosa. Su tía no dejó de llamarla cada día la semana siguiente de su marcha llegando a agobiar a su sobrina, que con delicadeza le pidió que dejara de hacerlo tan frecuentemente. Ryan, por suerte, captó el mensaje a la segunda llamada, y dejó de hacerlo. Solamente se comunicaban una o dos veces al mes, y era de agradecer. De quien no volvió a saber fue de Keanu. Solo supo que no llegó a esa playa donde su corazón se quedó completamente roto. Ella pidió a todos un último favor al llegar a España: no volver a saber absolutamente nada de él. Y así fue.

Poco a poco fue remontando después de meses en los que se despertaba llorando tras costarle mucho tiempo dormirse, meses en los que estuvo más taciturna y solitaria de lo habitual, meses de angustia y dolor a cada segundo que pasaba... Llegó el día que Maeve le abrió los ojos, y entonces comenzó a recuperarse.

—April, sé por lo que estás pasando, pero no puedes seguir viviendo así. Escúchame, perdona, olvida y ama. Hoy te lo digo yo, mañana te lo dirá la vida. —A veces las frases de su mejor amiga la dejaban descolocada. «La filósofa Maeve». Incluso le irritaba esa faceta suya, pese a que lo hiciera para ayudarla. Comprendió que la gente de su alrededor no se merecía ese comportamiento por su parte y, aunque le costase un mundo volver a ser la de siempre, lo intentaría.

El tiempo fue pasando, lenta e inexorablemente, y fue cicatrizando las heridas hasta que llegó el momento en el que todas esas emociones y sentimientos que no la dejaban vivir tranquila quedaron ocultos en un lugar oscuro y aislado de donde no les permitiría salir jamás.

—¡Hola, cerebritito! —La sonrisa fresca y alegre de Maeve le hizo sonreír sin darse cuenta—. ¡Guau! Es la primera vez que no me cuesta una charla de las mías que enseñes una de tus preciosas sonrisas.

—Le dijo la sartén al cazo —apostilló April, desde que volvió a España había notado a su amiga algo turbada y más callada de lo normal. Nunca hablaron del tema, quizá había sucedido algo en Ocean River; de hecho, April estaba más que segura, pero era una parte de su vida que Maeve no compartiría por más que le metieran agujas debajo de las uñas. Su amiga le sacó la lengua burlándose de ella mientras se sentaba a su lado.

—¿Estás preparada para volver? —le preguntó transcurridos unos minutos de silencio en los que cada una tenía a un chico en mente, las dos

personas que más habían amado y las que más les habían hecho sufrir. April, encogió las rodillas y se abrazó a ellas, ocultó la cara en el hueco y suspiró. «¿Qué podría contestar a eso?». Aun así, alzó la cabeza simulando que era feliz y asintió.

—¿Y Marcos? ¿Vendrá con nosotros? —A la mente de Maeve voló la imagen de su primer amor, con el que había retomado su relación al poco de volver de Estados Unidos, pero que no era más que un sustituto de él.

—No, es mejor que se quede aquí. Que se tire a todas las que quiera y, cuando yo vuelva, haremos como si nada hubiese pasado.

—A veces tengo la sensación de que tu corazón está tan hecho añicos como el mío. —Maeve la miró sorprendida por ser descubierta al fin, respirando aceleradamente—. Pero no te preguntaré qué pasó. Solo quiero que sepas que, aunque yo no sepa decir esas frases filosóficas, estaré siempre para ti. Si quieres hablar, aquí me tienes. —El nudo de la garganta de Maeve se hizo más intenso y las lágrimas lucharon por aflorar. Asintió con la cabeza y se levantó apremiando a su amiga, pues debían hacer la maleta antes de coger un vuelo de regreso a Ocean River.

Llegó el sábado por la mañana y la casa de los Mathews era un verdadero caos. April se hizo la remolona en la cama, a pesar de las voces que escuchaba provenientes de abajo, pero al girarse vio que Maeve ya no estaba allí. Se frotó los ojos y se calzó las zapatillas, bajando medio adormilada. En el salón se topó con varias vecinas y su primo Ryan, al que no había visto la noche anterior cuando llegaron. Él la miró fijamente conteniendo la emoción que sentía al volver a verla, fue hasta ella y le dio un golpecito en el hombro.

—Bienvenida a casa, prima. —La voz de Ry sonaba grave, tragó saliva un par de veces como si estuviese reprimiendo la emoción en la garganta. April sonrió al verlo, y sin importarle quien estuviera presente ni donde se encontraran, abrió los brazos y se agarró a su cuello llorando todo lo que llevaba conteniendo meses. Ryan se abrazó fuertemente a ella, y Anita, testigo de primera del reencuentro, llevó a sus vecinas a la cocina.

Estuvieron así unos minutos siendo la mejor de las bienvenidas para April. Cuando consiguió levantar la cabeza del pecho de Ryan, le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Se sentaron en el sofá agarrados por el brazo, ella apoyó la cabeza en su hombro y él hizo lo mismo con la suya, sobre su cabeza.

—Te he echado de menos —le dijo Ryan, que volvía a expresarse como cuando eran dos niños y se lo contaban todo. April curvó sus labios en una sonrisa y se secó las lágrimas. Deseaba preguntarle por Keanu, es más, ¡se estaba muriendo por hacerlo! Su orgullo se lo impidió y comenzó a preguntarle para saber cómo se encontraba, si seguía en el taller, qué tal estaba Emma...—. Luego la verás, pero debes saber algo. —Hizo una pausa y ella frunció el ceño preocupada—. Emma y yo, ya no estamos juntos.

April se quedó pasmada tras escuchar aquello, su amiga no le había dicho nada, pero por los ojos tristes de Ryan supo que no era el momento de preguntar nada. Se limitó a apretar su mano y a darle un beso en la mejilla. Maeve irrumpió en casa con cara de enfado y la ropa manchada de tierra. April se levantó con los ojos abiertos como platos, aunque antes de abrir la boca, su mejor amiga subió las escaleras de dos en dos. Miró a Ry que se encogió de hombros y alzando las manos, puso los ojos en blanco.

—Mujeres. —April le dio un golpe en el brazo y subió tras Maeve.

Cuatro horas después, toda la familia estaba preparada y en la puerta de casa. Sam, más nervioso que nunca, dirigía a todos para que cada uno supiera qué debía hacer. La gente había empezado a llegar media hora antes, siendo atendidos por Eva, Ryan, Maeve y April. El corazón de esta última dio un giro de ciento ochenta grados al ver llegar a los Sweet Iron casi al completo. Si esos chicos ya estaban buenísimos en ropa de calle, con el esmoquin se veían aún más atractivos. La sonrisa en la cara de ellos y en la de ella fue recíproca. Dean la alzó en volandas nada más llegar a ella, dándole un par de vueltas. Cuando la dejó en el suelo, Phil y Sebastian se echaron encima, abrazándose los cuatro a la vez.

—Vale, vale, me vais arruinar el vestido, y la furia de Anita caerá sobre vosotros.

—No creo que os guste verla enfadada —replicó Ryan al ver cómo trataban a su prima.

—Este es Dylan, nuevo miembro del grupo —dijo Dean señalando al chico rubio de ojos castaños que la miraba con sonrisa seductora. April estrechó su mano, y el chico se dirigió al jardín con lo que parecía una guitarra dentro de una funda. Ella pensó cómo podía ser que hubiera un miembro nuevo si estaban ya todos en el grupo.

Pero en ese momento, llegó Emma resplandeciendo como siempre hacía

al entrar en una habitación, y se olvidó del chico. April no podía creer que la chica que entraba por la puerta era la misma amiga que dejó meses atrás. No era solamente el atuendo que llevaba, sino el gesto que mostraba: más seria y distante. Cuando los ojos de las dos se encontraron, ambas sonrieron por inercia y corrieron una a brazos de la otra. Se fundieron en un abrazo largo meciéndose suavemente.

—¿Y ella no te estropea el vestido? —se quejó Sebastian recibiendo un golpe en la cabeza por parte de Phil. April se separó de Emma ignorando los comentarios del cantante de la banda y unida por las manos de Emma la miró de arriba abajo.

—¡Dios, estás impresionante! —Emma ladeó la cabeza mostrando una sonrisa bien amplia. Se dio una vuelta y le mostró el vestido blanco de falda asimétrica con detalles en rosa y azul.

—Tú estás cambiada —le dijo Emma alborotando su pelo moreno—. Y me encanta tu vestido. —Emma le dio una vuelta para ver el sencillo vestido de flores amarillas y cinturón negro en la cintura. Sintió cómo temblaba temiendo que de un momento a otro él entrara por la puerta. Emma, que tenía la capacidad de conocer los pensamientos de la gente, negó con la cabeza dándole un apretón firme—. No te preocupes, no va a venir.

April se sintió entre aliviada y triste al saber que no lo vería, quizá sería lo mejor. Lou entró con un precioso esmoquin acompañado de su hermana que lucía un vestido celeste. April lo saludó con un tímido abrazo y charló un par de minutos con ellos hasta que les dijeron que todo estaba preparado. Emma se adelantó con April, y se sentaron antes de que Lou saliera al jardín. Los Sweetie Iron comenzaron a tocar suavemente una introducción musical mientras Anita se acercaba al altar del brazo de su hermano Sam. La ceremonia civil estuvo amenizada por ellos y April no pudo evitar pensar por qué ahora ese tal Dylan era el guitarrista. ¿Qué habría sucedido con Keanu? Los aplausos de los asistentes interrumpieron ese pensamiento y sacudió la cabeza volviendo a la realidad. Se unió a los aplausos mientras era testigo de cómo su tía había vuelto a rehacer su vida encontrando el amor en brazos de Lou.

La celebración fue en el mismo jardín donde los novios se habían dado el «sí, quiero», en un convite íntimo y muy emotivo, que se postergó hasta bien entrada la madrugada, con música de la mano de los Sweetie Iron. April bailó junto a sus amigas las canciones más *rockeras* y buscó a su padre y a Ry para las baladas, con las que deleitaban a los invitados, hasta que los

acordes de una canción melódica paralizaron a April. Miró pasmada a Ryan que la sujetaba por la espalda, de no ser así se habría caído redonda al suelo. Sebastian entonó su voz catando la canción que Keanu le dedicó por primera vez en la playa. Ry, que entendió el por qué de su estado, la tranquilizó.

—Mi madre ha estado escuchando las canciones de los chicos, y esta le encantó. Les pidió que, por favor, la tocaran. —Ella entendió a la perfección que Anita se enamorase de esa canción, pero fue demasiado para ella que sentía cómo el corazón se le iba a escapar por la garganta.

Se separó de Ryan y cruzó la casa para alejarse lo máximo posible de aquel lugar. Salió al porche donde la música llegaba muy lejos y apenas se percibía la melodía. April estaba hiperventilando, trató de calmarse, pero lo veía todo borroso debido a que tenía los ojos encharcados en lágrimas. Una mano acarició su espalda y ella exhaló el aire de forma sonora. Sentía que se ahogaba y que su mundo se abría de nuevo a sus pies. El dolor volvía a ser real, resurgía del lugar en el que ella lo había escondido para no sentirlo más.

—April... —Ryan seguía masajeando su espalda con la intención de calmarla. Poco a poco la respiración de April fue siendo más calmada y Ry se atrevió a abrazarla desde atrás. Ella se giró repentinamente y se aferró a su primo como si él la sostuviera en aquel mundo que se partía en dos.

—Es que no lo entiendo, durante meses busqué una respuesta, pero me dolía tanto que tuve que fingir que no había pasado nada. Ahora, al escuchar de nuevo esas palabras... yo... ¿por qué no me eligió, Ry? ¿Por qué no fui suficiente para él? —Las palabras se le atascaban en la garganta, entre jipidos y sollozos, se ahogaba sin que pudiese seguir hablando.

—Sshhh, basta, April, no te hagas esto. —Ryan se debatía entre la fidelidad a su amigo y aliviar el dolor de su prima, que no había dejado de sufrir desde que puso un pie en el avión de regreso a casa meses atrás. Una vez que ella se tranquilizó un poco, la separó de él y la acompañó a sentarse en la mecedora. Ry se apoyó en la baranda de madera y, cruzado de brazos, tomó una decisión—. Sé que me dijiste que no querías saber nada de él y lo hemos respetado, aunque no me parece justo que estés a oscuras. Seguramente me daría una paliza si supiera que te lo he contado, pero April, te mereces saber la verdad. Al menos, te debo eso.

De no ser porque estaba sentada las piernas no le habrían respondido. April se pasaba las manos por la cara limpiándose las lágrimas, pero estas no dejaban de aflorar y era imposible secarlas todas. Sollozaba con la mano tapándose la boca esperando lo peor después de lo que Ryan le había dicho. Este la miraba serio y con el ceño fruncido, como si estuviera tomando una decisión importante.

—April, la tarde que Keanu debía reunirse contigo en la playa ocurrió algo. —Ella sacudió la cabeza mientras miles de imágenes catastróficas cruzaban su mente—. Tuvo que correr en una de las carreras de Stan, sabes que no quería, pero le obligaba esa deuda que había contraído Stella. Todo se fue a la mierda a partir de ese día. —Casi no podía pensar, empezó a atar cabos: los chicos le habían dicho que el chico rubio era el nuevo componente del grupo y Emma le dijo que no iría a la boda, a pesar de ser considerado un hijo por Anita. No había podido suceder la tragedia que rondaba su mente desde hacía unos segundos y que nadie le hubiese dicho nada, ¡aunque ella misma lo hubiese pedido! Ryan debió vislumbrar lo que rondaba por la mente de su prima y la agarró por los hombros trayéndola de vuelta—. No es lo que te imaginas.

»Esa tarde corrió en la carrera como siempre y ganó. Lo que no esperaba nadie era que el *sheriff* apareciese con toda la policía estatal. Nos llevaron detenidos, pero Stan y sus secuaces lograron escapar. Nos tuvieron retenidos un día hasta que nos soltaron. Allí dentro pensamos que jamás saldríamos, y cuando nos soltaron, nos comunicaron que, en su huida, Stan se había enfrentado a la policía y murió en un tiroteo cruzado. —April soltó el aire contenido en los pulmones mientras apoyaba los codos en las rodillas y se sujetaba la cara con las manos.

Ahora que sabía que Keanu estaba a salvo, asimilaría todo lo que Ry le acababa de contar. Parecía más una película que la realidad. Y entonces lo sintió de golpe, la verdad abriéndose paso en su cabeza. No había elegido seguir con su vida rechazándola, si no que no pudo hacerlo. No había dejado de amarlo, simplemente había puesto bajo llave todos sus sentimientos

evitando que le hiciesen daño, hasta que esa noche la canción fue la llave que volvió a abrirlos lanzándolos con fuerza».

—¿Qué pasó después? —Temblaba con miedo ante la posible respuesta que se ocultara tras su pregunta.

—Lo que ninguno vimos venir. Stan estaba muerto, pero algunos de sus secuaces seguían libres. Keanu no les caía muy bien precisamente y al día siguiente de ponernos en libertad, cuando se dirigía al aeropuerto para volar hasta España, tuvo un terrible accidente de coche. Aún no sé cómo salió vivo... —Ryan hizo una pausa y se sentó a los pies de April frotando su pierna para reconfortarla. Ella se dejó caer y se sentó en el suelo del porche a su lado.

»Cuando mi madre me llamó y me lo dijo, solo resonaban en mi cabeza las palabras «Keanu, accidente y muy grave». No te imaginas por lo que pasamos, April. —El corazón de ella golpeaba frenéticamente en su pecho. Ryan la rodeó con su brazo para calmar los temblores que seguía sufriendo su prima, a la que le debía tanto—. Enseguida le trasladaron a la unidad de cuidados intensivos para controlar las graves hemorragias que sufría. Las horas se hicieron interminables hasta que dieron luz verde para operarlo. La operación era complicada y duró una eternidad. Volvieron a llevarlo a la UCI donde estuvo en coma varios días. —April estaba inmóvil imaginando el sufrimiento de la gente que tanto quería a Keanu y el dolor que habría sentido ella de haber estado allí.

»Los médicos decían que debido al golpe tuvieron que inducirle al coma para evitar posibles daños cerebrales. Tres días después lo despertaron y poco a poco fue recuperando la consciencia. Se mantenía estable, aunque aún se encontraba dentro de la gravedad, pero decidieron que lo mejor era trasladarlo a planta. Cuando entramos en esa habitación y lo vimos, joder, creo que nunca me he alegrado tanto de ver a un tío. —April soltó una risa nerviosa al escuchar la estupidez de Ry que quería claramente aliviarle parte de su sufrimiento—. Estuvo un par de semanas en el hospital, pues los médicos querían asegurarse que estaba recuperado por completo. A los pocos días de salir del coma, nos pidió que no te dijéramos nada. Yo traté cien veces de convencerlo para que te llamara. Ya sabes el dicho «Muerto el perro, se acabó la rabia», pero nos lo prohibió. Ninguno comprendíamos el por qué hasta que un día nos confesó que aún no se sentía recuperado, ni entero, tenía tanta basura por limpiar de su vida que, en parte, le entendí.

El corazón de April latía tan deprisa que parecía tener vida propia. Ella



le habría ayudado a ser la persona que él quería ser, a recuperarse y empezar una nueva vida, junto a ella. Siempre contaría con su mano y su apoyo para salir adelante aunque él no lo veía así. Esto fue algo que ella jamás comprendió ni compartió.

»A los pocos días de salir del hospital, se fue. No supimos dónde ni porqué, simplemente desapareció. Regresó tres meses después, nos dijo que en ese tiempo le habían comunicado el fallecimiento de Stella debido a la ingestión de un cóctel de drogas y alcohol explosivo. Recibió entonces una herencia desconocida de su padre, que ella administraba y que hasta su muerte tenía prohibido disponer de dicha cantidad monetaria. Con esa suma abrió una tienda de tablas de surf en la playa, donde las vende e imparte clases a los turistas que se acercan por allí».

April empezó a ser consciente de que Keanu, por fin, era la persona con la que él soñaba ser desde niño. Sus ojos cambiaron de la tristeza al regocijo absoluto al saberlo feliz y completo por primera vez en su vida. Se puso de pie de un salto limpiándose los restos de lágrimas, decidida a llevar todos esos sentimientos de vuelta hasta su corazón, recibirlos y vivir con ellos como siempre debió haberlo hecho.

# Epílogo

El primer impacto le pilló desprevenido, Keanu se agarró al volante con fuerza mientras miraba por el retrovisor, pero apenas tuvo tiempo de ver nada cuando un segundo impacto le dio por detrás. El cinturón de seguridad lo retuvo en los dos ataques. Aceleró tratando de escaparse de aquel loco que le embestía por detrás. Tomaba las curvas casi en línea recta conduciendo a mucha velocidad. Se aferraba al volante con los dientes apretados sin dejar de acelerar mientras intentaba alejarse del desquiciado que pretendía sacarlo de la carretera y acabar con él. Un nuevo golpe hizo que perdiera el control del vehículo y comenzase a dar vueltas de campana saliéndose del trazado de la carretera. Y después, la nada.

Keanu se sobresaltó al despertarse de una nueva pesadilla. A veces no conseguía dormir bien debido a aquellos malos sueños que le recordaban el final de una vida tortuosa y tormentosa. Miró el reloj de la muñeca y comprobó que la próxima clase comenzaría en diez minutos. Se levantó, recogió la toalla sacudiéndole la arena que se había quedado pegada a ella y entró en la tienda. No le iba nada mal desde que había montado el negocio, raro era el día que no vendía unas cuatro o cinco tablas, aparte de las clases que, desde que empezó la temporada alta de turistas, no había bajado en ningún momento.

Puso las manos sobre el mostrador un instante y giró el brazo derecho, con los dedos de la mano izquierda acarició la muñeca donde estaba su nuevo tatuaje: un punto y coma. Cuando se marchó varios meses fuera, decidió que debía tener algo impregnado en la piel como recordatorio de las cosas que había superado en la vida. La ansiedad, las peleas, el dolor, la droga, la muerte... Pero ahí estaba, años después de que empezara su calvario con todas las piezas del puzle encajadas, de una manera que nunca supo que podía. Aquello le recordaría siempre los momentos difíciles por los que había atravesado, y que había superado. Un punto y coma en su vida para seguir adelante, completo y libre.

Dio un largo suspiro y miró hacia la entrada donde vio una tabla de surf a unos metros de la puerta del establecimiento y a una chica de pelo moreno

corto junto a ella. La chica miraba hacia el mar mientras su pelo ondeaba por la brisa marina. Se detuvo a observarla y un estremecimiento extraño se apoderó de él. Sería por las curvas de la chica, la braguita de cordones a ambos lados de las caderas y la camiseta de neopreno oscura. Aquella chica era un auténtico bombón, quizá debería llevarla al club más tarde para que Sebastian se alegrara un poco que llevaba unos días con un humor de perros.

—Buenas tardes. Usted debe ser la señorita Stephen —dijo Keanu tras acercarse a la muchacha con la lista de turistas que se apuntaban al pasar por su tienda.

—Prefiero que me digan «ojazos» —contestó April girándose con las manos en las caderas y quedándose, por fin, frente a Keanu tras siete largos meses. Su corazón latía desbocado martilleándole en el pecho, hasta él podría escuchar sus fuertes latidos. La respiración se volvió agitada mientras una sonrisa curvaba sus labios. Seguía siendo el mismo chico de ojos oscuros y sonrisa seductora, que llevaba un bañador de palmeras amarillas en un fondo anaranjado, con el torso al descubierto. April cerró la boca antes de que un suspiro se escapara de su boca. «Ser tan guapo debería ser un delito», pensó ella sin apartar la mirada de él.

Keanu se quedó paralizado, serio, ni un solo músculo de su cuerpo respondía. Aquella no era la chica que él recordaba, ahora llevaba el pelo corto y era morena, pero los ojos azul cielo seguían allí, calmados y alegres, como siempre lo fueron. Sintió cómo se le aceleraba la respiración y un tremendo calor comenzaba a recorrer todo su cuerpo ardiendo por entero. ¡Dios, estaba realmente sexi! Ninguno de los dos se atrevía a romper esa barrera invisible que los separaba a pesar de morirse de ganas por hacerlo.

—April...

—Hola —bromeó ella a ver si de aquella manera aparecía la sonrisa resplandeciente que cautivaba el corazón de todas las féminas. Dicho y hecho, al oír el apelativo cariñoso con el que la llamaba le devolvió la sonrisa calentando su corazón, y hasta su alma—. Me han dicho que aquí dan clases de surf y la verdad es que tengo que reconocer que soy muy torpe. —Keanu no podía creer que ella estuviera allí, frente a él, el sueño de cada noche materializado. Cuando la dejó marchar meses atrás, se juró a sí mismo ser la persona que ella realmente necesitaba y se merecía, pero después pensó que no era nadie para volver a entrar en su vida poniéndola de nuevo patas arriba. Por primera vez, dejó de ser egoísta, por mucho que le quebrara el corazón y le destruyera el alma.

—Estás preciosa. —Aquello salió de su boca sin darse cuenta. Era tan sencillo decir todas esas *cursilerías* que a las mujeres las volvía locas, aunque en el caso de April disfrutaba diciéndolas. April dio un paso adelante, visto que él no se decidía, le cogió la carpeta con el bolígrafo y lo lanzó a la arena. El olor a vainilla de ella impregnó sus fosas nasales y volvió a sentir la sensación que recorría su cuerpo entero: estaba en casa, April era su hogar. La rodeó por la cintura con ambos brazos atrayéndola hacia su cuerpo sin dejar de sonreír. Ella rodeó su cuello con los suyos y se puso de puntillas para alcanzar su boca, pero antes le dijo las palabras que Keanu necesitaba escuchar más que nunca.

—Te quiero, Keanu Williams. No me importa si eres la persona que crees me merezco o necesito, porque no pienso volver a marcharme de tu lado. Ryan me lo ha contado todo, y aunque más tarde hablaremos tú y yo, se acabó perseguir un imposible. —La sensación cálida que sentía con él, volvió a ella con fuerza, y supo que seguía perdidamente enamorada de él. No volvería a ver un atardecer separada de él, a escuchar el rumor de las olas, ni a vivir un solo segundo lejos de él—. «Estaré contigo mientras el mar se mezcle con la arena», ¿recuerdas? —Keanu esbozó una sonrisa al recordar las mismas palabras que él le dedicó una vez. April lo adoraba, lo anhelaba, él era lo primero para ella, su otra mitad.

Casi sin aliento, rozó su mejilla con el dorso de la mano sintiendo un gran alivio y una enorme felicidad tras saber que ella seguía amándolo tanto como él. La besó en la comisura de los labios dulcemente agarrándola con fuerza por las caderas, con miedo a soltarla y que se evaporase, como en un sueño etéreo. April correspondió a su beso ronroneando de puro placer, se abrazaron aún más, y el beso pasó de ser algo casto y suave, a algo salvaje y pasional. Cuando se separaron, con los labios hinchados, la felicidad surcaba el rostro de ambos. Mirándose fijamente a los ojos, April sintió como se quedaba sin aire en los pulmones al ver el amor con el que Keanu la miraba, capaz de derrotar cualquier adversidad, a cualquiera que se interpusiera entre ellos, incluido a sí mismo.

—April, tú me has demostrado que no importa la clase social cuando se ama de verdad, solamente importa el corazón y la intensidad con la que se ame. Estuve perdido mucho tiempo, buscando mi hogar cuando ese eras tú. Gracias por ser lo suficientemente valiente, por creer en mí y no darte por vencida, persiguiendo un imposible, o sea, a mí. Te prometo que a partir de hoy no habrá nada que no podamos conseguir, pues todo será posible a tu

lado. Te quiero con el alma. —Los ojos de April luchaban por contener las lágrimas, aunque estas eran de felicidad. Seguía mirándola con tanto amor que pensaba podría desmayarse, su amor estaba ahí, al alcance de la mano, lo podía sentir en cada mirada que le dedicaba. Volvió a arrimarse a sus labios posando los suyos para sellar aquel pacto no escrito que duraría una eternidad, mientras sus corazones siguieran latiendo.

El amor que sentían el uno por el otro y el que les había unido, los había marcado de forma irreversible, traspasándoles la piel. Estaba grabado a fuego en sus corazones, no podría evaporarse. Dos piezas de un mismo puzle que por fin se habían encontrado, libres y completos, uniéndose para siempre. Keanu estrechó a April entre sus brazos, meciéndola, cantándole en el oído las palabras susurradas de aquella tarde en la playa, cuando sus almas se reconocieron por primera vez: «¿Cuánto tiempo te amaré? Mientras el mar se mezcle con la arena, las estrellas nos contemplen desde el cielo y más aun».

*FIN*

# Agradecimientos

A veces es más complicado escribir los agradecimientos de una novela que la propia historia, siempre temes dejarte a alguien importante. Todos los que habéis sabido de esta historia y los que lleváis acompañándome en este mundo desde el principio, a mitad de camino o recientemente, daos por aludidos, pues sin vosotros no estaría aquí escribiendo estas GRACIAS infinitas.

Siempre resulta difícil decir adiós a personajes que te han aportado tanto y te han hecho sentir miles de sensaciones. Pero el momento llega y yo quiero despedirles agradeciéndoles haber llegado a mi vida y adentrarme en un nuevo mundo desconocido, por traer de nuevo a aquella chica que soñaba en su cuarto con grupos de música mientras miraba los posters que decoraban su espacio, por transportarme a playas lejanas y hacerme oír el rumor de las olas con una melodía de fondo, por permitirme vivir esa experiencia fabulosa con mis lectoras cero a las que les debo mucho por caminar junto a mí en este camino. Gracias Alejandra y Rocío, por vuestra paciencia, comprensión, apoyo y por estar siempre ahí aunque no os pueda ver.

A las escritoras y compañeras de letras que admiro y de las que aprendo cada día, por sus letras, por su generosidad y por ser un ejemplo a seguir. En especial no quiero ni debo olvidarme de Laura Sanz y Laura Girón, por ser dos mujeres optimistas que siempre que digo “ay”, allí están ellas para pintarme el mundo de color de rosa y hacerme sonreír.

A mi familia y amigos, muchísimas gracias por estar ahí y hacerme sentir que puedo contar con vosotros siempre, pero sobre todo a mi amiga Laura, por ser la primera en leer la historia de Keanu y desear saber más sobre el resto de los chicos del grupo. Bendito aquel mes de julio en el que nos conocimos. A Patricia, que es capaz de aislarse del mundo leyendo uno de mis libros, y a Jose, ese alérgico a la novela romántica, que no duda en leer todas mis historias. A Silvia, mi amiga catalana que siempre pone a mi disposición su casa para evadirme y escribir tranquila junto al mar. A Elena Montagud que

en la distancia sabe comprenderme, y en especial a dos bloggeras que he tenido la enorme suerte de conocer y a las que le debo que esta novela salga a la luz: Sara AP y Patricia Rozalen Bonet, por animarme a publicar esta historia *new adult* y apoyarme desde el minuto uno.

Y por último, pues ya se sabe que los últimos serán los primeros, a los lectores, porque ellos me han demostrado que se pueden perseguir imposibles que se convierten en realidad.